EN NOMBRE DE SU MAJESTAD

DOCTRINA, ESTRATEGIA Y JURISDICCIONES EN LA CONTRAINSURGENCIA BRITÁNICA DEL SIGLO XX

Leandro Martínez Peñas
Universidad Rey Juan Carlos

En nombre de Su Majestad. Doctrina, estrategia y jurisdicciones en la contrainsurgencia británica del siglo XX

Autor: Leandro Martínez Peñas.
Ilustración de portada: Erika Prado Rubio.
Diseño de cubierta: Erika Prado Rubio y Taller Imagen.

Depósito Legal: 231-2016
ISBN:978-84-608-7142-2.
PVP: 21 euros.
Edita: Omnia Mutantur S. L. (calle Santiago, nº 15, 5º E (Valladolid).
Imprime: Taller Imagen (Segovia).
Mayo, 2016.

El presente libro ha sido publicado con fondos procedentes del Proyecto DER2013-42039-P, cuyo título es “Evolución de las jurisdicciones especiales como instrumentos de control politico-religioso, de seguridad y de orden público”, financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad en la Convocatoria 2013 de Proyectos de I+D del Subprograma de Generación de Conocimiento, dentro del Programa Estatal de Fomento de la Investigación Científica y Técnica de Excelencia

ÍNDICE

Presentación……..…….……p. 11.

Agradecimientos…….p. 17.

PARTE I: LA CONTRAINSURGENCIA BRITÁNICA HASTA EL FINAL DE LA II GUERRA MUNDIAL (1900-1945)

Introducción: La contrainsurgencia y el imperio británico…p. 23.

CAPÍTULO 1: LA SEGUNDA GUERRA BÓER Y LA GUERRA ASHANTI

1.- Origen del conflicto en África del Sur……..…..p. 31.
2.- Guerra convencional y guerra de guerrillas……..……..p. 33.
3.- Razones de una victoria……...……p. 39.
4.- El Asiento de Oro y la última guerra Ashanti…..……...p. 41.
5.- Asedio e intento de rescate de Kumasi……...……p. 44.

CAPÍTULO 2: LA REBELIÓN DEL MULLAH LOCO EN SOMALILAND

1.- La cenicienta del Imperio y el mullah loco…….p. 49.
2.- Las cuatro campañas frustradas de Somaliland……..p. 53.
3.- Estado de los derviches…..……...……p. 57.

CAPÍTULO 3: LA GUERRA DE LOS *TAN AND BLACKS*

1.- Orígenes históricos del conflicto…….p. 63.
2.- La guerra de los *tan and black*…….....p. 67.
3.- La guerra civil irlandesa y los seis condados……...p. 70.
4.- La Special Powers Act…….……...….p. 73.

CAPÍTULO 4: LAS REVUELTAS EN EL MUNDO ÁRABE: EGIPTO, IRAK Y PALESTINA

1.- La revuelta egipcia de 1919……....……...……p. 77.
2.- La creación de Irak……..……p. 81.
3.- La revuelta……...……p. 85.
4.- El impacto de la revuelta en el futuro de Irak……p. 92.
5.- Palestina y la gran rebelión árabe……p. 94.
6.- La respuesta británica……..p. 97.

CAPÍTULO 4: LAS REVUELTAS EN LA INDIA Y BIRMANIA

1.- Las *Nupilan* o guerras de las mujeres……...…….p. 105.
2.- La rebelión kuki de 1917-1919……...……...p. 107.
3.- La rebelión *moplah* en Malabar……...…..p. 113.
4.- Las rebeliones birmanas: Sagaing y Saya San...……p. 120.

CAPÍTULO 5: LA FRONTERA DEL NOROESTE

1.- La Frontera del Noroeste……...……p. 127.
2.- La campaña de Zakka Khel y la Gran Guerra….……..…p. 130.
3.- La revuelta de Waziristán de 1919……..……..p. 132.
4.- 1920-1939: Las campañas de baja intensidad……...p. 140.

5.- Evolución de la doctrina en la Frontera……..……..p. 144.

PARTE II: LA CONTRAINSURGENCIA BRITÁNICA TRAS LA II GUERRA MUNDIAL (1945-1997)

La contrainsurgencia tras las guerras mundiales…….p. 149.

CAPÍTULO 6:

LOS MANDATOS Y PROTECTORADOS: PALESTINA, ERITREA Y TOGOLAND

1.- El Mandato en Palestina……p. 151.
2.- La gran rebelión judía……p. 154.
3.- La impotencia británica……p. 161.
4.- Eritrea, Etiopía y la rebelión woyane……..……..p. 164.
5.- Togoland y la rebelión ewe de 1957……...……...p. 169.

CAPÍTULO 7: LA GUERRA CIVIL GRIEGA

1.- El ELAS y el EDES…….,,,……p. 175.
2.- Los sucesos de diciembre y la guerra civil……p. 177.
3.- La lucha contra el Ejército Democrático Griego……..…p. 181.
4.- La guerra convencional……...……...p. 184.
5.- Balance del conflicto……..……...p. 190.

CAPÍTULO 8: MALASIA: EL GRAN ÉXITO DE LA CONTRAINSURGENCIA BRITÁNICA

1.- Origen de la Emergencia en Malasia……..……..p. 195.
2.- La Emergencia……...……p. 198.

3.- Los excesos……..……p. 213.
4.- El éxito en Malasia……..……..p. 215.

CAPÍTULO 9: LA REVUELTA MAU MAU EN KENIA

1.- Kenia y la revuelta Mau-Mau…...……p. 219.
2.- La represión en Kenia……...……p. 225.
3.- Lecciones de Malasia y Kenia……...…p. 229.

CAPÍTULO 10: CHIPRE Y LA REBELIÓN DEL EOKA

1.- El origen del conflicto……...…….p. 233.
2.- La insurgencia del EOKA……...……...p. 235.
3.- Chipre fuera de control……...……...p. 239.
4.- Conclusiones del conflicto en Chipre……p. 245.

CAPÍTULO 11: LA REVUELTA DE BRUNEI Y LA *KONFRONTASI*

1.- La revuelta de Brunei……...…..p. 247.
2.- La Confrontación o *Konfrontasi*……...…….p. 253.
3.- Claret……...……...p. 259.
3.- El uso de la inteligencia de señales y del SAS……..……p. 263.

CAPÍTULO 12: CONTRAINSURGENCIA EN ARABIA: LAS CAMPAÑAS DE YEMEN, ADÉN Y DHOFAR

1.- La situación en el Sur de Arabia……..……p. 267.
2.- La campaña de las montañas Radfan……..……..p. 270.
3.- La insurgencia urbana en Adén……..……...p. 274.
4.- Omán y la campaña de Jebel Akdhar...……..p. 280.

5.- La campaña de Dhofar……...……p. 282.
6.- Lecciones de Arabia……...……p. 288.

CAPÍTULO 13: THE TROUBLES: LA VIOLENCIA EN IRLANDA DEL NORTE

1.- Las interpretaciones políticas del conflicto norirlandés en 1968……...…..p. 295.
2.- La Campaña de la Frontera…….……....p. 298.
3.- El movimiento por los Derechos Civiles……...……p. 299.
4.- El Bogside, Belfast y la ruptura del IRA…...……p. 301.
5.- La consolidación del IRA Provisional……...……p. 307.
6.- Eire Nua y el acuerdo de Sunningdale…..……p. 314.
7.- Los altos el fuego y la "ulsterización" del conflicto…….p. 316.

CAPÍTULO 14: DE LA LARGA GUERRA A LOS ACUERDOS DE VIERNES SANTO

1.- Las celdas 9 y 11: La reestructuración del IRA……....p. 319.
2.- Las violencia en los últimos años 70……p. 322.
3.- Las campañas de atentados en Gran Bretaña…….p. 324.
4.- Las huelgas de hambre……...……p. 326.
5.- Los años de los *supergrasses*……...…….……p. 330.
6.- El declinar de la violencia y el proceso de paz……..p. 333.
7.- La violencia tras el alto el fuego: RIRA y CIRA……..p. 336.
8.- La evolución del OIRA y sus escisiones……..…….p. 338.
9.- Los paramilitares lealistas……...…...p. 340.
10.- La sombra de la guerra sucia……...……p. 341.

PARTE III: LECCIONES Y DOCTRINA

El siglo XXI…….……...p. 349.

CAPÍTULO 15: IRAK Y AFGANISTÁN: LECCIONES PARA EL SIGLO XXI

1.- La campaña británica en Irak…….p. 351.
2.- Contrainsurgencia en Afganistán……..p. 358.
3.- El Manual de 2007……..……...……p. 366.

CAPÍTULO 16: EVOLUCIÓN DE LA DOCTRINA DE CONTRAINSURGENCIA BRITÁNICA

1.- Elementos doctrinales esenciales……...……p. 371.
2.- La inteligencia británica……...……...p. 365.
3.- Evolución de la doctrina en la primera mitad del siglo….p. 377.
4.- Malasia y el ATOM...……...…….p. 380.
5.- La doctrina a partir de los años 60…….p. 383.
6.- Elementos militares……..……...…….p. 389.
7.- El mito de la contrainsurgencia británica…….p. 391.

Bibliografía…….…...p. 397.

PRESENTACIÓN

Todos los libros tienen su propia historia, incluso los libros académicos y científicos. El presente trabajo comenzó siendo la preparación para una conferencia que, finalmente, no pudo llevarse a término. El proyecto varió, pasando de conferencia hipotética a curso para alumnos de los grados de Criminología y de Relaciones Internacionales de la Universidad Rey Juan Carlos. Con la concesión del Proyecto DER2013-42039-P, cuyo título es "Evolución de las jurisdicciones especiales como instrumentos de control politico-religioso, de seguridad y de orden público", financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad en la Convocatoria 2013 de Proyectos de I+D del Subprograma de Generación de Conocimiento, dentro del Programa Estatal de Fomento de la Investigación Científica y Técnica de Excelencia, fue posible desarrollarlo, completarlo y, finalmente, publicarlo en la forma que el lector tiene entre manos: como un trabajo académico sobre la insurgencia y la contrainsurgencia en los dominios británicos a lo largo de, esencialmente, el siglo XX.

Ello fue posible dado que las jurisdicciones especiales jugaron un papel determinante en las estrategias contrainsurgentes británicas a lo largo de la pasada centuria. Una de las primeras medidas que las autoridades británicas tomaban en cuanto arreciaban los problemas en sus colonias y dominios solía ser la declaración del Estado de Emergencia, una situación de excepcionalidad legal que acostumbraba a ir acompañada de la publicación de legislación especial orientada, en gran medida, en crear jurisdicciones especiales, tanto por ser de aplicación tan solo en un ámbito

geográfico concreto, durante un periodo de tiempo limitado a una fecha concreta de derogación–a través de las "cláusulas del atardecer"- o al cumplimiento de unas determinadas condiciones –la restauración del orden público, por ejemplo- como por establecer un marco jurisdiccional específico, apartado del ordenamiento general, en la mayor parte de los casos a través de la creación de tribunales militares o de figuras que, de manera análoga, estaban diseñadas para intensificar la represión de la insurgencia bajo los códigos militares y la normativa especial, o para agilizar el proceso, aún a costa de la disminución de las garantías de los procesados, como fue el caso de los tribunales Diplock en Irlanda del Norte.

Todos los casos estudiados implicaron el uso de jurisdicciones especiales, en cualquiera de los dos sentidos mencionados en las líneas anteriores. En cuanto a los casos contemplados, es conveniente realizar varias indicaciones, para un mejor entendimiento del conjunto del texto o para explicar las omisiones en el mismo.

El libro comienza con el análisis de tres insurgencias que no comenzaron en el siglo XX, sino en el final de la decimonovena centuria: la Segunda Guerra Bóer, la Quinta Guerra Ashanti y la revuelta del mullah loco en Somaliland. Sin embargo, las tres se extendieron hasta más allá del año 1900, lo que justifica su inclusión desde el punto de vista cronológico. Desde el punto de vista del contenido, se ha considerado oportuna su inclusión por ser modelos representativos de tres tipos de escenario insurgente bien diferenciados y enfocados de forma diferente por los británicos.

Una segunda explicación es necesaria respecto al capítulo dedicado a las insurgencias de Irak y Afganistán, sintético necesariamente al tratarse de uno de los temas más analizados en la última década y media, y que escapa al marco cronológico central del trabajo, ya que, como a nadie escapa, la guerra de Afganistán se inició en 2001 y la de Irak comenzó en 2003. Sin embargo, ha parecido pertinente añadir ese breve capítulo como una forma de

revisar el modo en que las lecciones de un siglo –el XX- de contrainsurgencia han sido aplicadas, olvidadas o evolucionado en un periodo posterior, la primera década del siglo XXI. Puede verse como un epílogo, más que como un capítulo perteneciente al cuerpo central del trabajo.

Por último, es oportuno dedicar unas palabras a cuatro conflictos que, tras haber sido analizados y valorada su inclusión, finalmente han quedado fuera del presente trabajo. Se trata de la rebelión bóxer del año 1900, los incidentes en Khartoum en 1924, la guerra civil de Rhodesia, de 1965 a 1980, y la intervención británica en Sierra Leona, a lo largo del año 2006.

El primero de los conflictos mencionados, el alzamiento de la sociedad secreta de los bóxers –en la fase capital de la revuelta, con el apoyo del ejército imperial chino- contra la presencia de extranjeros en el país y contra los conversos chinos al cristianismo, quedó finalmente al margen, ya que la intervención de las fuerzas británicas, como el del resto de potenicas extranjeras –rusos y japoneses principalemente, con importantes contigentes norteamericanos, alemanes, franceses e italianos- más que una acción contrainsurgente fue, esencialmente, una expedición de rescate convencional compuesta de hitos sobradamente conocidos: la resistencia de las legaciones durante los legendarios cincuenta y cinco días en Pekín, el asalto a los fuertes de Takú, la batalla de Tianjin y la marcha final sobre la capital imperial. No hubo una acción contrainsurgente, aunque el estudio del caso era sugestivo, principalmente –desde el punto de vista de este libro- por tratarse de una de las primeras operaciones multinacionales en territorio de un tercer estado, pero, por interesante que pudiera resultar, su inclusión era temáticamente forzada.

En cuanto a los incidentes que recorrieron Sudán a lo largo de 1924, cuando todavía era un protectorado compartido entre el recientemente independizado Egipto y Reino Unido, más que una verdadera insurgencia, fueron una serie de motines de las tropas

sudanesas, en muchos casos instigados por oficiales egipcios, y los británicos los reprimieron como una sucesión de incidentes inconexos, sin que existiera una verdadera estrategia contrainsurgente, ya que no se trató de una verdadera insurgencia, por lo que se ha optado por no incluirlos en el volumen.

Respecto a la guerra civil en Rhodesia, se trató de la lucha del recientemente independizado gobierno del país, en manos de la minoría blanca, contra los movimientos insurgentes surgidos entre la mayoría negra, y respaldados tanto por la Unión Soviética como por China. Plantear la inclusión del caso de Rhodesia en el trabajo surgió por el hecho de que, aunque Rhodesia se había independizado del Reino Unido cuando comenzó el conflicto con las guerrillas, su ejército seguía las estruturas británicas, muchos de sus soldados y la mayor parte de sus oficiales se habían formado como miembros del ejército británico –muchos conservaron, incluso, la nacionalidad británica-, la mayor parte de su armamento, sobre todo en las primeras fases de la guerra, era de procedencia británica y la doctrina contrainsurgente, también sobre todo en los primeros momentos del conflicto, procedían del pensamiento británico.

Sin embargo, muy pronto los modelos de lucha contrainsurgente rhodesiano y británico divergieron, a medida de que las específicas circunstancias de la guerra en Rhodesia imponían su tiranía sobre las estrategias de cada bando, por lo que, las similitudes de partidas no justificaban su inclusión en un trabajo que había de centrarse–dadas las limitaciones de tiempo y espacio- en la contrainsurgencia específicamente británica.

Por último, la exitosa intervención británica en Sierra Leona, para devolver la estabilidad al país tras años de guerra civil entre el gobierno y las guerrillas del RUF, escapaba al marco cronológico fijado –en esencia, el siglo XX- y no tenía la suficiente entidad, al contrario de lo ocurrido en Irak y Afganistán, como para ser objeto de una análisis contrainsurgente que pusiera en perspectiva las

enseñanzas –recordadas u olvidadas- que el siglo pasado ha dejado en la contrainsurgencia británica.

En todo caso, se descartó incluir los conflictos esencialmente convencionales en los que el Reino Unido se vio involucrado a lo largo del siglo XX: la I Guerra Mundial, la Tercera Guerra Afgana, la II Guerra Mundial, la guerra de Corea, la guerra de las Malvinas y la guerra del Golfo. Algunos de estos conflictos tuvieron elementos de guerra no convencional, pero no se trató de conflictos cuya naturaleza fuera insurgente y, en todo caso, en la mayor parte de las ocasiones, fueron los británicos quienes usaron la guerra de guerrillas contra sus enemigos, como hizo Terence Edward Lawrence con las fuerzas árabes, contra el imperio otomano en la I Guerra Mundial, u Ordell Wingate con sus chindits en las junglas birmanas, contra el ejército imperial japonés. En algunas ocasiones, los británicos intervinieron para sofocar un conato de insurgencia, como en el caso del golpe de estado de Rashid Alí en Irak en 1941, el golpe de 1942 en Egipto en 1941 y de la rebelión kurda del mullah Mustafá entre 1943 y 1945 –todos ellos magníficamente analizados por Stefanie Katherine Wichhart-, pero estas intervenciones formaron parte de un conflicto convencional mayor, por lo que se ha optado por no incluirlas en el presente trabajo.

Las últimas líneas de esta presentación serán para hacer referencia a una cuestión formal. Desde hace algún tiempo, varios profesores incluidos en el proyecto en el que se enmarca esta publicación, hemos sostenido un fructífico debate sobre el uso de las notas a pie de página en textos académicos y su verdadero valor científico, pues ¿no es la bibliografía consultada, recogida en el apartado correspondiente del trabajo, testimonio y referencia suficiente de los materiales consultados? ¿La notación constante de todas y cada una de las referencias aporta verdadero conocimiento académico o tan solo dificulta la lectura del texto? ¿Es menor el valor científico de una obra si, en vez de situar a pie de página todas y cada una de las referencias, se remite en exclusiva a la bibliografía en aras de la agilidad y la claridad expositiva, sin que esto constituya

una renuncia a que el autor aclare la fuente de la que surge algún dato si es consultado al respecto por otros investigadores? Este trabajo no pretende ser una respuesta a estas cuestiones, sino tan solo el primer paso en la búsqueda de la respuesta.

AGRADECIMIENTOS

De nuevo ante el inmenso placer de los agradecimientos, como corresponde, las primeras palabras deben ser para quienes han hecho posible este trabajo en lo material. En este caso, se trata del Proyecto DER2013-42039-P, del Ministerio de Economía, pero los proyectos no tienen una existencia propia y autónoma. En este caso, hay que entender por tal proyecto a los profesores que lo forman, a los profesionales de administración de la Universidad Rey Juan Carlos -en especial a Cándida Mejía, Elena Párraga y Nuria Oliva, que tantos de mis errores adminsitrativos, por no decir todos, han contribuido a *desfacer*, como hubiera dicho don Quijote-, y al personal del propio Ministerio, que ha respondido con claridad, agilidad, rapidez y precisión a cuanta duda e incordio les ha sido planteado con relación al proyecto en general y al presente libro en particular.

Quiero mostrar mi más sincero agradecimiento al St. Mary´s University College, de la Queens University de Belfast, que acogió a quien esto escribe y a la investigadora Erika Prado Rubio, durante febrero y marzo de 2015, en una estancia de investigación, gracias a la cual cobró vida el presente trabajo. Debe hacerse mención del excelente trabajo desempeñado por el amable y eficaz personal de la biblioteca de dicho centro, y dar las gracias a Elaine Mulholland, que nos dio todas las facilidades posibles para que pudiéramos llevara cabo nuestra investigación. Tampoco es posible dejar pasar la oportunidad de dar las gracias a Stephen y Jane Cordner (www.selfcateringaccommodationbelfast.com), que nos alojaron en Belfast con una profesionalidad y una amabilidad difíciles de igualar.

Mi agradecimiento a Óscar Pérez Ventura, que abrió la puerta que me lanzó a profundizar en las historias que contienen estas páginas. No se me ocurre nadie mejor para tener de nuestro lado cuando las flechas nublan el sol.

Por último, dar las gracias a aquellos cuya contribución es más difícil de medir, pues ¿cómo puede valorarse las navidades que les he robado a mis padres para escribir estas páginas, la hospitalidad de Maya y Berni, el haber aprendido con Erika por qué la gente de Belfast no usa paraguas, o la inagotable paciencia de la Manuela ante mis igualmente inagotables lamentos, estallidos de justa cólera y repentinos cambios de humor y de idea?

Lo que ellos han aportado a este trabajo, como todo lo que tiene valor, no tiene precio.

Para Erika,
por dieciséis días en Belfast,
en el estúpido 2015

PARTE I:

LA CONTRAINSURGENCIA BRITÁNICA HASTA EL FINAL DE LA II GUERRA MUNDIAL (1900-1945)

INTRODUCCIÓN

LA CONTRAINSURGENCIA Y EL IMPERIO BRITÁNICO[1]

Thomas Mockaitis, uno de los principales teóricos actuales sobre la materia, define la insurgencia –según Walter Lacqueur, "tan vieja como las colinas"- como "una forma híbrida de conflicto que combina la subversión, la guerra de guerrillas y el terrorismo en un conflicto interno en el que grupos desafectos tratan de hacerse con el control de la nación". Mockaitis ofrece una visión compleja del fenómeno, dotándole de unas características diferenciadoras respecto de la guerra de guerrillas, según la cual la visión de un futuro nuevo da a la insurgencia más similitudes con las revoluciones políticas que con los movimientos guerrilleros.

Para Mockaitis, las insurgencias, al igual que los revolucionarios, poseen una psicología común, que no poseen las guerrillas, ya que el objetivo final de estas suele ser solo militar -la

[1] Como se explica en la presentación, la omisión de las notas meramente bibliográficas responde a una decisión deliberada en aras de la claridad expositiva. Ello no supone en modo alguno negar a los autores consultados el reconocimiento que su trabajo merece, y así se quiere hacer constar, puesto que todos los datos, hechos y cifras aquí expuestos proceden del esfuerzo y la labor de los autores mencionados en la bibliografía, y pueden ser confirmados acudiendo a los trabajos que esta contiene. Por otra parte, se han suprimido en su práctica totalidad las notas explicativas, entendiendo que si la explicación era necesaria debía integrarse en el cuerpo mismo del texto y, si era innecesaria, su omisión iría en beneficio de la obra.

derrota del enemigo-, mientras que el fin de la insurgencia es el establecimiento de un nuevo modelo de Estado, por lo que la derrota militar de las fuerzas de este es solo un medio para conseguir un fin que va más allá de la mera derrota del enemigo: "La insurgencia es un conflicto híbrido que combina la subversión, la guerra de guerrillas y el terrorismo. Es un conflicto interno en el que grupos desafectos buscan conseguir el control de la nación".

Mockaitis deslinda también la insurgencia del terrorismo, al calificar a este como "el arma final en el arsenal de la insurgencia"; es decir, el terrorismo es uno de los medios tácticos a disposición de los insurgentes; eso sí, uno de los más poderosos, por su capacidad para impactar a amplios colectivos. No sin razón, David Shipler afirmó "el terrorismo es un teatro donde los objetivos reales no son las víctimas, sino los espectadores".

Por su parte, el francés David Galula, el más notable de los autores en cuanto hace referencia a la doctrina francesa de contrainsurgencia, define la insurgencia como "un conflicto dirigido metódicamente, paso a paso, para conseguir una serie de objetivos intermedios que conduzcan, finalmente, al derrumbamiento del orden político existente".

Uno de los principales oficiales británicos en el liderazgo de operaciones de contrainsurgencia en la segunda mitad del siglo XX, Frank Kitson, definió la insurgencia como "el uso de la fuerza armada por un sector de la población contra el gobierno con la intención de derribarle o de obligarle a hacer algo que no quiere". Más tarde, el propio Kitson redefinió el concepto como "el levantamiento y la revuelta activa contra las autoridades constitucionales del país".

Kitson, en consecuencia con sus planteamientos, definió la contrainsurgencia como "las acciones militares, paramilitares, políticas, económicas, psicológicas y civiles que un gobierno toma para derrotar a una insurgencia". Dixon indica que, en los años

sesenta, la expresión contrainsurgencia abarcó todo el espectro de la lucha contra los movimientos armados de descolonización, imponiéndose el término contrainsurgencia al término contrarrevolucionario porque este último tenía, en la mentalidad estadounidense, una serie de connotaciones positivas históricas, al vincularse con su propia revolución, que condujo a la independencia de la nación. Dixon atribuye tres características a la contrainsurgencia:

- Es desarrollada por gobiernos contra actores no estatales.

- El enemigo del gobierno pretende derrocarle o lograr la independencia de un territorio sometido a ese gobierno.

- Se diferencia del contraterrorismo en que los insurgentes gozan de un apoyo popular sustancial, al menos entre determinados colectivos o en determinadas áreas geográficas.

Hay dos modelos de triunfo para los movimientos insurgentes. El primero es el seguido por los comunistas en China y que se extendió a parte del Sudeste asiático, en el que los insurgentes se hacían tan fuertes que terminaban por ganar el control del país en una guerra convencional, caso de la propia China, Indochina y Vietnam. El segundo modelo es el que permite obtener el triunfo en el conflicto sin haber llegado a acumular masa crítica suficiente para imponerse al enemigo en un conficto convencional, como ocurrió en muchos conflictos coloniales al hacer el coste de la ocupación –en términos humanos, económicos y políticos- demasiado alto para la metrópolis. Palestina y Chipre son ejemplos de ello.

Desde este segundo punto de vista, la insurgencia es un conflicto a largo plazo, porque los insurgentes empiezan desde la debilidad y les lleva tiempo aumentar su apoyo y fuerza. A esa primera fase, Robert Taber la denomina “guerra de las pulgas”, en la

que el gobierno tiene las "desventajas del perro": demasiado territorio que defender y un enemigo pequeño y ágil que desparece cuando quiere, agotando y deseperando al rival, que no es capaz de encontrar nada en lo que cerrar sus mandíbulas. Por ello, la contrainsurgencia debe ser también proceso planteado en el largo plazo, algo que se olvidó en el caso del conflicto en Irak.

Durante años, en especial a lo largo del siglo XIX y hasta la II Guerra Mundial, la principal misión del ejército británico fue la defensa del imperio, un rosario de posesiones repartidas por los cinco continentes. Ello se tradujo en la participación en múltiples conflictos bélicos. Por citar solo algunos: las guerras sihk, las guerras del opio, la revuelta de los cipayos, las guerras zulúes, la guerra del Mahdi, las campañas ashanti, las dos guerras bóer, las dos primeras guerras afganas, las dos guerras matabele o la rebelión bóxer.

Todo ello hizo que, mientras otros ejércitos se centraban en la construcción de un aparato militar y doctrinal orientado para el combate en grandes conflictos convencionales, las fuerzas británicas, desde las guerras napoleónicas, fueron diseñadas y su doctrina se enfocó para afrontar pequeños conflictos, en su mayor parte de naturaleza asimétrica y librados, por lo general, lejos de la propia Gran Bretaña. Los pensadores militars británicos incluso acuñaron un término para hacer referencia a este tipo de enfrentamiento: *small wars*, traducible al castellano como "guerras pequeñas", pero que va más allá del tamaño de las fuerzas implicadas en el conflicto, que, en muchos casos, distó de ser pequeño: la Segunda Guerra Bóer, por ejemplo, implicó a más de cuatrocientos mil soldados británicos.

Así pues, el ejército del Reino Unido ha sido, con toda seguridad, el ejército del mundo que ha acumulado una mayor experiencia en contrainsurgencia, combatiendo lo que Michael Burleigh ha definido como "pequeñas guerras en lugares lejanos". Por ello, el de Reino Unido es uno de los pocos países en el mundo que puede hablar seriamente de tener una verdadera tradición estratatégica

en contrainsurgencia, cuyas raíces se remontan a los albores del imperio colonial británico, en el siglo XVIII, pues no cabe olvidar que la revolución norteamericana está considerada por los especialistas como uno de los más exitosos movimientos insurgentes de la Historia, lo que no impide que, según Beckett, la doctrina de contrainsurgencia británica sea la mayor aportación de esta nación al pensamiento militar contemporáneo.

Todo ello dio lugar, en el Reino Unido, a una alta especialización en "el arte de la guera". Al contrario de lo que ocurría en la mayor parte de las naciones industrializadas, donde la leva masiva se había convertido en la norma, Gran Bretaña mantuvo hasta el siglo XX un ejército profesional y, por tanto, voluntario, comandado por un relativamente reducido número de oficiales que acumulaban con facilidad una amplia experiencia bélica en la casi ininterrumpida sucesión de conflictos coloniales que afrontó el Imperio británico. Este fue el caso de militares como Gordon, Bullers o Fredericks, por citar algunos de los más destacados comandantes de la época victoriana, o de Wingate o Kitson en épocas posteriores. El hecho de que las unidades fueran profesionales también redujo el rechazo social hacia las guerras coloniales, puesto que las tropas que luchaban en ellas no eran reclutadas de forma forzosa entre la población. El soldado era un profesional que asumía los azares de su oficio.

Sin embargo, las guerras contra culturas nativas –como las guerras zulúes o las campañas contra los ashanti- no eran una prueba válida sobre la operatividad real de las fuerzas británicas como ejército moderno, y los triunfos relativamente cómodos en estas guerras –dejando al margen desastres puntuales como el de Isandhlwana, en el que, el 22 de enero de 1879, más de mil trescientos soldados británicos murieron a manos de un ejército zulú- indujeron en el ejército británico una falsa sensación de seguridad y perfección, un sueño del que fueron bruscamente despertados por las dos guerras bóers. Derrotas como las de Majuba, Colenso o Spioenkop, frente a

los muy inferiores en número afrikáners, revelaron al alto mando británico las dificultades que suponía enfrentarse a un enemigo decidido, hábil en el uso de armas de fuego, conocedor del terreno y dispuesto a practicar un tipo de guerra alejado de los parámetros convencionales.

A lo largo de la era victoriana, el ejército británico luchó en más de doscientas treinta campañas a lo largo de todo el mundo, la mayor parte de ellas pequeñas guerras, rebeliones y conflictos coloniales. Varias lecciones se extrajeron de este enorme número de conflictos, y se convirtieron en los pilares doctrinales del Reino Unido para enfrentarse a las *small wars.*

La primera de estas ideas era que las autoridades militares debían estar a las órdenes de las autoridades civiles; por tanto, el máximo responsable de las fuerzas armadas en un enclave concreto debía quedar sometido a la autoridad del máximo responsable político en la zona.

En segundo lugar, era imprescindible la utilización del número mínimo de recursos para conseguir el éxito. Este principio del uso de la fuerza mínima llegó a convertirse casi en un mantra para las fuerzas británicas, ya que los despliegues bélicos y las campañas eran costosos en extremos y, en un periodo de conflictos constantes, Gran Bretaña no podía permitirse, humana y económicamente sobrerreaccionar a una amenaza, ya que ello suponía, indefectiblemente, desatender otro escenario. El pragmatismo no era una opción, sino un enfoque necesario, por lo que la fuerza mínima era la única respuesta coherente con este pragmatismo, ante los enormes problemas logísticos y de medios que suponía la defensa de un imperio que se extendía por los cinco continentes.

En tercer lugar, se perpetuó el sistema de organización regimental, considerado la mejor estructura posible para hacer frente a pequeñas guerras y conflictos coloniales. Al contrario que ejércitos

que utilizaban como base de su estructura militar unidades de mayor tamaño –la división o la brigada-, el regimiento constituía una base de despliegue flexible que permitía realizar intervenciones con fuerzas pequeñas sin alterar la estructura básica del ejército. Así, si una situación concreta podía confrontarse con, por ejemplo, dos regimientos, no era necesario desplegar una división completa –por lo general, tres regimientos más sus servicios divisionales- ni extraer esos regimientos, dejando la división fragmentada y mermada desde el punto de vista operativo.

Sin embargo, la doctrina británica adolecía de un error que habría de costarle caro más adelante, en escenarios como Palestina o Irlanda del Norte: estaba concebida para la lucha colonial, en conflictos con escasa o nula cobertura mediática y poca o ninguna repercusión internacional, lo cuál, junto con consideraciones de orden moral –como el hecho de que los militares británicos del siglo XIX consideraran la guerra de guerrillas como una práctica cobarde contra la cual estaba justificado el empleo de cualquier método- introdujo prácticas de represalia indiscriminada como parte de las herramientas a utilizar en contrainsurgencia. La puesta en marcha de este tipo de medidas en los conflictos del siglo XX, frente a adversarios comprometidos ideológicamente e insertos en comunidades homogéneas que los apoyaban fue contraproducente en casos como Chipre o la Frontera Noroeste de la India, e imposible de utilizar en otros, como Palestina o Irlanda del Norte.

CAPÍTULO 1:

LA SEGUNDA GUERRA BÓER Y LA GUERRA ASHANTI

1.- Origen del conflicto en África del Sur

A lo largo del siglo XIX, dos colectivos europeos se habían asentado en África del Sur: por un lado, los británicos, centrados en Ciudad del Cabo, y cuyos dominios se expandieron constantemente a lo largo de la centuria; y, por otro lado, los bóer, colonos en su mayor parte de origen holandés y alemán, que crearon una serie de estados independientes –Transvaal y el Estado Libre de Orange- en el interior de África del Sur, a donde fueron desplazados, en busca de pastos fértiles, por los británicos, que controlaban las costas. En 1881, las repúblicas bóer y el imperio británico entraron en una guerra, al intentar anexionarse Londres la República de Transvaal, conflicto de desastrosas consecuencias para Gran Bretaña, ya que, con su inesperada victoria en el Paso de Majuba, los bóers se aseguraron –al menos, temporalmente- su independencia, rechanzo un primer intento de anexión por la fuerza por parte de Londres. Sin embargo, la derrota militar no aplacó las ambiciones británicas y solo concedió a los bóers una pausa de menos de dos décadas de duración.

Tras la Primera Guerra Bóer, Gran Bretaña siguió expandiéndose en el área, anexionándose sucesivamente Bechuanaland en 1885, Rhodesia entre 1890 y 1895 –pese a la resitencia nativa que dio lugar a la Primera Guerra Matabele- y Zululandia en 1897. Uno de los problemas entre los estados bóer y Reino Unido era el estatus de los *uitlander*, los trabajadores mineros

de Gran Bretaña que trabajaban en las minas afrikaners. Temerosos de que se convirtieran en una fuerza social y política, ante el constante aumento de su número, los bóer les impusieron no solo gravámenes especiales, sino que también restringieron su derecho al voto y su acceso a los cargos representativos en el gobierno del país. La cuestión de los *uitlanders* cada vez ocupó más espacio en la prensa y la sociedad británicas, que presionaba a su gobierno para que interviniera a favor de los derechos de esta minoría.

Ante la presión, el presidente de Transvaal, Paul Kruger, manifestó en varios discursos que estaba dispuesto a realizar concesiones a los *uitlander*. Se abrió un proceso de negociaciones en la capital del Estado Libre de Orange, Bloemfontein, el 31 de mayo de 1899, pero los negociadores británicos, incluso desde antes de comenzar, estaban convencidos de que las negociaciones fracasarían. El 5 de junio, los peores augurios se confirmaron, al rechazar los representantes de Londres un acuerdo, sugerido por Kruger, que difería solo en aspectos tangenciales de la postura británica. La sensación de que Reino Unido estaba buscando una excusa para ir a la guerra contra las repúblicas bóer y afirmarse como única potencia en el África Merdional se extendió por las cancillerías del mundo. Ambos bandos comenzaron a prepararse para un conflicto inminente.

Gran Bretaña desplazó 10.000 soldados a África del Sur; el presidente Kruger dio un ultimátum para que estas fuerzas se retiraran de la frontera con Transvaal y el Estado Libre de Orange antes de la medianoche del 11 de octubre de 1899, algo que los británicos no llevaron a cabo. Expirado el plazo, fuerzas bóer penetraron en la provincia británica de Natal, dando comienzo a la Segunda Guerra Bóer, conflicto que fue, como afirmó el teniente general Frank Hickling en su introducción a *The boer war. Army, nation and Empire*, la más grande de las guerras coloniales británicas.

2.- Guerra convencional y guerra de guerrillas

La incursión bóer se basaba en la necesidad estratégica de derrotar a los británicos antes de que estos pudieran concentrar el poder de su imperio en África del Sur. Los comandantes afrikáners confiaban en poder infringir una serie de rápidas derrotas que incitaran a un levantamiento popular en contra de la guerra, que obligara a los británicos a negociar. Aunque lograron asediar ciudades importantes como Ladysmith, Kimbereley o Mafeking, la invasión bóer fracasó al no conseguir provocar el levantamiento que constituía su objetivo principal. El despliegue masivo de fuerzas británicas pronto otorgó a estos la iniciativa estratégica.

Los británicos confiaban en obtener una rápida victoria, basándose en la experiencia de la mayor parte de sus anteriores conflictos coloniales. Diseñaron una fuerza convencional mixta, dotada de artillería, infantería y caballería, con la idea de que se desplazara por los amplios espacios sudafricanos siguiendo las líneas del ferrocarril. La idea británica de librar batallas campales contra ejércitos enemigos a los que poder batir con cargas de caballería y descargas de formaciones cerradas contrastaba con la forma de hacer la guerra que planteaban los bóers: resguardándose en trincheras, aprovechando las ventajas de la pólvora sin humo para hostigar a los enemigos sin ser localizados y utilizando su dominio de la equitación para superar en capacidad de maniobra a las fuerzas británicas y atacarles en los lugares y puntos donde eran más vulnerables, a lo largo de las extendidas líneas de suministros.

Además, los bóer utilizaron tácticas de defensa en profundidad, disparando sobre las unidades británicas que se acercaban, muchas veces sin haber localizado aún al enemigo y cuando por fin los defensores eran desalojados y amenazados por la superioridad numérica y de potencia de fuego británica, los bóer montaban en sus caballos y se desplazaban hasta la siguiente posición previamente preparada para la defensa, repitiendo el proceso de forma constante.

Las operaciones británicas comenzaron en octubre de 1899, y antes de que terminara el año, habían sufrido tres derrotas de importancia, en Stromberg, Margersfontein y, principalmente, en Colenso, en diciembre. En las dos primeras batallas, se acumularon setecientas bajas para los atacantes, pero Colenso fue el desastre que culminó la llamada *Black Week* –semana negra-: ciento cuarenta y un muertos, doscientos cuarenta y un desaparecidos y setecientos cincuenta y cinco heridos, más de mil cien bajas en una sola acción. Cuando la semana negra de diciembre de 1899 terminó, los británicos habían sufrido en total más de setecientas bajas mortales y alrededor de tres mil heridos.

Las noticias, al llegar las listas de bajas a Gran Bretaña, fueron un shock para la población, que esperaba otro fácil triunfo sobre los nativos, acostumbrados a lo que Packenham, acertadamente, describió como "el juego del fusil contra la lanza". Para entender lo que pudo suponer la *Black Week* para el ejército y la sociedad británicas, sirva el siguiente dato: desde la guerra de Crimea, treinta y tres años antes, las fuerzas británicas solo habían perdido más de cien hombres en un combate en dos únicas ocasiones: Isandlwana contra los zulúes y Maiwand, en la Segunda Guerra Afgana, y en ambos casos en situaciones de batalla atípicas.

En 1900, Reino Unido puso en pie la fuerza expedicionaria de mayor tamaño jamás enviada a una de sus guerras coloniales. En el teatro de operaciones, el general Roberts dispuso de cuarenta mil infantes apoyados por cinco mil jinetes y un centenar de cañones de campaña, lo cual, añadido el personal auxiliar, de apoyo y los servicios logísticos, totalizaba casi 180.000 hombres a sus órdenes. Poco a poco, las tácticas fueron mejorando: la caballería fue utilizada para localizar las posiciones enemigas antes de que la infantería entrara en su radio de tiro; la infantería comenzó a ser usada en pequeñas unidades en vez de en grandes formaciones y la artillería se usó para cubrir con su fuego los movientos de aproximación.

La conjunción del abrumador despliegue de fuerza con la mejora operativa británica hizo que los bóers fueran derrotados en varias batallas, incluyendo la de Paadeberg, que permitió levantar el asedio de Ladysmith- Días antes se había conseguido romper también el asedio de Kimberley. El 13 de marzo, las fuerzas de lord Roberts tomaban Bloenfomtein, capital del Estado Libre de Orange y despejando el camino para la toma de Pretoria, capital del Transvaal, con cuya captura los oficiales de Su Majestad consideraban que se pondría fin a la guerra.

Dado el cambio de tornas en la guerra, los bóers buscaron nuevas formas de enfrentarse a la invasión británica. En marzo, en una conferencia de generales, Christiaan de Wet defendió la necesidad de cambiar a una estrategia de guerra de guerrillas, abandonando la guerra convencional para pasar a operar en columnas móviles que se movieran sobre las líneas de suministros británicas, usando el llamado *hit and run*: golpear y correr.

El 5 de junio los británicos tomaron Pretoria. Sin embargo, la lectura estratégica que consideraba que su captura pondría fin a la guerra se demostró errada. Se basaba en lo que en análisis de inteligencia se denomina error de atribución, es decir, otorgar al oponente las mismas características y motivaciones que uno mismo. De esta forma, los estrategas británicos, cuya cultura estaba centrada en las ciudades, pensaron que tomando los principales núcleos urbanos bóer se colapsaría el esfuerzo bélico de sus enemigos. Sin embargo, el mundo bóer no orbitaba en torno a sus capitales, sino que eran una cultura rural cuyo elemento central eran las granjas familiares aisladas, por lo que la toma de Bloenfomtein y y de Pretoria por el enemigo no terminó con su voluntad de combatir; bien al contrario, la guerra se recrudeció.

La idea estratégica de su guerra de guerrillas no era la derrota militar de los británicos, imposible con los medios a su alcance, sino causar tal número de bajas que hubieran de avenirse a negociar un

acuerdo. Para ello, la mayor parte de las fuerzas bóers mantuvieron la guerra convencional, pero un número creciente de combatientes fue empleado en la guerra irregular, atacando las líneas de suministro –especialmente las largas extensiones de vías ferroviarias- y a las guarniciones aisladas. La guerrilla, al basarse en operaciones de pequeñas unidades, multiplicaba la importancia de los líderes, y los bóers contaban con una serie de comandantes jóvenes, capaces y decididos a llevar la lucha a sus últimas consecuencias: el ya mencionado Christiaan de Wet, Koos de la Rey, Botha, Kritzinger, Herzog y Viljoen, por mencionar a algunos de los más destacados.

Roberts encargó a sir Redvers Bullers la captura de uno de los más signficados líderes de la guerra de guerrillas bóer, Christiaan de Wet, para lo cual se creó un mando centralizado que coordinaba todas las operaciones contra el comando –nombre que utilizaban los afrikáners para referirse a sus columnas guerrilleras y que pasaría a la terminología militar universal- del general de bóer. Sin embargo, los esfuerzos no dieron su fruto y las continuas evasiones de De Wet otorgaron a este un estatus casi legendario que llegó incluso a hacerle popular en la propia Gran Bretaña.

Los granjeros apoyaban activamente a las columnas bóer, por lo que los británicos impusieron durísimas medidas contra la población, quemando las granjas que sospechaban que habían ayudado a los bóers –más de seiscientas ardieron entre junio y noviembre de 1900- y, a partir del verano de 1900, creando campos de concentración donde se internó a miles de personas –en 1901, ya había 160.000 civiles internados, mujeres y niños incluidos-, en unas condiciones tan duras que entre 20.000 y 28.000 personas perdieron la vida en ellos, pese a que los británicos los emplazaron a lo largo de las vías férreas para facilitar la llegada de suministros.

Estas prácticas generaron una agria polémica en el Parlamento de Londres, donde una sección de la Cámara se opuso al internamiento y a la quema de granjas por considerar que violaba la

Convención de La Haya, firmada en 1899, que establecía disposiciones sobre el estatus de los prisioneros de guerra, el trato a la población civil y contra el encarcelamiento de no combatientes y la destrucción de propiedades que no eran objeto de defensa militar. Aunque el general Kitchener, que había sustitudio a lord Roberts en diciembre de 1900, hizo un esfuerzo por sanear los campos y mejorar el suministro de agua, cuya deficiencia había sido la principal causa de muertes, la polémica levantada en Londres hizo que se buscaran nuevas soluciones estratégicas para combatir a las guerrillas bóer.

Kitchener comenzó por promulgar la ley marcial en los territorios de África del Sur, lo que le permitió controlar la información que la prensa publicaba sobre las incursiones de los comandos insurgentes, y comenzó a relevar a las tropas trayendo nuevos regimientos con experiencia colonial desde Australia, Nueva Zelanda y Canadá, incluida unidades de la célebre Policía Montada del Noroeste, que se convirtió en los Fusileros Montados del Canadá durante la campaña de África del Sur. Dada la enorme extensión que suponía adminsitrar las dos colonias británicas originales –El Cabo y Natal- y los dos estados bóer ocupados y declarados, en los meses anteriores, dominios británicos –Transvaal y Orange-, Kitchener descentralizó el mando de las operaciones, concediendo una mayor autonomía a sus subordinados. Para mejorar la adquisición de información, se creó una fuerza de exploradores nativos, expertos conocedores del terreno y que no tenían simpatía por los bóers, cuya política racial había sido hostil hacia la población negra.

En marzo de 1901, se iniciaron conversaciones de paz; los bóers propusieron un acuerdo de entrega de armas, pero el gobierno británico se negó a amnistiar a sus trescientos oficiales principales, que, con la la promulgación de la ley marcial por Kitchener, no podían esperar otra cosa que ser juzgados por un tribunal militar y fusilados. Pese a que Kitchener presionó a Millner, Alto Comisionado en África del Sur y, por tanto, máxima autoridad política en la zona, para que

aceptara el acuerdo propuesto, Londres y Ciudad del Cabo se negaron a modificar su postura sobre la amnistía de los líderes bóer.

La guerra se reanudó. Kitchener optó entonces por limitar la movilidad de las partidas dividiendo el país mediante el uso de alambre de espino y la construcción de un sistema de blocaos o fortines. La idea era bloquear primero a los bóer, de forma que no pudieran ir de una parte del país a otra y después limpiar de combatientes el terreno cuadrícula por cuadrícula. Para implementar esta estrategia, el ejército británico construyó más de ocho mil blocaos en la zona de combate y desplegó más de 3.700 millas de hileras de alambre de espino.

Aunque líderes como De Wet consiguieron burlar en ocasiones a los británicos perforando las alambradas en zonas desguarnecidas, al hacerlo, la mayor parte de las veces debían dejar atrás los carros de suministros y buena parte de sus cabalgaduras, por lo que cada vez su capacidad operativa se iba viendo reducida, aún si lograban escapar de una cuadrícula concreta. Así, uno de sus principales comandantes, Ben Viljoen, fue capturado en enero de 1902.

En mayo de 1902, impotentes para enfrentarse a un cuarto de millón de soldados británicos y aislados del resto del mundo desde el comienzo de la guerra, gracias a la hábil diplomacia británica, los boérs solicitaron negociar una rendición. Los estados, hasta entonces libres, pasaron a ser regiones semiautónomas dependientes del gobierno del Reino Unido. El gobierno británico, en el acuerdo que se firmó el 31 de mayo, aprobado por cincuenta y cuatro de los sesenta líderes afrikáner que lo votaron, amnistiaba a los combatientes bóers, consagraba legalmente la primacía de la población blanca sobre la de color y se obligaba a entregar tres millones de libras para que se invirtieran en mejorar la economía devastadas de los nuevos dominios.

3.- Razones de una victoria

La principal causa de la victoria final británica, amén de la desproporción de fuerzas –para cuando terminó el conflicto, Reino Unido había desplazado a África del Sur a más de cuatrocientos mil soldados y alistado a 120.000 soldados nativos -, fue la capacidad de los militares británicos para modificar sus estrategias y tácticas, catastróficas en los primeros meses del conflicto, a medida que desafíos de diferente cuño, como la guerra de guerrillas, eran planteados por el enemigo. Aún así, el triunfo tuvo un enorme coste en vidas humanas para el Reino Unido: 22.000 soldados del ejército de Su Majestad, tanto británicos como de diferentes dominios y colonias, perdieron la vida luchando contra los bóer entre 1899 y 1902.

Esta capacidad de adaptación fue patente, en primer lugar en las operaciones convencionales. Las tres armas –infantería, caballería y artillería- dejaron de operar como tres conjuntos diferenciados y diseñó una doctrina táctica integrada: la caballería efectuaba el reconocimiento, la artillería cubría el avance de la infantería y esta efectuaba el asalto de las posiciones enemigas. Cuando el conflicto se convirtió en una guerra de guerrillas, la estrategia fue la disrupción entre los combatientes y la población civil que los apoyaba, lo que llevó a la quema de granjas y la aparición de los campos de internamiento, políticas que, consideraciones morales al margen, desde el punto de vista militar fue exitosa, aunque no lo suficiente para derrotar por sí misma a las partidas bóer.

El modelo contrainsurgente utilizado en la guerra bóer fue estrictamente militar, ya que lo que se pretendió en todo momento fue la eliminación de las fuerzas enemigas, sin ninguna concesión hacia objetivos políticos, como hubiera podido ser la cooperación de la población, algo a lo que se renunció irremediablemente con los campos de internamiento y con la quema de granjas. Una de las claves del triunfo británico fue que el debate sobre los campos de concentración no llegó a romper el apoyo popular a la guerra en la

propia Gran Bretaña. En el momento crítico, cuando los liberales propusieron la retirada a Sudáfrica, en vista de las atrocidades cometidas, el saneamiento y reestructuración de los campos y de las condiciones de vida que en ellos se daban, reduciendo la mortalidad, silenció esas voces y consiguió mantener unido al pueblo británico en torno al esfuerzo bélico.

No obstante, la política de quema de granjas, la mortandad de civiles en los campos de internamiento y la aplicación de ejecuciones sumarias de combatientes bóer al amparo de la ley marcial promulgada por Kitchener estuvieron a punto de provocar una ruptura en la propia sociedad británica, respecto del apoyo a la guerra, a su necesidad o, al menos, al modo en que se estaba llevando a cabo. Se trata de una de las primeras ocasiones en que una estrategia contrainsurgente debió afrontar el cuestionamiento moral, ético y legal de sus medios por parte de su propia población y, en ese sentido, es un precedente vital de uno de los factores esenciales de la contrainsurgencia contemporánea: la reacción de la opinión pública propia. La campaña contrainsurgente francesa en Argelia durante la guerra de independencia es un ejemplo claro de cómo este factor puede ser vital en un conflicto asimétrico.

La gran lección que recibió el ejército británico del conflicto fue mucho más allá de la aplicación de tácticas o cambios estratégicos concretos. Casi cuatro mil bajas en la *Black Week* de diciembre de 1899 revelaron una verdad terrible: el ejército británico no estaba preparado para afrontar los desafíos de un conflicto moderno, y los éxitos en las pequeñas guerras coloniales de las décadas previas, los triunfos bélicos de la era victoriana, habían sido un espejismo ligado al "juego del fusil contra la lanza". Cuando el enemigo había estado armado de fusiles máuser en vez de armas blancas, la complacencia y las deficiencias que esta había generado se tradujeron en miles de muertos y colocaron al Imperio británico al borde de una catástrofe militar, estratégica y política.

4.- El Asiento de Oro y la última guerra Ashanti

A lo largo del siglo XIX, Gran Bretaña se enfrentó en cuatro guerras con el reino nativo de Ashanti, en la actual Ghana, en lo que los británicos denominaban la colonia de Costa de Oro. Tras el cuarto conflicto, en 1896, los británicos consiguieron que se desterrara al monarca de los ashanti, que había accedido al trono tras una sangrienta guerra civil entre clanes que se extendió entre 1885 y 1888 y que, tras un largo periplo, terminó siendo deportado a las islas Scheychelles. En consecuencia, los ashanti reconocieron formalmente ser parte del imperio británico; sin embargo, las autoridades coloniales trataron de intervenir lo menos posible en los asuntos ashantis, conscientes de que esta sumisión era más formal que real. Para mantener tranquilo el territorio, utilizaron la conocida fórmula de *divide et impera*, firmando tratados por separado con cada uno de los jefes tribales.

En 1898 y 1899 se produjeron incidentes intertribales en las villas de Berekun y Aguna. El desconento comenzó a cundir nuevamente entre varias de las tribus, especialmente aquellas sobre quienes había recaído la misión de mantener abiertas las carreteras, una tarea ardua en la jungla, pero que les hacía objeto de duras sanciones –en forma de impuestos- si no se cumplía a satisfacción del residente británico en la zona.

Los sucesos se precipitaron cuando un niño llamado Esumi se presentó, en diciembre de 1899, en Accra, centro administrativo británico en la zona, afirmando que estaba dispuesto a guiar a los británicos hasta el Asiento de Oro, mítico símbolo de la monarquía ashanti, que estos habían logrado ocultar a los británicos tras el derrocamiento de su último monarca como consecuencia de la Cuarta Guerra Ashanti. Se envío una expedición para su localización, pero el muchacho no fue capaz de señalar su ubicación y permaneció aterrorizado durante todo el trayecto, además de intentar fugarse en repetidas ocasiones. Insatisfecho, el residente en Kumasi, Frederik

Hodgson, organizó una segunda expedición, esta vez bajo su mando directo.

En una reunión con miembros del clan kumasi, en marzo de 1900 y ante numerosos jefes ashanti, el residente dio un agresivo discurso en el que afirmó que nunca se autorizaría el regreso del monarca desterrado, recordó a los jefes que sus tribus aún debían las indemnizaciones que se habían acordado en el Tratado de Fomana, al concluir la guerra anterior, y reiteró el reparto de cuotas entre las tribus para el pago de dicha indemnización. Para cerrar su discurso, efectuó una alusión al Asiento de Oro, preguntando, con teatral indignación, por qué no estaba sentado en él, si los ashanti habían reconocido a la reina Victoria como su nuevo monarca y él era el delegado en el que recaían todos los poderes de la reina.

El discurso inquietó profundamente a los caudillos. Por un lado, terminó con sus esperanzas de que los británicos consintieran en el regreso del rey exiliado, algo que, ingenuamente, habían esperado lograr con el paso del tiempo. Por otro, la reclamación del Asiento chocaba frontalmente con sus tradiciones y su religión, ya que el Asiento de Oro no solo era un símbolo de su monarquía, sino también un objeto con propiedades mágicas y religiosas, al que se pensaba que estaban vinculados los espíritus de los grandes líderes ashanti del pasado. Para ellos, el poder del reino estaba en el trono, y puesto que todavía retenían el trono, la dominación británica no pasaba de ser, en su forma de entender el mundo, una formalidad. Si se entregaba el Asiento de Oro, los ashanti quedarían sometidos al Reino Unido de una forma que cabe calificar como espiritual, más que política.

Los mensajeros comenzaron a recorrer la jungla, visitando a las tribus e invitándolas a unirse en una nueva rebelión contra los británicos, la quinta en la historia de los belicosos ashanti, un pueblo que, como explicó un porteador de otra tribuo al capitán Armitage, "viven para luchar". Los guerreros propusieron a Yaya Asantiwa, reina madre de Ejisu, que encabezara el movimiento, lo cual aceptó,

ya que los británicos habían deportado a uno de sus nietos. De hecho, para los ashanti, la revuelta de 1900 es conocido como la guerra de Yaya Asantiwa. En sus memorias, el capitán Armitage señala que, durante la reunión con los jefes en la que Hogdson pronunció su discurso de funestas consecuencias, Yaya Asantiwa había llamado la atención de todos los presentes al detenerse para observar de cerca y con suma atención las medallas que Hogdson lucía en su uniforme.

No obstante, la llamada al levantamiento distó de ser un éxito. Apenas la mitad de las tribus se unieron a la rebelión; el resto temía que, si triunfaban, se reestableciera el dominio de los coomasie sobre los otros clanes, como había sucedido en épocas anteriores a la dominación británica, por lo que muchos se mantuvieron, en principo, al margen.

El 31 de marzo de 1900, una nueva expedición enviada para tratar de localizar el Asiento de Oro, encabezaba por los capitanes Armitage y Legget, comenzó a percibir la inquietud que reinaba en las tribus. El 2 de abril, en la aldea de Bali, la expedición, formada sobre todo por soldados hausa procedentes de los dominios británicos en la actual Nigeria, fue tiroteada por los ashanti. Las tropas se refugiaron en las casas y se dio orden de no devolver el fuego a no ser que se produjera un asalto sobre las posiciones británicas. Fue el comienzo de la quinta y última de las guerras ashanti.

A la mañana siguiente, cuando abandonaron el poblado, las tropas de Armitage y Legget recibieron fuego disperso desde la espesura durante el día y gran parte de la noche, hasta que un aguacero torrencial interrumpió el hostigamiento. El día 4, tras avanzar durante todo el día envuelta en una pesada niebla, de la que emergían los gritos de guerra enemigos, la columna fue atacada a orillas del río Ofin por guerreros de los clanes ofín y ejisu, pero el fuego de las tropas británicas dispersó a los atacantes y dio muerte a dos de sus caudillos. No obstante, sin agua, sin alimentos, agotados y escasos de municiones, los británicos tuvieron que detenerse a pasar la noche en

un claro de la jungla, una antigua plantación, donde establecieron un perímetro defensivo. Por suerte, los ashanti se habían dispersado. Los ataques a la columna, primera acción de la guerra, habían costado a los británicos un muerto y diecinueve heridos.

De inmediato, la maquinaria militar del imperio se puso en movimiento. Se enviaron fuerzas desde Sierra Leona, Lagos y el Norte de Nigeria, que se pusieron al mando de las autoridades de Costa de Oro. Se hizo un intento de negociación, a través de los caudillos leales, pero la insistencia de los rebeldes en el retorno del rey y en que se les permitiera nuevamente comprar y vender esclavos, algo que se había prohibido en 1896, truncó la posibilidad de aplacar la revuelta con concesiones, ya que el residente estaba dispuesto a perdonar el pago de la indemnización por la guerra anterior, pero no a tolerar la vuelta del monarca ni a volver a legalizar la esclavitud.

5.- Asedio e intento de rescate de Kumasi

A finales de abril, se enviaron varias columnas al interior del territorio ashanti. Estas unidades quemaron algunas aldeas rebeldes, como Kasi y Adeababa, sin encontrar oposición significativa. Sin embargo, el 23 de abril, una de las columnas cayó en una emboscada en las inmediaciones de la aldea de Fumesua, donde los ashanti dieron muerte a cinco soldados africanos e hirieron a otros cincuenta y cinco, además de a un oficial británico. Dos días después, los rebeldes cortaban las líneas de telégrafo y cercaban Kumasi, forzando a los europeos a refugiarse en el interior del fuerte, donde también se refugiaron los civiles hausa, temerosos de que los ashanti pudieran efectuar una matanza tribal. Por suerte para los británicos, una columna de doscientos cincuenta soldados bajo el mando del capitán Amblin consiguió llegar a Kumasi, pero debido a que había sufrido bajas significativas en una acción anterior y a que casi había agotado su munición, no fue suficiente para levantar el cerco. El 25 de mayo, una segunda columna, con doscientos ciencuenta soldados africanos y

algunos oficiales británicos reforzó a los defensores, de forma que en el interior de las posiciones asediadas se encontraba un total de veintinueve europeos, alrededor de setecientos soldados africanos y varios millares de civiles hausas y ashantis leales.

Con rapidez, la ausencia de alimentos se convirtió en la principal preocupación de los asediados. Varias salidas en busca de comida fueron truncadas por los sitiadores, perdiendo la vida en una de ellas el capitán Maguire, uno de los oficiales europeos. Para junio, el uno de cada diez sitiados había fallecido de desnutrición o por las enfermedades asociadas a ella; el capitán Armitage escribió, en su narración de la campaña, que los civiles refugiados en el fuerte morían a un ritmo de treinta o cuarenta diarios. Se decidió realizar un intento desesperado de abandonar el fuerte, dejando tras de sí una guarnición de ciento nueve soldados hausa comandada por tres británicos, que se ofrecieron voluntarios para la tarea.

La salida de los casi quinientos combatientes que quedaban con vida, a los que acompañaban setecientos porteradores y una multitud de civiles, comenzó con el asalto a una de las empalizadas de los ashanti, que cerraba la senda hacia Patasi. En el primer asalto, aunque se logró abrir una brecha por la que evacuar la posición, perdieron la vida cuatro soldados hausa y el capitán Legget, que ya había sufrido trece heridas durante el asedio, fue herido de gravedad. Fuera ya de Kumasi, la columna fue atacada incesamente a lo largo de todo el día, mientras se desplazaba por la jungla tan rápido como le era posible. Una de las primeras bajas fue el capitán Marshall, que había sustituido a Legget en la vanguradia de la columna, y que fue herido por un disparo en la cabeza durante una emboscada al comienzo de la marcha. Al caer la noche, la columna había llegado a la pequeña aldea de Terabu.

Tras dos días más de marcha, costantemente hostigados por el enemigo, el capitán Armitage y los hombres y mujeres que de él dependían consiguieron llegar a Hiakosi, la lealtad de cuyo jefe la

convertía en territorio amigo. La columna por fin estaba a salvo, si bien demasiado tarde para poder salvar a los capitanes Legget y Marshall, que murieron a consecuencia de las heridas sufridas el primer día de marcha. Según Fuller, la misma suerte habían sufrido ochenta y siete de los soldados africanos y un número mucho mayor de los civiles y porteadores. Sin embargo, el relato de la campaña que efectuó el capitán Armitage, que comandaba la expedición, afirma que perdió tan solo diecisiete soldados hausa, amén de las graves heridas que acabarían causando la muerte de Legget y Marshall. Sobre los porteadores y los civiles Armitage no ofrece dato alguno.

Entre tanto, Reino Unido había reunido una fuerza de 1.400 soldados al mando del coronel Willocks, que pronto lanzó una serie de expediciones hacia el interior del territorio Ashanti. El jefe Kwekwo Inkasa, del clan adansi, se manifestó reiteradamente como un leal súbdito de Su Majestad. Sin embargo, de los veinticinco mineros europeos que trabajan en las inmediaciones de su aldea al estallar la rebelión, solo dos seguían con vida. Los otros veintitrés habían sido entregados a los rebeldes y asesinados por estos, por lo que el ejército ignoró sus protestas de inocencia y trató de penetrar en su territorio, pero la resistencia de los ashanti logró rechazar varios intentos de desalojarles de las empalizadas con las que habían protegido las rutas por la jungla. Solo el 1 de julio lograron las fuerzas británicas romper las defensas ashantis y marchar hacia Kumasi, donde los asediados tenían víveres, según sus propios cálculos, para resistir hasta el 11 de julio.

No obstante, el clan kokuso consiguió rechazar los ataques de una segunda columna, al mando del capitán Borroughs, por lo que la columna de Wilkinson, que había sido la que había roto las defensas de los adansi, carecía de fuerzas por sí sola para avanzar a Kumasi y levantar el cerco. Cuando consiguió reunir una fuerza de mil soldados africanos, reanudaron el avance, quemando varias aldeas a medida que marchaban por ellas. Finalmente, las fuerzas de Willocks consiguieron llegar a Kumasi en la noche del 14 de julio, pero la dura resistencia de

los rebeldes impidió que las fuerzas entraran en la villa hasta el amanecer del día siguiente. Así, tras meses de asedio, los supervivientes de la guarnición fueron liberados. Los ciento cincuenta defensores habían sufrido una muerte diaria por el hambre y las privaciones, pero, como narraba el oficial al mando de la guarnición, el comportamiento de los soldados africanos había sido excelente, sin perder en ningún momento la disciplina, y habían conseguido mantener la posición.

El signo de la guerra se inclinó definitivamente del lado británico. Diferentes fuerzas ashanti fueron destruidas en combates alrededor de la aldea de Jachi y varios de sus caudillos fueron muertos en combate. Otros, como Edu Jenfi y Antoa Mensa, se entregaron a los británicos en las semanas subsiguientes, provocando un efecto dominó que llevó a muchos guerreros a deponer las armas. Para septiembre de 1900, la mitad Sur del territorio se encontraba pacificada.

El 29 de septiembre se localizó una fuerza de cinco mil guerreros en Aboasu, a diez millas al Norte de Kumasi. Bajo una lluvia torrencial, las fuerzas británicas se desplazaron al área, donde, el 30 de septiembre, mil doscientos soldados británicos –en su mayoría, africanos- se enfrentaron a los ashanti en un duro encuentro en el que las descargas cerradas de la infantería imperial no lograron impedir que los guerreros tribales llegaran al choque cuerpo a cuerpo. Finalmente, los ashanti se reteriraron, pero en buen orden y ocupando posiciones elevadas en las colinas de los alrededores.

Tras el combate de Aboasu, se modificó la política punitiva de las autoridades. Se anunció que solo que castigaría a quienes hubieran cometidos asesinatos durante la rebelión, e incluso a estos, si se rendían, se los trataría como a soldados enemigos, no como a rebeldes, como se había hecho hasta entonces –lo que implicaba que los prisioneros ashanti eran fusilados o ahorcados sobre el terreno-. Este cambio indujo a muchos guerreros a abandonar la rebelión. Uno de los

últimos caudillos Ashanti, Kobina Cheri, fue capturado poco después, el 23 de noviembre de 1900, junto con otra treintena de jefes. Cheri, que no se había rendido, fue juzgado sumariamente por un tribunal militar y condenado a muerte. El 25 de noviembre, solo dos días después de su captura, fue ahorcado. Su muerte marcó el final de la rebelión.

CAPÍTULO 2:

LA REBELIÓN DEL MULLAH LOCO EN SOMALILAND

1.- La cenicienta del Imperio y el mullah loco

Somaliland[2], parte de la actual Somalia, era, en el tránsito del siglo XIX al XX, uno de los territorios más pobres, áridos y abandonados de entre los dominios coloniales británicos. Hasta 1898, se administró desde el virreinato de la India, pero desde esa fecha pasó a depender directamente del Foreign Office, equivalente a un ministerio de Asuntos Exteriores. La presencia británica en el interior del territorio era testimonial y las únicas fuerzas de seguridad, la Policía de la Costa, se concentraba, como su nombre indica, en los asentamientos a orillas del mar Rojo, con tan solo dos pequeños puestos en las rutas del interior. Incluso cuando se decidió reforzar el dispositivo con una compañía de cipayos indios que se desplazó desde Adén, estos refuerzos se asentaron en la zona costera.

[2] Se ha preferido usar el término de origen británico *Somaliland*, en del vocablo *Somalia*, utilizado en castellano en la actualidad, ya que Somalia define una realidad geopolítica que no se corresponde con el Somaliland británico. La Somalia a la que hace referencia el vocablo castellano incluye los territorios de Somaliland, que estaban bajo soberanía inglesa, pero también la Somalia italiana y la región que los británicos denominaban Jubaland, otro de los dominios de Su Majestad.

En ese desolado escenario estalló en 1899 una revuelta liderada por Mohammed Abudllah Hassan, un líder religioso musulmán al que los británicos darían en llamar "el mullah loco" –término que aparece usado por primera vez de forma oficial en una carta del cónsul general en 1899-. Su revuelta causó decenas de miles de víctimas mortales, la gran mayoría de ellas en conflictos intertribales alentados por el caos de la rebelión.

Como en otras ocasiones y escenarios, los británicos fallaron en comprender la naturaleza del conflicto. Minimizaron el factor religioso, obviando que el Islam era un componente esencial de la estructura socio-política de las tribus somalíes, y redujeron las motivaciones de la rebelión a tres causas estereotipadas: la visión del mullah como un fanático religioso, su conceptuación como una personalidad ambiciosa que utilizaba la religión para satisfacer sus propósitos personales de poder y, a partir del estallido de la I Guerra Mundial, el movimiento de Hassan aparece como fruto de un complot alentado por las potencias contrarias al Reino Unido: Alemania y el imperio otomano, lo cual no dejó de tener un componente de veracidad, ya que los informes de la inteligencia británica en Sudán recogen la presencia de agentes turcos, procedentes de Abisinia, incitando al mullah a mantener su revuelta.

Hassan era un musulmán perteneciente a los Habr-Suleiman, también conocidos como clan Bagari, una tribu asentada en la parte meridional de la región etíope de Ogadén, donde la frontera con la Somaliland británica solo existía sobre los mapas. Tras iniciar sus estudios religiosos en las escuelas coráncias del Sur de Somaliland, Hassan peregrinó a La Meca, obteniendo la condición de *hadj*, propia de quiens han cumplido el precepto islámico de la peregrinación; no regresó a Somaliland de inmediato, sino que permaneció un tiempo estudiando en la ciudad santa, bajo la tutela de Mohamed Salih, cuya línea sufí era enemiga de los Qadariya, la principal interpretación del Islam en Somaliland. Hassan volvió a los dominios británicos en 1895, como cabeza de la orden sufí de Salih. Predicó sus enseñanzas

en la costa de Berbera, con poco éxito y demostrando ya ser una personalidad conflictiva, puesto que se vio en vuelto en numerosos problemas con otras cofradías sufíes.

Tras su fracaso en la costa, Hassan se dirigió al interior, donde las cosas fueron muy diferentes y pronto aglutinó en torno a su figura a un alto número de seguidores. Los clanes mikabil y miyirwalal de Ogadén, y los dolbahanta somalíes se convirtieron en sus seguidores. Según los informes de Ismay, uno de los agentes de inteligencia británicos sobre el terreno, fue el éxito de la rebelión del Mahdi en Sudán lo que animó a Hassan a tratar de construir un movimiento similar en Somaliland. De hecho, las comparaciones entre Hassan y el Mahdi fueron constantes en la documentación británica, e incluso intencionadas, a fin de estigmatizar la revuelta somalí y de concienciar a la metrópoli del peligro que suponía, pues seguía muy viva en la conciencia británica la caída de Jartum y la muerte en ella de uno de los grandes héroes de la era victoriana, Gordon.

Los pronósticos británicos, que habían contemplado a Hassan como una influencia positiva en el interior de Somaliland, al creer que su proceso de unificación de los clanes redundaría en hacer más fácil la centralización de la administración en un mundo tradicionalmente atomizado, fueron erróneos. El mullah declaró la yihad en 1899, primero contra los musulmanes impíos, dando comienzo a la misma con una incursión contra el asentamiento de la cofradía qadariya en Sheik –a cuyos habitantes masacraron-, pero pronto hizo extensiva su llamada a la guerra santa contra los infieles, personificados en la administración colonial británica de Somaliland y en la monarquía cristiana de Etiopía, así como contra los somalíes y etíopes musulmanens que, a sus ojos, no fueran lo bastante religiosos. Esta intransigencia, en cambio, no le impidió armarse a través de los comerciantes franceses que traficaban desde Djibouti.

La rebelión de Hassan se produjo en un momento en que las fuerzas británicas estaban ocupadas con la Segunda Guerra Bóer, en el extremo Sur del continente africano, y no fue posible desplazar nuevas unidades a la zona. Hubo que esperar dos años para que, cerrado el conficto en África Meridional, Gran Bretaña pudiera pensar en responder a la amenaza del mullah, que, en 1899, tenía bajo su mando siete regimientos de derviches, cuyo tamaño oscilaba entre los mil y los cuatro mil combatientes cada uno. La necesidad de sostener este ejército permanente hizo que se impusiera la entrega voluntaria de alimento a los derviches; sin embargo, pronto comenzó a aplicarse la consideración de mal musulmán a quién no realizara esta entrega, lo cual le hacía susceptible de cualquier tipo de represalia por parte de los seguidores de Hassan.

En 1899, Hassan trató de convencer a Garaad Cali, líder de los clanes dolbahanta de pastores del valle de Nugaal, de que se uniera a su movimiento. Gaarad respondió respetuosamente, declarando que respetaba al mullah en los asuntos religiosos, pero el gobierno de su gente no le competía, y rechazando unirse a su movimiento, señalando que en su valle no había infieles, sino solo buenos musulmanes. La respuesta de Hassan fue enviar una partida de derviches y asesinar a Gaarad. Sin embargo, el crimen resultó ser, además, un error, y gran número de los seguidores del mullah lo abandonaron.

Entre tanto, los británicos reforzaron sus fuerzas trasladando desde las islas Mauricio al 2º Regimiento de África Central, formado por askaris –soldados africanos- reclutados en los dominios imperiales de Nyasaland, en la actual Zimbawe. Bajo el mando del coronel Plunkket, la unidad consiguió interrumpir el flujo de armas hacia los seguidores de Hassan, e incluso persiguieron a este hasta la frontera con Etiopía, pero el cónsul general ordenó a Plunkket que se mantuviera en territorio británico, por lo que la oportunidad de haber capturado al mullah en 1900 se perdió.

Con unas fuerzas muy reducidas, Hassan se vio obligado a desplazarse a la región etíope de Ogadén, de donde era oriundo su padre. Allí, comenzó a reconstruir sus fuerzas. La inteligencia británica informó a la monarquía etíope de lo que estaba sucediendo y del peligro que podía llegar a represantar Hassan, de modo que se envió una columna de fuerzas etíopes a Ogaden para acabar con el mullah. Estas tropas saquearon numerosas aldeas de pastores a su paso, que nada tenían que ver con la rebelión de Hassan, con el catastrófico resultado de que los pastores del área pidieron la ayuda de los derviches para protegerse de los soldados. En un ataque sorpresa de las fuerzas de Hassan en Jigjiga, más de doscientos cincuenta soldados gubernamentales perdieron la vida ante el ataque de seis mil derviches, si bien las fuerzas etíopes –un contingente de mil quinientos hombres- consiguieron rechazar a los hombres de Hassan.

Sin embargo, las incursiones de saqueo de los derviches sobre asentamientos musulmanes les enajenaron parte del apoyo que habían obtenido luchando contra los etíopes. El clan que se enfrentó a ellos con más intensidad fue el de Mohamed Subeer, miembros de cuya tribu intentaron asesinar a Hassan durante una reunión, tras lo cual el mullah hizo ejecutar a todos los asistentes. La presión del ejército etíope y del clan subeer obligó, en 1901, a Hassan a desplazarse nuevamente a la Somaliland británica. Pero las circunstancias habían cambiado, ya que la guerra bóer, que tanto había jugado a favor del mullah en 1899, se encontraba en sus fases finales.

2.- Las cuatro campañas frustradas de Somaliland (1901-1904)

Alarmados por la fuerza mostrada por los derviches en Jijjiga, tanto etíopes como británicos decidieron poner fin a las andanzas del mullah. En esta ocasión, los británicos decidieron enviar una expedición contra los derviches. Dado que la revuelta bóxer en China y otra revuelva en Jubaland habían obligado a desplazar de Somaliland a los askaris, la fuerza estaría encabezada por una veintena

de oficiales británicos e indios e integrada por alrededor de mil quinientos soldados somalíes, instruidos por militares sikhs que se enviaron desde la India. El oficial al mando era Eric Swayne, un hombre que conocía el terreno de Somaliland, que había explorado en los años anteriores.

La expedición se demoró hasta mayo de 1901, debido a una temporada de lluvias tardías. Este retraso fue letal para la operación, ya que descoordinó los esfuerzos británicos con los de los etíopes, que habían comenzado su campaña en enero y que, en mayo, se encontraban ya sin alimentos ni suministros, dado que los derviches se habían llevado todo el grano y el ganado de la zona de operaciones etíope. De esta forma, lo que había sido planeado como una ofensiva coordinada contra el mullah, se convirtió en dos esfuerzos independientes, sin relación entre sí, que los insurgentes pudieron afrontar por separado disponiendo en cada caso de la totalidad de sus fuerzas contra cada enemigo.

En cualquier caso, el primer choque británico con las fuerzas derviches tuvo lugar en junio, cuando estas atacaron la *zareba* –un cuadrado formado por matorrales espinosos a modo de protección, habitual en la campaña de Sudán y que los británicos utilizaron también en Somaliland-, en cuyo interior una de las columnas británicas había acampado, en Samala. La defensa fue exitosa, dada la enorme superioridad en potencia de fuego, y al coste de diez muertos, el oficial al mando, McNeill, estimó que había causado alrededor de mil bajas a los derviches.

Ante estos hechos, Hassan, con el grueso de sus fuerzas, cruzó la frontera con la Somalia italiana, donde los británicos no podían perseguirle, lo cual supuso el fin de la campaña de 1901. Aunque los británicos apenas habían sufrido pérdidas –veinticinco muertos y veintisiete heridos, en el conjunto de las acciones-, la expedición debe considerarse un fracaso, ya que no cumplió ninguno de sus objetivos

estratégicos básicos: capturar o dar muerte a Hassan y causar daños irreparables que terminaran con la fuerza militar de los derviches.

En diciembre de 1901, el mullah lanzó una campaña contra las tribus que apoyaban a los británicos. Aunque Swayne fue llamado de nuevo para formar una fuerza de fusileros somalíes apoyados por askaris del Regimiento de Fusileros Africanos del Rey y por secciones de ametralladoras manejadas por soldados sihks, se dieron órdenes de que no se lanzara una persecución a gran escala del mullah y que las operaciones, en la medida de lo posible, fueran defensivas. Sin embargo, Swayne, ante los constantes ataques a tribus aliadas por parte de las fuerzas derviches –unos seis mil hombres, según calculaban los británicos- partió con una columna en busca del enemigo. Al tiempo, Mussa Farah, un destacado e influyente oficial somalí, reclutó, siguiendo instrucciones de Swayne, una fuerza de cinco mil guerreros tribales, pertenecientes a tribus enemigas de Hassan, y lanzó con ellos una incursión sobre los asentamientos derviches, llevándose gran parte de su ganado.

La campaña, a lo largo de agosto y septiembre, se convirtió en una sucesión de acciones contra campamentos enemigos, con escasa resistencia, mientras los rebeldes atacaban los convoys de suministros a lo largo de las extensas líneas de comunicación de Swayne. Sin embargo, este consiguió forzar una batalla campal en Erego, el 6 de octubre de 1902. Nuevamente, más de mil derviches perdieron la vida o fueron heridos o capturados, en una batalla en la que resultaron muertos ciento un soldados de la fuerza británica. No obstante, Swayne se vio impelido a retirarse, ya que la moral de sus fuerzas era baja, escaseaba el agua y sus líneas de comunicación se encontraban demasiado extendidas, por lo que temió que una segunda batalla pudiera tener un resultado muy diferente del choque de Erego, que, pese al triunfo, había sido muy sangriento para los británicos, según los parámetros que se manejaban para ese tipo de enfrentamientos. Así pues, la segunda campaña terminó igual que la primera: con victorias tácticas, pero fracasando en sus objetivos estratégicos, que no eran

otros que la eliminación del mullah y la destrucción de la capacidad militar de los derviches.

Casi de inmediato se diseñó una tercera campaña, esta vez consistente en la creación de una línea de puestos de vigilancia y control en la región de Berbera, que limitara la movilidad del mullah y sus huestes a través de la frontera con la Somalia italiana. Los esfuerzos comenzaron a desarrollarse en noviembre de 1902, y se extendieron durante las primeras semanas de 1903. Sin embargo, pronto la campaña comenzó a desarrollarse igual que las anteriores, con el envío de columnas británicas contra el territorio controlado por los derviches.

En abril, una de las columnas entabló batalla con el enemigo en Gumburu. Al contrario que en ocasiones anteriores, los hombres de Hassan lograron romper el perímetro defensivo de la zareba y masacraron a las fuerzas expedicionarias. Ningún oficial británico o indio sobrevivió, y pocos soldados africanos lo consiguieron. En total, 195 soldados británicos, indios y somalíes murieron en el desastre de Gumburu. Al conocerse la noticia, Londres ordenó que cesara el uso de columnas móviles y que las operaciones se limitaran a la protección de los puestos y fortificaciones existentes.

Las tres campañas, terminadas sin una victoria clara sobre un enemigo nativo, impusieron la necesidad política de la cuarta, ya que después de la pérdida de vidas humanas y de la inversión en recursos de los años anteriores, era necesario saldar el asunto con una victoria. Para ello, se desplazaron hasta seis mil soldados desde la India, a fin de reforzar a las fuerzas que habían sobrevivido a la campaña de 1902-1903.

Confiados en las sucesivas derrotas que habían causado a los infieles, en la campaña de 1904 los derviches decidieron abandonar su exitosa estrategia de guerra de guerrillas para plantear una campaña convencional contra las fuerzas imperiales británicas. El 10 de enero

de 1904, la nueva expedición consiguió una gran victoria en Jidbali, dando muerte a más de seiscientos rebeldes y perdiendo tan solo diecisiete hombres. Perseguidos por los británicos, los derviches se refugiaron más allá de la frontera del sultanato de Majeerteen, convirtiendo la rebelión en un incidente entre potencias coloniales, ya que Boqor Cismaan, el sultán, era una especie de gobernante autónomo bajo protección italiana.

El Foreign Office presionó al consulado italiano en Adén, y estos a Cismaan, el cual –pese a que había estado, tiempo a atrás, negociando el matrimonio de Hassan con una de sus hijas- aceptó negar el asilo a los derviches, lo cual era más fácil de decir que de hacer, ya que tan pronto como se supo la noticia, que contravenía las tradiciones locales de hospitalidad, comenzaron los combates entre los restos del ejército derviche y las fuerzas del Sultanato, que obligaron a Hassan y sus seguidores a replegarse a la pequeña localidad costera de Ilig.

Las autoridades británicas no parecían dispuestas a dejar escapar esta vez a Hassan. Consiguieron que Italia concediera permiso para lanzar un ataque anfibio sobre Ilig, que tuvo lugar el 20 de abril. Las tropas británicas tomaron varias playas sin apenas resistencia, ocuparon la ciudad y, a lo largo de los días siguientes, demolieron los muros de las fortificaciones de la villa. No obstante, Hassan y el núcleo de su ejército lograron escabullirse.

3.- El Estado de los derviches

Los vientos políticos cambiaron en Gran Bretaña, la guerra era impopular y encontraba dificultades para poder ser financiada, por lo que, convencidos de que el movimiento estaba acabado y confinado a un remoto lugar de la costa somalí, los británicos optaron por poner el punto final al conflicto negociando con los derviches a través de los italianos. El resultado de esta negociación fue la creación de una

especie de minúsculo principado autónomo en Nugaal –comprendido entre los sultanatos de Majeerteen por el Norte y el de Hobyo por el Sur, abarcando el valle de Nugaal y algunos pueblos costeros-, bajo la autoridad de Hassan, a cambio del fin de las hostilidades. Esto fue ratificado con la firma del tratado de Ilig, que vio nacer al que sería conocido como "Estado de los Derviches".

Para algunos autores, este fue un Estado de pleno derecho. Así lo sostiene, por ejemplo, Issa-Salwe, que afirma que el Estado de los Derviches cumplía los tres requisitos necesarios para ser considerado como tal: un territorio delimitado, una población que vivía dentro de sus fronteras y un gobierno que actuaba sobre dicho territorio y dicha población. Hassan utilizó esta situación para recobrar su influencia en la región, reconstruir sus fuerzas y comprar grandes cantidades de armas. Pronto, las bandas de guerreros derviches partieron del valle de Nugaal en expediciones de saqueo por los sultanatos vecinos, la provincia etíope de Ogadén, la Somalia italiana y la Somaliland británica, lo cual le granjeó, además, la enemistad de varios clanes locales, ya que sus seguidores atacaban tanto a musulmanes como a infieles. Sus seguidores perpetraron atrocidades como la matanza de Daldala, en la que dieron muerte y arrojaron al mar a alrededor de setecientos miembros de un clan rival, los ciise maxamud.

En 1909, las autoridades consideraron que el control del interior de Somaliland, sumido en el caos generado por la revuelta, convertida en una espiral de conflictos intertribales, tenía un coste excesivo para lo poco –o más bien nada- que ofrecía, de modo que los británicos se retiraron a la costa, concentrándose en tres ciudades aledañas al mar Rojo: Berbera, Zeila y Bulhar, y recibiendo las tropas la orden de no desplazarse más de tres millas tierra adentro. De inmediato, Hassan regresó al interior del país, dispuesto a aprovechar el vacío de poder, construyendo numerosos fuertes en lugares estratatégicos de los valles más fértiles. Sus campañas en este tiempo llevaron a que su hasta entonces mentor espiritual, Mohamed Salih, condenara las acciones del mullah, al considerar impío que causara la muerte de cientos de

musulmanes somalíes con sus ataques. Esto provocó un intento de asesinar a Hassan por parte de una facción de sus hombres, que deseaba seguir fiel a Salih. El asesinato falló y se convirtió en una sangrienta guerra civil dentro del movimiento derviche, de la que Hassan salió vencedor por muy escaso margen.

Las autoridades británicas tardaron en reaccionar. Ante el temor de que los derviches pudieran lanzarse también sobre la costa, repartieron armas entre los clanes isaaq, aliados de la administración, con la idea de que pudieran organizarse y presentar una resistencia propia y efectiva ante la amenaza que suponían las fuerzas de Hassan. Sin embargo, lo que se generó fue una nueva oleada de violencia tribal, ya que no todos los clanes recibieron armas, sino solo aquellos que tenían un tratado con los británicos, pero que, con frecuencia, se volvieron de inmeadiato contra los que no lo tenían, aprovechando su ventaja en armamento para saldar viejas rencillas. El abandono del interior por los británicos permitió al mullah arrojar a sus huestes contra los clanes que consideraba hostiles, muchos de los cuales fueron exterminados. Según Issa-Salwe, a finales de 1912, un tercio de la población del interior de Somaliland había perdido la vida en el caos y las matanzas.

Antes, en febrero de 1912, el atrevimiento de los derviches llego al extremo de atacar Berbera –donde grabaron extraños símbolos en las casas y árboles- y las afueras de Bulhar. El pánico cundió entre los británicos, pero el Alto Comisionado, Horace Byatt, que en su momento había sido un opositor decidido del repliegue a la línea costera, reaccionó creando el Bikaner Camel Corps, un cuerpo de policía militarizada capaz de actuar en un radio de acción de cien kilómetros desde las posiciones costeras. En septiembre, el cuerpo se oficializó con la denominación de Camel Constabulary, integrado por ciento cincuenta somalíes bajo el mando de un oficial británico, el coronel Richard Corfield, a cuyos hombres se encomendó la tarea de apoyar a las tribus aliadas en su defensa contra los derviches, pero sin realizar acciones ofensivas.

A lo largo de 1913, los hombres de Corfield combatieron con notable éxito a los incursores y les arrebataron miles de cabezas de ganado, pero, en agosto de 1913, mientras perseguía con unidades del Camel Corps a una fuerza derviche que había asaltado un asentamiento y robado cientos de camellos, el coronel Corfield perdió la vida, en una dura batalla contra una gran fuerza enemiga, en la que, junto al oficial, pedieron la vida treinta y dos de sus hombres.

En diciembre de 1913, Hassan consiguió un importante aliado: el nuevo emperador de Etiopía, Lij Iyasu, que ambicionaba convertirse en un poder hegemónico en África Oriental. Iyasu suministró armas y dinero a los derviches, y les prestó la asistencia técnica de un agente alemán a su servicio, Emil Kirsch. El nuevo emperador mostró desde el comienzo de su reinado simpatía por el Islam –cabe recordar que la monarquía etíope pertenecía a la Iglesia Ortodoxa-, quizá por considerarlo una fuerza que podía ayudarle en sus ambiciones imperiales. Los rumores se vieron confirmados en 1916, cuando se hizo oficial su conversión a la fe musulmana.

Al parecer, Hassan también negoció acuerdo con Turquía, en plena I Guerra Mundial: uno de sus lugartenientes fue apresado por fuerzas italianas llevando un documento en el que los turcos nombraban a Hassan emir de Somalia y le prometían una ayuda económica que difícilmente pudo llegar a materializarse, habida cuenta de la crítica situación de los propios otomanos.

En 1915, los británicos lanzaron una serie de incursiones montadas en la zona oeste de Somaliland, con objeto de hostigar a las fuerzas del mullah y obligarles a mantenerse a la defensiva, en vez de seguir con sus interminables *razzias*. A comienzos de 1916, una incursión del clan warsangli contra los derviches fue respondida por estos con la matanza de la población de Las Khorai, donde los hombres de Hassan dieron muerte a más de trescientas personas, en su mayor parte niños y mujeres warsangli. Los guerreros de la tribu persiguieron a los derviches en las semanas posteriores, en una intensa

guerra tribal que se cobró cientos de vidas. La guerra se extendió hasta 1917, y los warsangli se llevaron la peor parte, especialmente a partir de perder, en septiembre de aquel año, ciento veinte guerreros en un combate contra los hombres del mullah.

En 1918, cada vez más paranoico –en buena medida, por haber sobrevivido a un gran número de intentos de asesinato que no tuvieron nada de imaginarios-, Hassan comenzó a obsesionarse con la sospecha de estar rodeado de espías. Para reducir este riesgo, trasladó su centro de gobierno a Mirashi, una fortaleza montañosa de difícil acceso, donde, en efecto, era difícil que pudiera ser espiado, pero, por el contrario, el propio Hassan, desde aquel remoto lugar, tenía poco acceso a información útil y su comunicación con sus dominios era escasa y dificultosa. Así, cada vez más aislado, comenzó a ignorar los movimientos que gestaban sus enemigos, perdiendo una de sus bazas más importantes hasta entonces, su superioridad en información.

Los raids aéreos y navales lanzados por la RAF y la Royal Navy contra posiciones clave de los derviches, incluida la propia Mirashi, el 21 de enero de 1920, pillaron desprevenidos a los hombres de Hassan. En una rápida ofensiva por tierra, las posiciones fortificadas del valle de Nugaal fueron cayendo sin presentar resistencia a los británicos. La respuesta de Hassan a las peticiones británicas de rendición fue un ataque contra el clan isaaq, lo cuál hizo que los guerreros de esta tribu se unieran a los británicos en su lucha contra los derviches.

La presión en tierra y los ataques aéreos causaron fuertes bajas a las tropas de Hassan y este, finalmente, se vio obligado a buscar refugio al otro lado de la frontera etíope, cuyo gobierno era incapaz de controlar amplias extensiones de su territorio. La campaña había durado tan solo tres semanas y, como declaró en la Cámara de los Comunes el secretario de Estado para las Colonias, Leo Amery, había destruido el poder del estado de los Derviches.

Hassan comenzó a reagrupar a sus seguidores y a preparar un nuevo asalto contra el interior de la Somaliland británcia. Sin embargo, la gripe, que en esas fechas estaba matando a decenas de millones de personas en todo el mundo, alcanzó al mullah loco y terminó con su vida el 21 de diciembre de 1920.

CAPÍTULO 3:

LA GUERRA DE LOS *TAN AND BLACKS*

1.- Orígenes históricos del conflicto

La tortuosa relación entre Gran Bretaña y la vecina isla de Irlanda comenzó con las primeras invasiones inglesas de Irlanda, a lo largo del siglo XII. Los nobles ingleses sometieron a la mayor parte de la población e impusieron un régimen feudal en el que los irlandeses quedaban reducidos al papel de vasallos.

El arraigo del catolicismo en Irlanda fue uno de los motivos de la ruptura de buena parte de la población de la isla con respecto a las autoridades británicas. En 1534, cuando el rey inglés Enrique VIII, que gobernaba también Irlanda, se separó de la Iglesia católica para poder divorciarse de su esposa, Catalina de Aragón, y creó su propia religión, la anglicana, la mayor parte de la población de Irlanda se mantuvo fiel al catolicismo, pese a la decisión del monarca. Esto hizo que los irlandeses, en su doble condición de católicos y de no ingleses, fueran tratados como ciudadanos de bajo nivel.

Las guerras de religión en Europa, en las que Inglaterra se alineó con las demás potencias protestantes, deterioraron aún más las relaciones entre irlandeses e ingleses, incluyendo el desembarco de tropas españolas para apoyar a los rebeldes irlandeses, y que fueron derrotados en la batalla de Kinsale, en 1601. Esas circunstancias, el gobierno inglés promulgó una serie de leyes, denominadas *Plantation of Ulster*, a partir de 1609, que regulaban el asentamiento en Irlanda de colonos procedentes de Gran Bretaña. Para ello, se arrebataron

tierras a sus propietarios irlandeses y se entregaron a los colonos. Esta política fue particularmente intensa en el Ulster, los nueve condados situados al Norte de la isla, ya que en ellos la resistencia católica fue particularmente intensa y, por ello, los ingleses consideraron que la mejor manera de pacificarla era instalar en aquellas tierras a un gran número de protestantes, que pasaron a ser mayoría en varios de esos nueve condados.

Las inevitables tensiones entre los irlandeses católicos y los colonos protestantes desembocaron en dos largas rebeliones a lo largo del siglo XVII, lo cual llevó al gobierno inglés a imponer una serie de reformas legales que recortaban aún más los derechos de los católicos, reforzadas por una política impositiva, implantada por Cronwell, que penalizaba duramente a los católicos. Entre las medidas que se adoptaron en este periodo se encontraba la prohibición a los católicos de comprar tierras, en un intento de acelerar la conversión de la población al protestantismo, a fin de unificar la isla desde el punto de vista religioso, lo cual hubiera tenido importantes consecuencias políticas, ya que la cabeza de la Iglesia anglicana es el rey de Inglaterra.

A lo largo del siglo XVIII las posturas de ambas comunidades se fue polarizando, en especial después de que se levantara la prohibición de comprar tierras a los católicos, algo que generó tensiones sociales que acabaron frecuentemente en violencia. En el año 1800, el gobierno inglés promulgaba el Acta de Unión, que suprimía el Parlamento irlandés. No obstante, a lo largo del siglo, la situación legal de los católicos –que representaban en 75% de la población de la isla- fue mejorando, en especial desde que, en 1829, se abolieran las medidas discriminatorias contra ellos. No obstante, la medida llegó demasiado tarde para frenar dos procesos:

- El aumento del respaldo a las posturas más extremistas en ambas comunidades, aferradas con intensidad a su propia identidad religiosa y cultural.

- La separación social y económica de ambos colectivos, ya que la mayor parte de los católicos eran arrendatarios, jornaleros u obreros que trabajaban para propietarios e industriales protestantes.

Lo que sí consiguió la comunidad católica fue una presencia política cada vez mayor, presionando en favor de un aumento de las cuotas de autogobierno de la isla, algo a lo que se oponían ferozmente los sectores protestantes, que temían que todo debilitamiento del control inglés sobre los asuntos de Irlanda pudiera suponer una pérdida de su posición dominante en la sociedad irlandesa. Los protestantes y los republicanos, como se conocía a los católicos más radicales, comenzaron a crear milicias paramilitares para defender sus respectivas posturas políticas. En un clima de máxima tensión, en 1914, estalló la I Guerra Mundial, por lo que Reino Unido suspendió las medidas de autogobierno que estaba a punto de implantar en Irlanda y centró sus esfuerzos en la titánica lucha en las trincheras, contra Alemania.

En plena Gran Guerra, el 24 de abril de 1916, lunes de Pascua, los Voluntarios Irlandeses, brazo armado del radicalismo católico, protagonizó en Dublín una sublevación contra las fuerzas británicas. A lo largo de cinco días, la ciudad fue un campo de batalla, hasta que el ejército británico, usando cientos de soldados y artillería de campaña, aplastó la revuelta. La derrota del Alzamiento de Pascua, lejos de apaciguar a los partidarios del autogobierno, los exacerbó, al dotar a su causa de unos héroes que alcanzaron tintes casi mitológicos y sirvieron para atraer a la causa nacionalista a muchos irlandeses hasta entonces moderados.

En los meses siguientes al Alzamiento, el gobierno británico detuvo a ciento sesenta personas e internó sin juicio ni acusación, en diversos campos y prisiones, a más de 1.800 irlandeses, bajo la presunción de que se trataba de activistas republicanos y la aplicación

de la ley marcial y otras legislaciones de emergencia. En esos campos de prisionaros surgió un nuevo liderazgo para el movimiento nacionalista, que había quedado decapitado tras la Pascua de 1916.

En la prisión de Darmoort, donde Eamon De Valera, el único líder superviviente del Alzamiento de Pascua –los británicos no pudieron ejecutarle por traición, ya que era un delito que requería la nacionalidad británica, y no estaba claro si Valera, de padre estadounidense y madre española, la tenía- consolidó su liderazgo sobre el nacionalismo irlandés con un acto simbólico: pese a estar rigurosamente prohibido por las autoridades penitenciarias, De Valera saludó militarmente y por su rango dentro de los Voluntarios Irlandeses a otro de los detenidos, el comandante Eoin McNeill, cuando este llegó a la prisión. De Valera fue imitado de inmediato por el resto de reclusos irlandeses, lo que le supuso al líder un largo periodo en aislamiento, pero renovó su carisma y ascendente sobre la comunidad republicana. A su vez, en el campo de internamiento de Frongoch, junto al lago Bala, en Gales, Michael Collins se convirtió en el referente para los republicanos retenidos en el edificio de una vieja destilería, abandonada hasta entonces.

Con sus liderazgos consolidados en prisión, De Valera y Collins se convertirían más tarde en los cabecillas del movimiento independentista irlandés, el primero como líder político, el segundo como líder militar y fundador del IRA, el Ejército Republicano Irlandés.

En los primeros meses de 1917 el movimiento republicano permaneció en calma, al menos en apariencia. La Irish Republican Brotherhood, la organización que lo aglutinaba, fue remodelada y Collins, que había sido liberado, al igual que la mayor parte de los internos de Frongoch, sin que se llegara a formular ninguna acusación formal contra él, accedió al Comité Ejecutivo de la misma. La organización evolucionó hasta convertirse en el Sinn Fein –término gaélico que podría traducirse como “Nosotros Solos”-, y sus

exigencias también lo hicieron. Las peticiones de mayor autogobierno dentro del Reino Unido fueron dejadas de lado y la nueva organización pasó exigir la independencia total de Irlanda. En 1918, el Sinn Fein proclamó de forma unilateral la creación de un Parlamento irlandés, con sede en Dublín. Lord French, que se había hecho cargo de la administración de Irlanda en ese mismo año, ilegalizó el Sinn Fein, los Voluntarios Irlandeses y la Liga Gaélica –una organización que defendía el idioma, las tradiciones y el folclore tradicional irlandés- en base a la *Defence of the Realm Act*, una ley que permitía la ilegalización de las asociaciones, de la naturaleza que fueran, que las autoridades británicas consideraran peligrosas para el Estado o la sociedad.

2.- La guerra de los *tan and black*

La ilegalización del Sinn Fein, de los Voluntarios Irlandeses y de la Liga Gaélica suele ser considerado el comienzo de la guerra de independencia de Irlanda, conocida tan bien como guerra de los *tan and black* –caqui y negro- por los colores del uniforme que lucían algunas unidades pro-británicas durante el conflicto. Durante tres años, Irlanda fue escenario del sangriento conflicto que enfrentó por una parte al gobierno británico y a los irlandeses partidarios de seguir perteneciendo al Reino Unido –en su práctica totalidad protestantes-, contra los independentistas o republicanos, por la otra, en su mayoría, pero no únicamente, católicos.

El brazo armado de los republicanos, de la mano de Michael Collins, había pasado a denominarse *Irish Republicanic Army* –Ejército Republicano Irlandés-, más conocido por sus siglas: IRA. Consciente de que no podía enfrentarse a uno de los mayores ejércitos del mundo en un conflicto convencional, el IRA recurrió a tácticas de insurgencia y de violencia terrorista contra los británicos y quienes les apoyaban.

La violencia comenzó con la emboscada a un convoy de explosivos en enero de 1919, en Soloheadbeg, no lejos de Tipperary, en la que murieron dos policías del Royal Ireland Constabulary, la policía británica para Irlanda. Fue el primer incidente de este tipo desde el Alzamiento de Pascua, pero se trató solo del principio. Unos días después, la misma unidad del IRA asesinó a otros dos agentes del RIC para rescatar a un compañero capturado, asaltando el tren que lo transportaba, en el apeadero de Knocklong. Ante el aumento de la violencia, Reino Unido respondió aumentando las fuerzas del RIC; la primera oleada de nuevos reclutas llegó en marzo de 1920 y, en su mayor parte, eran escoceses, galeses e ingleses. Llevaban capas caqui sobre un uniforme negro, por lo que se les denominó *tan and blacks*, y, aunque luego se les uniformó con el habitual verde oscuro del RIC, el nombre perduró para hacer referencia al conjunto del cuerpo policial. Por extrapolación, terminó sirviendo para nominar al conjunto de la guerra.

El gran éxito del IRA fue la creación de las columnas volantes, enmarcadas dentro de las estructura de las brigadas como unidades pequeñas y muy móviles, incluyéndose una en cada brigada. Tras un periodo de actuación como columna volante, los miembros rotaban durante un tiempo a la vida civil, y otra unidad de la misma brigada ocupaba su lugar como columna volante, de forma que en cada brigada siempre había activa una de estas columnas, mientras el resto de la unidad se resuministraba y descansaba. Este sistema permitía sostener una presión constante sobre los británicos sin dejar exhaustos los recursos humanos de que disponían los insurgentes.

Entre enero y diciembre de 1920, 176 policías fueron asesinados y 251 heridos, junto con 54 soldados británicos. El IRA no tenía reparos en usar balas expansivas, prohibidas por las convenciones internacionales, cuando no disponía de suficiente munición ordinaria. Utilizó esta munición para asesinar a dos agentes del RIC en un bar, lo cual provocó, ante el estado en que quedaron los cuerpos, la represalia de un centenar de agentes, que atacaron la

localidad católica de Balbriggan, matando a dos hombres que creían relacionados con el IRA, y quemando casas, tiendas y diversos edificios. Los incidentes de esta naturaleza se multiplicaron por toda la isla y aumentaron la violencia.

Por primera vez, además, Reino Unido se enfrentaba a un insurgencia que operaba con un muy bien organizado aparato de propaganda, tanto en el propio Reino Unido como en naciones como Estados Unidos, por lo que soluciones adoptadas en las colonias extraeuropeas no eran viables en el escenario irlandés. En un error político importante, Gran Bretaña había descartado cualquier tipo de solución que no fuera el *Direct Rule*, la administración total de Irlanda por el gobierno británico, por lo que muchos irlandeses moderados que, de por sí, no eran partidarios de la independencia, sino el autogobierno dentro del Reino Unido, terminaron inclinándose por la independencia en vista de que la otra única alternativa era el gobierno directo desde Londres.

En la mañana del domingo 21 de noviembre de 1920 los hombres del IRA dirigidos por Michael Collins atacaron toda la estructura de la inteligencia británica en Dublín, la División G, asesinando en sus casas, de forma simultánea en diversas localizaciones de la ciudad, a catorce personas. Siete de las víctimas fueron reconocidas oficialmente por el gobierno británico como agentes de inteligencia y otros tres como agentes retirados. Otras dos víctimas fueron agentes del RIC y las dos últimas, víctimas civiles a los que el IRA acusó de ser agentes encubiertos. Pocas horas después de la matanza, tres presos del IRA murieron en el Castillo de Dublín, donde se encontraban detenidos, oficialmente en el transcurso de un intento de fuga.

El último escenario de aquel trágico día, que habría de ser conocido como el "Domingo Sangriento", fue el estadio de Corke Park, donde se disputaba un partido de fútbol. Los *tan and blacks* quisieron registrar a la multitud en busca de armas fueron objeto de

disparos dispersos. Los agentes devolvieron el fuego y solicitarios refuerzos, que dispararon indiscriminadamente contra el público, incluyendo una autoametralladora. En el incidente de Corke Park perdieron la vida otras doce personas, con lo que el saldo final del Domingo Sangriento de 1920 fue de veintinueve víctimas mortales.

Los muertos del Domingo Sangriento impulsaron al gobierno británico a poner en vigor el *Better Goverment of Ireland Bill*, norma aprobada el 11 de noviembre, que derivó, a su vez, en la proclamación de la ley marcial para toda Irlanda el 10 de diciembre de 1920. Ello suponía que, entre las diez de la noche y las tres de la mañana, el ejército era la única autoridad en las ciudades, además de que todos los procesos judiciales que se incoaran a partir de esa fecha se sustanciarían por tribunales militares bajo los códigos militares. Sin embargo, el colocar al conjunto de Irlanda bajo una jurisdicción especial sometida al ordenamiento militar no sirvió para frenar el conflicto.

3.- La guerra civil irlandesa y la cuestión de los seis condados

La violencia desatada obligó al Reino Unido a reconocer la independencia de Irlanda mediante la firma del Tratado Anglo-Irlandés de 1921, después de que cientos de soldados y policías británicos perdieran la vida en la sucesión constante de ataques, emboscadas y asesinatos cometidos por el IRA. Los tres mil miembros del IRA habían conseguido volver ingobernable Irlanda para más de cincuenta mil soldados y agentes del RIC, forzando al gobierno de Londres a aceptar una indepencencia no por el riesgo de derrota militar, sino porque la ocupación resultaba demasiado costosa en términos humanos, económicos y políticos.

Sin embargo, el triunfo irlandés no fue completo: el Tratado contemplaba que el Norte de la isla, formado por seis condados pertenecientes al Ulster –Down, Derry, Tyrone, Fermanagh, Armagh y

Antrim- seguirían perteneciendo al Reino Unido. Ni siquiera era la totalidad del Ulster, ya que otros tres condados de la región sí se integraron en la Irlanda independiente. La especialidad de los seis condados mencionados era que en ellos se concentraba la mayor parte de la población protestante de la isla. Si en el momento de la partición, en el conjunto de Irlanda había un 75% de católicos frente a un 25% de protestantes, en esos seis condados, la proporción se invertía: 75% de protestantes y 25% de católicos.

La partición de la isla no fue aceptada de buen grado por todos los irlandeses. Muchos de los líderes del IRA procedían de Irlanda del Norte, de la zona que seguiría siendo británica y donde más intensa había sido la presión social de los protestantes sobre los católicos. El sentir de todos ellos quedó expresado por las palabras de Liam Lynch, un comandante norirlandés del IRA durante la guerra de independencia, que afirmó: "He luchado y matado por el gobierno de Irlanda y no aceptaré vivir bajo ninguna otra ley". Estos oficiales norirlandeses, junto con muchos oficiales del Sur, se negaron a aceptar el tratado y se levantaron en armas contra el gobierno de la recién independizada Irlanda, liderado por Eamon De Valera, a quienes consideraban traidores y a quienes pretendían derrocar para reanudar la guerra contra los británicos hasta que toda la isla quedase unificada en una república irlandesa independiente.

El gobierno de Irlanda trató de contemporizar, siendo reacio a emprender acciones contra unos voluntarios que habían luchado codo con codo con las nuevas autoridades irlandesas durante los largos años de la guerra de indepenencia. Sin embargo, cuando los Irregulares –como se llamó a la facción del IRA que se negaba a aceptar la partición- asesinaron en Londres a Sir Henry Wilson, el gobierno de Irlanda se vio obligado a intervenir, ante la amenaza de que su pasividad acabara provocando una nueva intervención armada británica. Michael Collins ordenó situar dos cañones frente al cuartel general de los Irregulares, en Four Courts, en el corazón de Dublín, y cuando su líder O´Connor dejó pasar el plazo de rendición sin

capitular, Collins ordenó abrir fuego, dando comienzo a la guerra civil irlandesa. Era el 27 de junio de 1922.

Durante los dos años siguientes, Irlanda se desangró en un conflicto entre irlandeses, hasta que el gobierno logró derrotar a los Irregulares, la mayor parte de cuyos líderes murió o fue ejecutada por el gobierno de la nación por la que tanto habían luchado. En el bando gubernamental, la víctima más destacada fue el propio Michael Collins, asesinado el 15 de agosto de 1922 en una emboscada a un convoy de municiones en el condado de Cork, sin que los Irregulares llegaran a saber su identidad al matarlo.

Pese a que inicialmente los Irregulares tenían ventaja numérica sobre las fuerzas del gobierno, los mecanismos del Estado terminaron por imponerse en el conflicto civil, que se dio por concluido en 1923. No obstante, de los restos de estos Irregulares resurgió el IRA, como organización armada que aspiraba a la unificación de Irlanda en un solo Estado independiente, que rechazaba tanto la legitimidad del gobierno de Irlanda, por considerarlo traidor a la patria al aceptar que una parte del territorio nacional siguiera "invadido", como del gobierno británico sobre Irlanda del Norte, al considerarlo una potencia colonial invasora que carecía de legitimidad para gobernar sobre los seis condados del Ulster. Dada esta postura y su reclamación del uso de la violencia contra ambos gobierno como legítimo, el IRA fue declarado ilegal tanto en Irlanda como en el Reino Unido, y, por tanto, en Irlanda del Norte.

4.- La Special Powers Act 1922[3]

La violencia de la guerra civil irlandesa se extendió a los seis condados que habían permanecido bajo dominio británico, lo que provocó que el gobierno de Londres aprobara la *Special Powers Act*, concebida como una medida de excepción para un tiempo de emergencia, en un intento de dotarse de un instrumento legal que permitiera luchar con eficacia contra el IRA en un escenario de guerra asimétrica, radicalmente diferente a lo experimentado en los años previos durante la Gran Guerra. El nombre completo de la norma, aprobada el 7 de abril de 1922 y que entró en vigor el 22 de mayo, era *Civil Authorities (Special Powers) Act (Northern Ireland).* Los poderes que daba el acta a las autoridades eran de una magnitud enorme, en tanto en cuanto abarcaban todo lo que tuviera que ver con el mantenimiento de la paz y el orden públicos.

El verdadero alcance del texto legislativo radicaba en el hecho de que los poderes que la ley concedía al ministro del Interior de Irlanda del Norte eran delegables por este en cualquier funcionario del gobierno de Irlanda del Norte, lo que, en la práctica, significaba que cualquier miembro del *Royal Ulster Constabulary* (RUC), el cuerpo de policía de Irlanda del Norte, pudiera ejercer, llegado el caso, las prerrogativas que la ley otorgaba al ministro.

La *Special Powers Act* construía una verdadera jurisdicción especial para Irlanda del Norte, algo que se establecía expresamente en el artículo 3.1, completado al establecer el punto dos que los delitos incluidos en el ámbito de jurisdicción de la norma serían perseguidos tan solo por el fiscal para Irlanda del Norte, sustrayéndolos, también de forma expresa, de la competencia del fiscal general del Reino

[3] En el presente epígrafe se sigue la investigaciónal respecto publicada en MARTÍNEZ PEÑAS, L., y PRADO RUBIO, E., "Special Powers Act (1922): el uso de jurisdicciones especiales en la legislación británica", en FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., *Estudios sobre jurisdicciones especiales*. Valladolid, 2015.

Unido, y aplicándoseles los procedimientos sumarios contenidos en la *Summary Jurisdiction (Ireland) Acts*, otra norma que formaba parte del entramado de legislación especial para Irlanda.

La *Special Powers Act* creaba un nuevo sistema de tribunales civiles especiales para sustituir a los tribunales militares que, hasta entonces, en el contexto de la guerra de independencia de Irlanda, habían ejercido la justicia en el Norte de la isla. Los nuevos tribunales debían estar constituidos por dos o más magistrados, una garantía habitual en los tribunales británicos, pero que la propia ley truncaba a favor de la sumariedad al permitir que uno solo de los jueces pudiera juzgar cada caso. La especialidad de la jurisdicción creada por la *Special Powers Act* llegaba también al ámbito del cumplimiento de la sentencia, ya que fijaba, para una serie de delitos, la posibilidad de cumplimiento en aislamiento de la condena impuesta a los reos.

Las disposiciones específicas para Irlanda del Norte concedían una amplia gama de poderes a las autoridades civiles, como la posibilidad de imponer el toque de queda. Además de esta prohibición de circular en determinadas zonas en los horarios nocturnos, las autoridades civiles podían efectuar restricciones a comportamientos generalmente consentidos por la ley. Así, podía suspender el derecho de reunión, prohibir la celebración de desfiles y procesiones en lugres púbicos, el uso y posesión de uniformes militares, policiales o que, simplemente, supusieran algún tipo de vinculación con las fuerzas del orden –algo habitual, por ejemplo, entre los veteranos de la Gran Guerra o de las guerras coloniales británicas-, el llevar armas en público, prohibición que podía hacerse extensiva a cualquier objeto susceptible de ser utilizado como tal, lo cual incluía la práctica totalidad de los útiles empleados en las labores agrícolas y ganaderas, étc. Las autoridades también podían limitar el uso de vehículos a motor, hasta el punto de que, si se creía oportuno, podía autorizarse su disponibilidad tan solo a los miembros de las fuerzas de seguridad; y no solo su uso, sino también su tenencia o posesión.

Sin duda, la medida contemplada en el *Special Powers Act (NI)* –el apéndice específico destinado a Irlanda del Norte- de mayor impacto a lo largo del conflicto norirlandés fue la posibilidad de internar a personas sin acusación, tutela judicial o asistencia legal. Los supuestos que permitían el uso de la medida eran tan amplios que podía usarse prácticamente contra cualquiera y en cualquier momento, si bien las autoridades británicas –y también las de la República de Irlanda, cuya legislación contemplaba una medida similar- usaron el *Internment* o Internamiento, como fue conocido, específicamente con la intención de combatir al IRA, lo cual hizo que, en Irlanda del Norte, se aplicara, cuando se hizo, sobre población católica.

El Internamiento fue usado por vez primera, al amparo de la norma de 1922, entre mayo de ese año y diciembre de 1924, produciéndose la detención de más de setecientos irlandeses católicos que las autoridades consideraron vinculados al republicanismo. Al cabo del tiempo, la mayoría de los detenidos hubo de ser puesto en libertad, ante la imposibilidad de demostrar ante un juez, ni siquiera bajo los preceptos de la legislación de emergencia, que hubieran cometido algún delito; sin embargo, lo cierto es que la violencia declinó durante ese periodo, pasando de más de ochenta muertes en los meses previos al establecimiento de la ley a once muertos en los meses siguientes.

A la hora de entender el contexto en que apareció la *Special Powers Act* y los poderes que concedía a las autoridades, hay que recordar que fue la norma que transfirió el control administrativo de Irlanda del Norte del Ejército británico a las autoridades civiles norirlandesas, lo cual explica en parte la amplitud de las competencias que otorga a estas, en aras del mantenimiento del orden público y la seguridad, quizá algo más comprensibles si entendemos que la forma previa de administración era estrictamente militar, amparada por la *Restoration of Order in Ireland Act*.

La prolongación en el tiempo de una legislación de emergencia trató de ser contenida con las llamadas *sunset clauses* o claúsulas del atardecer, que obligaban a que la vigencia de la legislación fuera renovándose periódicamente, pero esto no impidió que, en todo o en parte, la *Special Powers Act* estuviera en vigor durante más de cincuenta años, cuando había sido concebida como una legislación temporal para afrontar una emergencia concreta. Este tipo de cláusulas del atardecer han seguido utilizándose en la legislación antiterrorista británica y en la de otras naciones occidentales y su uso llega hasta nuestros días.

La importancia de la *Special Powers Act* radica en que constituyó el modelo de marco legal para las posteriores actuaciones británicas en otros escenarios, donde, igualmente, se dictaron legislaciones de emergencia que dotaban de poderes extraordinarios a las autoridades en aras del mantenimiento de la ley y el orden, y creaban jurisdicciones especiales, en muchos casos de índole militar, para juzgar a los insurgentes o rebeldes.

CAPÍTULO 4:

LAS REVUELTAS EN EL MUNDO ÁRABE: EGIPTO, IRAK Y PALESTINA

1. – La revuelta egipcia de 1919

En 1914, Egipto era parte nominal del imperio otomano, pero se encontraba bajo ocupación militar británica desde la intervención del Reino Unido en 1882. Tras estallar la Gran Guerra, Londres emitió una declaración, en diciembre de 1914, declarando que Egipto quedaba convertido en un protectorado del Reino Unido, en vista de las circunstancias bélicas. A lo largo de los años siguientes, la tensión entre el movimiento nacionalista, cada vez más fuerte, y las autoridades de la potencia ocupante, fue creciendo, hasta cristalizar en un levantamiento contra las autoridades del Reino Unido, a raíz del arresto, el día 9 de marzo de 1919, de cuatro líderes del movimiento nacionalista egipcio. Los cuatro fueron deportados a Malta debido a su insistencia en que la delegación egipcia en la conferencia de París fuera reconocida como representante de un estado soberano.

Por aquel entonces, Reino Unido contemplaba la concesión de cuotas de autogobierno cada vez más altas a los egipcios, pero sin crear un vacío de poder en el que otra potencia pudiera tratar de ocupar el lugar de Londres en una región vital para sus intereses. De hecho, la declaración que convertía a Egipto en protectorado no hacía ninguna mención a que esto fuera a ser una situación temporal.

El levantamiento de 1919 fue, en parte, causado por el efecto que la declaración de protectorado tuvo sobre el movimiento nacionalista egipcio que, pese a los pasos dados hacia el autogobierno, lo consideraba insuficiente, y en parte alimientado por el resentimiento de las capas más desafavorecidas hacia la administración británica, principalmente por las duras restricciones impuestas durante la I Guerra Mundial.

Por el contrario, no parece que hubiera un componente religioso en el alzamiento, pese a lo que afirman algunos trabajos. Como acertadamente señala Goldberg, durante la revuelta no hubo ataques contra iglesias, ni contra instituciones internacionales como la Cruz Roja, ni hubo tensión o violencia entre la mayoría musulmana y la minoría de cristianos coptos egipcios. Más influencia pudo tener la bajada de los precios del algodón y la crisis económica que suscitó, perjudicando a los miles de campesinos que lo cultivaban. Pronto, masas de población rural se vieron sumidas en la pobreza y subalimentadas, situación que fue agravada por una epidemia de tifus desatada en 1917.

La crisis del algodón acentuó la desigualdad social en Egipto. Mientras que los soldados y las élites locales apenas sufrieron por la crisis, los trabajadores urbanos sufrieron un recorte en los suplementos de comida que se les entregaban por su contribución al esfuerzo bélico. A medida que más tropas británicas se concentraban en el área del Canal de Suez, el Sinaí, Palestina y Mesopotamia, la cantidad de grano que se desviaba para suministrar al ejército aumentaba, lo cual aumentaba a su vez el precio del que quedaba disponible para los propios egipcios.

Las deportaciones de marzo de 1919 provocaron una huelga estudiantil, el día 9, que fue seguida por una huelga sindical que comenzó el día 11. Ante la extensión de los disturbios, el ejército fue llamado a auxiliar a las fuerzas policiales para mantener el orden. La intervención de los soldados pronto provocó un aumento del

derramamiento de sangre: doce alborotadores fueron muertos en Tanta el 12 de marzo y otros doce en Damanhur, el día 16. Para el día siguiente, los beduinos se habían sumado a la insurrección, atacando con numerosas fuerzas la estación de tren de Medinet. El día 17, ocho oficiales británicos fueron brutalmente asesinados en Dairut mientras viajaban desarmados en tren, de Assiut a El Cairo.

En las aldeas de la región central, gran número de comunidades se unieron a la rebelión y se produjeron docenas de ajustes de cuentas intracomunitarios, más relacionados con las tensiones locales y las diferencias sociales que con un verdadero ataque contra la administración del Reino Unido. Casos como el de Quanatreen, donde los campesinos asesinaron al jeque y a su guardia personal, se repitieron en muchas pequeñas poblaciones rurales de Egipto en las primeras semanas de la revuelta.

Por suerte para los británicos, en Egipto había en aquel momento un gran número de tropas británicas, australianas, neozelandesas, sudafricanas e indias, esperando su desmovilización tras la guerra mundial, a lo largo del canal de Suez, entre Ismailiya y Port Said, por lo que pudo hacerse un uso extensivo de la fuerza para terminar con la insurrección.

Dado que las guarniciones de Alejandría y El Cairo, ciudades donde se encontraban las principales comunidades de europeos, eran lo bastante fuertes como para garantizar la seguridad de los extranjeros, el principal problema para las fuerzas británicas era mantener abiertas y en funcionamiento las líneas férreas que conectaban entre sí las ubicaciones clave: Alejandría, El Cairo, Ismailiya y Port Said, objeto de constantes sabotajes por parte de los rebeldes. En el punto álgido de la revuelta, El Cairo quedó aislado del resto del país por la interrupción de las comunicaciones terrestres.

El aislamiento de El Cairo tenía como intención crear una crisis alimenticia en la ciudad, ya que los motines del pan, como se ha llamado a las algaradas causadas por la carestía en los alimentos, no eran desconocidos en Egipto y serían muy díficiles de contener, si se sumaban a la situación creada por la rebelión. El segundo gran peligro era la vulnerabilidad de amplias extensiones del territorio, donde apenas había guarniciones o estas eran débiles o estaban aisladas. En este sentido, preocupaba a los comandantes británicos la situación de Assuan, Luxor y Assiut.

El general Bulfin, que asumió el mando de las operaciones británicas, ideó un plan basado en cuatro líneas de actuación: restablecer y asegurar la comunicación ferroviaria entre El Cairo y Alejandría; crear una pequeña flota de botes con la que desplazar por el Nilo una columna de socorro hasta Assuan, a fin de evacuar a los europeos allí residentes; abrir la línea férrea hasta Port Said y los territorios del Egipto Meridional y, finalmente, cuando las comunicaciones por ferrocarril se encontraran garantizadas, operar con dieciocho columnas móviles para eliminar a los insurgentes del resto del territorio egipcio.

El primer paso era recuperar el control de el Fayum, una región irrigada por el Nilo a través del canal Yusufi, que concentraba una población de medio millón de personas y cuya principal ciudad era Medinet, que rondaba los cuarenta mil habitantes. El Fayum era particularmente importante por que lo atravesaban las principales vías férreas que se dirigían al Sur desde El Cairo, y particularmente peligroso porque en él había un importante núcleo de población beduina –alrededor de sesenta mil personas-, el colectivo donde había prendido con más ferocidad la rebelión. Por ello, a través de ferrocarril, carretera y del curso del Nilo, los británicos concentraron en Wasta una importante fuerza militar con la que acometer la recuperación del control en el Fayum.

Los británicos solo necesitaron un mes de operaciones terrestres, con fuerte apoyo aéreo, para restablecer el control en la mayor parte del territorio. Pese a que la ley marcial todavía se encontraba vigente en Egipto en el momento de producirse la revuelta, en esta ocasión no fue aplicada con virulencia por las autoridades, al contrario de lo que era habitual. Las represalias fueron comedidas, para los criterios de la época y, según Gwynn, se impusieron solo en aquellos casos en que, de no haberse hecho, las propias tropas se hubieran tomado la justicia por su mano, con consecuencias aún más nefastas.

No obstante, el dominio colonial británico sobre Egipto tenía las horas contadas, y en 1922 el país del Nilo se convirtió en el tercer estado africano independiente, tras Etiopía y Liberia.

2.- La creación de Irak

Mesopotamia había sido un escenario de interés estratégico durante la I Guerra Mundial. Como parte de los dominios turcos, en 1914 fue atacada por fuerzas británicas procedentes de la India, que ocuparon Basora, si bien una invasión a mayor escala fue estrepitosamente derrotada por los otomanos en Kut Al-Amara, al Sur del actual Irak. Una segunda invasión, ya en las postrimerías de 1917, no pudo ser rechazada por las debilitadas fuerzas turcas, por lo que, al concluir la guerra, los británicos ocupaban Mesopotamia. Durante esas campañas, parte de las tribus chiíes en la región de Basora se unieron a las fuerzas británicas para combatir a los otomanos, mientras que otras tribus–principalmente suníes - se unieron a los turcos hasta incorporar alrededor de quince mil combatientes al ejército de Estambul.

Los acuerdos de la conferencia de París, en la que las potencias vencedoras diseñaron el modo en que había de construirse la paz que pusiera fin a la I Guerra Mundial, se concretaron, en lo que al Imperio

Otomano hacía referencia, en la firma del Tratado de Sévres. Una de las cuestiones principales que se planteaba en dicho tratado era el futuro de los dominios imperiales turcos. Los vencedores determinaron que algunos de estos territorios se convirtieran, de forma inmediata, en estados soberanos e independientes, caso de Armenia o Arabia Saudí. Sin embargo, otros territorios, hasta entonces sometidos a Estambul, fueron convertidos en Mandatos. Esto suponía que la comunidad internacional daba por hecho que accederían a la independencia como estados soberanos, pero no de forma inmediata, por no estar preparados para ello.

Cada uno de esos mandatos fue asignado a una potencia vencedora, que tenía la responsabilidad de administrar el territorio y tutelar el proceso que, en el corto o medio plazo, debía posibilitar la independencia y la constitución en estados soberanos de dichos territorios. Francia recibió protectorados sobre Líbano y Siria, y Reino Unido, en la conferencia celebrada en San Remo, en abril de 1920, obtuvo el mandato sobre los antiguos dominios otomanos de Palestina, Mosul, Bagdad y Basora, ignorando las peticiones de una delegación árabe que llegó a plantear al presidente norteamericano Wilson cuatro solicitudes para Mesopotamia: independencia, creación de un Consejo Nacional, inmediata libertad de prensa y levantamiento a las restricciones en las comunicaciones dentro y fuera de Mesopotamia.

A fin de hacer más abarcable y sencillo el gobierno del territorio, Reino Unido formó una unidad política con las provincias de Mosul, Bagdad y Basora, creando Irak, una entidad en muchos sentidos artificial y estructurada en torno a tres núcleos geográficos, étnicos, religiosos y culturales muy diferenciados: las tierras kurdas de la provincia de Mosul, las áreas centrales de mayoría suní alrededor de Bagdad y las comunidades chiíes, en la zona meridional, que antaño formaron el vilayato otomano de Basora.

La ocupación de Mesopotamia era vital para los intereses imperiales británicos. En primer lugar, era un punto estratégico en las rutas imperiales, tanto por aire como por mar, que conectaban la metrópoli con las posesiones de Lejano Oriente, en especial con la India. En segundo lugar, era una pieza clave en la estrategia de suministro energético del Reino Unido, al permitir el enlace de Persia, principal productor de petróleo para los británicos, con Occidente. El crecimiento del nacionalismo en Persia y en la nueva Turquía, a través de los llamados Jóvenes Turcos, exigía también el control de Irak como base desde la que poder frenar la influencia regional de estos movimientos. Igualmente, el expansionismo de la recién nacida Unión Soviética, en regiones como el Caspio o el Caúcaso, con los ojos puestos en las riquezas económicas de Oriente Medio, convertían en imperativo para Reino Unido el contar con un territorio desde el que poder ejercer de freno a las ambiciones bolcheviques sobre Próximo Oriente.

Desde el comienzo, los Mandatos fueron vistos con recelo por las poblaciones locales, temerosas de que no fueran más que una fórmula jurídica para encubrir un proceso de dominación colonial, algo que se acrecentó en Mesopotamia cuando los británicos despidieron a la mayor parte de los funcionarios que habían servido durante la dominación otomana y los sustituyeron por administradores británicos. Un clérigo chií muy respetado, el ayatollah Mohamed Taqui al Shirazi, emitió una fatwa señalando que servir bajo la administración británica era contrario a la ley coránica.

Reino Unido se encontró con un grave problema al asumir el control de Mesopotamia: la necesidad de crear y mantener un sistema judicial funcional, ante el derrumbamiento y la desaparición de las estructuras otomanas, que se habían ocupado de esas funciones desde el siglo XVII. Intentar restablecer el sistema turco, basado en el código civil napoleónico, era extremadamente difícil. En primer lugar, los órganos superiores habían estado localizados en Turquía, por lo cual habría crearlos de nuevo en Irak, así como muchas de las

jerarquías intermedias, que habían sido ocupadas por turcos; y, en segundo lugar, la propia ley turca gozaba de poca aceptación y poca comprensión entre la población árabe de Irak, ya que, amén de estar escrita en turco, un idioma diferente al utilizado por la mayor parte de la población, procedía de una tradición jurídica que nada tenía que ver con la de las tribus árabes.

Cuando, durante la Gran Guerra, se ocupó Basora, la administración de Reino Unido creó el *Occupies Territories Code (Iraqi Code)*, una jurisdicción especial cuyo ámbito de aplicación iba a ser el vilayato de Basora, fundiendo la legislación turca con las disposiciones imperiales para la India. Cuando se produjo la ocupación de Bagdad, a finales de 1917, se impuso la ley marcial y todos los delitos pasaron a ser juzgados por los tribunales militares británicos. Finalmente, introduciendo elementos del código egipcio, también de influencia francesa, se consiguió recuperar una estructura judicial y legal civil en 1919. De los nuevos tribunales quedaban exceptuados los crímenes perpetrados contras las tropas o los ciudadanos británicos, que pasaban a quedar bajo la jurisdicción militar del Reino Unido. Una segunda excepción la constituía la pena de muerte, que solo podía ser impuesta por el comandante en jefe de las fuerzas británicas en Irak.

Esto era válido para las áreas urbanas, pero el mundo de la Mesopotamia rural, con su estructura tribal, era diferente. Para afrontar las específicas necesidades de este ámbito, se recurrió a la creación de una jurisdicción especial, a través de la *Tribal Criminal and Civil Disputes Regulations* (TCCDR), una ley que creaba unos tribunales tribales, que estuvieron vigentes hasta 1932. Se basaba en las normas elaboradas por el coronel Robert Sandeman para los distritos tribales de Baluchistán.

El sistema tribal preveía que el oficial político, la máxima autoridad británica en cada pequeña demarcación territorial, derivara los conflictos de índole jurídica a los tribunales tribales locales,

elegidos por las propias tribus, que debían resolverlos de acuerdo con sus normas tradicionales. El límite era la pena de muerte, que solo podía ser impuesta por el sistema penal ordinario, situado bajo la supervisión británica. Con ello, se pretendía evitar que el castigo máximo a un miembro de una tribu pudiera desencadenar una espiral de venganzas; en lugar de la pena de muerte, cuando un miembro de una tribu asesinaba a un miembro de otra, se imponía el pago de una multa que debía ser abonada por la colectividad, no por el individuo, lo que suponía la aplicación de una suerte de castigo colectivo a través de lo que los británicos dieron en llamar *blood money*.

3.- La revuelta

La revuelta comenzó en el verano de 1920, en la propia Bagdad, y aglutinó a las dos principales comunidades religiosas del territorio, suníes y chiíes, así como a oficiales del antiguo ejército otomano. El alzamiento, precedido por una oleada de protestas pacíficas iniciadas en el mes de mayo, fue causado por el descontento general con las políticas del Alto Comisionado británico, máxima autoridad en la zona, y se extendieron a lo largo y ancho de las regiones de mayoría chií que bordean el curso del Eúfrates, lideradas por Sheik Mehdi Al Khalissi.

La situación se complicó para los británicos al producirse, al mismo tiempo, una revuelta kurda en el Norte de Irak, liderada por Mahmoud Barzinji, al que los británicos habían dejado actuar con autonomía en las áreas kurdas del país. La autonomía no era suficiente para Barzinji, y trató de lograr la creación de un estado kurdo independiente, por lo cual los *peshmergas* tomaron las armas ya en una fecha tan temprana como octubre de 1919, casi diez meses antes de que el descontento se convirtiera en insurrección en el resto de Irak. Durante la Gran Guerra, cuando las autoridades religiosas otomanas proclamaron la yihad contra los infieles, con bastante poco éxito, los kurdos opusieron una enconada resistencia al avance británico por sus

territorios, en su condición de musulmanes suníes sometidos religiosamente a los designios del Califato otomano. Barzinji había creado un gobierno independiente kurdo centrado en Sulaimaniya, pero no fue capaz de resistir la presión militar que para sus fuerzas supusieron los ataques aéreos de la RAF.

En mayo de 1920, al tiempo que la tensión crecía en todo Irak, las tropas imperiales entraron en el territorio kurdo y capturaron a Barzinji. Sin embargo, en 1922, durante el proceso de construcción del Irak independiente, se vieron obligados a devolverle al poder, ante la necesidad de lograr algún tipo de control sobre las áreas kurdas, algo que solo parecía posible con una intervención a gran escala –lo cual Reino Unido no se podía permitir en aquel momento- o a través de un caudillo local dispuesto a cooperar con Bagdad y Londres en mayor o menor medida, solución de la que terminó por beneficiarse Barzinji.

Fuera como fuera, cuando la revuelta iraquí estalló en 1920, los kurdos del Norte habían quedado tan exhaustos por su propia rebelión que no se unieron al alzamiento, cosa que sí hicieron los clanes kurdos asentados a lo largo de la frontera con Persia, que, por el contrario, apenas habían participado en la revuelta de Barzinji.

El proceso que llevó a la revuelta de 1920 fue lento. El descontento fue creciendo a medida que la nueva administración imponía reformas legales que afectaban a la propiedad de la tierra, socavando el control de los líderes tribales, y al régimen fiscal. Particularmente irritante para la población fue la imposición de un impuesto para aquellos que querían ser enterrados en la ciudad de Nayaf, santa para el chiismo y donde anhelaba ser enterrado todo creyente. Desde la ocupación británica, en 1917, se desarrolló en ella un movimiento de resistencia, la Ligar del Amanecer Islámico, *Jimyat al Nahda al Islamiya*, con una heterogénea composición que unía a intelectuales, líderes religiosos y caudillos tribales, y que, en marzo de 1918, asesinó a un oficial político británico, el capitán Marshall. Las

autoridades de la zona temieron un levantamiento general ya en ese año, con motivo de la ejecución de los asesinos de Marshall, aunque la temida insurrección no llegó a tener lugar durante 1918.

En vista de la situación generada por la administración británica, ulemas chiíes y líderes tribales discutieron el curso de acción a tomar para manifestar su oposición al gobierno británico. Tras descartar recurrir a la violencia, salvo como último recurso, en mayo de 1920 se produjeron protestas pacíficas masivas por todo el país, que aunaron a suníes y chiíes en su petición de independencia. Quince notables irakíes fueron elegidos para exponer estas peticiones ante el Alto Comisionado, Arnold Wilson, pero este desestimó todas y cada una de las cuestiones que le fueron expuestas, al considerarlas inviables.

Wilson, con una larga experiencia en la India, consideraba a los árabes incapaces de gobernarse por sí mismos, y su influencia personal fue clave en el desarrollo de los acontecimientos, ya que fue el gran impulsor de la "britanización" de la administración de Irak, al negarse repetidamente a que se trasladara desde Siria a oficiales y burócratas árabes de rango medio con experiencia en la administración de la zona durante los años que había estado sometida a Estambul, al tiempo que apartaba de la administración a los llamados *efendis*, los altos funcionarios de la burocracia otomana, incorporando un gran número de oficiales británicos en los puestos más altos. Así, pasó de haber cincuenta y nuevo oficiales británicos en Irak en 1917 a 1.022 en 1920.

En vista del rumbo que tomaban los acontecimientos, cada vez cobró más fuerza la organización nacionalista Haras al-Istiqlal. Los incidentes armados se fueron sucediendo. En diciembre de 1919, tribus árabes y nacionalistas habían atacado un puesto británico cerca de la frontera con Siria –que había fijado de forma arbitraria en el río Karun, dividiendo a las tribus locales-, en Dayr al Zur, y, cuandose confirmó oficialmente que Irak quedaría constituido como un

Mandato británico, en abril de 1920, la inquietud se extendió por toda Mesopotamia. En mayo, cuatrocientos guerreros tribales shammar asaltaron a la guarnición británica en la ciudad de Tal Afar, dando muerte a un oficial británico apellidado Barlow y avanzando, acto seguido, hacia Mosul, situada a cincuenta kilómetros de distancia. Los refuerzos británicos y una rápida sucesión de ataques aéreos hicieron retroceder a los atacantes hasta más allá de la frontera de Siria.

Estancadas las negociaciones e ignoradas las protestas pacíficas, los radicales tomaron la iniciativa y, en junio de 1920, el ayatollah Al Shirazi emitió una segunda fatwa, incitando a los chiíes a levantarse en armas contra las autoridades británicas, lo que le valió ser deportado de inmediato. Tratando de cortar la revuelta antes de que comenzara, las autoridades arrestaron a varios jefes tribales. Uno de ellos, de la tribu Zawalin, fue liberado por los guerreros de su clan, que asaltaron la cárcel de Rumaitha, en la provincia de Diwaniya. Los guerreros cortaron el telégrafo y la vía férrea, y aislaron a la guarnición británica, que tuvo ser suministrada desde el aire por aparatos de la RAF. Esta fue la piedra de toque del alzamiento.

En la región de Shamiya, cuyas tribus khazail se habían gobernado por sí mismas durante la dominación otomana, el oficial político británico rechazó una petición de independencia de los jeques, que acto seguido se levantaron en armas a lo largo de todo el distrito, el 11 de julio de 1920. La rebelión se extendió por el curso medio del Eúfrates, donde las estructuras tribales eran más fuertes y las guarniciones de la administración se encontraban dispersas, de forma que, a finales de julio, la mayor parte de la región había quedado en manos de los insurgentes, lo cual incitó a que el levantamiento se recrudeciera en Bagdad y sus alrededores, así como en el curso bajo del Eúfrates. Nayaf y Kerbala, las ciudades santas de los chiíes, quedaron en manos de los insurgentes, que también tomaron Mandali, cerca de la frontera con Persia, creando gobiernos nacionalistas en ellas. En la región de Hilla, que se habían mantenido en calma, cuando los británicos desplazaron parte de las tropas que la guarnecían para

combatir a los insurgentes en el distrito vecino de Hindiya, las tribus Beni Hassan de Hilla se sumaron a la revuelta y asediaron Kifl.

Alrededor de Baquba, en la provincia suní de Al Anbar, la revuelta tuvo también un tinte social, al constituir un movimiento de los campesinos –liderados por los guerreros tribales del clan Uzza- contra los propietarios de tierras que, en muchos casos, vivían en ciudades alejadas de sus propiedades. Los rebeldes consiguieron tomar la propia Baquba y cortar la ruta de suministros que unía a las fuerzas británicas con Persia, a través de la cual llegaban los refuerzos procedentes de la India. Los británicos se vieron obligados a armar a los cristianos asirios de la zona, muchos de los cuales se habían asentado en el área en los años anteriores, para plantar cara a los insurgentes.

Como era habitual en los conflictos coloniales, Reino Unido usó de todos los medios a su alcance para reprimir a los sublevados, lo que, en el caso de las revueltas kurda e irakí, incluyó los bombardeos con fósforo tanto sobre villas kurdas como sobre localidades situadas en la provincia irakí de Al Anbar, como fue el caso de Al Habnniya. A medida que se desarrollaban los acontecimientos y la revuelta cobraba fuerza, el comandante en jefe del ejército británico en Irak solicitó al gobierno autorización para bombardear con gases venenosos las aldeas que apoyaban a los insurgentes, algo que Londres se negó a autorizar.

Aunque tarde, los británicos reaccionaron y, siguiendo instrucciones de Winston Churchill, en aquel entonces ministro de Guerra, se enviaron refuerzos provenientes de Persia, que incluían dos escuadrones de la Royal Air Force (RAF), aparatos que, a la postre, serían decisivos en la derrota de la revuelta, ya que los rebeldes no tenían ninguna forma de plantar cara o estorbar el poder aéreo del Reino Unido, que las autoridades utilizaron con profusión para atacar tanto a las bandas armadas de insurgentes como a las aldeas que se estimaba que les apoyaban. Cuatro mil horas de misiones de

bombardeo, en los que se lanzaron alrededor de 100.000 kilos de bombas, contribuyeron de forma decisiva a suprimir el levantamiento. De la intensidad del despliegue aéreo da idea el hecho de que once aparatos se perdieron a lo largo de la revuelta a causa de accidentes. Bajo este paraguas de ataques aéreos, las fuerzas británicas fueron concentrándose alrededor de Faluya, preparándose para recuperar metódicamente el control del territorio.

La contraofensiva comenzó con la recuperación de Kerbala, a la que las fuerzas del Reino Unido forzaron a rendirse cortándole el suministro de agua. A Nayaf, donde se habían concentrado miles de refugiados, se le ofreció la posibilidad de rendirse o, en su lugar, arrostrar las consecuencias de un bombardeo aéreo sistemático. Ante esta amenaza, los jefes locales acordaron entregar la ciudad. El ejemplo de las dos ciudades santeas indujo a los demás centros de la rebelión a entregar las armas, actitud favorecida por la mayor flexibilidad política de Percy Cox, que había sustituido al intransigente Arthur Wilson como cabeza política de las cuestiones de Irak.

Algunos otros elementos militares, además del poder áereo, resultaron clave en la represión de la revuelta. Las unidades de caballería demostraron seguir siendo un arma válida, especialmente en los amplios espacios abiertos y desolados que brindaba Mesopotamia, siempre y cuando se enfrentara a enemigos equipados tan solo con armas ligeras. Igualmente, comenzaron a desarrollarse las tácticas de cooperación entre vehículos ligeros blindados e infantería, aprovechando, nuevamente, las carencias armamentísticas de sus enemigos.

Otro elemento clave fueron las milicias. El origen de las mismas estaban en los Scouts de Nasiriya, una unidad integrada por árabes que los británicos utilizaron durante la I Guerra Mundial para reunir información e inteligencia sobre las fuerzas turcas. En 1918, los británicos organizaron las milicias como una fuerza policial con

presencia en las villas de todo el país, estructurada en dos ramas: unidades policiales auxiliares bajo la dirección de los oficiales políticos británicos en cada área y una segunda fuerza que ejercía como reserva armada para apoyar a las unidades militares británicas. La fuerza total de las milicias, en 1918, rozaba los seis mil hombres.

En 1919, las milicias fueron reorganizadas para dar cabida a los colectivos kurdos y turcomanos, que se habían visto excluidos de sus filas con anterioridad, y se estructuró en tres grandes regiones militares: Mosul, Bagdad e Hilla. Las unidades de las milicias se mantuvieron leales a la administración británica durante la revuelta, lo que les costó setenta y tres bajas mortales en los cinco meses de operaciones. Coordinados con la RAF a través de oficiales del ejército británico que servían con las milicias, fueron una de las armas más eficientes a la hora de luchar contra los insurgentes.

Para agosto de 1920, la mayor parte de los líderes nacionalistas se encontraban en prisión, habían sido deportados o ejecutados en la horca. Haras al.-Istiqlal estaba prácticamente desarticulado y los guerreros tribales chiíes, que llevaron el peso del esfuerzo militar de la revuelta, habían sufrido graves pérdidas combatiendo a los británicos y por causa de los ataques aéreos. El despliegue de fuerza británico llegó a ser abrumador, concentrando en Irak a 17.000 soldados europeos y 85.000 combatientes indios, apoyados por seis mil integrantes de las milicias locales.

En octubre de 1920, puede considerarse que la revuelta irakí había sido sofocada, si bien en áreas del curso inferior del Eúfrates, de mayoría chií, siguió existiendo actividad insurgente aislada e inconexa hasta entrado el año 1922.

4.- El impacto de la revuelta en el futuro de Irak

Al mismo tiempo que se rendían las ciudades santas de Nayaf y Kerbala, el coronel Wilson era relevado de su mando en Irak y sustituido, como máxima autoridad política británica sobre el terreno, por Percy Cox, que hay había tenido un papel relevante durante las campañas británicas en Mesopotamia a lo largo de la guerra mundial.

Cox cambió la política británica en Irak desde que asumió el control de la misma en octubre de 1920, creando un consejo bajo su supervisión, formado por veintiún notables iraquíes, con mayoría suní y representación de los chiíes, los cristianos e incluso un miembro judío. Este consejo ejercía de gobierno de Irak, y en él se encuentra la raíz de una de las distorsiones que marcarían la historia del Irak independiente: el predominio en las élites políticas de la minoría suní respecto de la mayoría chií. Esto fue así porque los británicos optaron, bajo el gobierno de Cox, por cimentar su administración indirecta en funcionarios con experiencia en la burocracia otomana, y estos eran, de forma abrumadora, suníes, que, además, se habían visto menos involucrados en la revuelta que las comunidades chiíes.

Se calcula que entre seis y quince mil iraquíes y alrededor de quinientos soldados británicos –en su mayor parte, indios- perdieron la vida durante el levantamiento[4]. Las fuerzas británicos sufrieron, además, un millar y medio de heridos. Alarmados por el coste económico del conflicto, cifrado en alrededor de cuarenta millones de libras de la época, los británicos organizaron una conferencia en El Cairo con la intención de analizar el futuro de su mandato en Mesopotamia.

[4] Williams, 2004, 50, afirma que, además, hubo otros cuatrocientos cincuenta desaparecidos entre las fuerzas imperiales.

Concluyendo que un gobierno directo podría ser demasiado incómodo, en términos económicos, militares y políticos, optaron por una fórmula que les permitiera mantener su influencia en un estado iraquí independiente, entregando el poder a un grupo de personas afines a los intereses del Reino Unido y asegurándose una dependencia de este gobierno de la asistencia británica, tanto militar como económica y comercial. Así, se nombró rey de Irak a Faysal ibn Hussain, que había colaborado con los británicos durante la Gran Guerra y participado en la lucha de los árabes contra los otomanos a lo largo de los años del conflicto, por lo que tenía buenas relaciones con algunos destacados oficiales del ejército británico. Faysal gobernó bajo tutela británica hasta 1932, año en el que Irak se convirtió en un estado independiente y soberano.

La quiebra de la revuelta no supuso la tranquilidad para los territorios de Irak. La RAF siguió lanzando operaciones de castigo contra diversos enemigos. Así, en 1923, el jeque Kashah al Jan se negó a pagar los impuestos y trató de levantar una fuerza armada de trescientos combatientes. Los británicos, en pleno proceso de construcción de la monarquía de Faysal, no estaban dispuestos a tolerar amenazas contra su proyecto, y respondieron con dos días de bombardeos indiscriminados, tanto diurnos como nocturnos, sobre las villas de Bakrat y Sufran, usando bombas incendiarias que causaron alrededor de cien muertos, en su mayor parte mujeres y niños, y aniquiló gran parte de los rebaños de las que dependía la vida de las tribus en el área.

Este uso reiterado de las fuerzas áreas para solventar problemas de la administración, tuvo, según algunos autores, consecuencias negativas en el largo plazo: las autoridades recurrían al ataque aéreo como método coactivo que obligara a las tribus a acatar las políticas gubernamentales, en vez de intentar soluciones dialogadas o acometer reformas administrativas o cambios políticos, lo cual, a la larga, debilitó la cohesión del país y la estructura del estado.

5.- Palestina y la gran rebelión árabe

Gwynn, en su obra clásica *Imperial policing*, afirmó que pocos lugares en el mundo eran tan propensos al conflicto entre comunidades como la Palestina del periodo de entreguerras, como pusieron de manfiesto los disturbios de 1929, cuando una coincidencia de fechas hizo que la comunidad judía y la musulmana, en agosto de aquel año, coincidieran masivamente entorno al Muro de las Lamentaciones en la celebración del *Tisha Be ´Av* –la destrucción del Templo- y el cumpleaños del Profeta, respectivamente, haciendo coincidir las celebraciones con las oraciones del viernes musulmanas y, al día siguiente, con el Sabath judío. Esta jugarreta del calendario supuso varias semanas de incidentes, disturbios y ataques entre comunidades, un aviso de lo que estaba por llegar.

Los años previos a 1936 fueron para Palestina un periodo de crisis económica que afectó sobre todo a los trabajadores más humildes y a las clases medias árabes, lo que se vino a sumar al descontento derivado de las reclamaciones de autogobierno por parte de la población árabe. Así, en 1931, el Gran Muftí de Jerusalén, máxima autoridad musulmana en Palestina, convocó una conferencia islámica en un intento de devolver la cuestión a la escena internacional, algo en lo que se fracasó. Para Haj Amín, la única solución posible era la creación de un estado musulmán que abarcara la totalidad de Palestina, con los judíos convertidos en una minoría dentro de dicho estado.

El siguiente paso fue la creación del Comité Árabe Palestino, que pretendía ser el gobierno legítimo de la población árabe del territorio, al frente del cual se situó Musa Kazem Pasha Al Husseini, miembro de una prestigiosa familia de Jerusalén y que había sido alcalde de dicha ciudad entre 1918 y 1920. Sin embargo, Husseini perdió la vida en 1934, a consecuencia de las heridas sufridas durante una manifestación contra la ocupación británica, cuando tenía ochenta y un años de edad. A su muerte, el Comité, carente de un liderazgo

que fuera respetado por el conjunto de los musulmanes palestinos, se fragmentó en varios grupúsculos y corrientes políticas, entre los cuales tomó especial relevancia el *Istiqlal*, de planteamientos radicales.

En enero de 1935, doscientos cuarenta y ocho ulemas firmaron una fatwa cuyo contenido no solo era anti-sionista, sino también abiertamente antijudío. La fatwa coincidió con el periodo de máxima actividad de la organización *Kaf Al-Asuad* –Mano Negra-, creada y liderada por el clérigo sirio Izzedim al-Qassam. Esta organización combatía el Mandato británico y los asentamientos judíos. En noviembre de 1935, la policía británica consiguió acorralar a Al-Qassam y a una docena de miembros de la Mano Negra, después de que asesinaran a un policía británico en Haifa y a un agente judío en las cercanías de Nablus. Qassam y la mayor parte de sus hombres fueron abatidos por las fuerzas británicas, después de quedar atrapados en el interior de una cueva.

Lo que ha sido conocido como la gran revuelta árabe comenzó en abril de 1936 y fue, en esencia, un levantamiento rural que aglutinó a los campesinos perjudicados por la situación económica de los años anteriores, lo que explica que no tuviera solo un carácter de lucha por la independencia, sino también de movimiento social de las clases bajas rurales contra las élites urbanas y los propietarios de tierras. En gran medida, sobre todo en el comienzo, se trató de un movimiento desestructurado, en el que las bandas de *fedayín* recorrieron la Palestina rural y que, salvo en una fase avanzada de la revolución, fueron reticentes a integrarse en una estructura centralizada.

Sin embargo, su desustructuración inicial no quiere decir que fuera un fenómeno simple. Como indica Lehenbauer en su estudio sobre la cuestión, la revuelta árabe muestra muchos de los factores de complejidad que caracterizan a las insurgencias modernas, que se sintetizan en:

- Existencia de una organización política que instiga y llama al uso de la violencia.

- La población local se encontraba dividida por factores étnicos y religiosos.

- Los insurgentes aplicaron tácticas de guerra asimétrica, como la lucha guerrillera, el uso de artefactos improvisados, étc.

- Existencia de una estructura de apoyo en la clandestinidad, capaz de sostener el esfuerzao armado de los rebeldes.

- Los insurgentes contaban con apoyo extranjero, en este caso proveniente de las naciones árabes y musulmanas.

Líderes locales que se negaron a apoyar el levantamiento fueron asesinados, y bajo el paraguas del levantamiento se condujeron numerosas *vendettas* privadas entre las propias comunidades musulmanas. El Gran Muftí aprovechó los acontecimientos para arremeter contra sus enemigos, con la acusación de ser contemporizadores con el sionismo o de estar a sueldo de los judíos, y efectuó una purga, en especial a lo largo de 1937, contra quienes habían apoyado la partición de Palestina en dos estados independientes, uno musulmán y otro juidío. Alrdedor de quinientos musulmanes murieron a manos de los *fedayín* a lo largo de la revuelta, si bien el número real pudo ser mayor, ya que con frecuencia este tipo de crímenes fueron atribuidos maliciosamente a británicos o judíos.

A mediados de junio de 1936, combatientes llegaron desde Irak y Siria cruzaron el Jordán y formaron bandas armadas de unos cincuenta hombres, que hicieron escalar la violencia en Palestina, desbordando a la policía, integrada por alrededor de tres mil efectivos, menos de un tercio de los cuales eran británicos, casi la mitad eran

árabes y existían tan solo trescientos setenta y cinco agentes judíos, una carencia que pagaría caro más tarde la administración británica. A medida que la violencia aumentaba, se incorporó a filas de la policía a otros quinientos agentes auxiliares, en su mayor parte reclutados en los *yishuv*, los asentamientos de la comunidad judía palestina.

6.- La respuesta británica

La presencia militar de Gran Bretaña en Palestina en la primavera de 1936 era limitada, por lo que no estuvo en condiciones de responder al alzamiento hasta el otoño de aquel año. En preparación de la respuesta del gobierno, se crearon tribunales militares en septiembre para castigar los crímenes relacionados con la rebelión, pero, para entonces, gran parte de las zonas rurales estaban fuera del control de las autoridades, e incluso algunas ciudades habían quedado en manos de los rebeldes. En el momento en que las fuerzas del Reino Unido estaban en condiciones de lanzar una contraofensiva, se llegó a un alto el fuego, ya que, en septiembre, se inició una investigación oficial, encomendada a lord Peel, sobre las causas de la revuelta y el futuro del territorio. Cuando la comisión emitió su veredicto, en verano de 1937, declarando que la única solución posible era la partición en dos estados independientes, el dictamen sirvió de combustible a reanudación de la revuelta, que volvió a desencadenarse, con mayor virulencia, si cabe.

La recomendación de una partición en dos estados no fue la única que hizo la comisión; también realizó una serie de recomendaciones para reorientar la acción policial:

- Reformar el sistema de recolección de inteligencia, deficitario en aquel momento.

- Crear una unidad montada para que patrullara el terreno rural, incluso donde no existían caminos o carreteras transitables para los autos.

- Crear unidades especiales para realizar patrullas nocturnas, práctica que había sido abandonada desde que comenzara la revuelta, por la facilidad con que las unidades policiales eran atacadas y emboscadas en la oscuridad.
- Creación de un sistema de barreras y puestos de vigilancia que cerrara la frontera Norte del territorio e impidiera que los rebeldes recibieran refuerzos y armas desde Siria e Irak.

Hasta la ofensiva de octubre de 1937, la respuesta británica más notable a la revuelta había tenido lugar en Jaffa, ciudad que fue tomada por el ejército en la mañana del 16 de junio de 1936, para a continuación proceder a la demolición sistemática de parte de la urbe, en la que se derribaron con cargas de gelignita alrededor de doscientos cuarente edificios, dejando sin hogar a más de seis mil palestinos. El objeto era crear un cordón de espacios abiertos que permitiera aislar las zonas de la ciudad que, durante las semanas previas, habían escapado del control de las autoridades, si bien extraoficialmente agentes de inteligencia británicos la calificaron como una operación de castigo colectivo por el apoyo de la población a los rebeldes.

Las operaciones británicas contra los rebeldes comenzaron en octubre de 1937, pero con importantes restricciones respecto al número de tropas a emplear, ya que existía el temor al estallido de una guerra general en Europa, ante las ambiciones y la agresividad de la Alemania nazi. Cuando la diplomacia francesa y británica llegó a los acuerdos de Munich, en septiembre de 1938, Reino Unido se sintió con las manos lo suficientemente libres en Europa como para aumentar el despliegue de fuerza en Palestina. Desde octubre de 1937, el ejército inició la recuperación del control de las zonas rurales en manos rebeldes, reprimiendo el levantamiento con dureza a través de

los tribunales militares y de los castigos colectivos, cuya legalidad se sostenía en el *Manual of military law* de 1929, que recopilaba los manuales editados por el ejército británico desde 1884, y que afirmaba, de forma harto significativa, que la existencia de una insurrección justificaba cualquier medida necesaria para terminar con la misma, incluido, como último recurso, el castigo de inocentes a modo de represalia o advertencia.

En octubre de 1937 comenzó el declinar de la revuelta. Lehenbauer señala varios factores en este proceso:

- Tanto las acciones de las bandas de *fedayín* como las represalias británicas habían causado terribles pérdidas en el tejido económico de la región, pérdidas que recaían sobre las clases más humildes, precisamente las que más habían apoyado la insurgencia.

- El papel asumido en 1937 por los monarcas árabes como mediadores redujo el apoyo internacional a la rebelión, tanto en medios materiales como en el flujo de voluntarios árabes.

- A partir de esa fecha, como se ha indicado, el despliegue de fuerza británico se volvió más contundente y numeroso.

- El uso extensivo de los poderes legalizados por la ley marcial, incluyendo las ejecuciones por infracciones que no suponían delitos de sangre o los castigos colectivos. La llegada en septiembre de Wavell como nueva máxima autoridad militar dio paso a un sistema que se denominó "control militar", para definir la supeditación de los poderes y las leyes civiles a las autoridades militares.

El Gran Muftí, ante el temor de ser arrestado, abandonó Jerusalén en el otoño de 1937, refugiándose en Siria. Este alejamiento geográfico ejerció un efecto negativo sobre la rebelión, ya que, en la distancia, Amin estaba más preocupado de consolidar su debilitado

liderazgo, eliminando a quien se opusiera a sus planteamientos, que de combatir a la administración colonial.

En marzo de 1938, columnas volantes de fuerzas británicas comenzaron a operar cada vez con más intensidad y eficacia en las zonas rurales. Cada una de ellas estaba integrada por cien hombres con el apoyo de una sección de morteros, dos ametralladoras Lewis y trece vehículos para desplazarse. Varios de los vehículos se usaban para transportar reatas de mulas, a fin de garantizar la movilidad de la unidad también en el terreno inaccesible para los vehículos a motor. Estas columnas tuvieron un gran éxito en la destrucción de las bandas insurgentes de mayor tamaño, pero los grupos rebeldes de menor tamaño consiguieron, en muchos casos, eludir a las columnas, pese a su movilidad.

Esta situación planteaba un dilema estratégico a los británicos, ya que, siendo superiores en disciplina, organización y potencia de fuego, no podían aprovechar estas ventajas ante el hecho de que las unidades enemigas operaban de noche y evitaban todo enfrentamiento decisivo. Ello hacía que, para conseguir la quiebra total de la rebelión mediante el uso de las columnas volantes, fuera necesario un número de tropas mucho más elevado, para cubrir la totalidad del territorio, del que Gran Bretaña estaba en condiciones de desplegar. Como solución alternativa, Orde Wingate, que luego sería legendario comandante de los chindits en las junglas birmanas durante la II Guerra Mundial y que, en aquel entonces, era capitán en Palestina, propuso una serie de medidas para romper la elusividad del enemigo: realizar entrenamiento específico para que las tropas pudieran operar de noche, mejorar la recolección de inteligencia y utilizar a personal local con conocimiento del terreno y del idioma.

La opción estratégica sugerida por Wingate se basaba en la inteligencia, mientras que la que defendía gran parte de la estructura militar se basaba en la presencia física de las tropas sobre el terreno: en las aldeas, en controles, en instalaciones de vigilancia a lo largo de

las fronteras, étc. El planteamiento de Wingate tenía la ventaja de que requería menos tropas, pero suponía la construcción de unidades específicas para combatir en la noche, hasta entonces en manos del enemigo. Así se crearon las *Special Night Squads* –Escuadrones Especiales Nocturnos, SNS por sus siglas en inglés-, integrados en gran parte por judíos. La unidad quedó vinculada a la Brigada de Inteligencia y la formaban tres oficiales británicos, cada uno de los cuales dirigía a entre veinticuatro y treinta y seis agentes judíos y doce soldados británicos, pertenecientes a la 16ª Brigada, que rotaban cada pocas semanas.

Estas unidades fueron un éxito, tanto en la obtención de inteligencia sobre el enemigo como en la realización de acciones agresivas, en las que abatieron a docenas de *fedayín* en emboscadas nocturnas. Un ejemplo típico fue la operación contra un grupo de insurgentes que, en los primeros días de octubre de 1937, se infiltró en el área de Tiberiadas y masacró a diecisiete colonos judíos; días después cayó en una emboscada de una SNS, en el que, según cálculos de las autoridades, los insurgentes sufrieron al menos cuarenta bajas. A la mañana siguiente, el líder de los *fedayín*, que logró escapar a la emboscada, fue acorralado por otra unidad de la SNS, liderada personalmente por Wingate, y terminó abatido junto con otros trece insurgentes.

En agosto de 1938, un oficial colonial británico, W.S.S. Moffat, fue asesinado en Jenin, tras lo cual la ciudad fue sometida a un castigo similar al vivido por Jaffa en 1936, demoliendo las fuerzas militares parte de la ciudad. No fue, ni mucho menos, la única: muchas aldeas, recalcitrantes en su apoyo a los rebeldes, fueron demolidas por completo, como ocurrió con Mi´ar, en la región de Acre. En ocasiones, las unidades británicas obligaron a los aldeanos a destruir sus propias casas, ladrillo a ladrillo.

Sobre la dureza con la que se reprimió la revuelta, un comandante británico afirmó que el trabajo de sus soldados era sencillo: golpear en la cabeza a quienes no cumplían la ley, y si seguían sin cumplirla, disparlarles en la misma cabeza. Las represalias fueron moneda común. Cuando dos soldados de la Guardia Negra escocesa fueron asesinados en la puerta de Jaffa, en Jerusalén, la máxima autoridad miltiar en Palestina, Archibald Wavell –que había sido anteriormente oficial de la Guardia Negra- encomendó a la unidad una operación de castigo sobre la aldea de Silwan. El informe oficial de la operación señala que un lugareño murió al caer de un risco, y otro fue herido de un disparo al intentar huir. Sin embargo, un oficial del Regimiento North Staffordshire, declararía más tarde que los escoceses habían matado a golpes y culatazos a veintidós aldeanos, después de que el oficial que lideraba la unidad en Silwan diera carta blanca a los soldados, furiosos por la muerte de sus camaradas, para recorrer la aldea durante ochos horas con la única restricción de no usar armas de fuego.

Muy criticado fue el uso de perros en las operaciones de búsqueda. La mayor parte de los animales usados eran dobermans traídos desde Sudáfrica. El hecho de que, en los informes oficiales, conste con frecuencia el hallazgo de una pocas balas en poder de los sujetos señalados por los perros, infracción castigada con la muerte por ahorcamiento en la legislación de emergencia británica, genera dudas acerca de la veracidad de los hallazgos, y se cree que, en muchos casos, el supuesto señalamiento por perros encubría detenciones, registros o cacheos arbitrarios. También fue práctica frecuente el colocar rehenes en la parte frontal de las locomotaras o sobre el capó y los estribos de los automóviles, a fin de disuadir los ataques con minas y explosivos contra los convoys.

En octubre de 1938, durante cinco días, las fuerzas británicas perdieron el control de la Ciudad Vieja de Jerusalén. La situación llegó a ser tan crítica que se puso la policía directamente bajo mando

militar y se desarmó a los agentes árabes, por considerarlos de poca confianza.

En 1939, la situación política cambió por completo. Con la asunción del Papel Blanco, el documento por el que el gobierno británico imponía severas restricciones a la inmigración judía a Palestina, y con el estallido de la II Guerra Mundial, las reclamaciones políticas asociadas a la autodeterminación fueron sobrepasadas por los acontecimientos. Las autoridades británicas se comprometieron a concluir en diez años el proceso que diera pie a la existencia de un estado palestino independiente.

De la intensidad de la revuelta y del esfuerzo hecho por el ejército británico para suprimirla da idea un dato: entre 1936 y 1939, la casi totalidad de los regimientos de infantería del ejército británico sirvieron, en un periodo u otro, en Palestina, según afirma Hughes.

CAPÍTULO 4:

LAS REVUELTAS EN LA INDIA Y BIRMANIA

1.- Las *Nupilan* o guerras de las mujeres

Las guerra de las mujeres –conocidas por el término nativo *Nupilan*- fueron un fenómeno excepcional en la historia de los levantamientos, ya que se trató de sendos movimientos, ocurridos en el estado indio de Manipur, en 1904 y 1939, liderados e integrados casi en exclusiva por mujeres.

La revuela de 1904 expresó el descontento que los cambios impuestos por los británicos desde la anexión de Manipur –tras la guerra anglo-manipur de 1891-, focalizados en la colocación de un maharajá menor de edad como gobernante títere y en la política de confiscación de armas a la población nativa. No obstante, el detonante de la Primera Nupilan fue la exportación de arroz de Manipur a la región de Kohima, bajo las leyes que permitían esta exportación de forma gratuita.

La noche del 15 de julio de 1904, los bungalows de dos oficiales británicos fueron incendiados, dando comienzo a los disturbios. La reacción de las autoridades fue ordenar a la población de Imphal la reconstrucción de los dos edificos quemados, lo que ofendió aún más a los ya indignados habitantes, que escribieron a las autoridades para que anularan la orden. Estas no solo no lo hicieron, sino que amenazaron con apostar tropas en las calles para forzar a los paseantes a trabajar en la reconstrucción.

Los ciudadanos convocaron una reunión para determinar si cumplían o no la orden; las autoridades prohibieron la reunión, pero esta se llevó a cabo igualmente, eligiéndose desobedecer las orden. Antes de que la asamblea concluyera, la policía irrumpió en ella y detuvo a seis personas, consideradas cabecillas del movimiento. En noviembre de 1904, los seis fueron condenedos a ser deportados bajo la acusación de sedición. Ante esta situación, los hombres de Imphal decidieron capitular y comenzar a comprar materiales para llevar a cabo la obra; sin embargo, las mujeres no cejaron. Cientos de vendedoras del bazar de Kwairamband se concentraron, al parecer de forma espontánea, alrededor de las residencias de las principales autoridades británicas, paralizando la actividad comercial y política de la ciudad.

En vista de que la situación se alargaba, asustadas, las autoridades civiles británicas reclamaron la intervención del ejército. Sin embargo, las consecuencias potenciales de utilizar fuerzas militares para combatir la agitación creada por las mujeres de Imphal fue valorada como mucho más peligrosas que la otra alternativa: tras varios días de asedio por parte de las mujeres locales, las autoridades británicas optaron por retirar la orden.

La Primera Nupilán fue un incidente breve y sin derramamiento de sangre, pero que sentaría un importante precedente y serviría como modelo para futuras protestas, además de alcanzar un valor casi mitológico entre los insurgentes de movimientos posteriores.

En 1939, las intensas lluvías durante el verano y las primeras semanas de otoño arriuinaron gran parte de las cosechas en Manipur, disparando los precios. Las autoridades, en esta ocasión, reaccionaron con relativa prontitud, y el 13 de septiembre prohibieron la exportación de arroz, en un intento de detener la subida de precios y de evitar lo que parecía una hambruna en ciernes. Sin embargo, la prohibición se levantó en diciembre, cuando la situación aún no había mejorado lo suficiente. Las exportaciones llevadas a cabo por los

comerciantes, siguiendo las políticas del gobierno, desencadearon la Segunda Nupilán.

Nuevamente, las mujeres del bazar de Imphal se lanzaron a las calles, coreando consignas contra las políticas británicas respecto al arroz. Presionado, el intendente de la ciudad se vio obligado a enviar un telegrama al maharajá, gobernante oficial de Manipur, para que autorizara el cese de las exportaciones. Con esto, el intendente pretendía calmar a la multitud de cuatro mil mujeres que le rodeaban; sin embargo, estas insistieron en permanecer junto a la oficina de telégrafos hasta que se recibiera respuesta. Acordonada la zona por unidades de los Fusileros de Assam, la multitud, en efecto, siguió rodeando la oficina, pese a las gélidas temperaturas del mes de diciembre en Imphal, situada en las estribaciones del pre-Himalaya. Finalmente, el telegrama se recibió a la una de la madrugada y la Segunda Nupilán también terminó en éxito de la protesta.

2.- La rebelión kuki de 1917-1919

La región de Manipur, así como la aledaña Assam, fueron históricamente objeto de conflictos entre los reinos de Birmania y Thailandia. Ante el riesgo de ocupación de la zona por estos contendientes, con lo que ello pudiera comportar de amenaza sobre la India, los británicos procedieron a anexionarse ambos territorios, comenzando por Assam en 1826 –cuya dominación no se completaría hasta 1898- y, décadas después, siguiendo por Manipur, que pasó a depender de los virreyes de la India en 1891, tras la guerra anglo-manipur, un conflicto breve que terminó con cualquier asomo de independencia para Manipur, si bien mantuvo como gobernante oficial a su propio sultán.

La llamada Frontera del Noreste fue, a su modo, tan dura como la Frontera del Noroeste, donde las diversas tribus de montañesas afganos y pastunes nunca llegaron a estar sometidas por completo.

Tan solo tres años después de la llegada de los británicos, Assam ya se vio sumido en la sangrienta revuelta khasi, ante el intento de las autoridades de hacer pasar una carretera por sus dominios tradicionales. En conjunto, la región era tan peligrosa que, en 1873, se impuso la creación de la *Inner Line*, más allá de la cuál era necesario un permiso militar especial para poder internarse en la zona de las montañas de Assam y Manipur. No es de extrañar habida cuenta de que los naga resistieron la ocupación británica entre 1835 y 1852; los clanes jaintia se sublevaron en 1860 y 1862; los clanes garo entre 1852 y 1857 y, nuevamente, en 1872; parta terminar, diversos clanes kuki hicieron lo propio en 1891, 1892 y 1894

Los kuki eran una de las etnias y tribus que poblaban la región de Manipur. Estaban asentados en las colinas selváticas que precedían al colosal macizo del Himalaya y, como muchas tribus de montañeses a lo largo del mundo, formaban una cultura orientada hacia la guerra y con una tradición de resistencia armada contra la dominación extranjeras –hoy en día, en que la región forma parte de la India, existen treinta y tres organizaciones armadas que luchan contra el gobierno indio por diversas razones, la mayor parte de ellas vinculadas con el separatismo-. Ya en 1860 habían lanzado una gran incursión sobre territorios británicos fronterizos, cuyo punto culminante había sido la matanza del 31 de enero de 1860, cuando atacaron varias villas a lo largo del río Fenny, dando muerte a ciento ochenta y cinco británicos y secuestrando a un centenar más.

El conflicto de 1917 comenzó cuando los británicos, inmersos en la Gran Guerra, trataron de reclutar a parte de la población kuki como mano de obra para el Cuerpo de Trabajo. Este contingente estaba previsto que fuera parte del millón trescientos mil súbditos de los dominios británicos en la India que fueron enviados a Mesopotamia durante la Gran Guerra, casi trescientos mil de ellos integrados en el Cuerpo de Trabajo. Ya en 1916 estos reclutamientos se habían mostrado problemáticos en otras zonas de la India, como en

los estados de Bihar y Orissa, en los que ya había habido insurrecciones por esta cuestión.

En 1916, alrededor de setecientos cincuenta hombres fueron reclutados en la zona de Manipur, lo cuál se hizo sin demasiada hostilidad por parte de la población; sin embargo, en agosto de 1917 se envió un segundo requerimiento al sultán para que reclutara otros cinco mil hombres para ser enviados a Francia. Asustado, el sultán advirtió que era imposible reunir tal cantidad de hombres entre las tribus de las montañas. Los británicos no hicieron caso de las advertencias; dos mil kukis y nagas fueron enviados a Francia en marzo, empujando a los kukis a la rebelión.

El 7 de marzo de 1917 tuvo lugar, en el máximo secreto, una reunión que aglutinó a veintiún caudillos kuki, incluidos varios de las montañas birmanas, y donde se tomaron decisiones estratégicas para proceder a un alzamiento generalizado. Según algunos autores, como el coronel británico Shakespeare, que estuvo presente en la guerra y cuya crónica, publicada en 1929, es una de las principales fuentes para investigar los hechos, los kuki fueron agitados por nacionalistas indios procedentes de Bengala y también por agentes a sueldo de Alemania –no olvidemos que se estaba desarrollando, entre tanto, la I Guerra Mundial-.

Desde Imphal, se envió a un agente con fuezas policiales a la aldea de Mombi, a seis días de camino, donde el jefe de la aldea siguió negándose a reclutar a los varones. Las fuerzas policiales quemaron la aldea y se desplazaban hacia una segunda aldea, que también se había negado a reclutar trabajadores, cuando llegaron instrucciones de que no se tomaran represalias. Tras dos meses de calma, guerreros kuki liderados por el caudillo de la quemada Mombi, Ngulkhup, asaltaron el puesto británico en Ithai, dando comienzo a los combates.

En enero de 1918, los británicos lanzaron una campaña siguiendo sus habituales patrones coloniales, introduciendo dos columnas en el territorio kuki. La primera utilizó la aldea de Haika como base y operó en sus alrededores, mientras que la segunda, desde Imphal, reabrió la carretera de Birmania, que había sido cortada por los rebelde,s y quemó varias aldeas insurrectas mientras se desplazaba por territorio enemigo. En febrero, los británicos incorporaron fuerzas de los Fusileros Naga para reforzar las operaciones, pero en mayo la llegada del monzón impuso un alto obligado en la campaña.

Durante el verano, se acordó que, cuando pasaran las lluvias, con la llegada del invierno, se lanzaría una campaña coordinada bajo un mando unificado, tarea que recaería en el general Keary, para lo cual se desplazarían tropas desde Assam y Birmania. Se acordó que, además del control militar de las operaciones, Keary asumiera el control político de la zona, rompiendo así con la tradición británica de someter las estructuras militares al mando civil en las áreas de conflicto.

La ofensiva de invierno se desencadenó en enero, mes en el que las fuerzas gubernamentales informaron de haber quemado cuarenta y ocho villas kuki y de haber abatido a cuarenta rebeldes. La desproporción entre los daños causados a las aldeas y el escaso número de pérdidas sufridas por los combatientes enemigos da una idea del tipo de guerra que desencadenaron unos y otros: la destrucción de los asentamietnos kuki por parte de los británicos y la elusión de los combates, salvo en circunstancias favorables, por los rebeldes. En febrero, se logró un éxito contra los insurgentes al tomar de las aldeas más importantes, Longya. Allí fueron capturados Ngulkhup y otros importantes líderes kuki.

Los guerreros kuki se lanzaron tanto contra los británicos como contra villas y aldeas de diferentes grupos naga, como expresión de una enemistad que se remontaba a mediado del siglo anterior, cuando las prácticas agrícolas kuki, que agostaban la tierra, hicieron que estos

comenzaran a ocupar tierras de los zeme, un grupo étnico emparentado con la familia de los clanes naga. A la guerra contra los británicos y el conflicto intercomunitario entre kuki y naga, se unió una tercera vertiente, ya que entre los propios caudillos kuki existían rivalidades por cuestiones relacionadas por la primacía tribal. Estas facetas de la insurrección –intercomunitaria e intracomunitaria- fueron, posiblemente, las más sangrientas del conflicto, ya que informes oficiales británicos cifraban en torno al millar los muertos causados por los rebeldes en aldeas consideradas leales a las autoridades, epígrafe bajo el que se contaban las vidas perdidas en la parte que de conflicto étnico y tribal tuvo la rebelión.

Los dos años de conflicto fueron muy duros. Los kuki usaban emboscadas, trampas y la tortura de prisioneros o colaboradores de las autoridades, lo que ha llevado a que autores como Morgan Kipgen hayan comparado la rebelión kuki con las guerras apaches; este autor también afirma que se trató del mayor conflicto militar en la India desde el motín de los cipayos de 1857.

El éxito táctico de los kuki y las dificultades logísticas de la región convirtieron en un largo conflicto una campaña que, habida cuenta de la disparidad de medios, debería haber sido resuelta con facilidad, ya que los kukis apenas podían poner en pie de guerra una fuerza de dos mil combatientes, equipados con alrededor de un millar y medio de viejos mosquetes. Frente a ellos, el ejército británico desplegó en un primer momento dos mil soldados, pero ante la imposibilidad de someter a los rebeldes, envió otros cinco mil soldados a la zona, reforzados por unidades de la policía birmana.

El ejército británico no estaba en absoluto preparado para el tipo de campaña que se desarrollo en las montañas y junglas de Manipur. Los kuki operaban en grupos de no más de veinte individuos y, por lo general, eran excelentes tiradores. Su movilidad y sus ataques rápidos para luego desvanecerse en el jungal impidieron durante meses que los

británicos tuvieran una idea aproximada del tamaño de las fuerzas contra las que se enfrentaban.

Los tiradores kuki fueron uno de los primeros grupos militares que preferían herir de gravedad a los oficiales y soldados enemigos en vez de causarles la muerte, ya que los heridos suponían una carga onerosa para la logística enemiga –un soldado herido requería de otros dos que lo transportaran, por ejemplo, con lo que se eliminaba a tres combatientes- y, muchas veces, eran aún más desmoralizadores para sus compañeros que las bajas mortales. Era una matemática de una lógica atroz: si, en una emboscada, un pequeño grupo kuki mataba a diez soldados de una patrulla arquetípica de cincuenta soldados, tendría que huir de cuarenta enemigos; sin embargo, si hería a diez soldados, solo quedarían veinte en disposición de perseguirles o combatir.

Otra táctica que los rebeldes usaron con frecuencia fue la colocación de granadas listas para detonar por presión en los márgenes de las sendas de las junglas y montañas. Cuando las unidades británicas recibían una primera andanada de disparos, su primera reacción era saltar fuera del sendero, para evitar ser blancos fáciles. Al hacerlo, detonaban las granadas colocadas en las inmediaciones.

La historia oficial británica califica la campaña como una victoria total, si bien algunos historiadores discrepan de esta visión. Morgan Kipgen considera que, en el mejor de los casos, fue una victoria pírrica. Sin embargo, el ejército británico no echó las lecciones del conflicto en saco roto y, cuando en la II Guerra Mundial, hubo de combatir en esas mismas junglas contra el ejército japonés, los veteranos de la revuelta kuki fueron reclamados para entrenar a las unidades aliadas que iba a operar en la zona, como a los legendarios chindits de Ordell Wingate o a los Kachin Rangers del ejército de los Estados Unidos. De esta instrucción incorporaron el disparar para herir por parte de los francotiradores o la colocación de granadas en los laterales de los senderos, durante las emboscadas, utilizando contra

las fuerzas japonesas las tácticas que habían utilizado los kuki contra ellos.

El fin de la rebelión, en 1919, no se produjo por la derrota militar de los rebeldes. Las autoridades británicas ofrecieron una capitulación honrosa y una amnistía general si cesaban las acciones armadas, amenazando con arrasar todas y cada una de las aldeas kuki, estrategia que ya habían comenzado a realizar, si no se aceptaba el trato ofrecido. Los líderes tribales kuki aceptaron la oferta, pero Reino Unido no cumplió lo pactado: los guerreros que se entregaron fueron juzgados por un tribunal especial, creado al amparo de una legislación que databa de 1818, la *Regulation 111*, y condenados a largas penas de prisión.

3.- La rebelión *moplah* en Malabar

La casi interminable lista de disturbios de origen agrario que los británicos enfrentaron durante su dominación de la Indica tuvo su colofón con la rebelión de los campesionos musulmanes, conocidos como *moplah* o *mappila*, en la región de Malabar, en 1921. Estos musulmanes remontaban el origen de su comunidad al siglo IX, cuando los comerciantes árabes navegaban desde la península arábiga hasta las costas de Malabar. Durante siglos, los moplah constituyeron una clase social aparte, separada de los hindúes –incluso de aquellos que, con el tiempo, abrazaron el Islam-, dedicada al comercio a lo largo de las costas indias. La llegada de los portugueses en el siglo XVI les desplazó al interior, les arrebató el comercio y vinculó su economía y sociedad con la explotación de la tierra.

En el siglo XVIII, los moplahs apoyaron las invasiones musulmanas de Hyder Alí y Tipu Sultán; durante el periodo de convulsiones, las bandas armadas de moplahs impusieron su ley y forzaron miles de conversiones a la comunidad hindú. Por ello, cuando los británicos intervinieron y tomaron el control de la región

de Malabar y se apoyaron en la comunidad hindú, los moplahs pasaron de ser los terratenientes a ser los campesinos, bajo el dominio de los *janmi*, los terratenientes hindúes.

Entre 1836 y 1919, en los registros británicos constan veintinueve incidentes violentos en los que campesinos moplah se sublevaron, atacaron a terratenientes hindúes o a oficiales del gobierno. Así pues, el descontento social y la tensión intercomunitaria nunca se había acallado en la región de Malabar, sino que había ido acumulando fuerza a lo largo de las décadas que precedieron al estallido de 1921. Dos fueron los factores que ayudaron a eclosionar en esa fecha el conflicto. En primer lugar, el naciente Congreso Nacional Indio, organización que aspiraba a lograr la independencia del subcontinente y el fin de la dominación británica, cambió su orientación estratégica en la región de Kerala y, desde abril de 1920, se situó del lado de los campesinos en vez de, como hasta entonces, del lado de los propietarios de tierras y terratenientes, en su mayor parte hindúes.

El segundo factor fue la superposición del movimiento campesino con un movimiento religioso, el Khilafat, hasta el punto de que algunos especialistas, como Chandra, señalan que es imposible separar el Khilafat del movimiento campesino, ya que tanto los líderes como las masas que seguían a uno y otro eran los mismos. El Khilafat fue un movimiento surgido en 1919 entre la comunidad musulmana, que reconocía al sultán otomano como califa y que, por ello, se oponía al desmembramiento del imperio turco como consecuencia de su derrota en la I Guerra Mundial, desmembramiento apoyado por Reino Unido y que sería ratificado por el Tratado de Sévres. En su contexto indio, el Khilafat aspiraba a restaurar el papel del Islam en el subcontinente, humillado por la derrota de su califa.

En febrero de 1921, las autoridades prohibieron las reuniones promovidas por el Khilafat y, a mediados de dicho mes, arrestaron a los líderes del movimiento, también estaban vinculados con el

Congreso Nacional. Descabezado el Khilafat, el control del movimiento quedó en manos de los cuadros de base, en su mayor parte campesinos moplah.

En julio, líderes religiosos musulmanes leales a la administración se entrevistaron con miembros del Khilafat y del movimiento de no cooperación, ya que ambas organizaciones habían colaborado desde comienzos de año. Los líderes próximos a los británicos expusieron que hindúes y musulmanes solo serían capaces de convivir en paz bajo el gobierno de una potencia que no perteneciera a ninguna de las dos comunidades, y trataron de convencer a sus correligionarios de que el triunfo de la no cooperación traería consigo la supremacía de la comunidad hindú sobre la musulmana. Sus argumentos tuvieron cierto impacto sobre el ala más moderada del Khilafat; no obstante, esto tuvo un efecto pernicioso, ya que, al retirarse del movimiento algunos de sus miembros menos radicales, el Khilafat quedó controlado por los sectores extremistas.

En julio, en Pukkotur, un incidente entre un terratiente y un campesino del Khilafat hizo que miles de moplahs, llamados con tambores desde las mezquitas y armados con cuchillos, espadas y lanzas, tuvieran que ser dispersados por la policía, algo que pudo hacerse sin recurrir a la fuerza, pero que ya evidenciaba que la situación estaba alcanzando un nivel de volatilidad cada vez mayor. En vista de esto, se evacuó a las mujeres occidentales de la ciudad de Erad.

La calma se hizo cada vez más tensa hasta que las fuerzas policiales, en agosto de 1921, irrumpieron en la mezquita de Tirurangadi para detener a uno de los líderes del Khilafat en libertad, Ali Musaliar, al que se consideraba uno de los agitadores más peligrosos de la organización. En las horas previas de aquel día 20 de agosto, las fuerzas británicas habían detenido a un total de veinticuatro miembros del Khilafat, a algunos de los cuales se les imputaban cargos en relación con los sucesos de Pukkotur del mes anterior.

Los rumores de que los británicos habían profanado varias mezquitas en su búsqueda de armas y de Musaliar extendieron por la población, si bien los informes secretos británicos sobre el incidente indican que las mezquitas fueron registradas por agentes de policía musulmanes que se descalzaron previamente y que otras, supuestamente profanadas, no habían sido ni siquiera registradas. Una carta interceptada días después por el Departamento de Investigación Criminal, cruzada entre líderes del Khilifat, confirmaba esta versión de los hechos. Sin embargo, ante los rumores, miles de moplahs comenzaron a converger sobre Tirurangadi, procedentes de las áreas rurales que circundaban la ciudad. Rodeados por una muchedumbre –pacífica, según autores como Chandra, aunque es dudoso que lo fueran por completo, dado el grado de tensión que la situación había acumulado-. Sintiéndose amenazados, los policías terminaron por cargar contra la multitud con las bayonetas caladas, dando muerte a nueve personas. Al tiempo, un grupo de unas dos mil personas atacó a unidades policiales que custodiaban edificios oficiales en la ciudad; esta vez, los agentes dispersaron a la multitud –que había asesinado y mutilado a dos oficiales británicos en los minutos anteriores- disparando contra ella con ametralladoras Lewis.

Furiosos con las acciones policiales, las turbas asaltaron las comisarías, destruyendo las instalaciones e incendiado los archivos. La rebelión se extendió rápidamente por las zonas adyacentes y muchos terratenientes, en su mayor parte hindúes, fueron atacados, así como comisarías, oficinas de recaudación de impuestos y juzgados. Se produjeron ataques contra hindúes de baja extracción social, pero los líderes del alzamiento trataron de detenerlos castigando con crudeza a quienes perpetraran ataques de carácter religioso. La naturaleza no estrictamente religiosa de la rebelión en sus primeros momentos parece confirmada por el hecho de que, en las primeras semanas de la misma, junto con una mayoría de musulmanes, también había hindúes entre los detenidos por participar en el alzamiento. Esta naturaleza no sectaria hizo que los líderes del Khalifat ordenaran la ejecución de los moplahs que fueran leales al gobierno, pese a ser musulmanes.

No obstante, la situación empeoró rápidamente en ciudades como Ernad y Walluvanad. La prensa de Madras publicó informes sobre atrocidades contra la comunidad hindú en estas ciudades, conversiones forzosas y atroces profanaciones de templos, pero resulta difícil discernir cuánto era real y cuánto propaganda destinada a separar a los rebeldes musulmanes de la mayoría hindú.

Tan pronto como comenzaron los ataques a comisarías y edificios oficiales por todo Malabar, las autoridades decretaron el estado de emergencia, evacuaron a las mujeres y los niños de Calicut y otras ciudades importantes e intentaron y sofocar la revuelta. La violencia con la que se comportaron los moplahs hizo que el movimiento nacionalista indio, en el que la doctrina de Gandhi de la no violencia jugaba un papel fundametal, negara su respaldo a la rebelión.

No obstante, los rebeldes llegaron a controlar un área de más de dos mil millas cuadradas, casi el 40% del distrito de Madrás, uno de los más importantes del estado de Kerala. Alí Musaliar asumió el título de Alí Rajá y se puso al frente de los insurrectos, junto con Variakunnath Kunjahammed Haji –el título haji o *hadj* indicaba que había realizado la peregrinación a La Meca-, que se proclamó rey del Khilifat.

A finales de agosto, fuerzas policiales se enfrentaron con rebeldes no lejos de Pukkotur, causándoles alrededor de cuatrocientas bajas. Reforzadas con tropas procedentes de Bangalore, las unidades británicas avanzaron sobre Tirurangadi, capital oficiosa del levantamiento, donde llegaron el 30 de agosto. Tras aplastar la primera resistencia en la mezquita de Khizikkapalle, a lo largo del día siguiente tomaron por el control de la ciudad. Entre los prisioneros capturados se encontraba Musaliar, que el 2 de noviembre de aquel año 1921 fue sentenciado a muerte un tribunal especial, acusado de alentar a la sedición contra Su Majestad. Fue ahorcado el mismo día en que se leyó la sentencia.

Sin embargo, la zona interior de la parte meridional de Malabar seguía en manos de los rebeldes. Para combatir a las pequeñas partidas, altamente móviles, de los rebeldes, se creó una unidad policial especial. Sin embargo, como alertaba uno de los informes de los oficiales a cargo de las operaciones, la población rural era hostil a las autoridades y los lugares controlados por el ejército luego no podían ser mantenidos libres de rebeldes por la policía, que carecía de fuerza suficiente. El terreno también favorecía las tácticas guerrilleras adoptadas por los rebeldes, que destruyeron la mayor parte de los puentes y bloqueaban las carreteras con la sencilla técnica de derribar sobre ellas los árboles que creían en los márgenes. La alternancia de tierras de cultivo y áreas boscosas daba múltiples oportunidades de emboscadas, mientras que un completo sistema de vigilantes hacía muy difícil, por el contrario, sorprender a las partidas de moplahs, cuyo número total, en septiembre de 1921, era estimado en alrededor de diez mil combatientes, incluyendo cipayos que habían servido en el ejército británico durante las campañas de Oriente Próximo de la I Guerra Mundial.

El gobernador de Madrás reclamó al virrey de la India refuerzos militares y que se le permitiera juzgar a las personas vinculadas con la rebelión a través de la jurisdicción militar, más sumaria y expeditiva que la civil. Ambas peticiones se le concedieron, de forma que los refuerzos comenzaron a llegar en octubre. Se aprobó la *Mappilla Outrages Act*, una ley que autorizaba a realizar ataques contra villas si los rebeldes no se rendían, legalizando la práctica británica de destruir las aldeas en las zonas en las que había actividad insurgente. Las nuevas disposiciones recrudecieron la represión, hasta el punto de que uno de los más objetivos analistas de la rebelión, Hardgraves, habla de que las autoridades británicas se embarcaron en una política de "virutal genocidio", con atrocidades tales como trasladar a cientos de prisioneros en vagones de ganado cerrado, lo que dio lugar a la tragedia del 20 de noviembre de 1921, cuando setenta presos de un total de cien murieron asfixiados dentro de uno de estos vagones sin

que ninguno de los agentes que los custodiaba hiciera nada para evitarlo.

A mediados de noviembre, las autoridades, ante la imposibilidad de fijar a los rebeldes para enfrentarse a ellos en una batalla campal, dividieron el terreno en cinco zonas, a cada una de las cuales se asignó un batallón de tropas regulares, así como unidades auxiliares de policía. Esto dio un vuelco a la situación. Muchos de los aldeanos apoyaban a los rebeldes únicamente por miedo, y el despliegue militar británico, así como la presencia constante de tropas y policías, rompió con esta situación, ayudado por una política de amnistía hacia aquellos que se rindieran sin haber cometido delitos excesivamente graves. Las rendiciones fueron masivas y esto, junto a la mayor colaboración de los habitantes, multiplicó la información disponible sobre los rebeldes.

Las dos bandas moplah de mayor tamaño fueron primero acorraladas y luego aisladas en las zonas montañosas de la región, hasta que terminaron por entregar las armas en diciembre a las unidades de los Fusileros Gurkha nepalíes que los asediaban. Lo mismo ocurrió con los grupos que se refugiaron en las selvas al Norte de Beypore. En enero se capturó –y posteriormente ejecutó- a Kunjahammed Haji, y, finalmente, la ley marcial pudo levantarse en febrero.

Las cifras oficiales hablaban de 2.337 insurgerntes muertos, pero la mayor parte de la historiografía coincide en señalar que el número real fue, con total certeza, varias veces mayor, posiblemente en torno a los diez mil fallecidos. Por el contrario, tan solo hubo cuarenta y ocho víctimas mortales entre las fuerzas británicas, si bien Mann da una cifra más elevada: cientro treinta y ocho fallecidos entre las fuerzas gubernamentales. Sobre lo que es imposible aventurar una cifra es sobre el número de hindúes que perdieron la vida durante la revuelta, ya que no hubo una investigación al respecto por parte de las autoridades.

4.- Las rebeliones birmanas: Sagaing y Saya San

Después de la Tercera Guerra Anglo-Birmana, que tuvo lugar entre 1885 y 1886, las autoridades británicas optaron por acabar con la monarquía birmana e incorporar el territorio a sus dominios del Raj indio. Así, Birmania perdió su independencia y pasó a formar parte de la estructura colonial británica. El nuevo dominio se administraría desde la India, un símbolo de lo cual fue el hecho de que se llevara el histórico trono real birmano a un museo de Calcuta y el palacio de los reyes de Birmania, en Mandalay, se convirtiera en un club de uso exclusivo para la población de origen británico.

La dominación británica distó de ser pacífica. En los años comprendidos entre 1886 y 1890 hubo numerosos levantamientos contra las autoridades imperiales, en su mayor parte liderados por antiguos altos funcionarios de la Corte birmana o por notables locales cuyos poderes y privilegios se veían amenazados por el gobierno impuesto por los británicos. No obstante, estos levantamientos, inconexos y aislados, iban siendo sofocados con rapidez por las fuerzas británicas.

Los incidentes siguieron produciéndose en los años posteriores. En 1894, un médico birmano se proclamó Príncipe Ngyangyan y, junto con un puñado de seguidores, atacó un puesto policial en el distrito de Sagaing, matanto a tres personas. En 1897, un monje budista, acompañado por una veintena de seguidores, trató de irrumpir en el antiguo palacio real de Mandalay para coronarse rey, dando muerte a un soldado británico en la acción. Doce de los implicados fueron condenados a muerte por las autoridades británicas y, si bien el Alto Comisionado Frederik Fryer indultó a dos de ellos, los diez restantes fueron ahorcados.

En 1910 se produjo un levantamiento a gran escala, la insurrección de Sagaing, liderada por un campesino de unos veinte años de edad, Maung Po Than, originario de Pegú. Un incidente

casual –una colilla prendió fuego en su bolsillo e hizo humear sus ropas- le dio fama como *minlaung*, lo que Ashton define como una mezcla de "leyenda y profecía". Una serie de presagios –entre los que se encontraba la captura de un elefante blanco- comenzaron a ser interpretados como que Than estaba llamado a convertirse en rey de Birmania. Cuando reunió a cinco mil seguidores en una pagoda de Pegú, las autoridades británicas comenzaron a prestarle atención. Tras un primer interrogatorio, los británicos no tenían muy claro qué hacer con él, ya que no se le podían imputar cargos claros. Se estaba barajando deportarle, cuando Than desapareció de Pegú, a finales de mayo de 1910.

Localizado un mes después en una pequeña villa, se ordenó a la policía detenerlo o abatirlo; Than logró escapar de nuevo, pero tres de sus seguidores más próximos fueron capturados. Regresó a su ciudad natal, donde de nuevo fue localizado y de nuevo logró evitar el arresto. Cada nueva fuga, aumentaba la reputación de Than como *minlaung*. Ello hizo que se decidiera liberar sin juicio a sus compañeros capturados, por temor a que el proceso se convirtiera en un altavoz que hiciera crecer aún más su fama.

El fenómeno de Than se convirtió en un movimiento armado en noviembre, si bien el único arma de fuego en manos de los rebeldes era una pistola que portaba el propio Than. El 7 de noviembre, al frente de alrededor de un millar de seguidores, Than asaltó el puesto de Myinmu, donde se encontraban veinticinco cipayos y una decena de policías, que dispersaron a la turba disparando contra ella y dando muerte a dos personas. En los días siguientes, se produjeron más de doscientos cincuenta arrestos, pero Than escapó una vez más. Sin embargo, su suerte se había agotado: fue detenido en Rangún antes de que acabara el año 1910.

Se recomendó no castigar duramente a las aldeas que habían facilitado hombres a Than, pues los oficiales británicos sobre el terreno consideraban que no se trataba de deslealtad hacia las

autoridades, sino de superstición. Por ello, para evitar levantamientos similares en el futuro, consideraban que sería oportuno incluir como delito en la legislación penal para la India –que, cabe recordar, era la que se aplicaba en Birmania- el reclamar poseer poderes sobrenaturales o el considerarse rey o sucesor de los reyes birmanos.

Ello no impidió que, en el proceso subsiguiente, los cinco líderes del alzamiento fueran condenados a muerte. Than fue ahorcado en Rangún el 9 de septiembre de 1911.

Entre tanto, la oposición al colonialismo de Londres comenzó a tomar tintes políticos organizados en Birmania, primero con el surgimiento del *Young Men Buddhist Association* y después con la del *General Council of Burmese Associations*. En esta última militó Saya Sang, un médico –previamente formado para ser monje budista- incorporado a la organización en la década de 1920, al que el GCBA nombró encargado de supervisar las condiciones de vida de los campesinos birmanos.

No está muy claro como Saya Sang pasó de ser un médico con conciencia social y vinculado al nacionalismo birmano a proclamarse rey de Birmania el 29 de octubre de 1930, con un programa que se sostenía sobre tres ideas centrales: restaurar la monarquía –símbolo de la independencia de Birmania-, expulsar a los británicos y defender el budismo. Fuera como fuere, las creencias tradicionales de los campesinos birmanos jugaron un papel determinante en la extensión del alzamiento. Saya Sang afirmaba poder protegerlos con rituales mágicos y tatuajes, y la figura del rey que retorna formaba parte de la cosmogonía birmana incluso antes de la destrucción de la monarquía por los británicos. La conjunción de un mensaje de liberación nacional –especialmente hostil ante los impuestos británicos en una sociedad agrícola a la que la Gran Depresión había dañado de forma insospechada al derrumbar los precios del arroz, su principal exportación, en todo el mundo-, profecías de raigambre budista y

supersticiones de índole mágica hicieron que las clases más humildes se sintieran atraídas por el movimiento de Saya Sang.

Pronto el movimiento se convirtió en una revuelta armada y los ataques contra comisarías y representantes del gobierno británico se extendieron por buena parte del país. A lo largo de la última semana de diciembre de 1930 se lanzaron ataques sobre una serie de puestos policiales, que se cobraron la vida de al menos siete agentes y que ni siquiera el envío de quienientos efectivos más desde Rangún pudieron contener, lo cual obligó al envío, en mayo siguiente de otros setecientos agentes.

Las autoridades de Rangún tardaron en reaccionar, y no fue hasta junio de 1931 cuando llegó, desde Delhi, un comisionado especial para afrontar la revuelta, Booth Gravely, al que se le concedieron plenos poderes en Birmania. Una de sus primeras medidas fue promulgar una amnistía para aquellos campesinos que, habiéndose sumado a la rebelión, dejaran las armas y regresaran de forma pacífica a sus labores. Este anuncio coincidió con los primeros éxitos policiales contra los insurgentes. Así, el 2 de julio, estos habían perdido casi cincuenta hombres en un choque con unidades de la policía en el río Nulu. A finales de mes, tres de los principales lugartenientes de Saya Sang fueron capturados, y el propio líder de la revuelta tuvo que refugiarse en el remoto territorio shan, tratando de escapar de la creciente presión policial. El uno de agosto, Gravely promulgaba la *Emergency Powers Ordinance 1931*, que, entre otras medidas, colocaba la prensa bajo control de las autoridades.

Al día siguiente, Saya Sang fue capturado, aunque diferentes partidas rebeldes mantendrían en jaque aún a a las autoridades durante más de un año. Las dos más importantes fueron las conocidas como Tigres y Leones, a los cuales, desde el gobierno, se designó reiteradamente como *dacoits*, el término utilizado en la India para los bandoleros y forajidos, desposeyéndolos, desde el punto de vista británico, de cualquier tipo de carácter político o insurgente.

En un principio, se exigía a las unidades británicas identificar a los guerrilleros muertos, para lo cual se debían tomar fotografías. Cada unidad iba acompañada de un fotógrafo, al menos en teoría. En la práctica, muchas unidades no podían cumplir este requisito, por lo que, inspirados por las prácticas habituales entre los montañeses karen y chin encuadrados en los Fusileros Birmanos, algunas unidades comenzaron a decapitar los cuerpos de los rebeldes abatidos y a llevarse las cabezas para contabilizar las bajas sufridas por el enemigo. Aunque no se sancionó a las unidades implicadas en esta práctica, la misma fue prohibida rigurosamente.

A finales del verano, las medidas se fueron endureciendo. Una columna de fuerzas del ejército y unidades montadas de la policía irrumpieron en la ciudad de Thayetmio, que, a lo largo de las semanas siguientes, registraron casa por casa. Para finales de octubre, los simpatizantes de la rebelión comenzaron a ser internados en campos de concentración. Ese mismo mes, el grupo de los Leones quedó prácticamente desarticulado, y la misma suerte correrían los Tigres en noviembre, cuando las fuerzas del gobierno cayeron sobre su campamento principal, habitiendo a quince de sus líderes. Aunque algunos focos dispersos de resisitencia y pequeñas bandas seguirían en armas durante casi un año más, el cuerpo principal de la insurrección había sido casi aniquilida a finales de 1931.

Cuando la revuelta quedó sofocada por completo, a finales del año 1932 –después de que el gobierno de Delhi enviara, en abril de aquel años, a trece mil nuevos soldados a Birmania-, más de mil rebeldes habían perdido la vida y otros mil cuatrocientos habían sido encarcelados o deportados. En virtud de la aplicación de las leyes marciales por el Tribunal Especial para la Rebelión, los británicos dictaron y ejecutaron ciento veintiséis sentencias de pena capital, incluido Saya Sang, ahorcado el 28 de noviembre de 1931.

El informe oficial publicado por las autoridades británicas señalaba como las únicas causas de la rebelión la tendencia natural de los birmanos a trabajar poco, su ignorancia y sus creencias supersiticiosas, sin hacer referencia a las cuestiones políticas subyacentes, como el intento de recuperar la monarquía y con ella la independencia, o su oposición a la política impositiva de la administración de Rangún. Esto choca con la interpretación de especialistas que han analizado el conflicto con mayor distancia temporal, caso de Solomon, que considera que los británicos juzgaron la rebelión de Saya San solo desde el punto de vista de la independencia, ignorando y no comprendiendo el papel que desemepeñaban en ella los elementos tradicionlaes. Este autor atribuye a los símbolos nacionalistas utilizados por rebeldes, además de su significación política, una función mágica de protección, que los británicos ignoraron por completo. Para Solomon, la revuelta en la Birmania rural que acaudilló Saya Sang tenía más que ver con sus tradiciones simbólicas que con un deseo de reformas estructrurales.

Stanton, de la John Hopkins University, daba en 2014 una lectura diferente al conflicto, señalando como una de sus causas la incapacidad de la administración británica para crear un verdadero *rule of law* en Birmania, ya que, la imposición de un modelo legal netamente británico no se ajustaba a la realidad de la sociedad birmana, y por ello fue incapaz de cumplir de forma efectiva las dos misiones fundamentales de todo sistema legal: regular las relaciones de los individuos entre sí, sirviendo para resolver las disputas entre particulares, y regular las relaciones entre el Estado y los particulares, para mantener el orden público.

Un ejemplo del proceso lo constituyen los pequeños agricultores que, con motivo de la crisis de precios del arroz, acabaron endeudándose. En el sistema tradicional birmano, la esencia del proceso en caso de conflicto era la conciliación entre partes, sin un poder coactivo capaz de imponer una sanción en base a una autoridad diferente a la que las propias partes le reconocieran. Sin embargo, bajo

la ley británica, dictada desde Delhi y orientada a satisfacer los intereses de los comerciantes de Rangún, el acreedor podía adquirir la posesión de la tierra para saldar la deuda. De esta forma, para su sorpresa y sin saber cómo había sucedido, cientos de campesinos birmanos fueron desposeídos de sus propiedades y pasaron de ser pequeños propieatiros a jornaleros en las tierras de las compañías y los terratenientes británicos. Por ejemplos como este, la imposición de un modelo legal con un absoluto desprecio por las condiciones locales, según Stanton, condujo al fracaso del modelo y alentó la desafección que cristalizó en la rebelión de Saya San y que, previamente, había disparado los niveles de crímenes comunes, que se duplicaron en solo ocho años –entre 1904 y 1912- y que hizo que, en 1913, la tasa de población de reclusos birmanos condenados a penas de larga duración cuadriplicaba la de cualquier territorio de la India británica.

Para Matrii Aung Thwin, de la Universidad de Hong-Kong, la rebelión de Saya Sang es un modelo clásico de respuesta nativa a las perturbaciones, sobre todo económicas, que el colonialismo había llevado a las sociedades asiáticas. Una de ellas fue la monetarización de la economía en un mundo que, hasta entonces, había estado basado esencialmente en una economía de trueque.

CAPÍTULO 5:

LA FRONTERA DEL NOROESTE

1.- La Frontera del Noroeste

Las áridas y agrestes montañas de la Frontera del Noroeste, que separaban Afganistán del Raj, se convirtieron, desde la catastrófica Primera Guerra Afgana, en la que las tribus locales destrozaron al ejército británicos, aniquilando su fuerza expedicionaria hasta el punto de que un único superviviente logró cruzar el Paso Khyber de regreso a la India británica, pasaron a formar parte de la leyenda de las fuerzas armadas imperiales como la quintaesencia del territorio de bandidos, en perpetuo estado de agitación, cuando no de abierta rebelión. Se trata de una zona con una longitud de alrededor de setencientas millas de Norte a Sur, cuya profundidad de Este a Oeste varía entre las sesenta y las doscientas ochenta. Las tribus montañesas que habitaban esa franja de terreno tenían, como los kukis en la Frontera del Noreste, una tradición guerrera basada en estrictos códigos de honor y un rechazo secular a cualquier forma de dominación extranjera.

De todos ellos, los pastunes formaban el grupo principal. Agrupados en alrededor de trescientas cincuenta tribus, divididas a su vez en clanes, se regían por dos sistemas morales y legales: el Islam suní y el pashtunwali –traducible como "el camino del pastún"-, su código de honor tradicional, que no se encuentra escrito y se transmite oralmente de generación en generación. Las espirales de venganza entre clanes suscitadas por este código de honor han impedido que los pastunes se agruparan en una única entidad política, si bien las llamadas a la guerra santa por clérigos respetados han conseguido, a lo

largo de la historia, unificar a un gran número de tribus con un único propósito durante breves periodos de tiempo, en una fuerza militar conocida como *lahskar*.

En 1890, cuando se abrió la ruta de Gomal, las autoridades británicas consiguieron el compromiso de las tribus respecto a cuatro puntos principales: una actitud general de buena voluntad, la supensión de las incursiones en el territorio de la India, la entrega a las autoridades para ser juzgados de aquellos guerreros que hubieran causado daños a ciudadanos británicos y la escolta por guerreros locales de los agentes de la administración en cualquier parte del territorio tribal. Sin embargo, el cumplimiento de estos acuerdos era irregular, ya que la *jirga*, o asamblea, era una expresión de la voluntad general de la tribu, pero los guerreros no estaban obligados a seguir sus dictámenes. En 1894, tras varios años de paz, se instaló un puesto de control en Wana, con el acuerdo de los waziríes; el puesto, sin embargo, fue atacado de inmediato por el clan alizai de los masud, dando lugar a una expedición de castigo que se prolongó a lo largo del año 1895.

Podría decirse que, en lo que respecta a contrainsurgencia, el siglo XX en la Frontera del Noroeste comenzó tres años antes, con la gran revuelta pastún de 1897, iniciada con el asesinato de un agente británico que asistía a una *jirga* y con la emboscada a un pequeño destacamento en Maizar, el 10 de junio de aquel año. Fue el comienzo de un alzamiento general en Waziristán, que los británicos trataron de sofocar enviando dos brigadas de soldados, veteranos de la frontera. No obstante, tras varios choques con las fuerzas pastunes, se tuvo que negociar un acuerdo con las tribus, ante el precio en sangre que, según se comprobó, iba a requerir la pacificación por la vía militar. Sin embargo, la revuelta continuó por parte de las tribus afridis en la zona del Paso Khyber y del distrito de Peshawar.

Para someterlas, se constituyó una fuerza de enorme tamaño para la región –treinta y cuatro mil combatientes respaldados por diecinueve mil auxiliares-, la *Tirah Expeditionary Force*. La concentración de tal fuerza –la mayor desde la rebelión de los cipayos de 1857- no parece descabellada, si se tiene en cuenta que debía enfrentarse a entre treinta y cinco y cincuenta mil guerreros tribales, muchos de ellos armados con fusiles modernos y, en no pocos casos, veteranos de las propias unidades británicas que habían servido en la Frontera.

La fuerza expedicionaria sufrió numerosas bajas a manos de los tiradores pastunes, que disparaban sobre las lentas columnas de marcha y que, a su vez, resultaban blancos díficiles incluso para la artillería, ya que la quebrada orografía de la zona brindaba refugios incluso frente a los obuses. En diciembre, acosada por el mal tiempo, y considerando cumplido el objetivo de castigar a los rebeldes destruyendo sus aldeas, habiendo sufrido alrededor de mil bajas en la campaña –doscientas de ellas en el combate de Dargai, donde tras tomar una altura estratégica, con el coste de diecinueve vidas, esta se abanodonó en un error de juicio estratégico, para tener que ser retomada en un asalto frontal al día siguiente-, los británicos iniciaron la retiradad de la fuerza expedicionaria. El 13 de diciembre, los afridis atacaron la columna en retirada, causando setenta y seis bajas entre los soldados y dando muerte a un elevado número de seguidores.

Tras la retirada, los caudillos pastunes ofrecieron deponer las armas. Esto fue visto por los británicos como un éxito estratégico, considerando que las tribus obraban así por miedo a una nueva expedición de castigo en primavera. Desde el punto de vista de los pastunes, su honor se encontraba más que satisfecho, pues habían sido capaces de devolver golpe por golpe a la expedición de castigo, causándole fuertes pérdidas: doscientos ochenta y siete muertos y casi mil heridos, a los que habría que añadir los seguidores de campo, sobre cuyas pérdidas no hay datos, pero que fueron superiores a las de los combatientes, en especial durante la retirada de diciembre.

2.- La campaña de Zakka Khel y la Gran Guerra

En 1899, las autoridades reorganizaron la Frontera en el área de Waziristán, estableciendo guarniciones y puestos de control al Norte y al Sur de las zonas controladas por los belicosos masud. Estas guarniciones estaban formadas por policía y por unidades de milicia tribal, denominadas *khadassar*, bajo el mando de oficiales británicos. Para completar el despliegue, se situaron unidades regulares en Banny y Dera Ismail Khan.

Estas medidas no impidieron que las correrías e incursiones de las diferentes tribus tuvieran que ser respondidas con nuevas expediciones de castigo. Así ocurrió con los masud en 1900, los waziríes en 1902, y de nuevo contra los masud en 1905 y 1911. En la mayor parte de estas expediciones, los británicos utilizaron pequeñas columnas que convergían sobre los objetivos siguiendo rutas diferentes, a fin de ganar movilidad.

La experiencia de la rebelión pastún de 1897 dio lugar, también, a que los británicos inciaran un programa de entrenamiento específico sobre la lucha en la Frontera del Noroeste, que no tardó en ser puesto a prueba, después de que un clan afridi, liderado por Zakka Khel, lanzara una serie de intensas incursiones sobre los dominios imperiales en febrero de 1908.

Al mando de sir James Willocks, una columna del ejército británico se desplazó a la zona desde Peshawar, limitando al mínimo el soporte logístico con la intención de ganar movilidad. Con un asalto directo sobre el principal basitón de Zakka Khel en el valle del Bazar, y usando a las unidades pastunes de los Fusileros del Khyber para cerrar las rutas de escape de los rebeldes, Willocks consiguió derrotar a los afridis en una campaña que apenas duró una semana y que fue uno de los pocos éxitos sin paliativos que las fuerzas regularaes conseguirían en décadas de lucha contra las tribus. De hecho, fue tal el

éxito que la prensa británica bautizó el conflicto como "la guerra del Fin de Semana".

El mismo éxito consiguió Willocks al poco tiempo en otra expedición, en esta ocasión contra las tribus mohmands. Sin embargo, las autoridades no supieron prolongar el éxito que había supuesto el manual de entrenamiento para la Frontera y los programas específicos de preparación que se habían implementado tras la revuelta de 1897. En 1909, tras las exitosas campañas de Willocks, el Estado Mayor en la India retiró el manual de guerra fronteriza, con la consideración de que era necesaria la implementación de un manual estándar, más general, para todas las fuerzas de la India, el *Field Service Regulations*. La doctrina para la guerra en la Frontera quedó reducida a seis párrafos.

La Gran Guerra causó un notable deterioro a la seguridad en la Frontera. A medida que las pérdidas crecían, fue necesario trasladar a unidades veteranas del Noroeste a diversos campos de batalla del conflicto mundial, siendo sustituidas en la Frontera por unidades del *Territorial Army* –el equivalente británico a la Guardia Nacional norteamericana- carentes de experiencia no ya en la guerra fronteriza, sino en cualquier tipo de conflicto bélico. Si las unidades veteranas no se habían visto afectadas por la supresión del manual, ya que disponían de su propia experiencia, las nuevas formaciones destinadas a la zona se vieron avocadas a servir con una absoluta falta de preparación. El virrey, lord Chelmsford, afirmó, en 1919, que las unidades de la Frontera tenían, por término medio, dos oficiales por batallón con experiencia en combate.

Durante el conflicto mundial, se produjeron numerosas incursiones tribales, en su mayor parte procedentes de Afganistán, provocadas por un cierto sentimiento de yihad relacionado con la lucha que, en Oriente Próximo, Reino Unido llevaba a cabo contra el Imperio otomano. Curiosamente, las tribus más belicosas de Waziristán, como los masud, no se sumaron ni colaboraron de forma

activa con los *lashkars* que cruzaron las montañas desde la región afgana de Khost. Ataques como el que tuvo lugar contra el puesto de Sarwekai, en el que perdieron la vida veintiún soldados británicos, el 1 de marzo de 1917, fueron constantes durante los años de la Gran Guerra, por lo general con resultados menos onerosos para las fuerzas británicas. El 1 de mayo, en una de las más sangrientas acciones del periodo, un convoy fue atacado mientras regresaba de Nili Kach, perdiendo la vida en la acción dos oficiales británicos y más de cincuenta oficiales y soldados indios del ejército imperial. Estas acciones dieron lugar a expediciones de castigo en territorio tribal.

La Tercera Guerra Afgana se luchó brevemente en 1919, pero los británicos, que habían perdido el paso Khyber durante las primeras fases de la misma y lo habían recuperado al poco tiempo sin mucho problema, decidieron fortificar el interior del paso con una serie de blocaos, separados por unos centenares de metros, el mayor de los cuales contenía un centenar de fusileros.

3.- La revuelta de Waziristán de 1919

La guerra afgana dejó tras de sí, como consecuencia directa, una revuelta de las tribus del Noroeste, sobre todo en el clan masud y las tribus waziríes.

Los waziríes tenían una tradición de nomadeo y relativamente pocos asentamientos fijos, en torno al valle de Tochi. En verano solían desplazarse a las montañas y, con la llegada del mal tiempo, volvían a refugiarse en sus villas en los valles. La rama masud de los pastunes estaba formada, a su vez, por los alizai, los shaman khel y los balolzai. Sin embargo, estos clanes estaban tan entrelazados entre sí por matrimonios, pactos y alianzas, que no era raro encontrarlos formando un frente común contra enemigos ajenos a los masud, lo que no les impedía enzarzarse entre sí en complejos conflictos por venganzas y ofensas de sus códigos de honor. A pocas sociedades puede

aplicárseles con más acierto el proverbio árabe que reza: "Yo contra mi hermano, mi hermano y yo contra mi primo, mi primo y yo contra el mundo".

La influencia de los mullahs entre waziríes y los masud era menor que en otros grupos, por lo que se les consideraba como las menos fanáticas, desde el punto de vista religioso, de las tribus de la Frontera. Los masud, además, tenían una larga historia de enfrentamientos y venganzas con los afridi. El informe oficial, elaborado por el Estado Mayor británico situado en Calcuta, informaba de que, en las disputas entre tribus, era frecuente pagar una compensación por las muertes, para evitar la venganza de sangre, y que estas compensaciones con frecuencia eran negociadas por asesinos profesionales que, de no lograr cerrar el acuerdo, tomarían como propia la obligación de obtener reparación o de castigar a quién inclumpliera lo acordado.

Las tribus habían sido llamadas a la guerra santa por los afganos cuando se lanzaron a la guerra contra los británicos, y siguieron en armas después de que los regulares del ejército de Afganistán fueran derrotados, la guerra terminara y las fuerzas afganas regresaran a su lado de la Frontera. Con la presencia de los blocaos a lo largo del paso Khyber, los rebeldes se concentraron en los ataques de francotiradores y en las emboscadas a los convoyes de suministros que se veían obligados a desplazarse por las tortuosas carreteras de montaña.

La situación se convirtió en una especie de empate táctico en la zona del Khyber, en la que los rebeldes no podían causar daños de consideración a las unidades en puestos fortificados, pero en el que el ejército británico se veía también impotente para conseguir éxitos a campo abierto, ya que tan pronto como formaba columnas para llevar a cabo expediciones de castigo, la movilidad de las tribus les permitía concentrar la fuerza del *lashkar* en las inmediaciones, superando, por lo general, en número, a la columna y forzando su regreso a los puntos fortificados.

Por su parte, en Waziristán, el clan masud y las tribus waziríes se habían sumado a la invasión afgana en mayo, y numerosos puestos de la milicia local en la zona occidental de la región habían sido tomados al desertar sus ocupantes. Más grave que la pérdida de los puestos fue la de las armas de estas unidades, que mejoraron la capacidad bélica de las tribus. Cuando el ejército afgano se rindió, una columna británica de castigo se internó en territorio wazirí y atacó una aldea, derribando sus muros y llevándose el grano y los alimientos que habían almacenado. Ello animó a las tribus, que no habían depuesto su insurrección, a seguir en armas, atacando a los destacamentos británicos por toda la zona.

En julio la situación empeoró en el Khyber. Diez mil guerreros bloquearon la ruta, y el blocao de Barley Hill fue tomado por los afridis. La potencia de fuego y la precisión de los tiradores tribales hacía que las fuerzas defensoras debieran estar la mayor parte del tiempo a cubierto, sin asomar por encima de los parapetos, incapaces de devolver el fuego. En total, entre el verano y el comienzo del otoño de 1919, los rebeldes dieron muerte a doscientos veinticinco soldados británicos, y secuestraron a más de un centenar de occidentales, la mayor parte de los cuales fueron liberados a cambio del pago de un rescate.

La incapacidad de someter a los rebeldes exclusivamente desde el aire y las incursiones lanzadas por estos sobre áreas de Peshawar, Kohat o Banny –entre 1919 y 1920, lanzaron seiscientas incursiones, en las que dieron muerte a trescientos británicos y secuestraron a más de cuatrocientos en estas zonas- forzaron a las autoridades a lanzar una operación terrestre a gran escala. Incapaz de dar un vuelco a la situación con las unidades disponibles, el gobierno británico reunió en Dejarat, en noviembre de 1919, una fuerza de veintinueve mil hombres para lanzar una operación de castigo contra Waziristán, al mando del general Skipton. La fuerza contaría con apoyo de la RAF y varias baterías montadas de artillería, con las que enfrentarse a los veintitrés mil guerreros –once mil de ellos armados con rifles

modernos- que el clan Masud y los waziríes podían poner en pie de guerra.

Ante esta fuerza y, sobre todo, ante la amenaza de ataques aéreos sobre las aldeas, los waziríes del valle de Tochi se rindieron sin oponer resistencia. Sin embargo, los masud rechazaron en una *jirga* aceptar las condiciones impuestas por los británicos. Durante los nueve días siguientes, la RAF lanzó una serie de intensos bombardeos sobre las aldeas pastunes, lo cual fue contraproducente, ya que, dada la exigencia del venganza que regía el *pashtunwalli*, estos ataques no hicieron sino reforzar la voluntad de resistencia de los insurrectos. Pronto, estos comenzaron a desarrollar tácticas para minimizar los efectos del poder aéreo, trasladando sus bases y recursos a cuevas invulnerables desde el aire.

Poco a poco, las fuerzas británicas comenzaron a avanzar por el territorio pastún. En esta ocasión se abandonó la táctica de columnas convergentes, que se había seguido con éxito en la primera década del siglo, y se decidió avanzar en una única columna en atención a dos factores: el aumento de la potencia de fuego de los pastunes, que podía llevar a la aniquilación de una pequeña columna si la encontraban aislada, y la simplificación de las rutas de abastecimiento.

Comenzando el 11 de diciembre, en las inmediaciones de Jandola, los masud lanzaron una serie de ataques a lo largo de tres días sobre pequeñas unidades británicas que tenían la misión de crear puestos de vigilancia y blocaos en las crestas montañosas de la zona, a fin de proteger las rutas de suministros que discurrían por los valles. En los tres días que duraron los ataques, cincuenta soldados británicos perdieron la vida. Una segunda oleada de ataques, el 17 de diciembre, causó cuarenta bajas más.

Lo peor estaba por llegar. A lo largo de los días 18 y 19, las fuerzas de Skipton avanzaron y trataron de controlar los terrenos elevados que bordeaban la estratégica posición de Palosina. El 19 se

produjo en esos terrenos la batalla que pasaría por ser conocida como *Derby Day*, por coincidir con la fecha de celebración de dicha prueba hípica en Reino Unido. En la sucesión de ataques y contraataques, los pastunes rechazaron a las unides de infantería maharatta y a los ingenieros sihk del ejército británico, casuándoles más de doscientas cincuenta bajas, incluidos noventa y cinco muertos. Una segunda batalla se produjo al día siguiente en la loma conocida como Black Hill, en la que la expedición sumó otras trescientas bajas –entre los que se contaban sesenta y seis muertos-, si bien en esta ocasión los masud sufrieron los efectos del fuego de artillería británico y perdieron una cantidad muy superior de hombres. Tras haber causado quinientas bajas en dos días a las fuerzas británicas, los guerreros pastunes se desvanecieron.

En enero, unidades de fusileros gurkhas y oficiales británicos con experiencia en la Frontera reforzaron la fuerza expedicionaria y, sobre todo, mejoraron su espíritu combativo. A lo largo de ese, mes se lograron algunas operaciones exitosas contra los pastunes, pero al coste de cuatrocientas cincuenta nuevas bajas. Por fin, a mediados de febrero la columna logró penetrar en el corazón del territorio del clan masud, y comenzó su labor de castigo. En esas fechas, en Kotkai, se produjo un trágico accidente: los soldados instalados en una torre, a modo de puesto de vigilanica, acumularon en su parte superior un gran número de sacos de arena para protegerse de los francotiradores enemigos. La estructura de la torre, debilitada por las recientes lluvias, no pudo resistir el peso y se vino abajo, matando a quince soldados británicos.

En las semanas siguientes, la columna británica destruyó un gran número de aldeas pastunes. Más de cuatrocientas cincuenta edificios fueron derribados a lo largo y ancho de los valles. Para abril, los daños a su infraestructura civil eran tan grandes que la rebelión no podía sostenerse. El coste para la fuerza expedicionaria había sido dramático: 2.286 bajas, la mayor “factura del carnicero”, como dijo un

oficial citado por Mathews, que se había pagado nunca en una campaña contra las tribus.

Una parte importante de las bajas en las fases finales de la insurrección la causaron las llamadas *bobby trap* o "trampas cazabobos", en la terminología española. Una de estas trampas mató a cuatro soldados de un piquete de vigilancia en un lugar conocido como Split Hill. Otros ocho perdieron la vida cerca de Dwa Toi, siete de los cuales quedaron hechos pedazos por la explosión, como narra la historia oficial británica de la campaña.

Terminada la campaña, el ejército británico reflexionó sobre lo ocurrido y llegó a varias valiosas conclusiones:

- El entrenamiento era clave para combatir a las tribus, y no podía ser suplido por medios técnicos; de hecho, estos medios agravaban las necesidades de entrenamiento para poder ser aprovechados plenamente.

- Los movimientos nocturnos eran particularmente eficaces, ya que minimizaban el excelente uso de los rifles Martini-Henry por los guerreros tribales y estos, de naturaleza indisciplinada, tenían dificultades para conseguir mantener vigilancias eficaces durante la noche, en especial durante las horas más frías. Curiosamente, las tropas británicas habían abandonado este tipo de movimientos tras la gran revuelta de 1897, por las dificultades para coordinar a las diferentes unidades en la oscuridad. Durante años, las únicas maniobras nocturnas eran las patrullas de gurkhas que, fuera de los perímetros fortificados, trataban de eliminar a los francotiradores tribales. Estas patrullas eran muy temidas por el enemigo, y pronto los tiradores se mantuvieron fuera de su radio de acción.

- El sistema de blocaos, puestos de vigilancia y piquetes a lo largo de las rutas de aprovisionamiento era más eficaz que otros métodos, y si las unidades eran disciplinadas y estaban bien entrenadas, contribuía a negar el control del territorio a los enemigos.

- Las comunicaciones entre los aeroplanos y las fuerzas de tierra eran vitales para poder aprovechar las ventajas que aquellos daban en el combate en áreas montañosas.

Durante los años siguientes a la I Guerra Mundial, los británicos usaron con profusión a la RAF como método de pacificación y contrainsurgencia, en una versión modernizada de su método habitual de inserción de columnas para castigar a las áreas rebeldes. Los aparatos de la Real Fuerza Aérea sustituían a la infantería en esta misión y realizaban misiones de castigo sobre las aldeas cuyos habitantes se habían mostrado particularmente agitados. Los ataques aéreos sobre aldeas, en lo que Ferris calificó como *air policing*, causaron cientos de muertos en las aldeas.

Presionado por parte de la administración india, el virrey del subcontinente, en 1921, ordenó el cese de los bombardeos sobre las aldeas, siguiendo la idea de varios de los oficiales en la zona que consideraban que la campaña, en la que murieron decenas de mujeres y niños, redundaría en ataques tribales a gran escala contra las fuerzas de tierra. El virrey declaró que los bombardeos debían pasar a ser una táctica usada solo de forma excepcional y dando siempre tiempo a que las mujeres y los niños abandonaran el lugar –algo difícil de compaginar con las condiciones prácticas de este tipo de operaciones-. Sea como fuere, esto no significó el fin de las operaciones aéreas. Por ejemplo, en 1925, la RAF volvió a ser usada de forma masiva, lanzando una ofensiva con bombardeos durante cincuenta y seis días consecutivos sobre el territorio tribal.

La revuelta tras la última guerra afgana y las limitaciones impuestas a la *air policing* llevaron a los británicos a tratar de asegurar el territorio desplegando guarniciones de tamaño relativamente grande en puestos fortificados con alambre de espino. A este propósito, una fuerza de quince mil hombres, equivalente a una división, se desplegó de forma permanente en la región de Waziristán. Un enorme paso adelante se dio con la creación de los Fusileros del Khyber, una unidad formada por soldados pastunes, y en Waziristán se reclutó a más de cuatro mil quinientos irregulares para emplearlos como agentes del orden encuadrados en el *khadassar*, lo cual, como señala Ferris, era, en esencia, pagar a los guerreros tribales para que fueran policías en vez de bandidos. Esta política de pagos era seguida también por los servicios de inteligencia británicos: el 40% del presupuesto de estos servicios para la totalidad de la India se gastaba en el pago de subsidios a tribus de la Frontera del Noroeste como "protección contra incursiones".

Poco a poco, las fuerzas británicas fueron mejorando su capacidad operativa en el área. Un alto oficial en la zona sintetizaba su doctrina para operar en el Noroeste en cuatro palabras que, en inglés, comenzaban por la letra efe: *Fear* –miedo-, *fence* –vallas o alambradas-, *face* –cara- y *fanaticism* –fanatismo-. Ello implicaba recordar siempre que los montañeses no eran superhombres, sino que tenían el mismo miedo que los británicos a perder su vida; no abandonar las protecciones y los puestos fortificados salvo en caso de necesidad; tener en cuenta el sentido del honor de los códigos tribales y dar la oportunidad a los caudillos y guerreros de "salvar la cara" sin tener que recurrir a la violencia; y recordar que, cuando se declaraba la *yihad*, se convertían en adversarios irracionales cuyo único propósito era la guerra santa, en cuyo caso la única respuesta posible era la fuerza.

Otra medida que se tomó en aras de mantener el control de la zona, tras la revuelta de 1919-1920, fue la construcción de carreteras, especialmente en Waziristán, que permitieran el rápido despliegue de contingentes militares.

4.- 1920-1939: Las campañas de baja intensidad

La Frontera del Noroeste no estuvo en paz tras la derrota de la rebelión de 1919. Durante los años siguientes, las operaciones se sucedieron de forma constante, si bien a menor escala.

Las operaciones se producían con una enorme crueldad. El coronel Villiers-Stuart publicó un libro en el que afirmaba que las operaciones contra los pastunes solo podían tener dos objetivos: destruir sus aldeas y su modo de vida y matar a tantos de ellos como fuera posible. Este planteamiento concuerda con la visión de buena parte de los oficiales británicos en la zona, lo cual explica el hecho de que, desde 1920, comenzara a utilizarse gas venenoso en las campañas de la Frontera. Sin embargo, esta política volvía a ignorar la particular idiosincrasia pastún, que exige la venganza de cualquier ofensa o daño sufrido por la familia o el clan. Así, la represión no contribuía a disminuir la violencia en la Frontera, sino que, bien al contrario, la alimentaba.

Se trataron de paliar las deficiencias en entrenamiento con la publicación del *Manual of operations on the North-West Frontier of India*. Los consejos que contenía respecto a táctica, liderazgo operacional, entrenamiento y equipo en muchos casos no han perdido su vigencia y han sido utilizados como referencia para los manuales utilizados en la nueva campaña afgana del siglo XXI. Definían a los pastunes como excelentes guerreros individuales, capaces de buscar y aprovechar las oportunidades para atacar a unidades pequeñas o aisladas. Defendía que las grandes posiciones fortificadas fueran

completadas con puestos de vigilanica y blocaos de menor tamaño, a fin de negar el control del terreno a las tribus.

La mecanización de la guerra, con la llegada de camiones y vehículos blindados ligeros, capaces de operar a lo largo de las nuevas carreteras que recorrían los valles, modificó la forma de hacer la guerra en la Frontera. No todo fueron ventajas, ya que la mecanización aumentó las necesidades logísticas, tanto en medios materiales como en recursos humanos, y las columnas motorizadas eran difícilmente ocultables a las tribus.

Sin embargo, en 1930 las tribus afridis volvieron a atacar, con un gran *lashkar*, el distrito de Peshawar. La rebelión fue instigada por un agitador anti-británico, Abdul Ghaffar, vinculado al movimiento Khilafat que tantos problemas había causado en Malabar casi una década antes. Ghaffar creo una organización paramilitar, denominada Camisas Rojas, que se sublevaron en Peshawar coincidiendo con los problemas generados por los pashtunes en las montañas. Otras revueltas de pequeñas dimensiones, sofocadas sin problemas por los británicos, agitaron a los masud y a los afridis en 1933.

Más graves fueron los sucesos de 1935. En la noche del 14 al 15 de agosto, un *lashkar* de casi mil quinientos guerreros mohmands descendió de las montañas sobre la carretera de Gandab y comenzó a destruirla; las unidades de milicianos del *khassadar* huyeron, de modo que las autoridades movilizaron fuerzas procedentes de Peshawar para plantar cara a los guerreros, mientras la RAF bombardeaba a los insurrectos a lo largo de la carretera. Para disuadir a otros jefes tribales a unirse a la rebelión, se autorizó el bombardeo de varias aldeas, dándose instrucciones de que se procurara no causar víctimas y de que se limitaran los daños materiales, ya que lo que se pretendía era hacer una demostración de fuerza disuasoria, no una operación de castigo.

Bajo el mando del entonces brigadier Auchinleck, tres brigadas se dispusieron a expulsar a los rebeldes y reabrir la carretera. Usando tanques ligeros, los británicos consiguieron obligar a replegarse a los guerreros mohmands. En septiembre, las tribus convocaron una *jirga* y aceptaron las propuestas de paz británicas.

La última gran revuelta de la Frontera Noroeste fue la del faquir de Ipi –"uno de los más fascinantes líderes guerrilleros en la región", según Hauner-, que llegó a concentrar contra él a tres divisiones británicas, casi la mitad del total de las fuerzas imperiales en la India.

La revuelta comenzó con un problema intracomunitario. Un musulmán pastún se casó con una joven hindú, que se convirtió al Islam. Sin embargo, sus familiares secuestraron a la joven y la separaron de su marido. El caso fue llevado a juicio, ante los tribunales de la administración, que falló a favor de la familia hindú y separó a la mujer de su esposo, al considerar que la conversión de la chica, aún menor, había sido forzada. Dado que el suceso había alcanzado una gran notoriedad, los agentes británicos en la Frontera se reunieron de inmediato con líderes tribales, tratando de calmar los ánimos, y las tropas rodearon el asentamiento donde se encontraba la joven, que había adoptado el nombre musulmán de Islam Bibi. Mientras se negociaba con los ancianos, soldados británicos tomaron a la joven y la alejaron del lugar. Esto suponía una afrenta para los hombres que habían estado negociando hasta ese momento; sintiéndose insultados, los pastunes tomaron las armas.

A esta revuelta iniciada para vengar un insulto sobre el honor del clan, se unión pronto un elemento religioso, incorporado por un extremista, el faquir de Ipi, Mirza Alí Khan, en Tori, en la provincia de Waziristán, que llamó a la guerra sante a los ya de por sí volátiles guerreros tribales –el propio Alí Khan pertenecía al clan tori de los waziríes, si bien se había formado con un respetado mullah de la ciudad afgana de Jalalabad-, para defender el Islam de lo que consideraba una agresión de los infieles.

Accediendo a la petición de varios líderes locales leales, los británicos no enviaron tropas en un primer momento, temiendo que esto provocara un levantamiento general. Sin embargo, como mencionó un oficial británico con larga experiencia con los pastunes, estos siempre interpretan la inacción como cobardía o deblidad, y la rebelión se extendió de todas formas, uniéndose a los tori khel del faquir los clanes masud y bitani.

Los británicos, finalmente, reunieron dos brigadas que avanzaron de forma sincronizada sobre el área de Tori, convergiendo sobre Biche Kashkai. Aunque las columnas no encontraron resistencia, los puestos que fueron dejando para cubrir su línea de suministros sufrieron catorce bajas mortales. A finales de noviembre, necesitadas de suministros y de evacuación para los heridos, las dos columnas se retiraron a sus posiciones de partida.

Mirza Alí Khan aprovechó la retirada para reforzar su prestigio. Los británicos consiguieron que algunos jefes tribales se unieran contra el faquir, pero este, a su vez, atrajo a numerosos combatientes pastunes del lado afgano de la frontera, con su llamada a la guerra santa. En diciembre, los británicos lanzaron una nueva expedición a lo largo del valle de Khaisora, quemando las aldeas pastunes que encontraban a su paso y siendo precedidos por bombardeos de la RAF. La propia Biche Kashkai, la localidad más importante de la zona, fue incendiada. Los bombardeos habían obligado a Alí Khan a refugiarse en las cuevas de la aldea masud de Arsal Kot, con sus últimos seguidores. En enero de 1937, la mayor parte de las tribus habían acordado dejar las armas.

Sin embargo, en primavera, Alí Khan reapareció –según se quejaba la prensa británica, financiado por dinero del régimen fascista de Mussolini-, llamó de nuevo a la yihad y, con sus guerreros tribales, lanzó incursiones contra comunidades hindúes situadas cerca de Waziristán. El nueve de abril, una emboscada a un convoy de suministros le costó la vida a cuarenta y siete soldados británicos. Sin

embargo, los rebeldes sufrieron duras pérdidas el 27 de abril, durante una serie de ataques sobre posiciones británicas en los que fueron barridos por el fuego de las ametralladoras.

Reforzadas por nuevas unidades y con un apoyo aéreo masivo –para los parámetros de la Frontera-, las tropas británicas tomaron Arsal Kot, el último refugio de Mir Alí Khan, el 28 de mayo. Gran parte de los guerreros supervivientes dejaron las armas y regresaron a sus villas. Alí Khan se desvaneció y las operaciones de pacificación se extendieron hasta el mes de noviembre de 1937. Khan, desde las montañas afganas, siguió siendo un factor de desestabilización en la región hasta su muerte, acaecida por causas en 1960.

5.- Evolución de la doctrina en la Frontera

A lo largo de su presencia en la Frontera Noroeste, los británicos fueron adoptando diferentes enfoques para mantener el control y la seguridad en la zona.

Desde 1849 hasta la aprobación del acuerdo que fijaba la frontera con Afganistán en la línea Durand, en 1894, los británicos siguieron la estrategia denominada *Close Border Policy*. Con ella, no se desplegaron fuerzas en las áreas tribales, que quedaron convertidas en una especia de zona de no intervención para las autoridades, un amplio área entre Afganistán y el Raj, sometido formalmente a los británicos, pero donde no llegaban las instituciones administrativas o militares del imperio, salvo a través de agentes políticos que negociaban con los *maliks*, los líderes de las tribus.

Esta política cambió en 1895 dio paso a la *Forward Policy*, que se aplicaría hasta 1901 y desde 1923 hasta la independencia de la India y Pakistán en 1947. Siguiendo esta estrategia, se instalaron bases permanentes en el territorio tribal, ocupadas por concentraciones de fuerzas regulares del ejército británico.

En el periodo de tiempo comprendido entre 1901 y 1923 se utilizó la política denomianda *Modified Forward Policy*, consistente en la instalación dentro del territorio tribal de puestos de control ocupados por milicias reclutadas localmente –*khadassar*- y comandadas por oficiales británicos. Este sistema se derrumbó durante el alzamiento de 1919, cuando alrededor de 1.800 milicianos de khadassar desertó, incorporándose a los rebeldes o, al menos, entregándoles sus armas y una gran cantidad de munición, que el propio ejército británico calculó en alrededor de 800.000 cartuchos. Ello llevó al regreso a la doctrina *Forward Policy* una vez la revuelta fue sofocada.

Por otra parte, estudios del Tribal Analisys Center de Williamsburg asocian los cíclicos estallidos de violencia en la Frontera del Noroeste con el papel de los clérigos en la sociedad pastún. Según estos estudios, todas las revueltas a gran escala entre las tribus pastunes y waziríes tuvieron una presencia destacada de los mullahs, en ocasiones incluso enfrentándose a los *maliks*, los caudillos tribales, por el liderazgo de los clanes.

PARTE II:

LA CONTRAINSURGENCIA BRITÁNICA TRAS LA II GUERRA MUNDIAL

INTRODUCCIÓN

1.- La contrainsurgencia tras las guerras mundiales

Uno de los primeros pensadores en ocuparse de la guerra asimétrica tras la II Guerra Mundial fue el líder comunista chino Mao Tse Tung. Comentando la aniquilación de los rebeldes sudaneses por las fuerzas británicas en la batalla de Omdurman, afirmó que la derrota es lo único que puede esperar un ejército insurgente que pretenda enfrentarse a una potencia con sus mismas armas. Inspirados por el comunismo y por el pensamiento sobre la lucha guerrillera de Mao, tras la Segunda Guerra Mundial fueron muchos los movimientos insurgentes que adoptaron estrategias de guerra asimétrica para combatir a las potencias coloniales: Argelia, Indochina y Malasia son los ejemplos más conocidos.

En los años posteriores a la II Guerra Mundial, el ejército británico vivió una cierta esquizofrenia estratégica: seguía siendo una maquinaria diseñada para combatir en guerras pequeñas a lo largo de todo el mundo, en defensa de sus intereses coloniales, pero, al mismo tiempo, debía estar preparado para una confrontación convencional a gran escala en el escenario europeo, en el contexto de una hipótetica agresión soviética sobre Europa.

Buscar una salida a esta dicotomía fue uno de los motivos que llevaron al gobierno británico, en 1966, a tomar la decisión de abandonar su política colonial, retirando sus fuerzas militares al oeste del canal de Suez, siguiendo así, de forma metafórica, los versos escritos décadas atrás por el gran poeta colonial Rudyard Kipling, que

había advertido, en su relato "La marca de la bestia", que "los dioses occidentales no tienen poder al Oriente de Suez".

Desde la II Guerra Mundial el ejército británico ha tomado parte en setenta y dos campañas militares, de las cuales catorce pueden ser definidas como campañas de contrainsurgenica: Malasia en el periodo 1948-1960; Kenia en el periodo 1952-1956; Brunei en 1962; las montañas Radfan en 1964; Dhofar en el periodo 1970-1976; *The Troubles*, en Irlanda del Norte, entre 1968-1994; Grecia, en los años 1945-1946; Eritrea en 1952; Togoland en 1957; Palestina, en el periodo 1945-1948; Adén, entre 1965 y 1967; Chipre, en los años 1955-1957; Irak desde 2003 y Afganistán desde 2006.

CAPÍTULO 6:

LOS MANDATOS Y PROTECTORADOS: PALESTINA, ERITREA Y TOGOLAND

1.- El Mandato en Palestina

Una de las consecuencias más notables de la I Guerra Mundial fue el desmembramiento del imperio otomano, circunstancia que se concretó en el Tratado de Sévres. El acuerdo, como todos los negociados en la conferencia de París, fue fijado por las potencias vencedoras sin la participación de los derrotados y, entre las múltiples claúsulas que imponía a Turquía, se encontraba la aniquilación territorial de su imperio. Varios territorios, hasta entonces gobernados por los otomanos, pasaron a ser administrados por la Sociedad de Naciones. Esta, a su vez, los cedió a las potencias vencedoras, bajo la figura jurídica de un mandato temporal. De esta forma, Francia recibió la administración de Siria y el Líbano, mientras que Reino Unido recibió los territorios de Basora, Bagdad y Mosul –los cuales unió para crear Irak- y Palestina.

El problema principal que suponía la administración de Palestina para los británicos era la difícil convivencia entre los árabes y los judíos asentados en la zona, así como las ansias de independencia de ambas comunidades, cada una deseosa de establecer su propio estado soberano. Reino Unido, a través de la Declaración Balfour, dio un importante paso, quizá no lo bastante meditado en su momento, al reconocer el derecho del pueblo judío a disponer de su

propio estado independiente en Palestina, lo cual agravó las tensiones intercomunitarias.

En 1939, el gobierno británico publicó el Papel Blanco, un documento que limitaba la inmigración judía a Palestina y prohibía la creación de nuevos asentamientos. Esto despertó el descontento de los judíos y provocó el surgimiento de organizaciones armadas clandestinas destinadas a mantener abierto el flujo de inmigrantes hebreos a Tierra Santa, en contra de las normas británicas. Esta fue la política adoptada por la Agencia Judía, la organización que controlaba los asentamientos, y que disponía de una rama armada ilegal, la *Haganah*, si bien esta organización no luchaba contra los británicos, sino que trataba de constituirse como un ejército judío para protegerse de la presumible agresión árabe una vez que los británicos se retiraran. Otros dos movimientos armados clandestinos, el Irgún y el LEHI –también conocido como "banda Stern", por el apellido su líder y fundador- sí preconizaban la lucha contra los británicos, a través de acciones terroristas y de la guerra de guerrillas.

En 1940, la Alemania nazi fletó tres barcos –el *Pacific*, el *Milos* y el *Atlantic*- para trasladar a más de tres mil quinientos judíos del Este y centro de Europa a Palestina, en lo que constituía una violación de las leyes establecidas por los británicos. La Royal Navy forzó a los buques a permanecer en el puerto de Haifa, a la espera de que los políticos tomaran una decisión sobre qué hacer con ellos. Tanto por razones de seguridad como por miedo a que la llegada de tan elevada cantidad de judíos provocara una nueva revuelta entre la población árabe, en un momento en que la campaña del Desierto contra las fuerzas de Mussolini y del Afrika Korps se encontraba en uno de sus momentos álgidos, los británicos decidieron que los inmigrantes, hacinados en los barcos, fueran deportados a las islas Mauricio, en el océano Índico. De acuerdo con esa decisión, se agrupó a gran número de esos refugiados a bordo de un cuarto navio, el *Patria*.

La decisión de deportar a los refugiados despertó la hostilidad de la comunidad judía de Palestina, y tanto el Irgún como la Haganah trataron de evitarlo. Se convocó una huelga general, que ejerció poco influjo en la actitud británica, tras lo cual el Irgún fracasó en su intento de colocar una bomba en el interior del buque, con la intención de causar destrozos que le obligaran a permanecer en el puerto. La Haganah sí tuvo éxito el 22 de noviembre, logrando colocar un artefacto de dos kilogramos de explosivos; sin embargo, el temporizador falló y la bomba no llegó a detonar. El 25 de noviembre de 1940, la Haganah lo intentó por segunda vez, en esta ocasión con una carga de mayor potencia. En esta ocasión, la bomba explotó a las nueve de la noche, abriendo un boquete de enormes dimensiones –tres metros por seis- en el caso del buque, lo cual provocó que la nave se hundiera en tan solo dieciséis minutos. Sirva como referencia sobre lo veloz del hundimiento el hecho de que el *Lusitania*, torpedeado durante la I Guerra Mundial por submarinos alemanes, se había hundido en el mar de Irlanda diecisiete minutos después de recibir el primer impacto.

La cifra exacta de muertos por la acción nunca pudo ser establecida con precisión. Se recuperaron 209 cuerpos, y las autoridades británicas confirmaron 267 muertos y desaparecidos, pero los registros sobre los refugiados concentrados en el *Patria* eran caóticos, por lo que la cifra real de vidas humanas que se perdieron en el *Patria* fue, casi con total certeza, mucho mayor. Durante años, la Haganah ocultó su responsabilidad en los hechos, sosteniendo que el buque había sido hundido por los propios refugiados, en un intento de sabotaje para impedir su deportación. La verdad solo pudo ser conocida en 1957, cuando Munya Mardor, el agente que colocó la bomba, narró los hechos en un libro autobiográfico.

2.- La gran rebelión judía

Tras un largo periodo de asesinatos intermitentes, el 1 de febrero de 1944, el Irgún y el LEHI desencadenaron, de forma coordinada, una serie de ataques contra las fuerzas británicas que fueron el comienzo de la llamada "gran rebelión judía". Algunos de estos ataques alcanzaron altas cotas de letalidad, como el perpetrado el 23 de marzo de forma simultánea contra comisarias de Tel Aviv, Jerusalén, Jaffa y Haifa, en el que perdieron la vida ocho policías.

El LEHI, además, se encontraba inmerso en su propia guerra particular contra el CID, el Departamento de Investigación Criminal de la policía británica, que incluía la *Special Branch* y se encargaba específicamente de la persecución de los terroristas. Agentes del CID habían sido responsables de la muerte del fundador de la organización, Abraham Stern, el 12 de febrero de 1942, lo cuál les colocó en el punto de mira del LEHI. En el marco de su venganza por la muerte de Stern, el LEHI asesinó, el 29 de agosto de 1944, a Tom Wilkins, asistente del jefe del CID, golpeando el corazón de la lucha antiterrorista británica en Palestina.

El 6 de noviembre de 1944, terroristas judíos asesinaron a lord Moyne, el Ministro Residente para Oriente Medio, en El Cairo. Moyne fue abatido, junto con su chófer, cuando circulaba en su coche, al salir de su residencia en el barrio cairota de Zamalek. Los dos autores del atentado, Eliahu Hakim y Eliahu Bet-Zuri, fueron ahorcados por el crimen en marzo de 1945; en 1975, Israel intercambió con Egipto los restos mortales, entregando a cambio veinte árabes condenados en Israel por actos de terrorismo. Los restos de Jakim y Bet-Zuri fueron, entonces, enterrados con honores de Estado en el cementerio militar del Monte Herzl.

Alarmados por el alcance del golpe, los británicos recurrieron a la Agencia Judía, que no tenía buenas relaciones con los extremistas del Irgun y el LEHI, a los que consideraba extremistas peligrosos cuya

violencia e intransigencia dañaban la causa de los judíos palestinos. Con la colaboración de la Agencia Judía, la rebelión entró en una fase que se conoció como *the Saison*, en el que los operativos de la Agencia Judía, especialmente de su unidad de élite, el *Palmach* -un grupo de comandos que había sido entrenado por los británicos para actuar como saboteadores contra el Afrika Korps de Rommel, en el supuesto de que llegara a ocupar Palestina- reprimieron, amenazaron, interrogaron y reunieron inteligencia sobre el LEHI y el Irgún entre la comunidad judía, entregando a decenas de los miembros de estas organizaciones a los británicos. Se cree que, durante *the Saison*, la Agencia Judía y el Palmach facilitaron a la inteligencia británica datos que permitieron identificar y detener a 700 colaboradores o miembros del Irgún y el LEHI.

La propia ortodoxia del LEHI y el Irgún les llevó a no tomar represalias contra la Agencia Judía, por su convencimiento de que, pasara lo que pasara, los judíos no debían combatir contra otros judíos. *The Saison* decapitó al Irgún, de cuyos líderes solo quedó en libertad Menachem Begin –que, en una ocasión, logró eludir su captura huyendo oculto en el interior de una alfombra enrrollada-. Begin trató de mantener una parte de la organización lejos del alcance británico, con vistas a reconstruirla cuando pasara lo peor de la represión. Esto ocurrió en julio de 1945, cuando un cambio en el gobierno británico provocó que se abandonaran las políticas restrictivas de la inmigración judía del Papel Blanco; sin embargo, se trató de un cambio efímero, ya que, cuando Londres fue consciente de la avalancha de refugiados, en su mayor parte supervivientes del Holocausto, que podían dirigirse a Palestina, reinstauró la prohibición.

La nueva prohibición hizo que, a mediados de octubre de 1945, se creara el *United Resistance Movement*, que aglutinaba de nuevo al LEHI y el Irgún, pero esta vez también a los brazos armados de la Agencia Judía, la *Haganah* y el *Palmach*. Eso hizo que, a diferencia de la violencia anterior, la revuelta iniciada en la noche del 31 de octubre al 1 de noviembre de 1945 fuera una revuelta global de los

judíos asentados en Palestina y no solo de los elementos más radicales de la comunidad. Durante la primera noche, los insurgentes paralizaron el sistema de transportes, realizando un total de 242 ataques, llevados a cabo por los comandos del *Palmach*. Al tiempo, las unidades del LEHI y del Irgún atacaron centrales eléctricas y refinerías de petróleo. Solo entonces, ante la escala del ataque, las autoridades británicas fueron conscientes de hasta qué punto habían subestimado el problema de seguridad que suponía el frente rebelde coaligado.

Por si esto fuera poco, Estados Unidos seguía muy de cerca la suerte de la comunidad judía palestina, por lo que Reino Unido no podía reprimir la revuelta con los métodos con que se había conducido contra otras poblaciones en las décadas anteriores –y que no dudaría en utilizar en años posteriores, por ejemplo, contra la revuelta mau-mau en Kenia-.

El 14 de noviembre de 1945, dio comienzo una huelga general de la población judía que produjo graves disturbios por toda Palestina. Los británicos acostumbraban a reprimir este tipo de situaciones en sus dominios coloniales utilizando una táctica denominada "fuego directo", consistente en el uso de francotiradores que identificaran y abatieran a aquellos individuos que lideraran a la multitud durante las protestas. Durante la huelga de noviembre, la 6ª División Paracaidista británica usó este procedimiento contra los líderes judíos en Haifa, provocando seis muertos y más de sesenta heridos graves, lo cual provocó intensas presiones de Estados Unidos sobre el gobierno británico para que cesara en este tipo de tácticas que, en la práctica, no suponían otra cosa que asesinatos extrajudiciales.

Con un apoyo casi total en los asentamientos, la insurgencia continuó creciendo. El 27 de diciembre de 1945, un ataque combinado del LEHI y el Irgún contra la sede del CID mató a diez agentes. Los británicos se vieron desbordados por la imposibilidad de recurrir a las repuestas que habían utilizado sistemáticamente en sus dominios

coloniales: el desarrollo de expediciones de castigo a través de columnas móviles que penetraran en el territorio rebelde, represalianto a las poblaciones que apoyaran a los insurgentes, con un uso masivo de artillería y realizando ahorcamientos generalizados como medida de castigo y disuasión. Este modelo había sido válido en territorios con fuerzas rebeldes identificables y donde no fuera necesario tener en cuenta consideraciones políticas respecto al trato que debía recibir la población, pero era imposible usarlo en Palestina, ante la atenta mirada de la comunidad internacional, sensibilizada por los horrores del Holocausto y, especialmente, ante el interés de los Estados Unidos en el conflicto.

Al margen de consideraciones políticas, las propias circunstancias de la rebelión inutilizaban el esquema de respuesta tradicional británico. Lo hacía casi imposible la campaña de terrorismo urbano desencadenada por los rebeldes, donde los ataques se producían en el interior de áreas urbanas y eran llevados a cabo por activistas que usaban ropas civiles o, incluso, uniformes británicos. Para las autoridades, esta era una nueva forma de combatir, ya que las acciones de terrorismo urbano del IRA durante la guerra de los *tan and blacks* había sido solo un contrapunto secundario respecto del eje principal del conflicto, las acciones guerrilleras de sus columnas móviles en las áreas rurales de la isla.

Como respuesta a los atentados en ciudades, las fuerzas británicas implementaron un sistema basado en operaciones de denominadas *cordon and search* –"acordonar y buscar"-, en las que las fuerzas militares o policiales aislaban amplias zonas de las ciudades palestinas para, a continuación, buscar posibles terroristas casa por casa en las zonas acotadas. Este modelo de operaciones fue un error, ya que terminaron con cualquier tipo de apoyo o simpatía que la población judía pudiera haber albergado hacia los británicos. Las fuerzas militares no estaban entrenadas para lidiar con ese tipo de misiones y, con frecuencia, llevadas por la frustración, se extralimitaban con los civiles, ante la imposibilidad de dar con los

responsables de los atentados y muertes. En general, las operaciones de *cordon and search* contribuyeron a radicalizar a los judíos moderados que, inicialmente, rechazaron la violencia, y aumentaron el apoyo social a la revuelta, arrojando, por el contrario, muy escasos dividendos en la lucha contrainsurgente.

Otro problema clave al que se enfrentaron las autoridades británicas era que la estructura de inteligencia no estaba a a la altura del desafío. La unidad de inteligencia más eficaz de la que se disponía era la sección de Asuntos Judíos del CID, pero su tamaño era inadecuado para la escala del problema y carecía de hablantes de hebreo, lo cual tenía difícil remedio, ya que resultaba imposible reclutarlos entre la población local, que simpatizaba en bloque con los rebeldes. A la insuficiencia de medios humanos de la *Special Branch*, hubo que añadir la presión ejercida sobre esa unidad por el LEHI y el Irgún, lo que convirtió la autoprotección y la supervivencia en la primera prioridad de sus agentes, limitando aún más sus esfuerzos en la adquisición de inteligencia válida.

La inteligencia militar era escasa y los servicios de inteligencia propiamente dichos -el MI5 y el SIS o MI6- tardaron en estar implicados en la lucha contrainsurgente en Palestina. Para colmo de males, cuando estos servicios comenzaron a trabajar contra los rebeldes, el mayor Desmond Doran, al que el gobierno había puesto al frente, fue asesinado en Tel Aviv, en septiembre de 1946, a los pocos días de asumir su puesto.

La comunidad judía estaba sólidamente unida en su apoyo a la rebelión, y solo dos métodos hubieran podido fracturar esa unión: intensificar la represión o hacer concesiones, y ambos eran inviables para la línea política de Londres. Atrapados en un laberinto sin salida, los británicos carecían de capacidad de respuesta ante los golpes que se sucedían.

El 25 de febrero de 1946, los insurgentes atacaron simultáneamente dos aeródromos militares, destruyendo quince aviones de combate. En la noche del 25 de abril el LEHI atacó el parque de vehículos de la 6ª División Paracaidista, matando a siete soldados. Todos ellos estaban desarmados y fueron asesinados a sangre fría, lo que supuso una novedad en el conflicto, ya que, hasta ese momento, la mayor parte de los ataques contra las fuerzas británicas habían sido actos de sabotaje, para conseguir armamento o contra oficiales concretos, elegidos por su vinculación con la *Special Branch* o con las estructuras de mando británicas. Por el contrario, el ataque del 25 de abril había sido diseñado para causar bajas aleatoriamente entre las tropas británicas, sin responder a un intento de sabotaje o de captura de suministros, o a la eliminación de elementos concretos de la cadena de mando británica. El ataque contra los paracaidistas cambió la naturaleza del conflicto; los soldados comenzaron a ir armados fuera de servicio e intensificaron su agresividad. Un oficial paracaidista afirmó, días después del atentado: "que Dios ayude a quien huela a terrorista".

Ni siquiera la mayor agresividad de las tropas puedo impedir que, en la noche del 16 al 17 de junio de 1946, la *Haganah* volara ocho de los nueve puentes que unían Palestina con los territorios vecinos. Montgomery, como jefe del Estado Mayor del ejército británico, visitó el territorio en ese mismo mes y quedó asustado por el estado de cosas. A su regreso a Londres, el mariscal presionó para que se le autorizara a endurecer la lucha contra la insurgencia. Por ello, el 29 de junio, los británicos desencadenaron la operación Agatha, ocupando los cuarteles de la Agencia Judía y decenas de edificios vinculados a ella en Jerusalén y otros veinte asentamientos. En el marco de la operación, se detuvo a 2.718 personas y, durante los registros, cuatro judíos resultaron muertos. En total, se localizaron 600 armas en una treintena de escondites. La operación dañó a la *Haganah*, con una estructura más abierta y menos acostumbrada a la clandestinidad, pero los radicales LEHI e Irgún apenas fueron tocados por Agatha.

La respuesta insurgente a la Operación Agatha fue aterradora. Poco más de un mes después de la oleada de registros y detenciones, el 22 de julio de 1946, los rebeldes volaron el Hotel Rey David, sede del gobierno militar británico en Palestina, asesinando a noventa y una personas: cuarenta y ocho árabes, diecisiete judíos, veintiocho británicos y cinco víctimas de diferentes nacionalidades. Nunca se ha aclarado si el aviso dado por el Irgún llegó demasiado tarde o si fue desatendido por los británicos.

La reacción al atentado del hotel Rey David fue la Operación Shark, en la que la 6ª División Paracaidista registró Tel Aviv casa por casa, deteniendo a setecientas personas, que, en su mayor parte, hubieron de ser puestas en libertad en los días siguientes al no poder ser vinculadas de forma legal con ningún tipo de actividad criminal. El único éxito importante de Shark fue el arresto de uno de los líderes del LEHI, Isaac Shamir, capturado por agentes la *Special Branch*, cuando trataba de eludir a las fuerzas policiales disfrazado de rabino. Por su parte, Menahem Begin, de nuevo, consiguió eludir el arresto, permaneciendo escondido en un compartimiento oculto, en la casa de un amigo. Dos meses después de la detención de Shamir, el LEHI asesinó al oficial de la *Special Branch* responsable de su captura, mientras disputaba un partido de tenis.

La combinación de Agatha, el atentado del hotel Rey David y la operación Sharke, rompió los nervios de la Agencia Judía, ya que su objetivo no era echar a los británicos por la fuerza, sino presionarles para que dejaran entrar inmigrantes, y la escalada de violencia, lejos de contribuir a ese objetivo, estaba impulsando a las autoridades a actuar en sentido contrario. Temía la Agencia Judía, además, que el aumento de la represión, que afectaba a la *Haganah* más que al Irgún o al LEHI, dañara su capacidad de combate frente a los árabes en el futuro. Todo ello llevó a la *Haganah* a retirarse del frente rebelde, aunque siguió favoreciendo la inmigración ilegal y enfrentándose a los británicos, pero únicamente en operaciones que tuvieran una conexión directa con esta inmigración.

3.- La impotencia británica

La fractura del frente judío llevó a las autoridades a relajar la represión, lo cual despertó la indignación de Montgomery, convencido de que una política de mano dura podía terminar con la revuelta, para lo cual solicitaba que se diera carta blanca al ejército. Fuera esta una idea correcta o no, lo cierto es que, en conjunto, Reino Unido no fue capaz de explotar la retirada de la Agencia Judía. Se obvió la posibilidad de usar a la población árabe como policía o milicias, o encuadrados en unidades paramilitares capaces de intimidar a las comunidades judías, como sí se había *hecho* usando a los judíos contra los *fedayín* durante la revuelta árabe iniciada en 1936. Sin embargo, el apoyo árabe a la labor policial hubiera tenido que llevar aparejadas concesiones, algo que no era posible para los británicos, dado el apoyo de Estados Unidos a los intereses generales de la comunidad judía.

Tras la retirada de la *Haganah*, el Irgún y el LEHI comenzaron a usar bombas colocadas en coches abandonados y minas detonadas eléctricamente, lo que puso bajo una enorme presión a las tropas. En dos meses, octubre y noviembre de 1946, setenta y seis soldados y veintitrés policías fueron asesinados o heridos en acciones terroristas con explosivos. Montgomery presionó al gobierno para lanzar una nueva ofensiva, en contra del criterio del Alto Comisionado Cunningham, que creía que la *Haganah* terminaría por ayudar a las autoridades para detener a los extremistas. Desde el punto de vista de Cunningham, una ofensiva como la planteada por Montgomery podía volver a empujar a los judíos moderados a unirse de nuevo a la insurgencia.

El mariscal logró salirse con la suya y, pese a las advertencias de Cunningham, el ejército lanzó, en enero de 1947, la operación Polly, evacuando a las familias y al personal no esencial de Palestina y concentrando a los civiles en áreas fuertemente protegidas, de donde se expulsó a los residentes judíos, y a los que se denominaba Bevingrados, por lord Bevin, el responsable de su creación. De nuevo,

todo ello sirvió de bien poco: el 1 de marzo del 1947 el Irgún lanzó dieciséis ataques coordinados que mataron a veinte soldados británicos, el más letal de ellos contra el club de oficiales de Jerusalén, donde murieron doce oficiales. Al día siguiente, el nuevo comandante en jefe –GOC, en la terminología británica, siglas correspondientes a *General Officer Commander*-, Gordon MacMillan, impuso la ley marcial en Tel Aviv y los distritos judíos de Jerusalén, colocándolas bajo la completa autoridad del ejército, estableciendo un toque de queda y deteniendo por completo la actividad comercial. Los registros fueron constantes durante las dos semanas que estuvo vigente la ley marcial; sin embargo, los ataques terroristas prosiguieron. El hecho de que no se obtuvieran resultados desacreditó las políticas de Montgomery y demostró que una solución militar no era una visión realista del problema.

La violencia no solo se mantenía, sino que crecía de forma imparable. El 31 de marzo de 1947, el Irgún provocó un fuego en las refinerías de Haifa que ardió sin control durante tres semanas. Cuando, en abril, las autoridades ahorcaron a ocho rebeldes, el Irgún respondió con un ataque contra el tren que conectaba El Cairo y Haifa, matando a cinco soldados.

Los británicos incorporaron a la lucha a un grupo de oficiales nuevos, con la intención de aportar ideas nuevas en la lucha contra los rebeldes. Entre ellos destacaba Bernard Fergusson, que se había formado con los chindits en la campaña birmana contra los japoneses. Este oficial propuso crear fuerzas móviles encubiertas para operar en las zonas judías. Se crearon dos de estas unidades, una bajo el mando de Roy Farran, un oficial del SAS, y de Alistair McGregor, agente del Servicio de Operaciones Especiales. La misión de estas unidades no era recabar información, sino actuar como brazo ejecutor de la *Special Branch*, actuando en base a las informaciones que esta les suministraba. Según declaró Farran a posteriori, "tenían mano libre". El uso de estas dos unidades fue un éxito moderado y sirvió de modelo para campañas posteriores, aunque en Palestina su aplicación

fue pequeña y tardía. Cuando Farran fue acusado de la tortura y muerte de un preso judío de diecisiete años, sospechoso de pertenecer al LEHI, los equipos fueron disueltos por temor a un escándalo internacional.

El drama británico en Palestina se encaminaba hacia su acto final. Los británicos sentenciaron a muerte a tres miembros del Irgún que habían participado en un rescate masivo de presos de la cárcel de Acre, de donde huyeron más de doscientos cincuenta detenidos. La acción había costado la vida a ocho miembros del Irgún, sin que ningún británico resultara muerto, pero ello no impidió que los británicos sentenciaran a la pena capital a los tres terroristas a los que habían capturado con vida. Como respuesta a la condena de sus activistas, el Irgún secuestró en Nethanya a dos soldados británicos, anunciando su intención de liberarlos si se conmutaba la pena de muerte por cadena perpetua para los reos de su organización. El ejército lanzó la Operación Tigre, registrando Nathanya de arriba abajo, pero no consiguió dar con los dos soldados. Las autoridades se negaron a aceptar el chantaje del Irgún y los tres presos fueron ahorcados; igualmente, el Irgún cumplió su amenaza y ahorcó a los dos soldados que había secuestrado.

El impacto de estos hechos fue enorme, y sirvieron para convencer a los británicos de que ninguna represión, por dura que fuera, ni ninguna concesión aceptable para Reino Unido, terminaría con los rebeldes. Esto, unido al desastre de relaciones públicas que supuso la cuestión del barco *Exodo*, en julio de 1947, convenció a los británicos de la necesidad imperiosa de poner fin al Mandato, antes de que su imagen internacional se deteriorara aún más. La gota que colmó el vaso fue el ataque a un tren militar, el 28 de febrero de 1948, que causó la muerte a veintiocho soldados británicos.

Las últimas tropas británicas salieron de Palestina en julio de aquel año 1948.

Nunca existió, para Reino Unido, el riesgo de una derrota militar. Pese a lo sangriento del conflicto, el balance de pérdidas británicas era nimio en comparación con sus recursos: la rebelión judía se cobró la vida de 338 soldados y oficiales británicos. Sin embargo, la incapacidad para romper el apoyo a los extremistas armados por parte de la población, el uso de tácticas erróneas e incluso contraproducentes, una inteligencia débil y vulnerable y las restricciones impuestas por consideraciones políticas decantaron la balanza contra los británicos.

4.- Eritrea, Etiopía y la rebelión woyane

Los primeros europeos en tomar posiciones en Eritrea fueron los italianos, que, en 1869 comenzaron a comerciar con la región de Assab y, en 1885, arrebataron a los egipcios –que, previamente, se lo habían arrebatado al imperio otomano- el control de Massawa. Utilizando la ciudad como base, Italia se hizo, a lo largo de los años siguientes, con el control del interior eritreo, cuya posesión fue reconocida por la vecina Etiopía a través del tratado de Ucciali, firmado en 1889. El dominio italiano puso, al menos durante un tiempo, fin a la inestabilidad constante en el área, cuyo territorio estaba dominado por clanes guerreros dedicados, esencialmente, al pastoreo.

En 1941, en plena II Guerra Mundial, Reino Unido no tuvo demasiados problemas para invadir la colonia italiana de Eritrea, someter a las fuerzas que la defendían y asumir el control del territorio, igual que hicieron con la Somalia italiana y con la mayor parte de Libia. Eritrea quedó bajo gobierno militar británico, según las directrices que fijaba la *Duties in aid of the civil power*, publicada en 1937. Eritrea, al igual que otros territorios africanos arrebatados a las potencias del Eje, quedó bajo la autoridad del Cuartel General para Oriente Medio, que, durante el conflicto, tuvo su sede en Nairobi.

El principal problema para la seguridad en Eritrea a lo largo de los años de la administración militar británica –BMA, siglas de *British Military Administration*- fueron los *shifta*, calificados por las autoridades como bandidos o salteadores, pero en los que muchos han visto la génesis del nacionalismo eritreo, considerándoles insurgentes antes que delicuentes comunes. La existencia de estos bandoleros shifta se remonta al periodo de la dominación italiana y a la longeva tradición guerrera de las tribus eritreas. Los italianos reclutaron decenas de miles de *askaris* –soldados nativos africanos- entre estos clanes, hasta el punto de que, al comenzar la II Guerra Munidal, 60.000 combatientes eritreos estaban incluidos en las filas italianas en Libia. Muchos de estos combatientes, al desintegrarse el ejército italiano en África bajo la presión militar británica, tuvieron que buscar nuevas formas de sobrevivir y pasaron a engrosar las filas de los salteadores.

Durante los años de la BMA, la vida eritrea se politizó, con la aparición de los primeros partidos políticos, algunos de los cuales incluían ya la independencia en su agenda estratégia, caso del Partido del País del Amor, que defendía la creación de un Estado en el que convivieran pacíficamente cristianos y musulmanes. Otros partidos, como la Sociedad para la Unificación de Etiopía y Eritrea, pretendían unir Eritrea al imperio etíope. Esta creciente politización de la sociedad tuvo su reflejo en los *shiftas*, muchas de cuyas bandas comenzaron a adoptar ideologías políticas para justificar sus acciones.

En 1943, Reino Unido tuvo que intervenir para apoyar a Etiopía en la represión la rebelión woyane, un levantamiento en la provincia suroriental de Tigray, que había comenzado tras el año nuevo etíope, el 12 de septiembre, con el asedio a la guarnición gubernamental en Quiha. Varias ofensivas masivas de las fuerzas etíopes fueron derrotadas por los rebeldes, muy inferiores en número y equipo, pero que hicieron gala de una determinación férrea y de un hábil uso de su superior conocimiento del terreno. Tras tomar Quiha, donde muchos soldados del ejécito etíope se unieron a la rebelión, las fuerzas

insurgentes alcanzaron los 20.000 combatientes, lo que les pertimió tomar la capital de la región, Mekelle, donde proclamaron un programa que incluía la constitución de Tigray en un estado autónomo dentro de Etiopía, con su propio gobierno y leyes, pero reconociendo la autoridad nominal del emperador. Oficiales británicos se incorporaron como asesores a una nueva ofensiva etíope, pero durante tres semanas, los rebeldes woyane contuvieron las fuerzas gubernamentales, pese al apoyo aéreo que brindaron aparatos de la RAF británica.

En septiembre de 1943, y gracias al apoyo aéreo de Reino Unido, las fuerzas imperiales etíopes lograron las primeras victorias sobre los woyane, que, no obstante, consiguieron una nueva victoria decisiva contra un ejército comandado por el etíope Abebe Damtew y el coronel Pluck, del ejército británico. Ante la incapacidad de derrotar a los rebeldes en el campo de batalla, la RAF inició una campaña sistemática de bombardeo de las ciudades y aldeas tomadas por los rebeldes. Ante la imposibilidad de combatir este tipo de guerra, y dado el gran número de muertes que generaron los bombardeos, los rebeldes capitularon.

Entre tanto, los británicos, al asumir el control de Eritrea, suprimieron los tribunales italianos, pero no así su código penal, de tal forma que magistrados británicos pasaron a imponer penas conforme a la legislación colonial italiana, que, al contrario que la británica, no contemplaba la imposición de la pena de muerte, por lo que la mayor parte de las sentencias impuestas a los bandidos con delitos de sangre hacia el año 1945 eran de prisión perpetua. Pese a ello, hasta 1944 el bandolerismo quedó confinado a las áreas rurales; sin embargo, desde ese año, en que Londres redujo el número de oficiales y fuerzas de seguridad en Eritrea, la violencia y el desgobierno se extendieron por la mayor parte del territorio.

Para compensar la retirada de fuerzas británicas, Reino Unido desplegó unidades sudanesas, musulmanas, lo cuál no hizo sino agravar la tensión entre los soldados y la población eritrea, donde existía una importante comunidad de cristianos coptos. Los sucesos de la llamada "matanza de Asmara", el 28 de agosto de 1946, cuando soldados sudaneses del ejército británico asaltaron barrios cristianos de la capital eritrea, dando muerte a cuarenta y dos personas e hiriendo a más de setenta, terminaron por quebrar cualquier tipo de entendimiento entre la población eritrea y la administración británica.

Entre tanto, concluido el conflicto mundial, el futuro de Eritrea se dejó en manos de una comisión formada por Estados Unidos, la Unión Soviética, Reino Unido y Francia, pero en enero de 1948, los integrantes de la comisión, que habían visitado Eritrea para tratar de conocer el sentimiento de la población, declararon fracasada su misión y no se atrevieron a emitir un dictamen oficial. Una segunda comisión, integrada por representantes de Birmania, Guatemala, Pakistán y otras naciones, fue designada y el proceso de análisis del caso eritreo comenzó de nuevo, bajo intensas presiones por parte de Etiopía, que insistía en que Eritrea debía pasar a ser parte de sus dominios como una nueva provincia.

Parte de la comunidad internacional reclamaba que se celebrara un referéndum en el que los eritreos decidieran su futuro, mientras que Reino Unido aspiraba a lograr que la comunidad internacional aceptara sus recomendaciones sobre el futuro de Eritrea sin pasar por una votación local. La recomendación británica se basaba en la concepción del territorio como una pieza más de su ajedrez colonial: una división de Eritrea, de tal forma que la provincia occidental se incorporaría al protectorado anglo-egipcio de Sudán, mientras que la oriental pasaría a integrarse en Etiopía, que, a cambio, cedería a Reino Unido la región de Ogadén, consolidando la posición británica en Somalia.

El problema de la inseguridad fue en aumento, y a partir de 1947, comenzó a tomar tintes anticoloniales, con ataques contra antiguos miembros de la administración italiana, así como a propietarios de minas y plantaciones en zonas aisladas. Los secuestros por dinero se volvieron comunes y los ataques a los vehículos a las carreteras se hicieron tan frecuentes como los asaltos a los trenes en las áreas más despobladas de sus trayectos. Con la desmovilización de los *carabinieri*, que se habían ocupado de la seguridad durante la dominiación italiana, Reino Unido carecía de tropas para imponer el orden por la fuerza, por lo que recurrió de forma sistemática a los castigos colectivos, imponiendo multas a las aldeas en cuyos aledaños se producían actos de bandidaje.

La presión diplomática sobre Reino Unido arreció a medida que más ciudadanos italianos eran víctimas de ataques, por lo que Londres envió a Eritrea al teniente coronel Rose, en 1949, con la misión de terminar con la actividad de los *shifta*, principalmente en la línea fronteriza con Etiopía, de quien se sospechaba que ayudaba a las bandas integradas por cristianos coptos, cuyo número había ido en aumento a medida que cobraban fuerza los partidos unionistas, defensores de la integración de Eritrea en Etiopía. Los *shifta*, con el apoyo de la población local, hacían inútiles las operaciones de las reducidas y desmoralizadas fuerzas de seguridad. Nuevamente se recurrió a los castigos colectivos, introduciendo en la legislación el concepto de "culpable por asociación", según el cual podía detenerse a cualquier habitante de una aldea a la que perteneciera un bandido, con independencia de si el ciudadano en concreto había cometido o no actos de bandidaje.

El 2 de diciembre de 1950, Naciones Unidas decidió que Eritrea debía integrarse en Etiopía, con la consideración de territorio federado, lo cual coincidía con los intereses de Reino Unido, pero era rechazado por la mayor parte de la población. Ello no hizo sino alimentar la violencia, en especial contra los europeos. En abril de 1951, más de mil quinientos italianos estaban esperando ser

repatriados a Europa, huyendo de la violencia, y no se podía transitar por las carreteras sin una escolta militar. En el bando contrario, pistoleros coptos, partidarios de la unión, intimidaban y atacaban a quienes se oponían a la materialización del sueño histórico de los emperadores de Addis Abbeba, la Gran Etiopía con salida al mar Rojo.

El periodo de transición de la Administración Militar Británica al gobierno etíope fue complicado desde el punto de vista de la seguridad. La frontera seguía siendo porosa para los bandidos, gran parte de las fuerzas policiales presentaban niveles alarmantes de corrupción y se carecía de la menor inteligencia sobre los *shiftas*, dado que nadie se atrevía a informar sobre ellos, pues en las pequeñas aldeas, en las que todo el mundo sabía todo sobre todo el mundo, un informante no podía esperar ningún tipo de protección de cara a posibles represalias.

La situación no mejoró y Reino Unido no pudo sino experimentar un notable alivio cuando el problema de Eritrea pasó a ser una cuestión interna de Etiopía. Sin embargo, la tragedia humana que se gestó en los años de administración británica fue aterradora: tras la anexión de Eritrea por Etiopía, dio comienzo una de las guerras más largas y cruentas de la segunda mitad del siglo XX, cuando durante tres décadas, las guerrillas eritreas lucharon por la independencia del territorio contra el gobierno etíope, hasta lograrla en 1993. En el proceso, el conflicto dejó cientos de miles de muertos tanto en los combates, como en las masacres perpetradas por ambos bandos y en las hambrunas suscitadas por la guerra.

5.- Togoland y la rebelión ewe de 1957

La colonia alemana de Togo, en la costa oriental de África, fue escenario de la primera intervención terrestre aliada durante la I Guerra Mundial, cuando fuerzas británicas procedentes del dominio

imperial de Costa de Oro y tropas francesas con base en Dahomey, invadieron la posesión alemana, antes incluso de que comenzaran los combates en el frente occidental europeo. La campaña costó alrededor de ciento cincuenta muertos a los aliados y más de cuarenta a las fuerzas alemanas que, aún superadas en número, consiguieron llevar a a cabo varias exitosas acciones dilatorias antes de verse obligadas a capitular.

El 20 de julio de 1922, la Sociedad de Naciones dividía oficialmente el territorio de Togo entre Francia y el Reino Unido. La parte oriental, de mayor extensión y población, se adjudicó a Francia, mientras que la parte occidental se convitió en la denominada British Togoland. Esta situación dejaba dividido entre tres territorios –Costa de Oro y British Togoland, bajo administración británica, y Togo, bajo dominio francés- a la población perteneciente a la etnia ewe: 174.000 en el Togo francés, 136.00 en la Togoland británica y algo más de 300.000 individuos en la Costa de Oro.

Tras la Segunda Guerra Mundial, Reino Unido, en el comienzo de la década de los cincuenta, manifestó que no se encontraba en condiciones de continuar administrando Costa de Oro, donde desde los años cuarenta existía un activo y, por lo general, pacífico movimiento en pro de la independencia; la renuncia británica se hizo extensiva a Togoland. Lo referido al futuro de este territorio suponía una cuestión espinosa, que Reino Unido dejó en manos de Naciones Unidas, lavándose las manos. La Asamblea de la ONU, el 15 de diciembre de 1955, aprobó, con la Resolución 944(x), recomendar a Reino Unido que se celebrara un plebiscito entre la población de Togoland para decidir su futuro, designando a Eduardo Espinosa y Prieto supervisor del proceso.

La opción que se sometió a la consideración de la población de Togoland era su integración en un único estado independiente con la hasta entonces también colonia británica de Costa de Oro, que accedería a la independencia en el curso de unos meses. Con la

organización del plebiscito, la cuestión ewe resurgió. Se creó una formación, el Congreso de Togoland, que defendió el voto negativo, ya que aspiraba a la integración de Togoland y el Togo francés en un único estado independiente, en el que el colectivo ewe, minoritario en Togoland, sería mayoritario en el estado resultante. La convocatoria del plebiscito tuvo el efecto indirecto de revitalizar el nacionalismo ewe y su intención de disponer de un estado propio.

La votación tuvo lugar el 9 de mayo de 1957, con la participación de 160.587 votantes sobre un total de 194.000 personas censadas. Los resultados respaldaron la postura auspiciada por el gobiern de Londres, y un 58% de la población respaldó la integración de Togoland con Costa de Oro. Sin embargo, en los distritos de mayoría ewe del sur del país, el triunfo del no fue claro: 17.029 votos contra 8.581 en Kpandu; y 18.981 contra 7.217 en el área de Ho. Sin embargo, el apoyo masivo al sí en las zonas septentrionales, donde otros grupos étnicos temían convertirse en minorías en un estado ewe unificado, certificó la unión con Costa de Oro, y el 6 de mayo de 1957 ambos territorios accedieron a la indepedencia con el nombre de Ghana, convirtiéndose en la primera colonia del África subsahariana en alcanzar la independencia.

Los resultados no fueron aceptados por amplios sectores de la población ewe. Las protestas y los disturbios se sucedieron en diversas ciudades y aldeas. Los más graves tuvieron lugar en Alavanyo, una ciudad donde existía una larga tradición de manufactura de armas, por lo que parte de la población se encontraba armada y se enfrentó a las fuerzas de seguridad, aún bajo control británico, ya que no había dado tiempo a que se produjera una transición de poderes efectivas. Grupos de rebeldes ewe abandonaron los grupos urbanos y se refugiaron en la espesura para dar comienzo a una campaña de insurgencia contra el nuevo gobierno y las fuerzas de seguridad.

La revuelta ewe de 1957 tuvo escaso alcance y duración, ya que fue rápidamente reprimisa por el ejército británico, dado que Londres no estaba dispuesto a dejar como herencia inmediata a su retirada de la zona un conflicto armado. La escasa entidad de las partidas rebeldes, su carencia de estructuras y coordinación y la propia fragmentación política de la comunidad ewe, parte de cuyos integrantes no respaldaban ni la lucha armada ni la integración en Togo, fueron determinantes, y, en el curso de unas pocas semanas, la rebelión había sido derrotada.

Al año siguiente, 1958, se produjo un segundo levantamiento armado de la población ewe, que tuvo por escenario la Ghana ya plenamente independiente y se focalizó en los territorios que habían constituido el Togoland británico. La causa del alzamiento de 1958 fue la ausencia de ministros ewe en el primer gobierno independiente que se había constituido en el país. Aunque recibió ayuda y apoyo material procedente de los clanes ewe del Togo francés, las fuerzas de seguridad de Ghana consiguieron reprimir la revuelta.

En 1960, el Togo francés alcanzó la independencia bajo la presidencia de Sylvanius Olympio, que había liderado el movimiento nacionalista ewe durante los años de dominio de Francia. Pronto, la tensión vecinal a cuenta de la cuestión ewe y de los territorios de Togoland donde estos eran mayoría fue fuente de conflicto entre ambas naciones. En el mismo año en que Togo lograba la independencia, Ghana acusó al gobierno de Olympio de estar preparando un complot para anexionarse la antigua Togoland británica.

En octubre de 1961, varias redadas en Ghana llevaron a la detención de alrededor de medio centenar de actividas en pro de la secesión, y las evidencias de la implicación del gobierno de Togo en el auxilio a este movimiento llevaron al hombre fuerte del gobierno ghanes, Nkrumah, a amenazar con invadir el país vecino e incorporarlo como una séptima provincia a Ghana.

Pese al éxito de las fuerzas británicas en suprimir casi de forma inmediata el alzamiento ewe de 1957, Togoland es un ejemplo del modo en que la derrota militar de un movimiento armado, sin prestar ninguna atención a las causas políticas, económicas, sociales o étnicas que lo alimentan, es, en el mejor de los casos, solo una solución temporal del problema. Tras la derrota del levantamiento de 1957 y la indepedencia de Ghana y Togo, la cuestión ewe se convirtió en un factor de desestabilización constante, pese a que los británicos, en su momento, combatieron la creación de un estado ewe independiente alegando que la construcción de estados étnicos en África sería un factor de conflicto.

CAPÍTULO 7:

LA GUERRA CIVIL GRIEGA

1.- El ELAS y el EDES

La Grecia de entreguerras era uno de los países con un gobierno más inestable en un mundo caracterizado por la inestabilidad de los gobiernos. Entre 1922 y 1927, se produjeron en el páis helénico nueve intentos de golpe de estado, un dato que es aún menos impresionante que los cuarenta y ocho gobiernos diferentes que tuvo Grecia en los treinta y seis meses previos a ese periodo, los años 1920, 1921 y 1922.

A mediados de los años 30, Grecia era una monarquía al frente de la cual se encontraba el rey Jorge, un soberano al que el parlamento, dominado por el centro izquierda, obligó a imponer una serie de reformas que no eran de su gusto conservador. Por ello, en agosto de 1936, el rey disolvió el Parlamento y entregó al poder al general Metaxas. Con mano de hierro y un completo apoyo de la Corona, el ejército y la burocracia del Estado, Metaxas suprimió los partidos políticos, medida destinada a terminar con el emergente Partido Comunista Griego, cuyas siglas eran KKE.

Tras la invasión alemana del país –posterior a que los griegos rechazaran una invasión italiana que enfureció a Hitler por su inoportunidad e ineficiencia-, el rey Jorge y el ala derecha del espectro político griego huyeron del país, lo cual dejó al KKE como aglutinador de la oposición contra los invasores, agrupando a la resistencias bajo el paraguas del EAM, cuyas siglas correspondían a

Frente Nacional de Liberación, y cuyo brazo militar fue el ELAS, uqe comenzóa operar contra las fuerzas de ocupación a comienzos de 1942. Desde el exilio, el rey organizó otro movimiento de resistencia, el EDES, pero sus operaciones fueron más limitadas y se circunscribieron a la parte septentrional del país.

Durante la guerra, el ELAS y el EDES mantuvieron un conflicto interno, y está documentado que unidades del EDES facilitaron información a las fuerzas alemanas para que desarticularan diversos comandos de la comunista ELAS, lo que provocó que, a finales de 1942, esta lanzara una campaña contra el EDES, que fue seguida de una segunda oleada ataques, mucho mayor, en octubre de 1943. Gracias al decidido liderazgo de Napoleón Zervas, el EDES consiguió resistir la presión estableciendo posiciones defensivas a lo largo de los ríos del Épiro, para conseguir después, con ayuda del ejército británico –ya que el EDES contaba con 5.000 miembros, por 20.000 del ELAS-, contraatacar a lo largo de enero de 1944, logrando que se firmara una tregua en febrero.

Consecuencia de esta tregua fue una conferencia celebrada en el Líbano, que sentó a la mesa a representantes de ocho partidos políticos griegos y de ambas organizaciones militares. Bajo supervisión británica, se logró un acuerdo que incluía que el Frente de Liberación Nacional, auspiciado por el partido comunista griego, tendría cinco ministerios en el primer gobierno de postguerra. Además, el acuerdo incluía que, mientras durara la contienda, todas las unidades de la resistencia griega actuarían siguiendo las órdenes de un oficial británico, que se encargaría de coordinar las operaciones militares en territorio griego. Sin embargo, el KKE rechazó el acuerdo, por considerarlo una capitulación frente a las fuerzas liberales. La conferencia fue un gran éxito para los objetivos estratégicos británicos, ya que al romper la unidad del frente de izquierdas –la mayor parte de las facciones del EAM sí aceptaron el acuerdo-, habían logrado aislar a los comunistas y habían disminuido las posibilidades

de que su principal temor llegara a materializarse: un gobierno griego de postguerra en manos de los comunistas.

De la importancia que la cuestión griega revestía para Londres, da idea el hecho de que, a finales de septiembre de 1944, Churchill voló a Moscú para concluir con Stalin el llamado "Acuerdo de los Porcentajes", por el que Reino Unido admitía, en el mundo de postguerra, una influencia soviética del 90% sobre Rumanía y de un 75% sobre Bulgaria si estos admitían una dominación británica equivalente sobre Grecia, dividiéndose la influencia sobre Yugoslavia y Hungría al 50%. Churchill anotó estas cifras en una servilleta de papel y Stalin hizo una marca de acuerdo, a modo de *tic*, junto a ellas. Como resultado de este acuerdo, cuando en noviembre de 1944 el Ejército Rojo expulsó a los alemanes de Hungría, en vez de virar hacia el Sur y atacar Grecia, giró hacia el corazón de Alemania.

Entre tanto, a finales de septiembre de 1944, los alemanes abandonaron Grecia, retirando sus tropas para proteger la propia Alemania del avance de los Aliados desde el Oeste y de los soviéticos desde el Este; el 14 de octubre, fuerzas británicas al mando del general Scobie, apoyadas por unidades paracaidistas, tomaron el control de Atenas y de los principales puertos: Salónica, El Pireo, Patras Y Preveza, mientras que el resto del país quedaba en manos del ELAS, cuyos cuarteles generales se encontraban en la montañosa Macedonia.

2.- Los sucesos de diciembre y el comienzo de la guerra civil

La lucha por el poder entre las facciones políticas griegos se desencadenó de nuevo, ante el escaso prestigio de que gozaban el rey y Metaxas, por abandonar el país al comenzar la invasión nazi y por ser percibidos por parte de los griegos como marionetas de los británicos. Los problemas comenzaron con la desmovilización de los grupos armados. Según lo acordado, el ELAS, el EDES y las fuerzas griegas que habían luchado en el Mediterráneo dentro del ejército

británico debían ser desmovilizadas, para crear después un ejército nacional griego. Sin embargo, los liberales intentaron no desmovilizar la Tercera Brigada, que llegó a Grecia, desde el frente italiano, el 7 de noviembre, de 1944, y que estaba integrada por tropas leales al rey Jorge. El ELAS vio esto como una ruptura de los acuerdos y se negó a entregar las armas mientras la Tercera Brigada no fuera disuelta. Reino Unido consideró inminente el comienzo de un conflicto entre el gobierno liberal que apoyaba y las guerrillas comunistas, por lo que trasladó tropas y aviones desde Italia, de tal modo que, cuando acabó noviembre, el general Scobie disponía de alrededor de 23.000 soldados británicos en suelo griego.

El KKE organizó una huelga general, en protesta por el modo en que se estaba produciendo la creación del nuevo ejército griego y de la policía. Miles de manifestantes se concentraron en la plaza Syntagma de Atenas, el 3 de diciembre de 1944, lo cual terminó en un intenso intercambio de disparos en el que tanto la policía como los manifestantes acusaron a los contrarios de haber disparado primero. Fuera como fuese, la mayor parte de las víctimas fueron manifestantes comunistas. Al día siguiente, el ELAS comenzó a atacar a policías por todo Atenas, pero evitó hostigar a las fuerzas británicas y a la Tercera Brigada greiga. Pese a ello, Churchill ordenó a Scobie que reestableciera el orden y que, para ello, utilizara a las tropas británicas para destruir al ELAS. Más tropas soldados del Reino Unido fueron desplazadas a Grecia y se dio orden al ELAS de abandonar Atenas en setenta y dos horas, declarando Scobie la ley marcial el 5 de diciembre. La guerrilla comunista respondió atacando varios edificios gubernamentales en la capital y a las unidades del EDES en la parte Norte de Grecia. A lo largo de todo el país, la guerrilla comunista se hizo con el control del territorio, salvo de aquellas ciudades donde había acantonadas unidades británicas.

Siguiendo órdenes de Churchill, que le indicó que tratara Atenas como una ciudad conquistada, Scobie utilizó a las tropas indias bajo su mando y a la Tercera Brigada griega para presionar al ELAS.

El 15 de diciembre, un nuevo comandante militar, el general Hawksworth, desembarcaba en Grecia junto con un contigente de cincuenta mil soldados británicos. Pese a la abrumadora superioridad numérica y material de las tropas del Reino Unido sobre el ELAS, los combates duraron varias semanas en el área de Atenas y del puerto de El Pireo. Fue necesario utilizar una brigada acorazada, llegada de Italia, y dos divisiones de infantería británica para despejar el puerto, lo que se consiguió en la tercera semana de diciembre. Para el día 27, toda Atenas estaba en manos de las fuezas británicas y el único área cercana a la capital en la que seguía habiendo presencia del ELAS era a lo largo de la carretera que conectaba la ciudad con El Pireo.

Tras los combates de diciembre, una serie de negociaciones tuvieron lugar, involucrando a los partidos griegos, al arzobispo Damaskinos –que había sido nombrado regente en tanto en cuanto el rey Jorge no regresara al país-, el embajador estadounidense y el líder de la misión diplomática soviética en Grecia. El 11 de enero de 1945, el ELAS aceptaba un alto el fuego, con el que se puso fin a los llamados "sucesos de diciembre", que habían terminado en tablas estratégicas entre los contendientes: los británicos habían expulsado a la guerrilla comunista de Atenas y seguían controlando los principales puertos y ciudades del país, pero el resto del territorio había quedado en manos de ELAS, que había derrotado en todos los frentes a las unidades armadas del EDES.

Las negociaciones posteriores convirtieron en primer ministro a un general republicano, Nicolás Plastiras. El ELAS planteó una serie de condiciones a cambio de entregar las armas en dos semanas: compromiso del gobierno griego de respetar los derechos y libertades de sus ciudadanos, la celebración de unas elecciones parlamentarias libres y la celebración de un referéndum en el que la población decidiera si debía permitirse al rey asumir nuevamente el trono. El 12 de febrero de 1945, se firmó el acuerdo de Varkiza, por el que el ELAS se comprometía a entregar las armas al gobierno. No toda la organización estuvo de acuerdo, y elementos del ala dura del ELAS

rechazaron el pacto y se refugiaron en las montañas, bajo el liderazgo de uno de los cabecillas históricos del movimiento, Aris Velohouiotis. Otros militantes se refugiaron en Yugoslavia, Albania y Bulgaria, al amparo de los regímenes comunistas que habían asumido el poder en esos países.

La desmantelación del ELAS coincidió con el aumento del poder de la extrema derecha en el gobierno, especialmente desde que, en abril, se sustiteyera a Plastiras, como primer ministro, por el almirante Voulgaris, un furibundo anticomunista que comenzó una intensa persecución contra los simpatizantes del KKE, con el apoyo de organizaciones paramilitares de extrema derecha, como la Organización X, liderada por el coronel Grivas, que luego se convertiría en el alma de lucha chipriota contra la dominación británica. La tensión siguió creciendo hasta el extremo de que, en octubre de 1945, Nikos Zachariadis, el histórico líder comunista que había sobrevivido a los horrores de Dachau y regresado a Grecia para asumir la dirección del KKE, afirmó que, si la persecución proseguía como hasta entonces, todos los griegos acabarían refugiándose en las montañas. El Reino Unido consiguió ganar tiempo forzando la dimisión de Voulgaris y sustituyéndole por el liberal Sofoulis, más moderado, que debía conducir el país hasta la celebración de las elecciones previstas para marzo de 1946.

Entre tanto, lo que Harris ha denomiando "la ola del terror blanco" seguía extendiéndose por Grecia, en gran medida de mano de la Organización X, que comenzó a asesinar no solo a militantes de izquierdas, sino a aquellos que se habían significado anterioremente como opositores a la dictadura militar de Metaxas o a quienes habían apoyado a los republicanos moderados liderados por Venizelos.

Esto se sumaba a la represión gubernamental, de la que da idea un informe de la inteligencia del Reino Unido, elaborado a comienzos de 1946, que afirmaba que el gobierno había detenido en los últimos doce meses a 50.000 ciudadanos, en su mayor parte de forma

arbitraria, y sostenía que la radicalización de un sector político había alimentado la radicalización de su opuesto hasta que, como cita Abbot, no había quedado espacio para la moderación política en la Grecia de postguerra.

3.- La lucha contra el Ejército Democrático Griego

El 12 de febrero de 1946, en su segunda asamblea, el KKE decidió boicotear las elecciones y, al mismo tiempo, reconstruir un brazo armado, al que denominó Ejército Democrático Griego –DAG, en sus siglas originales-. Autoexcluido el partido comunista, la victoria en las elecciones del 31 de marzo fue para la derecha, de la mano del Partido Popular, liderado por Tsaldaris, y, en septiembre, la mayor parte de la población griega ratificó en referéndum el regreso del rey Jorge. Con ello, la situación política quedaba reconstituida de forma virtualmente idéntica a como lo había sido en 1941, salvo por la presencia de las fuerzas militares británicas.

Reino Unido esperaba poder mantener una presencia militar limitada en Grecia, esperanza que se vio truncada ante la escalada de violencia. Los ataques a gendarmes que caracterizaron a la primavera dieron paso a ataques a las fuerzas del ejército, iniciados en en julio de 1946, cuando el DAG atacó a una unidad acuertelada en Pondokeraisa, matanto a dieciséis soldados y llevándose a otros treinta, que se pasaron a las filas de la guerilla. A partir del 26 de octubre de 1946, los trece mil combatientes del DAG, muchos de ellos veteranos de la resitencia contra los nazis, comenzaron una ofensiva general contra el gobierno heleno, cuyas fuerzas armadas se vieron desbordadas y perdieron el control de gran parte del país.

Británicos y norteamericanos trataron de encontrar una salida política a la crisis, forzando a Tsaldaris a que su partido de derechas gobernara en coalición con varias formaciones de centro, con la esperanza de que esto contribuyera a alejar a la población griega de las

guerrillas comunistas. El nuevo gobierno, sin Tsaldaris, asumió el poder el 24 de enero de 1947, pero ya era tarde para que una moderación del ejecutivo fuera suficiente, por sí misma, para debilitar a la insurgencia comunista.

Para entonces, el DAG operaba en siete comando regionales, cada uno de los cuales contaba con alrededor de dos mil combatientes encuadrados en unidades de entre setenta y cien hombres, al frente de cada una de las cuales se encontraba un comisario político, y que atacaban sobre todo comisarías y puesto de policía aislados. Sus centros de mando se encontraban en las inmediaciones del lago Prespa, muy cerca de la frontera con Albania, y disponía, además, de santuarios en las montañas Grammos y Vitsi.

A comienzos de 1947, Gran Bretaña informó a Washington de que no estaba en condiciones de sostener por sí sola al gobierno griego, por lo que Estados Unidos asumió este papel, con el discurso de marzo de ese año en el que el presidente de la nación habría de dar a conocer la llamada Doctrina Truman: el apoyo político, militar y económico de los Estados Unidos a aquellos países que se encontraran amenazados por el comunismo, ya fuera a través de fuerzas externas o de fuerzas internas. Según autores como Paravantes, los norteamericanos fueron manipulados por la diplomacia del Foreign Office, hasta llevarles a proclamar la Doctrina Truman que les llevó a intervenir en Grecia, en virtud de una premisa falseada por Londres: la imposibilidad de Reino Unido de mantener su apoyo en solitario al gobierno griego en su lucha contra la insurgencia comunista.

A lo largo de 1947, el ejército griego aumentó de tamaño, gracias al apoyo británico y estadounidense, y trató de desarrollar una serie de operaciones para rodear a las diversas unidades del DAG, estrategia que contó con el apoyo de la *British Military Mission*, como pasó a denominarse a las fuerzas y asesores británicos presentes en Grecia. Este planteamiento fue un fracaso. El ejército griego tenía una preparación muy deficiente para combatir a las guerrillas y no

disponía de efectivos suficientes para mantener el control del territorio de forma permanente, de tal manera que, una vez que una operación concluía y los soldados se replegaban, las guerrillas comunistas volvían a actuar en él, tornándolo de nuevo inseguro.

Las carreteras griegas, escasas y en mal estado, también jugaban a favor de los insurgentes. Los escasos vehículos blindados de que disponía el ejército griego –carros ligeros Centauro, facilitados por los británicos- no podían acceder al terreno escarpado que conformaba buena parte del teatro de operaciones. La escasez de carreteras hacía muy vulnerables a las fuerzas de seguridad, ya que no había rutas alternativas en trayectos clave, como muestra el hecho de que una única carretera conectaba Atenas con Salónica y solo había otra ruta que recorriera el país en su eje Norte-Sur, la carretera Yaninia-Arta-Agrinion. Igualmente, solo una vía transversal permitía cruzar el país de Este a Oeste, entre Yaninia y Larisa, carretera que, en muchos tramos, discurría encajonada entre el mar y las montañas, lo que la convertía en un objetivo fácil para los ataques de la insurgencia.

La más importante operación lanzada en la primavera de 1947 fue Terminus, una ofensiva sobre la Grecia Central con la que se esperaba cortar a las fuerzas comunistas en dos mitades, aislando a sus unidades en el Sur de las situadas en el Norte del país y, al tiempo, aislar al DAG de las fronteras de Grecia con sus vecinos comunistas, los cuales facilitaban a la insurgencia recursos humanos y materiales. La operación no tuvo éxito; la superior inteligencia sobre el terreno permitió que la guerrilla golpeara en numerosas ocasiones a las fuerzas gubernamentales para replegarse acto seguido, sin que el ejército fuera capaz de forzar el enfrentamiento convencional en el que aspiraba a aplastar al DAG. Muchas unidades militares terminaron desmoralizadas y fue imposible aislar al DAG de sus bases en Yugoslavia.

4.- La guerra convencional

Gracias a la ayuda económica estadounidense para armar y equipar al ejército griego, los británicos pudieron reducir su presencia, que, en julio de 1947 era de cinco mil hombres, mientras que a comienzos de año había llegado a los 14.000 soldados. Desde 1946, las fuerzas británicas en Grecia habían tenido como misión principal el entrenamiento del ejército heleno y, a medida que la naturaleza de la guerra asimétrica iba mostrando su lado más duro para las fuerzas del gobierno, la orientación de este entrenamiento fue cambiado. Para 1947, el énfasis era puesto en el uso del poder áereo, las tácticas de infantería ligera –particularmente importantes en el montañoso terreno que cubría gran parte de Grecia- y en el uso operativo de las unidades de fuerzas especiales y comandos. En enero de aquel año 1947 se dio un paso más en la implicación británica, cuando se ordenó a las fuerzas británicas que dieran toda la ayuda posible a las tropas griegas, lo cual incluía el despliegue de oficiales y soldados británicos en las operaciones sobre el terreno, si bien como asesores o auxiliares del ejército nacional de Grecia.

Los británicos diseñaron a lo largo de 1947 un plan en tres fases. La primera suponía la reorganización y formación de las fuerzas de seguridad. La segunda fase consistiría en grandes operaciones militares que pretendían aislar a las unidades rebeldes y destruirlas, limpiando así de actividad insurgente porciones amplias del territorio griego. Por último, en la última fase, a desarrollar en las zonas ya seguras, se procedería a reinstaurar el control gubernativo del territorio y la población y el normal funcionamiento de las instituciones.

En el verano de 1947, el KKE decidió cambiar la estrategia militar del DAG, quizá envalentonado por la incapacidad del gobierno para derrotar a su lucha guerrillera, y pasar a plantar cara el ejército en un conflicto convencional. Una ofensiva desarrollada por mil quinientos combatientes en la región del Épiro contra dos divisiones

del ejército griego a primeros de julio supuso un éxito militar para la insurgencia sin precedentes hasta entonces, lo que animó al DAG a realizar operaciones a mayor escala. En la noche del 25 al 25 de diciembre de 1947, dos mil quinientos insurgentes, con apoyo de artillería, atacaron a la guarnición de novecientos soldados de la ciudad de Konitsa, mientras ataques de diversión tenían lugar en varios puntos del país. Los refuerzos gubernamentales no llegaron hasta el día 30, retrasados por las intensas lluvias que caían por todo el país. Los rebeldes no siguieron su táctica habitual de replegarse, y plantaron cara al ejército regular en los suburbios de Konitsa, pero, el 1 de enero, superado por el poder de áreo y de la artillería del ejército griego, y tras sufrir fuertes pérdidas, el DAG hubo de retirarse a las montañas. La batalla, que terminó extendiéndose hasta el 7 de enero en las rurales adyacentes, le costó al DAG más de mil bajas, incluyendo alrededor de cuatrocientos muertos.

Konitsa fue la primera gran derrota de las fuerzas comunistas y provocó un enfrentamiento en su seno. Zachariadis, secretario general del KKE, siguió insistiendo en pasar de un modelo de guerra de guerrillas a uno de guerra convencional, a imagen y semejanza de las fuerzas maoístas en China; por su parte, el general Markos, líder militar del DAG, consideraba que la organización no estaba preparada para hacer frente a la potencia de fuego del ejército en enfrentamietnos a gran escala. Siguiendo los planteamientos de los partidos stalinistas, la postura del Secretario General prevaleció, y se reestructuró el DAG en unidades de mayor tamaño, equivalentes a batallones, formadas por entre quinientos y seiscientos combatientes.

La victoria en Konitsa ejerció también un importante influjo moral sobre el ejército griego, y norteamericanos y británicos sintieron que, renovando la presión sobre la insurgencia a lo largo del año que comenzaba, 1948, podrían terminar definitivamente con la guerra, por lo que financiaron un aumento de 15.000 hombres en las fuerzas que componían el ejército griego. Además, se creó una milicia local, denominada *Ethnofroura*, a imagen y semejanza de las *Home Guards*

que los británicos crearon en gran parte de su imperio –y que serían clave, en los años posteriores, en conflictos como el de Malasia o el de Kenia-, con una fuerza inicial de 20.000 hombres, que pronto llegó a los 50.000. Esta milicia servía de auxiliar a las fuerzas de la Gendarmería griega y permitía instaurar el orden bajo control civil en las áreas de las que, previamente, el ejército había expulsado a los insurgentes.

La llegada del general Ernest Down, que fue puesto al frente de la *British MIlitary Mission* el 27 de marzo de 1948, supuso un cambio de enfoque. Down era partidario de mantener las grandes operaciones de aislamiento y limpieza de villas y ciudades, pero combinándolas con penetraciones agresivas en el territorio controlado por el DAG, con pequeñas unidades fuertemente apoyadas desde el aire. La llegada de Down coincidió con la llegada al frente de la misión norteamericana del teniente general James Van Fleet, y con la cesión por parte del gobierno griego del control de sus fuerzas armadas a los anglo-norteamericanos. Van Fleet compartía la agresividad de Down, y, con el ejército griego bajo su control, iniciaron una campaña paramantener al DAG bajo una presión constante.

La estrategia diseñada por Down y Van Fleet se basaba en un avance desde el sur, bajo control del gobierno, hacia el norte, donde se encontraban los bastiones de la insurgencia. Esto debía ejectuarse en cuatro fases:

- En primer lugar, eliminar toda actividad insurgente de la provincia de Rumelia, para asegurar las comunicaciones entre Atenas y Salónica, las dos ciudades de mayor tamaño y los dos principales puertos de Grecia. Hasta ese momento, era imposible circular por la carretera que las unía y cualquier conexión se realizaba por aire o por mar.

- La segunda fase consitiría en la eliminación de las fuerzas del DAG en el área de los montes Grammos, lo cual estaba previsto para junio de 1948.

- La tercera fase sería la erradicación de la actividad insurgente en el área del Peloponeso.

- Cuando estas tres fases hubieran tenido lugar, el DAG habría quedado acorralado en el rincón septentrional del país, entorno a los montes Vitsi. La cuarta y última fase incluía una arriesgada campaña de invierno en ese área, para acabar con las últimas fuerzas comunistas.

Siguiendo este plan, el 13 de abril, el ejército griego lanzó una ofensiva en Rumelia, aprovechando su superioridad numérica y en potencia de fuego. Para el día 15, se habían bloqueado todas las rutas de escape del área de operaciones. A lo largo de los cuarenta días siguientes, se libraron duros combates en el interior del área bloqueada, pero, a finales de mayo, el DAG había sido prácticamente aniquilado en la Grecia central, ya que la operación Dawn le costó alrededor de dos mil bajas, incluyendo seiscientos diez muertos.

La siguente ofensiva, cumpliendo con el cronograma previsto, supuso el ataque de setenta mil soldados sobre el área de los montes Grammos, con el apoyo de intensos ataques áreos en los cuales, el 20 de junio de 1948, se utilizó por primera vez un compuesto incendiario que habría de hacerse tristemente célebre: el nápalm. La Operación Crown, como se denominó a la ofensiva, terminó con un éxito relativo, ya que el área quedó asegurada, pero la mayor parte de las fuerzas del DAG escaparon a Albania o a sus santuarios en las montañas del norte. En los últimos días de agosto, se lanzó una operación similar en el área de Vitsi, que también fue devuelta a control gubernamental.

A mediados de diciembre, otra importante batalla tuvo lugar por el control de la localidad de Karditsa, de cincuenta mil habitantes, que había caído en manos del DAG el día 11 de ese mes. En los días siguientes, apoyados por carros de combate británicos Centurión, de fabricación británica, el ejército y las fuerzas de seguridad lograron recuperar la ciudad en un combate callejero en el que el ejército sufrió más de cuatrocientas bajas –más de cien de ellas mortales, además de cuarenta y ocho desaparecidos- y causó a los rebeldes unas pérdidas que rondaron los ochocientos hombres, entre muertos, heridos y capturados. Los combates urbanos se cobraron también la vida de alrededor de ciento cincuenta civiles.

Las operaciones del año 1948, aunque exitosas, tenían un problema:: su coste y, en general, el del mantenimiento del ejército griego, era mucho mayor de lo que la economía griega podía soportar, por lo que no eran sostenibles a largo plazo. Van Fleet advirtió a Washintong de que, en breve, las fuerzs militares griegas deberían ser reducidas a niveles que las hicieran sostenibles para su gobierno. Para el año 1949, el teniente general norteamericano estimó que necesitaría una ayuda económica de su gobierno de 200 millones de dólares –el doble de la recibida en 1948- para mantener la operatividad de las fuerzas helenas que se enfrentaban, a comienzos de 1949, a un DAG cuyos combatientes, según estimaciones, seguían estando entorno a los 21.000 hombres.

Pese a estas acciones de guerra convencional, el DAG seguía lanzando ataques. En un informe que cita Harris, relativo a la actividad insurgente en enero de 1949, se daba cuenta de que en ese mes, el DAG había destruido cincuenta y cuatro vehículos militares con minas –además de otras 867 minas que habían sido retiradas por las fuerzas de seguridad antes de que explosionaran-, había demolido setenta y cuatro infraestructuras varias, incluyendo puentes y carreteras, y había lanzado más de trescientos cincuenta ataques contra aldeas, pueblos y ciudades, que habían supuesto la muerte de más de trescientos policías, milicianos y gendarmes.

En primavera, Zachariadis destituyó al general Markos y lanzó una purga dentro del KKE, acusando a muchos de sus miembros de ser desviacionistas más próximos a Tito que a la línea stalinista oficial del partido. Zachariadis implementó un nuevo cambio estratégico, pasando de los ataques contra áreas urbanas a una estrategia de defensa estática para mantener al ejército fuera de las zonas bajo control insurgente. Esta decisión fue catastrófica, pues fijaba y concentraba a las fuezas del DAG en posiciones donde el ejército podía emplear contra ellas su aplastante superioridad en artillería y poder aéreo, pese a que comenzó con una exitosa recuperación del área del monte Grammos, en abril de 1949, gracias al equipamiento recibido a través de Albania.

Norteamericanos y británicos se enfrentaron por la estrategia a seguir. Van Fleet pretendía continuar con su plan a lo largo de un eje Norte-Sur, mientras que la misión militar británica sostenía que lo prioritario era aislar al DAG de sus apoyos en Bulgaria y Albania, aprovechando que la ruptura de Tito con la Unión Soviética y el enfrentamiento entre el KKE y Yugoslavia por la negativa de los primeros a permitir la indepenendencia de la Macedonia griega si ganaban la guerra, lo cual había puesto punto final, en marzo de 1949, al apoyo de los yugoslavos a los comunistas stalinistas griegos. Como no podía ser de otra forma, la visión estadounidense prevaleció y Van Fleet apartó a los oficiales británicos de las operaciones sobre el terreno, concentrando su papel en las misiones de entrenamiento y planificación.

Las operaciones a gran escala se fueron sucediendo a lo largo de todo el año 1949, aplastando metódicamente al DAG en el Peloponeso, el Épiro y en cualquier área en el que sus fuerzas estuvieran presentes. EL 27 de agosto, el ejército griego capturó definitivamente el monte Grammos, el último bastión de las guerrillas comunistas y, en los días siguientes, los restos del DAG huyeron a Bulgaria y Albania. Hasta noviembre, hubo combates contra grupos dispersos de guerrilleros y ese mismo mes, el presidente

estadounidense Trumman anunció en el Congreso que la guerra en Grecia había terminado. Previamente, en octubre, el Reino Unido había anunciado la retirada de sus fuerzas del país heleno.

5.- Balance del conflicto

Trece mil soldados del ejército griego perdieron la vida durante la guerra civil, y más de veintiséis mil resultaron heridos. Las bajas en la insurgencia se calcularon en treinta y ocho mil muertos y casi ochenta mil heridos. Los asesinatos, masacres, la represión de ambos bandos y las minas causaron, además, la muerte de ochenta mil civiles. Al acabar la guerra, cuarenta mil militantes de partidos y organizaciones de izquierda se encontraban en prisión, de los cuales al menos cinco mil fueron condenados a muerte o cadena perpetua. Como señala Delaporta, en comparación con las treinta siete mil bajas sufridas en la guerra contra Turquía –que terminó con las llamadas "ejecuciones de los seis", altos cargos a los que se consideró resposables de la catástrofe, y que contribuyeron a dividir aún más al ejército y la sociedad griega-, las ocho mil que costaron las guerras balcánicas o las quince mil muertes que dejó la II Guerra Mundial en las tropas griegas, la guerra civil fue el conflicto más sangriento en los últimos veinte siglos de historia de Grecia. Proporcionalmente a su población, Grecia perdió en su guerra civil tres veces más vidas que España en la suya.

Delaporta señala varias causas que provocaron la derrota final de las fuerzas comunistas en Grecia:

- La mejora en la operatividad del ejército griego, gracias al apoyo norteamericano y a la *British Military Mission*, que jugó un papel vital en el entrenamiento del ejército griego y en la implementación de doctrinas específicas para la lucha contrainsurgente.

- La infeficacia de las fuerzas comunistas en las operaciones de guerra convencional.

- El debilitamiento, a medida que avanzaba el conflicto, del apoyo exterior al movimiento insurgente.

- El uso de las fuerzas aéreas por el gobierno griego, entrenadas y equipadas por la RAF británica.

En la misma línea, William Harris señala cuatro factores decisivos en la derrota de las guerrillas comunistas:

- Su incapacidad para movilizar y sumar a su causa a la población de los grandes núcleos urbanos, ya que, si bien llegaron a ocupar ciudades de tamaño medio, la población urbana no llegó a simpatizar de forma generalizada con la insurgencia.

- La pérdida del apoyo popular en las regiones que quedaron bajo el dominio de la insurgencia, por la implementación de duras medidas sobre los habitantes, en línea con el stalinismo que seguía el Comité Central del KKE.

- La pérdida del apoyo de Yugoslavia cuando el líder de Belgrado, Tito, rompió sus relaciones con la Unión Soviética.

- El inadecuado cambio que supuso adoptar una estrategia de guerra convencional, cuando la guerrilla no podía plantar cara en ese terreno a un ejército griego cada vez más reforzado por la intervención estadounidense.

Hubo múltiples aspectos aspectos en los que participación británica en la lucha contra la insurgencia griega fue determintante:

- El ejército británico jugó un papel primordial en el desarrollo de las estrategias de contrainsurgencia en el escenario griego. De sus planificadores surgió el modelo de actuación que se aplicaría a lo largo del año 1947.

- Igualmente, fue vital el papel de los oficiales británicos en la instrucción y formación de las fuerzas griegas en elementos clave, como la lucha en pequeñas unidades, la inteligencia o la lucha en terreno montañoso.

- Los británicos formaron y entrenaron a la Real Fuerza Aérea Griega, particularmente en la coordinación con las unidades de tierra y cómo usar el poder áreo para quebrar un movimiento insuergente. No solo utilizaron sus conocimientos previos, sino que los británicos también extrajeron nuevas lecciones sobre el uso del poder aéreo, que aplicarían en conflictos posteriores.

- La presencia de las fuerzas de Reino Unido tuvo un importante efecto simbólico, representando el compromiso de esta nación y, después, de Estados Unidos, con la contención del comunismo en Europa.

Uno de los elementos que se obvia con más frecuencia, y sobre el que Nachmani llama acertadamente la atención, es la existencia de un componente étnico en la insurgencia griega, que, si bien no fue predominante, sí tuvo importancia. Se trata de la presencia de combatientes eslavos, oriundos en su mayor parte de la región de Macedonia, que llegaron a ser mayoría el DAG, a medida que avanzaba el conflicto. La población eslava de Macedonia, emparentada con las comunidades eslavas búlgaras y de la Macedonia yugoslava, formaba una minoría de algo más de cien mil personas.

Durante la guerra mundial, muchos de ellos colaboraron con las fuerzas de ocupación búlgaras y, al terminar el conflicto, quedaron marginados e incluso perseguidos por los gobiernos de derechas de Atenas. Por ello, muchos macedonios se afiliaron al Frente de Liberación de Macedonia –NOF-, que estaba integrado en el EAM, que incluía al partido comunista griego. Los eslavos macedonios tuvieron una presencia destacada en las filas de la insurgencia, reforzada por sus lazos étnicos y lingüísticos con yugoslavos y búlgaros. Los eslavos fueron, según todos los testimonios, los más fieros combatientes de las guerrillas del DAG, ya que, para ellos, el conflicto no solo era ideológico, sino que presentaba tintes nacionalistas y étnicos. A medida que las guerrillas eran diezmadas y los combatientes de otros grupos sociales disminuían en número, la presencia de los eslavos se fue haciendo numérica y cualitativamente más significativa en la insurgencia.

Por desgracia, la derrota de la guerrilla comunista no tuvo el efecto deseado por Reino Unido y Estados Unidos, la consolidación de gobiernos de centro, democráticamente aceptables y que actuaran como aliados de británicos y norteamericanos. El prestigio ganado por el ejército durante el conflicto lo convertiría en un actor clave de la escena política griega, lo cuál acabaría llevando al golpe de estado de los Coroneles, el 21 de abril de 1967, y al establecimiento de una dictadura militar en Grecia.

Entre tanto, los sucesivos gobienos de la derecha griega mantuvieron, en contra del criterio de sus aliados, una dura represión contra la izquierda helénica. La ley de excepción se mantuvo hasta 1950, e incluso entonces la ley de Emergencia 509, que establecía que los acusados de actividades subversivas serían juzgados por tribunales militares con arreglo a la legislación militar, se mantuvo vigente durante largo tiempo, ya que el estallido de la guerra de Corea produjo una nueva psicosis respecto de la amenaza que suponían los comunistas para la democracia en el mundo entero, y más en un contexto como el griego, donde, a comienzos de la década de 1950,

había dos millones cuatrocientas mil personas a un paso del hambre y el coste de la vida era doscientas ciencuenta y cuatro veces el que había sido en 1940.

CAPÍTULO 8:

MALASIA: EL GRAN ÉXITO DE LA CONTRAINSURGENCIA BRITÁNICA

1.- Origen de la Emergencia en Malasia

Malasia no fue, en sentido estricto, una colonia británica. Estaba formada por nueve sultanatos independientes entre sí que, a lo largo de diferentes momentos del siglo XIX, fueron convirtiéndose en protectorados del Reino Unido. Aunque esto supuso que Londres se hizo cargo de la defensa o las relaciones exteriores de los sultanatos, las autoridades locales conservaron el poder en política interior, y operaron con notable independencia en lo que hacía referencia a sus propios asuntos.

Tras la II Guerra Mundial, la situación cambió. Reino Unido creó una federación, cuya máxima autoridad era el Alto Comisionado británico, en la que los sultanes delegaban sus poderes diplomáticos y de defensa, y en el que dichos sultanes formaban un consejo meramente asesor, si bien, en la práctica, el Alto Comisionado dejó el gran parte de los asuntos de gobierno interior en manos de los malayos, que, entre otras cosas, forzaron la abolición de la constitución de 1945 antes de que terminara el año, ya que concedía la plena ciudadanía y el acceso a la administración a la población de origen chino, algo que la mayoría malaya rechazaba.

El Partido Comunista de Malasia (CPM) fue fundado en la clandestinidad en la década de 1930, bajo la autoridad directa del responsable de la Internacional Socialista para Oriente, el vietnamita

Ho Chi Mihn. Aunque trató de que el CPM adoptara un enfoque multiétnico, reclutando a malayos, chinos e indios -las tres principales etnias presentes en Malasia-, lo cierto es que, al final de la II Guerra Mundial, el comunismo malayo era un movimiento básicamente integrado por chinos.

Durante el conflicto mundial, los británicos reclutaron a comunistas malayos para luchar contra los japoneses; estos hombres, según uno de sus instructores británicos en la 101 Special Training School, eran los mejores reclutas que nunca tuvo. Los japoneses respondieron a las acciones de estas unidades con una ferocidad inaudita, una matanza étnica denominada *Sook Ching*, que dio comienzo en Singapur y que supuso el asesinato, muchas veces a través de métodos atroces, de alrededor de 40.000 malayos de origen chino. La presión japonesa sobre las guerrillas hizo que estas se adentraran cada vez más en la jungla y lucharan una guerra salvaje por su supervivencia, prácticamente sin ayuda exterior.

Hacia 1942, las guerrillas consiguieron reorganizarse, formando el MPAJA (*Malayan People Anti-Japanese Army*), con una fuerza de alrededor de cuatro mil combatientes, que sería disuelto por los británicos cuando retomaron el control de Malasia tras las derrota de Japón, temerosos de que pudiera volverse contra la dominación colonial. Quizá los comunistas dejaron pasar una oportunidad única durante las semanas de vacío de poder que mediaron entre la rendición japonesa y el redespliegue de las tropas británicas, momento en que las guerrillas del MPAJA eran la única fuerza militar organizada en el territorio malayo; sin embargo, el temor a que los británicos usaran a las propias fuerzas japonesas contra los rebeldes, como hicieron en Indochina los franceses y en Indonesia los holandeses, les indujo a aguardar para comprobar cuál era el flujo que seguían los acontecimientos.

Disuelto el MPAJA por las autoridades coloniales, el Partido Comunista permaneció dentro de la legalidad. De su composición étnica esencialmente china da idea el listado de sus miembros en febrero de 1947: 11.000 militantes eran ese origen étnico, 760 de origen indio y tan solo cuarenta eran de origen malayo. La estructura socio-económica malaya había contribuido a ello. En el territorio vivían 1.900.000 chinos, la comunidad más grande del mundo en aquel momento, pero carecían de representación política y eran marginados social y económicamente. Durante la guerra fueron masacrados por las fuerzas japonesas, y alrededor de medio millón abandonaron las ciudades y se desplazaron, sin nada, a las zonas rurales, huyendo de las matanzas. Estos desplazados se instalaron en parcelas abandonadas o sin cultivar, donde levantaron chabolas de bambú, viviendo al margen de la sociedad, sin control ninguno por parte de las autoridades. Los *squatters*, como eran conocidos por la administración británica, fueron un caldo de cultivo idóneo para la insurgencia, no tanto por integrarse en sus filas como porque de ellos provino la mayor parte del apoyo, los suministros, alimentos y la información que mantuvo operativos a los rebeldes cuando estalló el conflicto.

En aquella fecha, todavía no había abandonado el movimiento la esperanza de que los británicos, igual que habían hecho en Birmania y Ceilán, abandonaran Malasia, dando paso a la independencia. Sin embargo, el caso malayo era muy diferente, y su peso en la maltrecha economía de postguerra británica hizo que Reino Unido no se planteara repetir la política del abandono con Singapur y la península de Malaca. La razón era que Malasia era el mayor productor de goma y de caucho del mundo, y la metrópoli necesitaba desesperadamente los beneficios de su exportación a todo el globo para tratar de solventar la crisis económica que las deudas de guerra habían generado.

La tensión social provocada por huelgas y disturbios instigados por el partido comunista fue en aumento, y se llegó a una escalada, a lo largo de los años 1947 y 1948, que enfrentó al CPM con la administración británica del territorio. El Partido Comunista creó entonces un brazo armado, el MPAJU, que, en principio, se concentró en llevar a cabo una labor política clandestina y en realizar pequeños ataques contra la administración, calculados para que no fueran lo bastante graves para desencadenar una campaña general de represión, para la que el movimiento no se consideraba preparado. No obstante, algunos ataques fueron muy sangrientos: por ejemplo, en septiembre de 1947, los rebeldes asaltaron un autobús, asesinando a cinco pasajeros y a los seis policías que acompañaban al vehículo.

Una sucesión de problemas laborales y huelgas culminó en junio de 1948 con varios incidentes, de los cuales el más grave fue la muerte de ocho huelguistas en Johore, tras lo cual los comunistas comenzaron a asesinar a los esquiroles y a atentar contra los dueños de las empresas. Ante este aumento de la violencia, las autoridades ilegalizaron el partido, pero ya era tarde para detener el movimiento mediante la simple ilegalización. En las primeras semanas de junio, en el MPAJU dio un paso adelante en su campaña de violencia y asesinó a tres ciudadanos británicos, propietarios de plantaciones o minas, lo que llegó a las autoridades se declarar el estado de emergencia el 19 de junio de 1948.

2.- La Emergencia

La declaración del estado de emergencia es el motivo por el cual, con frecuencia, al conflicto subsiguiente entre las fuerzas británicas y las guerrillas comunistas es conocido como “La Emergencia”. Se optó por utilizar esta denominación, evitando definir el conflicto como “guerra”, por razones de política económica: si el gobierno reconocía que estaba librando una guerra, aunque fuera a pequeña escala, los daños causados en el conflicto se convertían en

indemnizables por el Estado, y no por las aseguradoras privadas, al ser considerados como causados por fuerza mayor. Sin embargo, al calificar el conflicto como "emergencia", el gobierno no solo evitaba tener que hacerse cargo de los daños sufridos por las posesiones de sus ciudadanos, sino que limitaba los problemas en relación con su opinión pública. Los informes políticos hablaban de "bandidos", aunque el Ejército se refería a "terroristas comunistas" o "insurgentes", creándose una dicotomía que desorientaba a la sociedad sobre la naturaleza de lo que ocurría en Malasia. La situación legal de Emergencia estuvo vigente de forma ininterrumpida durante doce años, hasta 1960, cuando la abolió el *Internal Security Act*, siendo ya Malasia independiente.

La norma que introdujo el estado de emergencia, la *Emergency Regulations 1948*, suponía la puesta en vigor de una serie de medidas, que algunos autores han calificado de draconianas, ya que suponían drásticos recortes de los derechos y libertades de los ciudadanos si las autoridades consideraban que la ley y el orden se encontraban amenazados. Un dato resulta revelador: el listado de poderes extraordinarios que la norma concedía a las autoridades se extendía a lo largo de cuarenta y nueve páginas.

La declaración del Estado de Emergencia no fue la única medida legal que dio cobertura jurídica a la contrainsurgencia en Malasia. Casi igual de importante, si no más, fue la *Emergency Regulation 17D*, aprobada en enero de 1949, que autorizaba la detención sin juicio de los sospechosos de ser parte de la insurgencia o de cooperar con ella, así como autorizaba la reubicación masiva de la población, si con ello se contribuía a mejorar la seguridad en el territorio. Esta legislación estuvo vigente hasta otoño de 1953, cuando el poder de la guerrilla había comenzó a declinar.

La declaración del Estado de Emergencia supuso una ola de represión contra la izquierda malaya; a finales de agosto había 4.500 detenidos, una cifra que incluía tanto a comunistas como a socialistas

y sindicalistas sin filiación política. Muchos militantes de izquierda que no eran comunistas huyeron a la jungla para escapar a los arrestos, y terminaron por unirse al CPM. En mayo de 1949, los británicos ahorcaron a uno de los principales líderes sindicales del territorio por estar en posesión de un arma de fuego, delito que la legislación de emergencia castigaba con la pena de muerte, sin tener en cuenta si el arma había sido usada o no para cometer actos violentos o para atentar contra la vida de personas.

La declaración del Estado de Emergencia, por extraño que pueda parecer, pilló al partido comunista por sorpresa y muchos de sus miembros fueron detenidos en la primera oleada de redadas. El brazo armado del partido adoptó el nombre de MPABA (sustituyendo la denominación de *Anti-Japanese* de la II Guerra Mundial por la de *Anti-British*). Se calcula que en 1948 tenía unos 5.000 miembros, pobremente armados, apoyados por el *Min Yuen* –Movimiento del Pueblo-, una organización clandestina muy asentada en la comunidad china, que brindaba información, suministros y refugio a los combatientes del MPABA. A la represión desatada por la declaración de la Emergencia, el MPABA respondió con una estrategia militar consistente en ataques contra policías, oficiales y propietarios de minas en las zonas del interior del país, con la intención de obligarles a abandonar esas regiones, dejando a la población de las áreas rurales bajo control comunista y dotando al movimiento insurgente de una base territorial desde la que acometer una hipotética ofensiva posterior contra las áreas costeras y urbanas. Se trataba de un planteamiento que seguía casi al pie de la letra las ideas maoístas sobre la guerra de guerilla. En una segunda fase, la mayor escala de los ataques insurgentes, pensaba el MPABA, terminaría por hacer insostenible la posición británica en Malasia y forzando a su gobierno a ordenar una retirada.

La aplicación rigurosa de la doctrina maoísta pudo ser uno de los errores que, a la larga, llevaron a la derrota de la guerrilla, al renunciar a los ataques en las grandes ciudades; error que aumenta de

tamaño si se tiene en cuenta que Malasia era una región urbanizada, para los estándares asiáticos del momento, con casi un 27% de población que vivía en ciudades. A esto había que sumar que el 43% de la población de origen chino, que nutría a las guerrillas, vivía en núcleos urbanos en el momento de comenzar el conflicto. Combatir en exclusiva en las áreas rurales fue una decisión tomada en base a parámetros teóricos, obviando las condiciones específicas del caso malayo, y terminó por volverse contra la propia insurgencia.

Entre el comienzo de la Emergencia, a finales de junio, y la Nochevieja del año 1948, las guerrillas dieron muerte a 149 policías y soldados británicos, así como a alrededor de trescientos civiles, en su mayor parte chinos a los que acusaban de colaborar con las autoridades. Por su parte, se estimaba que los insurgentes habían perdido en el mismo periodo de tiempo 374 hombres. Estas bajas impelieron a la guerrilla, a comienzos de 1949, a adentrarse en la selva para reagruparse y reorganizarse lejos de la presión del ejército británico. El repliegue a la jungla hizo que la violencia disminuyera durante la primera mitad de 1949, pero el MPABA lanzó una ofensiva a finales de año elevó el número de incidentes: hubo doscientos mensuales durante 1948, que bajaron a alrededor de cien durante el periodo de reorganización del primer semestre de 1949, y que, durante la ofensiva de final de aquel año, se convirtieron en más de cuatrocientos incidentes mensuales. La reogranización incluyó el cambio de nombre por el de *Malayan Races Liberation Army*: Ejército de Liberación de las Razas de Malasia.

Durante la segunda mitad de 1949, el aumento de las actividades insurgentes y la aplicación de las medidas de emergencia dieron como resultado que, en los 241 centros de detención habilitados por las fuerzas británicas en Malasia, se retuviera a 5.362 personas, incluidos niños. Los datos del año siguiente, 1950, fueron aún peores, deteniéndose a más de 8.500 personas en 527 centros diferentes. Para cuando Malasia alcanzó la independencia, en 1957, el número total de personas que había sido internada sin juicio desde

1948, en aplicación de la legislación de emergencia, superaba las 35.000. Otras 226 habían sido sentenciadas a muerte y ejecutadas en la horca, el segundo mayor número de todas las luchas contrainsurgentes británicas, solo superado por el caso de Kenia. La mayor parte de los ejecutados lo fueron por delitos que no implicaban el derramamiento de sangre, sino la tenencia de armas o explosivos, posesiones que la legislación de excepción consideraba punibles, por sí mismas, con la pena capital.

Pese al rigor con que se aplicaron medidas extremas, estas no tuvieron el resultado esperado sobre la insurgencia, y fue necesario reforzar el despliegue militar, ya que al comenzar el conflicto las fuerzas británicas solo disponían en Malasia de once mil soldados, de los cuales menos de seis mil eran fuerzas de combate. En 1952, cuatro años después de comenzada la Emergencia, ya había desplegados en Malasia 32.000 soldados del ejército británico –con contingentes de apoyo australianos y neozelandeses-, que incluían un 40% de soldados procedentes de lugares diferentes a Gran Bretaña: Fusileros de Fidji, el Regimiento de Fusileros Africanos, los gurkhas –de origen nepalí- y las unidades de exploradores dayaks, originarias de Borneo, entre otras, sirvieron en Malasia.

Muchas de las unidades que fueron desplazadas a la zona en 1948, en los primeros días de la Emergencia, eran de origen escocés y fueron trasladadas desde Singapur. Este fue el caso del Regimiento Seaforth Highlanders, de la Guardia Escocesa o de los Cameron Highlanders. Estas unidades tenían experiencia en la jungla, adquirida en el combate contra los japoneses en las selvas birmanas; quienes no la tenían recibían un breve curso de adiestramiento para el enfrentamiento en terrenos selváticos antes de ser emplazadas en sus lugares de destino. Para ello, en 1949 se había encargado al teniente coronel Walter Walker, que más tarde dirigía a las fuerzas británicas en Borneo, la creación de la *Jungle Warfare School*.

El aumento de las fuerzas militares británicas sobre el terreno fue paralelo al de las fuerzas policiales, cuyo número pasó de 10.000 en 1948 a 40.000 en 1949 y llegó a los 73.000 agentes en 1953. Entre estos elementos policiales se encontraban quinientos veteranos del Mandato británico sobre Palestina, que fueron desplazados a Malasia con la esperanza de que su experiencia en la lucha contra el Irgún, el LEHI y el *Palmach* mejorara las capacidades para combatir a los comunistas malayos. El despliegue de las fuerzas de seguridad lo completaban alrededor de 224.000 miembros de la *Home Guard*, en su mayoría malayos, a los que se armaba y se daba una somera instrucción para que defendieran sus villas y aldeas de los ataques de la guerrilla.

Si este despliegue de fuerza no terminó rápidamente con la guerrilla fue porque esta disfrutó, durante los primeros años, de una enorme ventaja en inteligencia, y, además, fue capaz de mantener sus fuentes de suministro relativamente intactas, pese a su abrumadora inferioridad numérica y a las difíciles condiciones de la jungla malaya. Era, por tanto, necesario privar a la guerrilla del apoyo de la población que le suministraba esos alimentos, especialmente de aquella que era de origen étnico chino. En abril de 1950 se nombró al general Harold Briggs director de operaciones en Malasia, y con este fin elaboró el *Federation Plan for the Elimination of the Communist Organisation and Armed Forces in Malaya*, más conocido como Plan Briggs.

El Plan Briggs fue diseñado para aislar a la guerrilla de los aldeanos que la apoyaban y sostenían. Para ello, se obligó a los aldeanos chinos a reasentarse en las denominadas *New Villages*, alejadas de la selva y controladas por las fuerzas de seguridad. A lo largo de un periodo de dieciocho meses, entre 1950 y 1952, el Plan Briggs supuso el desplazamiento forzoso de medio millón de personas a cuatrocientos nuevos asentamientos, y tuvo importante impacto sobre la distribución demográfica del país en los años subsiguientes.

Cada una de estas villas tenía alrededor de un millar de habitantes y en ellas regía un estricto toque de queda. Todas las salidas y entradas eran monitorizadas por las autoridades, ya que se encontraban protegidas por empalizadas, torres de vigilancia o líneas de alambre de espino, de tal forma que solo se pudiera entrar o salir por puertas vigiladas, que se cerraban durante las horas de oscuridad. Se trataba de ubicar a la población lo más cerca posible de sus asentamientos originales, y pagarles una compensación por aquellos bienes que no pudieran trasladar con ellos a sus nuevos hogares. Al frente de cada asentamiento había un oficial inglés, pero, poco a poco, fueron siendo sustituidos por jóvenes de origen chino que habían recibido formación de las autoridades. De la seguridad se ocuparon fuerzas de la policía, hasta que concluyó el entrenamiento de las *Home Guards*, reclutadas entre los propios aldeanos, y estas pudieron hacerse cargo de la protección de las *new villages*.

Como es lógico, el reasentamiento de 530.000 personas en 557 asentamientos no fue fácil ni estuvo exento de errores, además del inherente carácter negativo que tenía la deportación forzosa de la población, pero lo cierto es que el programa evolucionó hasta ser un éxito total, y gran parte de los *squatters* reasentados permaneció en las *new villages* incluso cuando sus áreas de origen fueron declaradas libres de actividad insurgente y se autorizó el regreso de quienes lo desearan.

Briggs no se limitó a reasentar a los agricultores chinos y a una parte de los mineros del interior, de quién también se sospechaba una connivencia generalizada con las guerrillas, y reformó la estructura de inteligencia británica y Malasia, creando la *Special Branch*, con la misión específica de reunir información contra los insurgentes, algo que hasta entonces apenas se había conseguido, lo cual no era muy sorprendente, si se tiene en cuenta que de los diez mil agentes de la policía de Malasia al comenzar la Emergencia, solo doscientos cincuenta eran de origen chino, grupo étnico que formaba la mayor parte de la insurgencia, y en cuyo seno, además, los pocos agentes de

policía chinos eran despreciados, convirtiéndose en objeto de aislamiento social. Las autoridades, conscientes de este problema, iniciaron un proceso de reclutamiento de población china para incorporarla a las fuerzas policiales y, en 1951, habían conseguido que formaran parte de las mismas más de 2.300 agentes e inspectores de origen chino, consiguiendo romper no solo con los tabúes sociales, sino también con la barrera del lenguaje, que aislaba a los agentes que no hablaban chino –la práctica totalidad de quienes no tenían este origen étnico- de las comunidades más importantes en lo que a contrainsurgencia se refería.

No obstante al daño, posiblemente decisivo a la larga, que el reasentamiento causó al movimiento comunista, sus acciones militares siguieron suponiendo una elevada pérdida de vidas humanas para las autoridades: 403 policías y soldados fueron asesinados en 1951 y 424 en 1952.

Briggs también modificó en profundidad la estructura de mando británica en Malasia, que había dado muestras de ser inadecuada durante las primeras fases de la insurgencia. En abril de 1950, Briggs creó como máximo organismo el *Federal War Council* –Consejo Federal para la Guerra-, encargado de diseñar las políticas estratégicas y de distribuir los recursos disponibles. Cada uno de los nueve estados de la Federación malaya disponía de su órgano equivalente, denominado *State War Executive Committee* – Comité Ejecutivo Estatal para la Guerra-, presidido siempre por una autoridad civil, el *mentri bezar* o gran visir del sultán del estado correspondiente, acompañado por el oficial político británico en la zona, un comandante británico de brigada y el oficial al frente de la policía. Además, solían estar presentes en las reuniones tanto el responsable de la *Special Branch* en el área como el de la *Home Guard*. Esta estructura se replica en otro nivel inferior, el de los distritos que formaban cada uno de los estados. Dado que los oficiales de estos comités lo eran de unidades operativas, y no oficiales de Estado

Mayor, las decisiones que tomaban eran puestas en marcha de inmediato por los mismos hombres que las habían tomado.

Un acontecimiento clave en la evolución de la Emergencia tuvo lugar el 6 de octubre de 1952: el asesinato por la guerrilla del Alto Comisionado Británico para Malasia, la más alta autoridad en la zona. Sir Henry Gurney cayó en una emboscada cuando circulaba con su vehículo Rolls Royce por un tramo solitario de carretera. Aunque Gurney resultó ileso en un primer momento, en el que los atacantes dieron muerte a seis de los policías malayos que le acompañaban, recibió una herida mortal cuando se disponía a ayudar a los agentes heridos, al producirse un segundo ataque. Todo indica que los insurgentes desconocían el valor del objetivo al que estaban abatiendo.

Tras el asesinato del Alto Comisionado, el primer ministro Winston Churchill envió a Malasia a su ministro para las colonias, Oliver Lyttelton, que emitió un informe en el que recomendaba seguir un cauce de actuación en seis puntos:

- Unificar el mando de las fuerzas militares y de la administración civil en una sola persona.

- Reorganizar y entrenar a las fuerzas policiales.

- Aumentar los esfuerzos en el campo educativo, especialmente en las escuelas primarias, para ganar lo que Lyttelton calificó como "la guerra de las ideas".

- Aumentar el tamaño de la *Home Guard*, incluyendo en ella a tantos ciudadanos chinos como fuera posible.

- Revisar la administración civil, para asegurarse de que los funcionarios eran capaces y garantizar su buen funcionamiento.

- Garantizar la protección y la seguridad de las áreas donde se fuera a reasentar la población.

Para implementar estas acciones, el gobierno británico entregó plenos poderes civiles y militares, al general Gerald Templar, nombrándole Alto Comisionado –máximo cargo civil- y Director de Operaciones –máximo cargo militar, puesto que había sido creado por Henry Gurney antes de su asesinato- en febrero de 1952. De carácter explosivo, lenguaje cuartelero y dado a las explosiones de ira, era un veterano de la contrainsurgencia en Palestina y, previamente, de las acciones tras las líneas nazis del Servicio de Operaciones Especiales. Templar se convirtió en el principal arquitecto de la doctrina de contrainsurgencia británica en Malasisa y una figura controvertida, al que Harper calificó de "boy scout entusiasta" y Clutterbuck de "dictador temporal".

En su autobiografía *From Palestine to Northern Ireland*, Templar, al que se apodó "el Tigre de Malasia", en referencia al personaje de las novelas de Emilio Salgari, definió la estrategia que había de llevar a la derrota de los rebeldes afirmando que *the answer lies not in (...) more troops (...) but rests in the hearts and minds of the Malayan people*[5]: "La respuesta no reside en más tropas, sino en los corazones y mentes del pueblo de Malasia". En el mismo sentido, expresando sus ideas de forma aún más gráfica, declaró: *The shooting side of the business is only 25 percent of the trouble and the other 75 percent lies in getting the people of this country behind us*, es decir, "los combates son solo el 25% del problema; el otro 75% consiste en que la gente de este país nos apoye".

[5] Thomas Mockaitis ha sugerido que Templar no fue el primero en utilizar esa expresión, sino que procede de los trabajos del teniente coronel C. E. Bruce sobre la Frontera del Noroeste, publicados antes de la Segunda Guerra Mundial. John Adams, segundo presidente de los Estados Unidos, ya había afirmado, en referencia a la guerra de independencia estadounidense, que "la revolución estaba en los corazones y la mente del pueblo".

Entre las medidas que Templar impuso destacó el que todas las muertes de insurgentes debían ser justificadas, al menos de forma restrospectiva, por un magistrado, imbuyendo a sus tropas y también a la población nativa, la noción de que actuaban dentro de la ley, lo que contribuía a granjearles el respeto de los no combatientes. Junto con esta medida, determinó el fin de las prácticas de *body score*, o recuentos de cadáveres de enemigos abatidos, habituales hasta entonces en las unidades británicas como un símbolo de su eficacia en la lucha y de competición pseudodeportiva entre regimientos. Templar la consideraba una práctica bárbara e inhumana, que denigraba a los soldados británicos y que ejercía una perniciosa influencia en las relaciones entre estos y la población local.

Poco a poco un hecho se había hecho evidente, dado el alto coste del despliegue militar en Malasia y las altas tasas de bajas que sufrían tanto el Ejército como la policía y la *Home Guard*: era imposible ganar el conflicto sin contar con el apoyo decidido de la población. En este sentido, Templar implementó una serie de medidas legales de carácter político para integrar a la población china en el sistema oficial. Se reconoció a los ciudadanos de origuen chino el derecho al voto, y se promovió la aparición y el crecimiento de partidos que dieran a la comunidad china opciones diferentes al comunismo. Este fue el caso del United Malays National Organization (UMNO) y de la Malayan Chinese Association (MCA). En 1954, ambos se unieron para crear el Alliance Party, que obtuvo 51 de los 52 escaños en juego en las elecciones de 1955.

Otra de las medidas llevadas a cabo bajo la dirección de Templar fue la reorganización de los *Special Constables*, una unidad paramilitar que auxiliaba a la policía malaya, principalmente en la protección de las minas y las plantaciones de caucho y que, a finales de 1951, contaba con 40.000 hombres, si bien pobremente entrenados. Templar insistió en mejorar su preparación y en que, en las zonas que habían quedado libres de actividad de la insurgencia, pasaran a dividirse en dos tipos de unidades diferentes: las *Area Security Units*,

cuya función principal era el control de los alimentos –sobre el que los británicos habían puesto severas medidas de control para restringir su acceso a las guerrillas- y *Police Special Squads*, encargados de patrullar el territorio para recabar información que transmitían a la *Special Branch*.

La propia infraestructura de inteligencia fue reordenada por Templar, que creó el puesto de Director de Inteligencia como un elemento específico y autónomo dentro del organigrama de la contrainsurgencia en Malasia, en abril de 1952, y designó para el cargo a un civil, John Morton, que había sido director del MI-5 en Singapur, en torno al cual se creó un pequeño comité de especialistas en inteligencia. Morton reorganizó la coordinación entre la inteligencia militar y la *Special Branch* –policial y, por tanto, civil-, situando a esta como máxima responsable, de tal forma que toda la información reunida por fuentes militares debía derivarse a la *Special Branch*, que, a su vez, fue separada del Departamento de Investigación Criminal, donde estaba inserta, para dotarla de autonomía en la lucha contra la insurgencia. El ejército retenía para su uso las informaciones con valor táctico inmediato y el reconocimiento fotográfico áreo, en manos de la RAF. Treinta oficiales de inteligencia militar fueron vinculados a la *Special Branch*, para que ejercieran de enlaces, coordinaran a ambas estructuras y se aseguraran de que la información fluía entre militares y policías.

A medida que el Ejército iba contando con mejor información y más apoyo de la población, las guerrillas comunistas, en especial desde 1953, fueron empujadas al interior de la jungla, en dirección a la frontera thailandesa. En aquellas fechas, la insurgencia basaba su estrategia en la creación de grandes áreas "liberadas" sometidas a su control, para lo cual, con frecuencia, operaba en unidades de gran tamaño, superando los quinientos miembros. Este tipo de unidades daban a las fuerzas británicas blancos fáciles de localizar a los que aplastar con su superioridad de fuego y el apoyo aéreo de la RAF. Esto supuso para los comunistas no solo fuertes pérdidas humanas en

los enfrentamientos, sino un alejamiento de sus fuentes de suministros y una ruptura de sus comunicaciones, ya que, al tener que refugiarse en la selva para evitar este tipo de enfrentamientos y minimizar los efectos del poder aéreo británico, las partidas en la jungla, con frecuencia, no tenían forma de establecer contacto con la estructura de mando del movimiento. Además, la aplicación del Plan Briggs supuso para la insurgencia una verdadera catástrofe alimentaria, ya que necesitaban de los suministros de las aldeas para poder sobrevivir en la jungla, un entorno hóstil y con una capacidad muy baja para sostener por sí misma las necesidades alimentarias de los guerrilleros.

Esta situación se vio agravada por el reclutamiento de nativos de las junglas, los llamados *orang asli*, por parte de las fuerzas gubernamentales. Su conocimiento del terreno, su habilidad para seguir rastros, tender emboscadas o combatir en la jungla hizo de los *orang asli* unidades particularmente letales para la insurgencia. A partir de 1956, estos aborígenes fueron encuadrados en sus propias unidades policiales y una de ellas, denominada *Senoi Pr´anak* –Gente que lucha-, fue responsable en los años siguientes de más bajas insurgentes que todas las demás unidades policiales juntas.

Un elemento clave de la progresiva derrota de los insurgentes fue el cambio táctico del ejército británico, que comenzó a operar en unidades de menor tamaño. Ello suponía que los oficiales al mando de pequeñas unidades –a nivel de pelotón o sección- debían estar mejor capacitados para la toma de decisiones y la asunción de responsabilidades, lo cual a su vez fue el motor de numerosos cambios en la doctrina de entrenamiento de los oficiales y suboficiales. Estos debían poseer una actitud equibilibrada e insaquible al desaliento, habída cuenta que, según documentos oficiales británicos, en Malasia capturar a un insurgente costaba, por término medio, 1.800 horas de patrulla de las fuerzas de seguridad.

Así pues, desde 1953 y hasta el fin de la Emergencia, en 1960, la lucha se convirtió en un conflicto de pequeñas unidades, partidas formadas por un puñado de hombres de cada bando que se enfrentaban combates breves e intensos, en las casi inaccesibles junglas montañosas que conforman la frontera entre Malasia y Thailandia.

En julio de 1953, Templar puso en funcionamiento las *Special Operations Volunteer Force* (SOVF), integradas en su mayor parte por antiguos guerrilleros comunistas que, por dinero o coacción, habían cambiado de bando y auxiliaban a las fuerzas de seguridad en la lucha contra los insurgentes. En mayo de 1954 había doce de estas unidades, con un total de trescientos miembros, operando en Malasia.

El general Templar trató de implantar su visión de que la guerra consistía en ganar "los corazones y las mentes" de la población, lo que incluía dar una visión de las fuerzas de seguridad como servidores públicos, no como fuerzas de ocupación, y convencer a la población étnicamente china de que les interesaba más una Malasia independiente gobernanda por malayos que un estado comunista gobernado por chinos. Para reforzar esta imagen, se adoptaron medidas de carácter social, como la organización de dispensarios médicos ambulantes para atender a la población, la construcción de salones de reuniones comunitarios en las aldeas y la promoción de elecciones locales que instaran a la población a sentirse partícipe del proceso de gobierno. Seis fueron los programas, todos ellos de carácter civil, que se pusieron en marcha para lograr ganar el apoyo de la población:

- Mejor control de la población, a través del seguimiento de los desplazamientos interiores, del control de la actividad nocturna mediante toques de queda y de la creación de un sistema de tarjetas de identificación para todos los mayores de doce años, sistema que fue atacado sistemáticamente por la guerrilla, a

través de la destrucción de las tarjetas e incluso del asesinato de quienes las portaban.

- Control sobre los alimentos y los medicamentos en las áreas con actividad insurgente, a fin de negar al enemigo el acceso a los mismos.

- Reasentamiento de gran parte de los *squatters* de origen chino en las *new village*, donde no solo se encontraban más controlados, sino también protegidos e integrados en el sistema administrativo y legal del país.

- Esfuerzos en acelerar el crecimiento económico y la mejora de los niveles de vida de la población.

- Realización de campañas de propaganda y de guerra psicológica.

- Impulsar y acelerar el proceso hacia la autodeterminación y la independencia de Malasia, negando a los insurgentes el uso propagandístico de la cuestión, de forma que el conflicto quedó definido como una lucha entre comunismo y democracia, y no como un conflicto por la independencia.

En 1957 Malasia se convirtió en una nación independiente. No obstante, la guerrilla comunista continuó con su lucha durante décadas, hasta la firma de los acuerdos de paz con el gobierno malasio, suscritos en Thailandia, en el año 1989. Sin embargo, para el momento en que se produjo la independencia, las fuerzas insurgentes se encontraban militarmente exhaustas e incapaces de aspirar a hacerse con el control del país. Según un informe norteamericano, en 1957 el 95% de los rebeldes que habían tomado las armas en 1948 habían muerto en combates con las fuerzas de seguridad, ahorcados o de hambre, enfermedades y privaciones en el interior de la jungla.

3.- Los excesos

La lucha contra la guerrilla comunista en Malasia por parte de las fuerzas británicas dista de estar libre de sombras.

Alrededor de 5.000 civiles malayos perdieron la vida durante el conflicto –además de 1.400 soldados británicos-, la mayor parte a manos de la insurgencia. Sin embargo, los informes de atrocidades y matanzas indiscriminadas perpetradas por fuerzas británicas también existen. El más analizado de ellos es el correspondiente a la matanza de Batang Kali, en la región de Selangor, el 12 de diciembre de 1948, cuando una patrulla del Regimiento de la Guardia Escocesa abatió y dio muerte a veinticinco aldeanos –algunos autores, como Newsinger, hablan de veinticuatro muertos- de origen chino, supuestos simpatizantes comunistas.

De hecho, este regimiento fue el único que fue acusado de abatir civiles de forma intencionada durante la Emergencia. Esto no significaba que no se produjeran bajas accidentales; al contrario, el combate en la jungla tenía unas características que favorecían que se produjera la muertes de civiles, dado lo fortuito de los encuentros en la espesura y lo rápidos y brutales que eran los tiroteos en ese entorno, durando unos pocos segundos y en el que el bando que abría fuego primero con frecuencia abatía a todos los enemigos antes de que estos pudieran devolver los disparos. Ello provocaba que las unidades en la selva, ante la aparición inesperada de un individuo, dispararan de forma inmediata, guiados por el instinto de supervivencia, sin proceder a identificar si era un elemento hostil o un civil hasta concluido el incidente.

Algunos veteranos del conflicto han afirmado posteriormente que era habitual la práctica de no tomar prisioneros entre las guerrillas comunistas, habida cuenta que, en palabras de uno de estos combatientes británicos, se “luchaba contra un enemigo que tampoco

los tomaba ni respetaba la Convención de Ginebra. Nuestra máxima era mata o muere".

En los días en que se declaró la Emergencia, se negociaba en Ginebra la Convención sobre Derecho de Guerra, impulsada por los horrores del reciente conflicto mundial. En esta convención, los militares británicos se opusieron a la prohibición de las represalias, por considerar que dicha prohibición no podría ser cumplida en el contexto malayo. De hecho, durante las primeras fases del conflicto, era frecuente que las fuerzas británicas quemaran las aldeas más próximas a los puntos donde los soldados habían recibido ataques de la insurgencia.

Sin embargo, desde 1949, el ejército británico comenzó a realizar cursos de instrucción obligatorios para que sus unidades se atuvieran a las estipulaciones de la Convención de Ginebra. La exigencia de respeto estricto a estas normas por parte de los oficiales en determinados regimientos, como fue el caso del Regimiento Suffolk –donde cualquier tiroteo que involucrara a civiles era investigado exhaustivamente y suponía poner al oficial responsable bajo una lupa para el futuro- dieron como resultado un grado de efectividad de estas unidades mucho mayor, debido al apoyo que recibían por parte de la población. En el caso contrario, como ocurrió con la Guardia Escocesa, la efectividad se desplomaba, lo cual a su vez generaba mayor insatisfacción y rencor entre las tropas, en una espiral que se retroalimentaba, volviéndolas más propensas a cometer excesos o a emprender acciones injustificadas. Esto se vio agravado, en el caso de los regimientos escoceses, por su propia identidad, que les impelió a no adoptar las tácticas de patrulla en pequeñas unidades, ya que consideraban impropio que una parte de la unidad permaneciera en la base mientras otros arriesgaban sus vidas, llegando a considerar esto, dentro de su idiosincrasia particular, una práctica cobarde propia de los ingleses.

4.- El éxito en Malasia

Malasia es el modelo de insurgencia vencida por el gobierno y, por ello, se trata del caso más estudiado. Los Estados Unidos trataron de adaptarlo, sin éxito, a su campaña en Vietnam. Malasia es el mejor ejemplo de coordinación político-militar para derrotar a los rebeldes, y un modelo de uso del poder aéreo en guerras de baja intensidad, incluso en un contexto, como el malayo, extremadamente complicado, dadas las dificultades del terreno, brindando la jungla cobertura a las guerrillas y por el hecho de que la mayor parte de los vuelos solo podían realizarse durante unas breves horas de la mañana, antes de que la niebla cubriera la selva.

Se ha sintetizado el conflicto en cuatro fases:

- De junio de 1948 a octubre de 1949, se trataría del periodo en el que se produjeron un gran número de bajas en las fuerzas británicas. En octubre de 1949, la guerrilla se replegó a la jungla para reorganizarse, ante su fracaso en crear bases sólidas en las áreas rurales.

- De octubre de 1949 a agosto de 1951, se trató del periodo de más ataques insurgentes, llegándose al máximo en 1951, cuando se superaron los seis mil en un año, frente a los cerca de mil doscientos de 1948, el primer año de la Emergencia. En este periodo se crearon las *Home Guards*. Desde octubre de 1951, la guerrilla renunció a los ataques indiscriminados, por ser contraproducentes para el apoyo de la gente, y se centró en los ataques a militares y policías. Terminaron por retirarse en pequeñas unidades a la jungla, para reducir su vulnerabilidad, de modo que el número de bajas de las fuerzas de seguridad pasó de cien al mes en 1951 a veinte al mes en 1952.

- De agosto de 1951 a 1954, se produjo la ruptura de la guerrilla por el plan Briggs, con su negación de apoyo y alimento a las guerrillas. La mejor inteligencia llevó al éxito de más operaciones de las fuerzas de tierra.

- De 1954 hasta el fin de la emergencia en 1960, el conflicto se desarrollo con la guerrilla confinada a las áreas selváticas y montañosas del noreste, próximas a la frontera con Thailandia.

En palabras de un veterano testigo de la Emergencia, Karl Hacks, la contrainsurgencia es como hacer el té: obtener un buen resultado depende de una multitud de operaciones en apariencia sencillas, pero basta ejecutar mal una de ellas para echar a perder el conjunto. En la misma entrevista, Hacks definió los siguientes factores como las claves del éxito británico en Malasia:

- Control de la población, a través del Plan Briggs.

- Control del espacio, a partir de la introducción de las patrullas de pequeño tamaño que podían desplazarse por la jungla negando a la insurgencia el control del territorio incluso donde las condiciones eran más hostiles.

En la línea de lo expuesto por Hacks, algunos factores que merecen mención específica jugaron un papel clave y contribuyeron al éxito británico:

- La guerrilla comunista fracasó en su intento de atraer a grupos étnicos diferentes del elemento chino a sus filas, lo cual limitó sus recursos humanos y el apoyo que podían recibir por parte de otros colectivos sociales.

- La acción guerrillera en el medio rural no se complementó con una campaña en el entorno urbano, algo que los británicos habían sido incapaces de reprimir en Palestina, y brindó a estos la oportunidad de aprovechar al máximo sus recursos militares en la jungla, donde la posibilidad de bajas civiles o de indisponerse con la población local era muy baja.

Respecto a este último punto, no cabe dejar de reconocerse que las fuerzas británicas demostraron ser eficaces en el combate en la jungla, lo que impidió que la estrategia rural de los rebeldes tuviera éxito a través de una debacle militar de las fuerzsa británicas en la selva, tal y como ocurrió con las fuerzas francesas en Indochina, que no fueron capaces de plantar cara a los insurgentes del Vietminh desde el punto de vista militar. La experiencia en Birmania durante la guerra mundial –de los nueve batallones británicos presentes en Malasia al comienzo de la Emergencia, seis habían luchado en Birmania durante la guerra mundial-, que aportó oficiales con experiencia, el trabajo de la *Jungle Warfare School* en el entrenamiento de quienes carecían de esta preparación, y las cualidades casi innatas demostradas por unidades como los Fusileros gurkhas o los Fusileros de Fidji, convirtieron en un error estratégico una decisión que podría no haberlo sido de haberse dado otras circunstancias.

CAPÍTULO 9:

LA REVUELTA MAU MAU EN KENIA

1.- Kenia y la revuelta Mau-Mau

La vida colonial en Kenya bajo el gobierno británico transcurrió sin sobresaltos hasta que, en la década de 1920, las autoridades decidieron reasentar a gran parte de la población de la etnia kikuyo en reservas donde estos vivían hacinados en condiciones infrahumanas, a fin de que los asentamientos y las tierras de cultivo que habían estadoen manos de esta tribu desde tiempos inmemoriales pasaran a la población blanca. A consecuencia de esta política, más de un cuarto de millón de kikuyos fue obligado a reasentarse en las reservas, mientras que otros 120.000 fueron forzados a trabajar como mano de obra en las granjas de propietarios europeos.

Los reasentamientos provocaron no solo el descontento de la población, sino que desencadenaron un proceso de fractura dentro de la propia sociedad kikuyo, separando a quienes lo habían perdido todo y vivían en la desesperación de las reservas de quienes aún tenían algo que ganar trabajando para la población de origen británico, aunque fuera por salarios míseros. Gran número de kikuyos abandonaron las tierras acotadas, insuficientes para mantener a la población allí concentrada, y se desplazó a las ciudades, en especial a Nairobi, la capital, que vió como su población nativa se doblaba en tan solo catorce años, de 1938 a 1952.

A este problema social y económico se unía el problema de la representación política. La aportación de las colonias al esfuerzo bélico, tanto económico como humano, hizo que parte de la población de estas tomara conciencia de lo mucho que se les exigía a cambio de nulas concesiones. Las derrotas occidentales a manos de Japón durante el año 1941 y parte de 1942 también contribuyeron a derrumbar el mito de la superioridad e invencibilidad de los hombres blancos frente al resto de culturas. La II Guerra Mundial hirió de muerte al colonialismo, al despertar en quienes habían servido en los ejércitos de las potencias occidenales la conciencia de su propia identidad y de sus aspiraciones nacionales.

Ello llevó a que, concluida la II Guerra Mundial, las autoridades británicas en Kenia trataran de efectuar cambios mínimos con la esperanza de que fueran suficientes para satisfacer las recién nacidas exigencias de representación política de los nativos. Para ello, se creó una asamblea, en la que los treinta mil ciudadanos blancos estaban representados por 14 diputados; los 24.000 árabes, por uno; los alrededor de 100.000 asiáticos –principalmente indios- por seis y los cinco millones de africanos de color tendrían cinco representantes. La aritmética puso en evidencia una vez más la disparidad con que las autoridades contemplaban a los grupos poblacionales de Kenia: habría un representante de la población negra por cada millón de habitantes, mientras que habría uno por cada dos mil hombres blancos. Esta flagrante injusticia, más aún cuando también lo era respecto de la población árabe o india, puso fin a la esperanza de los nativos keniatas de alcanzar por medios pacíficos una representación política digna.

Todas estas circunstancias hicieron que cobrara fuerza un movimiento político en pro de la independencia, bajo el nombre de *Kenya African Union*, uno de cuyos líderes era Jommo Kennyata. Previamente, en la década de 1940 había aparecido una organización del pueblo kikuyo, la *Kikuyo Central Association*, que pretendía generar un movimiento de desobediencia civil contra el gobierno británico. No está muy clara la vinculación de estas dos

organizaciones con el surgimiento del movimiento mau-mau, que, según algunos autores comenzó a gestarse como una sociedad secreta dentro de ambas organizaciones, en principio legales y pacíficas, y comenzó a generar disturbios e incidentes a final de la década de 1940.

De hecho, ni siquiera está claro el origen mismo de la expresión "mau-mau", siendo una de las explicaciones más repetidas que el término fue la forma despectiva en que los granjeros blancos empezaron a denominar a los miembros de estos movimientos, pese a ser una expresión que no existe en ninguno de los idomas nativos que se hablan en Kenya.

El movimiento mau-mau fue creciendo en agresividad, guiado por el liderazgo, cada vez más radicalizado, que se ejercía desde los cuadros de la organización asentados en Nairobi. El hecho de que el gobernador británico, Phillip Mitchell, estuviera a punto de retirarse, para acceder a la jubilación, no hizo sino agravar el problema, ya que, temeroso de añadir una mancha a su expediente en el último momento, Mitchell ocultó a Londres el deterioro de la seguridad y la creciente peligrosidad de los mau-mau, sobre todo en áreas rurales, donde habían comenzado a atacar a granjeros blancos y a mutilar de forma simbólica su ganado. Sin embargo, la tensión era algo que no podía negarse de forma indefinida y terminó por ponerse de manifiesto de forma súbita. El 6 de octubre de 1952 llegó a Kenya el nuevo gobernador designado por Londres, Evelyn Baring; ese mismo día, pistoleros mau-mau asesinaron a tiros, en las afueras de Nairobi y a plena luz del día, a un jefe nativo leal a los británicos.

Baring se dio cuenta de la gravedad de la situación y el 20 de octubre, tan solo dos semanas después de llegar al país, proclamó el estado de emergencia. Se detuvo a cientos de personas en un intento de decapitar a los mau-mau, pero ello no impidió que, a primeros de noviembre, la rebelión se cobrara su primera víctima europea. Los más de ocho mil arrestos que las autoridades británicas realizaron en

los veinticinco días subsiguientes a la imposición del estado de emergencia, en una operación denominada Jack Scott, coincidieron con una imparable escalada de violencia, a medida que las células locales del movimiento mau-mau iban tomando la decisión de sumarse a la lucha contra los británicos. Esto fue un proceso gradual, ya que los líderes del movimiento habían sido detenidos, y cada unidad tomó la decisión de forma autónoma, de manera que, cada vez que un nuevo grupo se sumaba a la revuelta, más fácil era que el siguiente también se decantaran por la opción de la lucha armada.

Las autoridades británicas aplicaron con el máximo rigor y en su máxima extensión los poderes que otorgaba el estado de emergencia, tratando de ahogar la rebelión antes de cobrara impulso, e hicieron extensiva la represión al conjunto del movimiento kikuyo, incluyendo a todo aquel que se había significado durante el proceso de reclamación de epresentación política y mejores condiciones sociales y económicas para su etnia. Abundaron las ejecuciones sumarias y los asesinatos extrajudicales. En una sangrienta parodia de legalidad, 430 reos fueron disparados y muertos mientras, supuestamente, huían tras su detención, sin que se produjera ni un solo herido ni un solo fugado. Pese a la represión, la rebelión kikuyo se extendió por las provincias centrales del país, donde se encuentra Nairobi, mientras que el resto del territorio se mantuvo en una relativa calma.

Cientos de mau-mau abandonaron Nairobi y las ciudades, donde se concentraron las redadas, y se refugiaron en las estribaciones del monte Kenia y de los montes Aberdare a finales del año 1952. Descoordinados, ya que la declaración del estado de emergencia y la represión posterior había desarticulado por completo las estructuras del movimiento, diversas partidas comenzaron una campaña de ataques guerrilleros contra las fuerzas gubernamentales.

Los mau mau llegaron a contar con una fuerzas de alrededor de 12.000 hombres divididos en unidades denominadas *batunis*, si bien apenas entre un 10 y un 15% estaban equipados con armas de fuego.

Atacaban puestos aislados del ejército y la policía, y lanzaron una durísima ofensiva contra aquellos a los que consideraban colaboradores de los británicos dentro de la población nativa, hasta el punto de que la rebelión estuvo cerca de degenerar en una guerra civil entre kikuyos. Se cree que en estos enfrentamientos más de dos mil nativos leales a las autoridades fueron asesinados por los mau-mau. El incidente más notable fue la masacre de Lari, perpetrada los días 26 y 27 de marzo de 1953, al ser asesinadas más de cien personas porque el jefe de la aldea colaboraba con las autoridades. Lari rompió con la imagen del mau-mau como un movimiento principalmente contra los blancos: a lo largo del levantamiento, los rebeldes asesinaron a treinta y dos granjeros blancos y a más de mil ochocientos granjeros kikuyos.

En 1953, en plena escalada operativa, las fuerzas mau-mau acabaron dividiéndose en tres bloques que actuaban de forma autónoma y que, en ocasiones llegaron a enfrentare o, al menos, rivalizar entre sí. Dedan Kenathi lideraba la organización en el área de las montañas Aberdare; Waruhiu Itote –conocido como General China- hacía lo propio en la zona del monte Kenia, y el comité central del movimiento controlaba las operaciones en Nairobi, el único núcleo urbano donde los mau-mau tenían una presencia significativa.

Las reservas kikuyu fueron declaradas áreas especiales, donde la desobediencia de cualquier orden policíal autorizaba a los agentes a disparar a muerte, cláusula que fue utilizada con una frecuencia escalofriante. Sin embargo, las dificultades experimentadas por los británicos para someter a los kikuyos atrajo a otras tribus a la rebelión, y al movimiento mau-mau se sumaron elementos de las tribus kamba y masai, aunque nunca consiguió convertirse en un alzamiento generalizado de la población nativa contra los británicos.

En 1953, el dispositivo militar británico empezaba a reunir suficiente fuerza para abordar la ruptura de la revuelta por medios militares. Diez mil soldados regulares se desplegaron en Kenia, incluyendo la Guardia Negra escocesa, respaldados por otros tantos

agentes de policía keniatas y por el doble de hombres kikuyo encuadrados en las milicias de la *Home Guard*. Las operaciones fueron dirigidas por el general Erskine.

El punto de inflexión de la campaña fue la operación Anvil, lanzada el 24 de abril de 1954, cuando 24.000 soldados y policías acordonaron Nairobi y comenzaron una serie de registros masivos. En ellos, veintisiente mil nativos fueron detenidos e internados sin juicio, mientras que otros veinte mil fueron deportados desde Nairobi a las ya de por sí abarrotadas reservas. El objetivo era decapitar la rama urbana del mau-mau, para poder centrar después la lucha contra la insurgencia en las áreas boscosas donde operaban los rebeldes en el medio rural. Este objetivo se cumplió, pero con un coste: dado que las detenciones y deportaciones masivas pusieron en evidencia la incapacidad de las autoridades para discernir entre insurgentes y población, amplios sectores moderados de esta, dejaron de apoyar las políticas gubernamentales.

El conflicto se trasladó a las áreas rurales, donde, hasta mediados de 1954, las operaciones del ejército se habían limitado a las estribaciones del monte Kenia. En 1955, como continuación estratégica de la operación Anvil, se lanzó en el entorno rural la operación Hammer, que, a lo largo de un mes, supuso la muerte de 161 rebeldes a manos de una fuerza de alrededor de diez mil soldados británicos. En general, las operaciones a gran escala en 1955 no fueron tan exitosas como esperaban las autoridades, aunque causaron fuertes pérdidas a la insurgencia, cuyo número se vio reducido a alrededor de seis mil hombres, la mitad de la fuerza con la que había contado tan solo dos años antes.

El capitán Frank Kitson, con el apoyo de Ian Henderson introdujo la técnica del *pseudo-gang*, usando renegados y rebeldes capturados para actuar de sus mismos métodos contra las guerrillas mau-mau, a la que habían pertenecido anteriormente. Para entrenar a estas unidades, creadas a imagen y semejanza de las SOVF utilizadas

en Malasia, Kitson creó el *Special Methods Training Center*. En 1955 comenzaron a operar diez de estos equipos, cada uno formado por diez antiguos guerrilleros a las órdenes de un oficial británico.

En cuanto a inteligencia, en 1953 se comenzaron a crear comités a diferentes niveles, pero solo centralizaban la información de la policía y de la *Special Branch*, quedando al margen el aparato de inteligencia militar, que, a comienzos de 1954, disponía de cincuenta y dos agentes en Kenia. En enero de dicho año, se asestó un importante golpe al movimiento mau-mau con la captura del General China, que proporcionó una gran cantidad de información y que organizó, en colaboraicón con las autoridades, una rendición masiva de guerrilleros en el área del monte Kenia.

Las pseudogangs, las deportaciones a campos de internamiento, la creciente presión militar y policial y las reformas políticas y sociales que se fueron introduciendo poco a poco a favor de la población nativa fueron quebrando la revuelta y, a partir de 1956, la derrota militar de la rebelión era un hecho, aunque el estado de emergencia se mantuvo hasta 1960.

2.- La represión en Kenia

Ninguna revuelta en dominios británicos, tras la Segunda Guerra Mundial, fue reprimida con una dureza comparable a como lo fue la rebelión mau-mau. Tras siete años de conflicto, 34.000 mujeres y 340.000 hombres fueron sentenciados a penas de cárcel. En 1954, había detenidos 54.000 kikuyos, mientras que el momento álgido de la Emergencia en Malasia, coetánea de la revuelta mau-mau, no se superaron los 1.200 detenidos a un tiempo. Más de mil rebeldes mau-mau -1.090, para ser exactos- fueron sentenciados a muerte y ejecutados en la horca, una cantidad que duplica con creces a los ejecutados en el segundo conflicto con más penas de muerte dictadas por las autoridades británicas, la Emergencia en Malasia. Cientos de

nativos fueron asesinados en ejecuciones extrajudiciales o farsas legales, como las supuestas huidas.

La mayor parte de los ejecutados legalmente lo fueron por delitos que no incluían el derramamiento de sangre. La dureza de Baring en la aplicación de los poderes excepcionales que le otorgaba la legislación de emergencia fue tal que el propio Winston Churchill, un hombre que no se caracterizaba por su tibieza, intervino para que se dejara de ahorcar a nativos por el hecho de poseer cerillas, algo que permitía la legislación, al considerar a aquellas material inflamable, cuya posesión, según la normativa de excepción, se castigaba con la muerte.

Oficialmente, 11.503 rebeldes murieron en enfrentamientos o incidentes relacionados con las fuerzas del orden durante la emergencia, si bien algunas fuentes hablan de que el número total de nativos que perdió la vida pudo acercarse a los 50.000. Especialistas como Branch sitúan la cifra en 25.000 muertos, en referencia solo a los africanos muertos, que supusieron la inmensa mayoría de las vidas perdidas. En cualquier caso, la cifra de 11.503 rebeldes muertos parece desorbitada, si se tiene encuenta que los integrantes del movimiento se tasaron en alrededor de 12.000. Si a esto le añadimos los 1.090 ejecutados en la horca, o los más de cuatrocientos prisioneros abatidos durante supuestos intentos de fuga en las primeras semanas del levantamiento, el resultado es que murieron más mau-mau de los que formaron parte de la rebelión, y eso sin contar los miles de nativos sentenciados a penas de prisión. No parece, pues, descabellado, que en el dato sobre rebeldes muertos se incluyera un número indeterminado de muertes a manos de las fuerzas de seguridad justificadas legalmente por la presunta pertenencia del fallecido a las guerrillas, sin que esto fuera cierto.

Sesenta y tres soldados y policías europeos fueron asesinados por los mau-mau, junto con treinta y dos civiles blancos, así como 524 policías, en su mayoría keniatas. Quienes pagaron el mayor precio en

sangre para derrotar la revuelta fueron los miembros kikuyo de la *Home Guard*, con 1.920 muertos, que, a su vez, fueron los que causaron un mayor daño a los rebeldes: más del 50% de los mau-mau muertos en combate lo fueron a manos de unidades de la *Home Guard*. Esto indica que, en cierto sentido, la rebelión mau-mau tuvo un virulento componente de enfrentamiento en el seno de la propia sociedad kikuyo.

La represión de la revuelta mau-mau en Kenia pone de manifiesto la cuestión de la cotas de violencia ejercida por el Estado que pueden llegar a legalizarse en el marco de las legislaciones de emergencia y de la aplicación de las jurisdicciones especiales con las que, frecuentemente, se abordan las operaciones de contrainsurgencia. Ahorcar a un hombre por llevar una caja de cerillas puede ser legal al amparo de este tipo de legislaciones, pero cabe preguntarse sí, por muy legal que sea, cuenta con amparo en el marco del Estado de Derecho o, como se denomina en el mundo anglosajón, el *rule of law*, el imperio de la ley, pero entendida esta en su sentido más amplido, el de Derecho, es decir, el de lo que es justo.

Según la tradición del *common law* anglosajón, el poder ejecutivo debe utilizar tan solo la fuerza imprescindible para restaurar el orden en una situación de revuelta o levantamiento, y en ningún momento las fuerzas armadas o policiales quedan situadas al margen del ordenamiento jurídico, ya que, desde el punto de vista legal, los soldados y policías son solo ciudadanos que visten uniforme. Dicho de otra forma, las autoridades británicas construyeron un marco legal que daba cobertura a las acciones contrainsurgentes. La cuestión no es la legalidad o no de los actos, sino si estas leyes se ajustaban al Estado de Derecho. Bennet, en su análisis sobre Kenia, recuerda que la persecución de los judíos en la Alemania nazi era estrictamente legal, en virtud de las leyes de Nüremberg. Susan Carruthers, por su parte, califica el aparato de excepcionalidad británico para la lucha en Kenia como de una "vergüenza legal", ya que incluía elementos tales como la ignorancia explícita doctrina creada sobre el derecho de los

combatientes a rechazar órdenes ilegales o el desprecio por la aplicación del artículo 3 de la Convención de Ginebra, que extendía a los conflictos civiles o interiores la aplicación del derecho de guerra.

Así, en las llamadas *Special Areas*, o zonas de exclusión, las fuerzas militares gubernamentales están autorizadas a abrir fuego letal contra cualquiera que no obedeciera de forma inmediata una orden de alto, algo que conculca el principio de mínima fuerza, toda vez que no implementa el uso de la fuerza letal como un recurso a utilizar solo en último caso.

El comandante Clemas, del 23º Regimiento de Fusileros Africanos, afirmó que un oficial debe ignorar tres de cada cuatro infracciones de las normas, y castigar tan solo uno de cada cuatro. Esta forma de pensar, habitual en la mayor parte de las unidades en combate del mundo, hace temer que el número de atrocidades perpetradas por las fuerzas de seguridad en conflictos como el de Kenia están subestimadas numéricamente en relación a los procesos judiciales o informes oficiales existentes. Así mismo, en Kenia existió una tolerancia inaudita hacia crímenes como la violación, que el oficial fiscal del ejército para Kenia clasificó en la misma categoría que el robo.

Gran parte de las atrocidades cometidas en Kenia fueron realizadas por las milicias locales de la *Home Guard*, la policía –en especial la *Kenia Police Reserve*- y el Regimiento de Kenia, es decir, unidades reclutadas localmente y, en muchos casos, integradas por hombres de color, o bien unidades reclutadas precipitadamente y que eran arrojadas a una situación compleja sin haber recibido un entrenamiento adecuado para las tareas que se les encomendaban. También recibió múltiples acusaciones el Regimiento de Fusileros Africanos del Rey -*King´s Africa Rifles*-, muchos de cuyos askaris habían sido reclutados en otras regiones africanas, como Uganda y Tanganika, o en regiones de Kenia no afectadas por la rebelión mau-

mau, por lo que no tenían una implicación personal o tribal en el conflicto de Kenia.

El 23 de junio de 1953 el general Erskine declaró que era el deber de todo soldado y policía detener cualquier atrocidad que se estuviera perpetrando, y reiteró esa orden el 30 de noviembre del mismo año, pero ello no tuvo demasiados efectos prácticos y, semanas después de su promulgación, el general sufrió un ataque de cólera cuando supo que otra de sus órdenes seguía siendo sistemáticamente incumplidas: la que prohibía a las tropas cortar las manos a los cadáveres de los enemigos.

En el caso de Kenia, las medidas de las autoridades consiguieron arrebatar a los rebeldes el apoyo de la población, pero no fue ganando sus corazones y sus mentes, sino aplicando un nivel de coerción que hizo que temieran más al gobierno que a las propias amenazas de los insurgentes.

3.- Lecciones de Malasia y Kenia

Malasia y Kenia suelen ser considerados los grandes existos de la contrainsurgencia británica. Ambos presentan elementos comunes, señalados por Hoffman y Taw, y ratificados por otros autores:

- Los insurgentes representaban a grupos ideológicos y étnicos delimitados y minoritarios: chinos en el caso de Malasia y kikuyus en el caso de los mau-mau.

- Ambos movimientos fueron, en esencia, guerrillas rurales, renunciando, por diferentes motivos, a convertir el terrorismo urbano en uno de sus armas principales.

- Tanto los comunistas malayos como los mau-mau usaban la violencia y el terror para mantener bajo control a la población.

- Sus bases de operaciones estaban establecidas en el propio territorio en que actuaban, y carecían de santuarios en estados vecinos, donde las fuerzs británicas no pudieran penetrar sin exponerse a incidentes internacionales.

- Recibieron poco o ningún apoyo de potencias exteriores, por lo que quedaron librados a sus propios recursos, en los que la única fuente de armamento, con frecuencia, era arrebatar las armas a las fuerzas a británicas contra las que combatían. Este aislamiento internacional fue particularmente agudo en el caso del mau-mau.

El éxito de Malasia es notable, ya que, como señalaba un informe secreto norteamericano de 1974, donde se analizaba el aspecto militar de la Emergencia, los insurgentes habían contado, de principio, con importantes factores a su favor: un territorio en el que el 80% de la superficie era jungla, una sociedad con un grave problema social –el de la minoría china que, siendo un 39% de la población, carecía de representación política y formaba las capas más desfavorecidas de la sociedad-, la existencia de una gran cantidad de armas, provenientes de los arsenales de la II Guerra Mundial, y la existencia de cuadros entrenados por los propios británicos y con experiencia de combate tanto en la jungla como en la guerra de guerrillas.

Otro campo en el que Malasia sirvió de ayuda al ejército británico fue en la mejora de los procesos de selección para los miembros de las fuerzas especiales. Hasta la Emergencia, sus miembros eran seleccionados en base a un proceso de entrevistas que los sucesos de Malasia demostró que fallaba a la hora de eliminar de

la selección y devolver a sus unidades a los elementos que no reunían las condiciones psicológicas e intelectuales necesarias. Con mucha frecuencia, el sistema de entrevistas fracasó en filtrar a los denominados *cowboys*, en la jerga del SAS.

En 1952, se hizo regresar desde Malasia a John Woodhouse, que había destacado por su servicio en las unidades del SAS en Malasia –denominados *Malayan Scouts*- en los años previos, para que se hiciera cargo de establecer un nuevo sistema de procesos de selección para el SAS. Woodhouse reorientó el proceso de entrenamiento, haciendo énfasis en los procesos de autocontrol y autodisciplina, y, sin disminuir el nivel de exigencia física y militar, incluyó nuevos modelos orientados a testear la capacidad del aspirante en campos como la innovación, la iniciativa, la toma de decisiones bajo presión o la capacidad de aprendizaje y de transmisión del conocimiento adquirido a otros sujetos. La reforma de Woodhouse hizo que no disminuyeran los estándares físicos y militares de la unidad, y disparó el coeficiente intelectual medio entre los reclutas aceptados.

Este compromiso con los niveles exigidos se puso de manifiesto una década después, cuando se decidió que los dos escuadrones del SAS se convirtieran en cuatro. Woodhouse se negó a rebajar los requisitos de corte para los aspirantes, lo cual supuso que se tardó dos años en lograr el número de reclutas suficientes para poder ampliar los SAS, algo aceptado por las autoridades, conciencidadas de que tan importante como ampliar el número de escuadrones era el mantener el nivel de los mismos.

El modelo de los SAS británicos fue adoptado por otros países de la Commonwealth, en especial Australia y Nueva Zelanda, lo cual redundó en beneficio del Reino Unido, ya que, cuando sus aliados hubieron de contribuir al esfuerzo bélico conjunto –como hicieron australianos y neozelandeses durante la *Konfrontasi* con Indonesia-, lo hicieron con unas fuerzas especiales con un alto nivel de cualificación.

Otro elemento de las fuerzas armadas británicas que experimentó una notable evolución durante la Emergencia fue la RAF, la *Royal Air Force*, y, más que el arma misma, el modo en que esta fue empleada para luchar contra los insurgentes, toda vez que el deseo de minimizar la pérdida de vidas entre los civiles hizo que su uso más clásico, el de lanzar ataques contra las posiciones o unidades del enemgio en tierra, jugara un papel muy escaso en Malasia y, como señaló Clutterbuck, destacado oficial británico que sirvió en la Emergencia, este tipo de operaciones "seguramente hicieron más mal que bien".

Por el contrario, se demostró que las fuerzas aéreas tenían muchos más empleos en un escenario de contrainsurgencia que el ser un martillo que golpeaba desde el aire. La gran novedad fue el uso de los helicópteros Sirkorski S-51 y S-53, de fabricación norteamericana, así como de los Westland Whirlwind, fabricados por Reino Unido, que agilizaron el despliegue de patrullas, así como el alcance en el que podían operar. Más importante aún fue el papel de los helicópteros como ambulancias volantes, lo que permitió salvar la vida de decenas de soldados que hubieran fallecido de haber sido evacuados por tierra. En total, durante la Emergencia se efectuaron cinco mil evacuaciones en helicóptero. El hecho de que los soldados fueran conscientes de que si eran heridos serían evacuados con la máxima rapidez contribuyó a aumentar su agresividad en combate.

Al analizar la experiencia británica en Malasia, los Estados Unidos consideraron la enseñanza más valiosa, respecto al uso del poder aéreo, la capacidad de este para constituirse en una vía alternativa a las líneas de sumistros habituales, en especial en un territorio, la jungla, en el que el transporte por tierra debía verse restringido a vías de ferrocarril vulnerables a los ataques de la insurgencia o a pistas de tierra en ocasiones incapaces de soportar el volumen de tráfico necesario y no solo vulnerables a las guerrillas, sino también a las condiciones climáticas, que las tornaban intransitables durante buena parte del año.

CAPÍTULO 10:

CHIPRE Y LA REBELIÓN DEL EOKA

1.- El origen del conflicto

La isla de Chipre había pasado a ser un territorio de administración británica en 1878, tras el Congreso de Berlín, pero no recibió oficialmente el estatus de colonia hasta el comienzo de la I Guerra Mundial, en 1914. Los británicos habían impuesto sobre la isla un gobierno que apenas tenía en consideración los intereses de la población local, dividida en dos grandes grupos poblacionales: los grecochipriotas y los turcochipriotas, siendo mayoritario el primero de estos dos colectivos.

Los problemas para la administración británica habían comenzado a manifestarse en 1931, cuando un aumento de la presión fiscal sobre la población provocó disturbios que las autoridades reprimieron dando muerte a once personas, expulsado de la isla a los líderes más notables -incluyendo a varios clérigos-, prohibiendo hacer ondear banderas griegas e incluso, durante un tiempo, hacer sonar las campanas de las iglesias, dado que los opositores utilizaban su tañido para comunicarse.

Con motivo de los incidentes de 1931, las autoridades ilegalizaron el Partido Comunista, pero se legalizó de nuevo, bajo el nombre de AKEL, en 1941, apoyando el esfuerzo británico de guerra. Los comunistas fueron ganando fuerza a lo largo de los años del

conflicto, lo que despertó el temor a que pudieran llegar a liderar una revuelta armada. En marzo de 1945, la policía abrió fuego contra una manifestación comunista en Lefkonico, matando a dos personas, y otro manifestante murió durante unos disturbios ocurridos en Famagusta, que fueron reprimidos con fuego real por tropas indias. A finales de año, dieciocho líderes comunistas del AKEL fueron detenidos, acusados de diferentes cargos que implicaban la sedición contra el gobierno británico en la isla de Chipre.

La cuestión clave en el escenario político chipriota, entre aquellos que se oponían a la continuación del gobierno británico en la isla, era la *enosis*, término que hace referencia al proyecto de integración de Chipre en el estado griego, una idea acariciada por gran parte de la población grecochipriota, especialmente la situada en la derecha del espectro político, cuya figura más notable era el arzobispo Makarios. Este religioso asumió tanto el liderazgo de la iglesia de Chipre como la dirección política de los sectores de centro-derecha. En oposición a este ala, el AKEL se radicalizó, pasando a defender la independencia de Chipre. Tanto la *enosis* como la independencia se basaban en el abandono de Chipre por los británicos, algo que estos no estaban dispuestos a acometer de buen grado, dado que consideraban a la isla como una posición irrenunciable de cara a la defensa de sus intereses en Oriente Medio.

Makarios rechazaba la creación de una resistencia armada violenta contra los británicos, pero apoyaba el desarrollo de una campaña de sabotajes y desobediencia civil. En esto discrepaba con el carismático George Grivas, coronel griego de origen chipriota, vinculado a la de extrema derecha y que abogaba por la acción armada directa para forzar a los británicos a abandonar la isla. Grivas poseía una larga experiencia en lucha irregular, puesto que había creado y liderado un grupo clandestino durante la ocupación alemana de Grecia en la II Guerra Mundial, denominado Organización X, que más tarde combatió también contra las guerrillas comunistas durante la guerra civil griega, como brazo paramilitar de diversos gobiernos de derecha.

En julio de 1954, un diplomático británico declaró "hay territorios en la Commonwealth que, por sus particulares circunstancias, no pueden esperar llegar a ser completamente independientes"; cinco meses después, en diciembre, los británicos trasladaron a Chipre sus cuarteles para Oriente Medio, dejando claro que no pensaban abandonar la isla. Estas dos circunsantacias convencieron, en enero de 1955, al arzobispo Makarios de que no cabía otra salida de, cuando menos, consentir en la campaña armada propuesta por Grivas, como un método de presionar a los británicos y forzarles a considerar la salida de Chipre como una opción política y diplomática.

2.- La insurgencia del EOKA

Como punto de partida, Chipre estaba lejos de brindar las condiciones ideales para el desarrollo de una insurgencia exitosa. La isla era relativamente pequeña y disponía de buenas comunicaciones en el interior, algo que favorecía a las fuerzas de seguridad, al proporcionarles vías por las que desplazarse con rapidez. Desde el comienzo, Makarios se mostró excéptico sobre las posibilidades de la lucha armada, llegando a decir a Grivas que no encontraría cincuenta hombres que lo siguieran a la lucha. Sin embargo, Grivas consiguió varios cientos, en torno a los cuales creo el EOKA, cuyas siglas corresponden a *Ethniki Organosis Kyprion Agoniston*: Organización Nacional de Combatientes Chipriotas.

El coronel organizó dos núcleos de actuación diferenciados: por un lado, guerrillas que vivían en los bosques y montes y que hostigarían a los británicos en el interior de Chipre y, por otro, comandos en las áreas urbanas para cometer atentados contras las fuerzas de seguridad y las autoridades. Además, organizó un servicio de apoyo, el EMAK, para ayudar al EOKA con información, datos de inteligencia, refugio, suministros y guerra callejera de baja intensidad contra los británicos.

La inteligencia británica falló catastróficamente en detectar lo que se estaba preparando en la isla. Su sorpresa fue total cuando la rebelión dio comienzo, en la madrugada del 31 de marzo al 1 de abril de 1955, con la detonación de dieciocho bombas en diferentes lugares de la isla y la emisión de una proclamación exigiendo la retirada de las fuerzas británicas, que Grivas firmó con el nombre de Demetrius, un general bizantino que había defendido Chipre siglos atrás. Dos explicaciones se han dado al monumental error de previsión de la inteligencia británica: por un lado, las deficiencias de organización y efectividad de la *Special Branch* en Chipre; por otro, la complacencia en que los servicios de inteligencia británicos habían caído tras haber logrado un gran éxito en las semanas anteriores, al interceptar el *St. Georges*, un buque cargado de armas que pretendía arrivar a Chipre y entregarlas a los partidarios de la *enosis*. En lugar de servir como advertencia y de aumentar el nivel de vigilancia, el incidente del *St. Georges* sirvió para convencer a los británicos de que cualquier intento de insurrección había quedado por completo desbaratado con la incautación de las armas.

Pese a la falta de previsión británica, la inexperiencia hizo que varios de los grupos de saboteadores fueran capturados por la policía en lugares como Larnaca, Limasol y Famagusta. Sin embargo, la caída de estos comandos no mermó la capacidad operativa del EOKA, que prosiguió su campaña lanzando ataques esporádicos a lo largo de las semanas siguientes y, el 24 de mayo intentó asesinar a la máxima autoridad británica sobre el terreno, el gobernador de la isla, sir Robert Armitage, con una bomba en un cine de Nicosia, que explotó después de que él abandonara la sala, en la que se proyectaba la película *Forbidden Cargo*. Afortunadamente, la sala se encontraba casi vacía cuando se produjo la detonación, que, no obstante, le costó la vida a una persona.

Grivas orientó su campaña en una doble dirección: contra los grecochipriotas que consideraba sus enemigos, bien por colaborar con los británicos o bien por defender ideas políticas contrarias, como era

el caso de los comunistas del AKEL, y contra la *Special Branch*, con la intención de cegar a los británicos en su lucha contra el EOKA. La *Special Branch*, que había sido creada como rama específica de la policía en Chipre en una fecha tan tardía como 1954, carecía de una organización coherente en el momento de comenzar la revuelta. Entre sus fallos organizativos puede mencionarse que carecía de un oficial en el que confluyeran los diferentes informes y que, por tanto, dispusiera de una perspectiva global de los acontecimientos. Contribuyó aún más a las carencias británicas en inteligencia el hecho de que las autoridades hubieran estado más preocupadas por el comunismo que por el nacionalismo. Así, mientras que el MI5 poseía una lista con 5.000 posibles miembros y simpatizantes del AKEL, en sus ficheros solo figuraban 1.500 nacionalistas.

Pese a las presiones de Makarios al respecto, Grivas rechazó la idea de limitar la campaña a sabotajes sin pérdida de vidas. El coronel sabía que no podía derrotar a los británicos, pero sí hacer demasiado costosa la ocupación, de modo que fuera para ellos más fácil retirarse que continuar en el conflicto.

Una segunda oleada de ataques coordinados del EOKA se produjo el 19 de junio de 1955, lanzándose granadas contra comisarías, cuarteles y las casas de varios oficiales de las fuerzas de seguridad. Una de las bombas demolió los cuarteles generales de la policía en Famagusta. En agosto, en dos atentados diferentes, el EOKA asesinó a sendos oficiales de la *Special Branch*. Uno de ellos, Herodotus Pouilis, fue asesinado a plena luz del día, delante de cientos de personas, pero todas ellas declararon no haber visto nada cuando fueron interrogados por agentes de la policía.

Reino Unido nombró gobernador de Chipre a sir John Harding, mariscal de campo con experiencia en las emergencias de Malasia y Kenia. Harding llegó a Chipre el 3 de octubre de 1955, dispuesto a implantar una política sostenida sobre tres pilares: revitalizar la administración británica, negociar con Makarios y combatir al EOKA.

Adoptó el modelo de coordinación político-militar usado en Malasia, pero fracasó en las negociaciones con Makarios, que hubiera sido clave a la hora de fragmentar política y socialmente el apoyo de la población grecochipriota a los rebeldes. Para derrotar al EOKA optó por imponer, el 26 de noviembre de 1955, el estado de emergencia. Harding no hubo de esperar mucho para conocer la reacción del EOKA a sus medidas: la misma noche de la proclamación del estado de emergencia, sobrevivió a un intento de asesinato en el Hotel Ledra Palace, cuando pistoleros del EOKA trataron de acribillarlo.

Como en las emergencias de Malasia y Kenia, el estado de emergencia supuso un aumento de los poderes de las autoridades británicas y la imposición de la pena de muerte para quienes colocaran bombas o usaran armas, siendo la cadena perpetua la pena para quienes, simplemente, poseyeran explosivos o armas de fuego sin haber llegado a utilizarlos. Se introdujo la censura, los castigos colectivos, los toques de queda y hasta un total de setenta y seis nuevas regulaciones. Todo ello fracasó.

El año 1955 terminó con un desastre sin precedentes para las fuerzas británicas, cuando, el doce de diciembre de aquel año, alrededor de setecientos soldados británicos lanzaron una ofensiva sobre las inmediaciones de la aldea de Spilia, en las montañas Troodos, donde se encontraba el cuartel general de Grivas. En mitad de una intensa niebla, las fuerzas británicas asaltaron las laderas de la montaña desde el Norte y el Sur. Las fuerzas del EOKA se dividieron a su vez y plantaron cara a ambos frentes del avance británico, para después escabullirse siguiendo varias rutas de montaña por el lado oeste de la elevación. Sin embargo, las unidades británicas no se percataron de ello, y cuando las columnas que avanzaban desde el Norte contactaron con las que lo hacían desde el Sur, confundidos por la niebla y los combates previos, ambos grupos creyeron que sus compañeros eran enemigos del EOKA. Durante las ocho horas siguientes, las unidades británicas se atacaron entre sí y coordinaron ataques aéreos a ciegas sobre las posiciones de sus compañeros. El

resultado fue sobrecogedor: antes de que los mandos se dieron cuenta del error, ciento veintisiete soldados británicos habían perdido la vida y otro centenar había resultado herido en uno de los incidentes de fuego amigo más graves de la historia bélica tras la II Guerra Mundial.

3.- Chipre fuera de control

Terminado el año 1955 con la catástrofe de Spilia, los británicos seguían teniendo enormes carencias en información. Este fue el mayor problema de la estrategia contrainsurgente a lo largo de 1956, en que las fuerzas de Londres volvieron a recurrir, como habían hecho fallidamente en Palestina, a operaciones masivas de acordonamiento y búsqueda llevadas a cabo por el ejército. Igual que durante el Mandato, estas acciones no hicieron sino empeorar las relaciones con la población, al igual que los castigos colectivos que comenzaron a imponerse sobre las aldeas cercanas a los lugares donde había actividad guerrillera.

El apoyo al EOKA aumentó entre los grecochipriotas, y con ello no solo sus operativos, sino la red de colaboradores que les daba información; cuánto más ciegos estaban los británicos, más lejos veía el EOKA. Un hombre de Grivas, Polycarpos Georgadjis, llegó a crear una red de veinte informadores dentro de la policía, que los británicos nunca llegaron a desmantelar; uno de estos agentes confesó, tras la independencia, haber delatado a tres informadores de la *Special Branch*, los cuales fueron asesinados por el EOKA. Georgadjis terminaría su vida asesinado en 1970, tras haber sido ministro de Interior del Chipre independiente, una semana después de un intento de asesinato de Makarios y de golpe de estado en el que estuvo implicado. Su asesinato nunca fue aclarado.

Harding acometió una reforma policial, incorporando a la policía a agentes británicos y a turcochipriotas. En 1956, la policía contaba con cuatro mil policías de origen turco, por tan solo un millar

de origen griego, al contrario de lo que sucedía cuando el conflicto comenzó. Este dispositivo de agentes locales fue reforzado por seiscientos agentes voluntarios procedentes de Gran Bretaña, si bien Harding vetó a los que procedían del *Royal Ulster Constabulary*, la policía norirlandesa, por su fama de dureza excesiva. Los agentes turcochipriotas se emplearon a fondo en combatir al EOKA, lo cual contribuyó al deterioro de las relaciones entre comunidades, siendo frecuentes las represalias de los turcochipriotas sobre grecochipriotas cuando el EOKA asesinaba policías de origen turco. La invasión de Suez, en noviembre de 1956, complicó la situación de Chipre, al retirarse muchas tropas para combatir en Egipto, por lo que el papel de los agentes de policía fue aún más relevante en la lucha contra los rebeldes en los meses siguientes.

En marzo de 1957, Makarios fue arrestado por orden de Harding, por negarse a condenar el terrorismo, y fue deportado a las islas Scheychelles. La deportación del arzobispo provocó una huelga general y una ofensiva del EOKA, que lanzó 246 ataques en tan solo tres semanas, incluido un segundo intento fallido de asesinato contra Harding, cuando uno de sus criados colocó bajo su cama una bomba que no llegó a estallar.

Al mismo tiempo, el 3 de marzo, la insurrección chipriota sumó uno de sus mártires más conocidos, Grigoris Afxentiou. Este líder del EOKA se había formado en la academia militar griega antes de la II Guerra Mundial y había combatido en el conflicto hasta la capitulación del ejército griego. Tras regresar a su Chipre natal –había nacido cerca de Famagusta-, se incorporó al EOKA, donde pronto se convirtió en una de sus figuras más audaces y destacadas. Durante la acción de Spilia, Afxentiou había comandado una de las unidades guerrilleras y, en el año siguiente, dirigió decenas de ataques contra las fuerzas británicas. Sin embargo, fue delatado por un informante a sueldo de los británicos y acorralado, junto con cuatro miembros más del EOKA, en un escondite cerca del monasterio de Machairas. Afxentiou ordenó a sus compañeros que se entregaran, pero él decidió

combatir hasta el final. Cuando las autoridades le pidieron que él también depusiera las armas, respondió: "Venid y tomadlas", la legendaria respuesta dada por Leónidas a los persas durante la batalla de las Termópilas. Durante horas, decenas de soldados británicos trataron de abatirlo o de hacerle salir de su posición; habiendo sufrido varias bajas, los británicos bombearon petróleo dentro del refugio y le pegaron fuego, quemándole vivo. Temerosos de que su tumba se convirtiera en un santuario para los rebeldes, enterraron el cuerpo en el cementerio de la cárcel de Lefkosia.

Tras la deportación de Makarios y la muerte de Afxentiou el EOKA mantuvo su ofensiva durante los meses de abril y mayo, causando una media de dos muertos semanales en las fuerzas de seguridad. El 10 de mayo, como respuesta, se produjeron las primeras ejecuciones de sentencias de pena capital del conflicto, ahorcando las autoridades a dos miembros del EOKA; la organización, en respuesta, ejecutó a dos soldados a los que había secuestrado previamente. La presión de la insurgencia llegó a tal punto, en primavera, que los británicos fueron puestos a la defensiva y Harding solo logró contener la situación con la llegada de nuevas unidades militares y el despliegue de centenares de nuevos soldados.

Los británicos decidieron concentrarse en luchar en los bosques contra las guerrillas, un blanco más fácil para las fuerzas de seguridad que las escuadras urbanas. Con ello pretendían garantizar las comunicaciones entre los diferentes puntos de la isla y localizar a Grivas, oculto en las montañas. Dos mil soldados fueron lanzados en la operación Pepperpot, desencadenada en las montañas Troodos, pero el EOKA fue advertido por uno de sus informadores y Grivas y sus hombres pudieron escapar. Varias operaciones posteriores obligaron a Grivas a dejar las montañas y refugiarse en Limasol, donde entró en un coche conducido por un oficial de policía y vivió refugiado en el sótano de un hombre que era conocido por su aparente oposición al EOKA.

Pese a que se obtuvo información de gran valor, las operaciones en Troodos, con el nombre en clave de Lucky Alphonse, culminaron con un desastre terrible para los británicos: a los siete soldados que murieron en tiroteos y accidentes de tráfico a lo largo de la operación hubo que añadir que, el 17 de junio, después de un ataque con morteros contra posiciones del EOKA, un incendio forestal causado por las explosiones se descontroló y mató a veintidós soldados. Pese a estas pérdidas, las sucesivas operaciones dejaron maltrecha la capacidad del EOKA para combatir en las montañas.

Por la mediación del gobierno griego, el EOKA declaró un alto el fuego el 16 de agosto de 1957, para que los británicos negociaran con Makarios. Londres interpretó la tregua como un signo de debilidad y se limitó a ofrecer al EOKA la posibilidad de rendirse y que sus miembros eligieran marchar libres a Grecia o quedarse en Chipre para ser juzgados. Indignado, el EOKA reanudó las operaciones de inmediato.

El resultado fue el llamado "Noviembre Negro". El 2 de ese mes, el EOKA lanzó veintidós ataques coordinados, que fueron tan solo los primeros de un total de cuatrocientos dieciséis ataques en treinta días. En ellos, murieron treinta y nueve personas, veintiuna de ellas de nacionalidad británica. Sin embargo, Harding, poco a poco, había conseguido mejorar la inteligencia de sus unidades y el fin de la crisis de Suez supuso la llegada de 20.000 soldados a Chipre.

Una pieza clave en la mejora de la inteligencia fueron los nuevos equipos de interrogadores de Harding. Estos, con pocas esperanzas de obtener apoyo de la población aún si hubieran cuidado sus métodos, optaron por reintroducir la tortura, hasta el punto de que era frecuente referirse a los interrogadores de la *Special Branch* como HTM: *Her Majesty´s Torturers*, los torturadores de Su Majestad. Se cambiaron las técnicas de acordonamiento y registros masivos por la introducción de pequeñas patrullas en vehículos civiles para registrar casas y lugares concretos y se crearon las Patrullas Q, similares a las

pseudo-gangs que se habían utilizado en Kenia, formadas en este caso por una heterogénea mezcla de turcochipriotas, renegados del EOKA, grecochipriotas reclutados en las comunidades residentes en Gran Bretaña y algunos oficiales británicos. Estas unidades operaban sin reglas y sin estar sometidos a la disciplina militar ni a límite legal alguno. Jugaron un papel importante en poner al EOKA a la defensiva en los entornos urbanos, pero no fueron suficiente para quebrarlo.

Desde diciembre de 1957 el EOKA empezó a sufrir duros golpes. Cuarenta y cuatro miembros de la organización fueron detenidos en Limasol y tres de sus líderes más destacados fueron detenidos o muertos en las semanas siguientes: Nicos Sampson, Andreas Chartas y Markos Drakos, que perdió la vida en el tiroteo subsiguiente a su detección por las fuerzas de seguridad. Nuevamente, el 17 de marzo de 1958, el EOKA anunció un alto el fuego. Dado que los británicos no respetaban los altos el fuego declarados por los insurgentes, no es válido interpretar que se proclamaban para reconstruirse en un momento de debilidad. Parece más correcto suponer que su naturaleza era política, pretendiendo crear el contexto en que una negociación entre Londres y el arzobispo Makarios fuera posible.

La tensión social entre la comunidad griega y la turca siguió aumentando. Los británicos apoyaron abiertamente a una organización paramilitar turcochipriota, Volkan/TMT; durante las treguas con los btitánicos también continuó la lucha del EOKA contra los comunistas del AKEL. En ese contexto, en enero de 1958, el EOKA asesinó a varios sindicalistas y solo la intervención de Makarios evitó el estallido de un conflicto civil a gran escala dentro de la propia comunidad grecochipriota.

Desde marzo de 1958, con la tregua proclamada el día 17, el EOKA lanzó una campaña de resistencia pasiva, aunque la presión de sus propios cuadros obligó a Grivas volver a la lucha armada,

concluyendo la tregua con el asesinato el 4 de mayo de dos policías en Famagusta.

Sin embargo, para entonces, el conflicto con los británicos estaba pasando a ser secundario respecto a la violencia sectaria entre comundiades. Tras el ataque de los turcochipriotas a la comunidad griega de Nicosia, en junio de 1958, los disturbios se extendieron por toda la isla; la muerte de ocho griegos en Geunyeli, donde fueron abandonados a merced de la población turca por los británicos, después de desarmarlos, llevó a una espiral de represalias que se saldó con más de cien muertos, repartidos a partes casi iguales entre las dos comunidades, en los meses de junio y julio.

Los disturbios intercomunitarios fueron el punto final para los británicos. El EOKA volvió a las armas mejor equipado, más decidido y con más apoyo que nunca en su comunidad, por su defensa de los grecochipriotas frente a la comunidad turca, ya no solo frente a los británicos. El 2 de septiembre, cuatro pistoleros del EOKA fueron acorralados en Liopetri. Se negaron a rendirse, rechazaron todos los asaltos realizados por las fuerzas de seguridad, que llegaron a utilizar cohetes contra el edificio en el que se refugiaban los insurgentes, y, finalmente, los dos supervivientes terminaron por salir disparando contra los británicos en un imagen casi propia del Salvaje Oeste, hasta ser abatido por las decenas de agentes que los rodeaban. Todos los insurgentes murieron, además de un soldado británico, pero la decisión de los combatientes convenció a los británicos de que el EOKA no cejaría en su lucha por muy dura que fuera la represión. El 26 del mismo mes de septiembre, escapó con vida de un atentado el Jefe de Operaciones británico, el teniente general Kendrew, al estallar un segundo tarde la mina destinada a su vehículo. La detonación alcanzó al automóvil de sus escoltas, matando a un soldado.

La frustración de las tropas británicas era cada vez mayor, dadas las bajas en aumento y los escasos éxitos conseguidos. La tensión contenida estalló cuando un pistolero del EOKA, en una

acción individual que no había sido autorizada por la organización, disparó a sangre fría contra dos mujeres, auxiliares de las fuerzas armadas británicas, matando a una de ellas. De inmediato, se detuvo a más de mil grecochipriotas. Dos murieron durante los interrogatorios subsiguientes y más de doscientos cincuenta requirieron atención médica. El desastre político fue tal que el gobierno británico comenzó a buscar una salida a su presencia en Chipre.

La campaña del EOKA siguió a lo largo de octubre y noviembre de 1958. Makarios anunció que renunciaba a la *enosis* y aceptaba, en su lugar, la independencia, bajo unos términos aceptables para Turquía y Grecia. Era la salida que Londres necesitaba. Aceptados los términos propuestos por Makarios por las autoridades británicas, el 24 de diciembre de 1958 Grivas anunciaba un alto el fuego del EOKA, que no volvería a tomar las armas, pues Chipre se convirtió, meses después, en una nación independiente.

4.- Conclusiones del conflicto en Chipre

La rebelión del EOKA sorprendió a las autoridades británicas, convencidas de que la población grecochipriota era incapaz de generar un movimiento armado contra sus políticas. En su conjunto, Chipre fue una catástrofe de inteligencia de las fuerzas de seguridad, que no solo no previeron el estallido de la violencia, sino que, a lo largo de los tres años siguientes, no pudieron generar un sistema eficaz de recogida de información contra el EOKA.

Para desgracia de Reino Unido, la insurgencia de Chipre demostró que no hay recetas universales para lograr un éxito de contrainsurgencia. Las lecciones de Kenia y Malasia fueron aplicadas en Chipre y, sin embargo, se tradujeron en un fracaso. Los británicos llegaron a tener 40.000 hombres en la isla, pero fallaron en derrotar a unos pocos cientos de combatientes con un líder de sesenta años que vivía en los montes, todo ello en una isla de asequibles dimensiones.

Las lecciones de Malasia y Kenia fueron inútiles en el escenario chipriota, esencialmente por dos razones:

- Se habían aprendido contra enemigos que actuaban en el medio rural; pero contra enemigos que usaban el terrorismo urbano no solo eran poco eficaces, sino que, en muchos casos, eran contraproducentes. El triunfo contra el comunismo en Malasia y los mau-mau en Kenia produjo un error de juicio, y se aplicaron las lecciones equivocadas, ya que, por varios factores, el escenario de Chipre era mucho más similar al de Palestina durante la gran rebelión judía que al de Malasia o Kenia.

- Se habían diseñado en escenarios en que los rebeldes representaban a una parte minoritaria de la población, por lo que medidas como los castigos colectivos tendían a separar a la población de los insurgentes. Sin embargo, en Chipre la población grecohipriota apoyaba masivamente al EOKA, por lo que los castigos colectivos reforzaban aún más este lazo, en vez de debilitarlo. Nuevamente, la analogía más eficaz hubiera sido el escenario de Palestina, donde cada castigo colectivo contribuyó a multiplicar el apoyo que el *Palmach*, el LEHI o el Irgún tenían dentro de la comunidad judía.

La presión militar ejercida no fue excesiva, como revelan las bajas mortales sufridas: 104 soldados, 51 policías y 26 civiles británicos murieron. Sin embargo, estas bajas, procedentes de fuentes oficiales, son engañosas, ya que esas cifras no incluyen las bajas sufridas por fuego amigo en Spilia -127 muertos- ni los muertos en los accidentes y el incendio de la operación Lucky Alphonse –veintidós muertos-, del mismo modo que tampoco incluye a las decenas de agentes de policía de origen chipriota, tanto turcos como griegos, que murieron en el conflicto-. Noventa combatientes del EOKA perdieron la vida a lo largo de la insurgencia, así como alrededor de doscientos civiles griegos, en su mayoría asesinados por el propio EOKA bajo la acusación de colaboracionismo o de ser informadores de las fuerzas de seguridad.

CAPÍTULO 11:

LA REVUELTA DE BRUNEI Y LA *KONFRONTASI*

1.- La revuelta de Brunei

A comienzos de los años sesenta, el norte de la isla de Borneo estaba dividido en tres protectorados británicos: Sarawak, Sabah y el sultanato de Brunei, de los cuales este último, con su propio sultán, gozaba de altas cotas de autonomía en política interior. Sin embargo, desde que, en 1957, Malasia se convirtiera en una nación independiente, se venían produciendo negociaciones para que estos protectorados se integraran en la federación malaya.

El proyecto de integración de los dominios del norte de Borneo en Malasia chocó con la oposición de la Indonesia liderada por Sukarno, bajo cuya soberanía se encontraba el resto de la isla, y con el problema de la integración del sultanato de Brunei, ya que en esta zona existía un importante movimiento en pro de la independencia, que había cristalizado en la aparición de una organización armada, el Ejército Nacional del Norte de Kalimantan, conocido como TNKU por sus siglas en malayo, correspondientes a *Tentera Nasional Kalimantan Utara*.

Desde noviembre de 1962, las autoridades británicas en Brunei comenzaron a recibir informes que hablaban de un levantamiento organizado por el TKNU y previsto para el 19 de diciembre. Hasta

entonces, el sultanato se había librado de las convulsiones que el proceso de descolonización había puesto en marcha tras la II Guerra Mundial en otros territorios. Tres factores habían sido esenciales en ese sentido: no existía una traidición nacionalista con arraigo histórico en la zona –mientras que en lugares como Malasia, Indonesia o la India se remontaba a décadas antes de la guerra mundial-; no existían tensiones entre las comunidades que residían en el territorio y, por último, a diferencia de otros muchos lugares de Asia, el comunismo no había arraigado en los sectores más desvaforecidos de la sociedad de Brunei.

Por ello, el alzamiento que se estaba gestando era el primer conflicto serio al que se iban a enfrentar los británicos en Brunei. Una mala noticia, que empeoró cuando, el 6 de diciembre, llegaron a las autoridades informes procedentes de agentes de la Oficina Colonial poniendo de manifiesto actividades del TNKU en los distritos de Limbang y Lawas, en la frontera con Sarawak, que hacían presagiar que la revuelta era inminente, por lo que se puso en estado de alerta a las escasas fuerzas policiales en la región. Sin embargo, en un informe que las autoridades británicas hicieron llegar al sultán el día 7, se decía que la lealtad de la policía local –formada por unos doscientos agentes bajo el mando de varios oficiales británicos, algunos de ellos procedente de Rhodesia, con experiencia en Palestina y Malasia en la mayor parte de los casos- era muy dudosa, como también lo era que el regimiento de infantería malaya que había reclutado y formado el sultán en los años anteriores, pudiera sofocar un levantamiento del TNKU, cuya fuerza era estimada, solo en Brunei, en alrededor de un millar de activistas. El documento recordaba al sultán que, en virtud de los acuerdos suscritos con Londres, Reino Unido intervendría miltiarmente en apoyo del sultán si las circunstancias lo requerían, afirmación expresada de tal manera que no quedaba muy claro si era una manifestación destinada a tranquilizar al sultán o una advertencia sobre el hecho de que Londres no toleraría el caos en un territorio de gran importancia económica, dadas sus enormes reservas petrolíferas.

En esta ocasión, la inteligencia británica no cometió los errores a gran escala que se produjeron en otros conflictos. La *Special Branch*, formada en su mayor parte por agentes originarios de Brunei y por malayos, tenía poca experiencia y no era efectiva, pero los agentes de la Oficina Colonial lo compensaron en parte y, además, existía una tercera fuente de información sobre el terreno: el pequeño pero muy eficaz servicio que había organizado Shell Oil para proteger sus intereses petroleros; con diferencia, los hombres de Shell constituían la más eficaz de las organizaciones de inteligencia en el sultanato.

En los días 6 y 7 de diciembre, oficiales británicos destacados en Sarawak remitieron informes señalando como inminente el levantamiento, lo que hizo que se desplazaran con urgencia a Brunei unas pocas decenas de hombres de la *Sarawak Police Fiel Force*. Los informes no erraron. A las dos de la mañana del 8 de diciembre de 1962, se produjeron numerosos ataques contra puestos de policía a lo largo de todo Brunei, se lanzó un ataque en Brunei Town, la capital del territorio y la ciudad más poblada, con 30.000 habitantes, contra la residencia del Sultán y contra la de su primer ministro. Otros tuvieron por objetivo centrales eléctricas, lo cual hizo que el suministro eléctrico quedara interrumpido. El TKNU fracasó en su intento de capturar al sultán y al jefe de su gobierno y, al amanecer, aquel notificó a las autoridades británicas en Singapur que solicitaba oficialmente ayuda en virtud de las cláusulas del tratado firmado en 1957 con Reino Unido.

Entre tanto, los ataques se extendieron a instalaciones militares y policiales en algunas áreas de Sarawak y Sabah. En la ciudad de Seria, el principal centro petrolífero de Brunei, el TNKU logró tomar la comisaría de policía y hacerse con el control de los campos de petróleo, y la ciudad de Limbang fue tomada por completo por los insurgentes, que dieron muerte a cinco policías en el ataque incial contra la comisaría de la localidad y tomaron como rehenes a nueve

occidentales, entre ellos, al oficial británico que había comandado las fuerzas policiales en la ciudad y a su esposa.

Algunos de los combatientes del TNKU habían recibido entrenamiento por parte de las fuerzas armadas de Indonesia, en campamentos militares situados en la provincia indonesia de Kalimantán, adyacente a los territorios británicos. No obstante, el alcance real de este entrenamiento, así como de la fuerza del TNKU dentro y fuera de Brunei, han sido largamente discutidos. Parece que tan solo un puñado de insurgentes había recibido entrenamiento efectivo y, en cualquier caso, las guerrillas del TNKU se encontraban armadas de forma insuficiente, lo cual no impidió que, en las primeras horas, la revuelta consiguiera un relativo éxito.

No obstante, esas primeras horas condenaron al fracaso la insurrección, debido a errores de bulto: las autoridades no pudieron se capturadas, y tampoco pudieron hacerse con el control de la emisora de radio, de la oficiona de telégrafos ni del aeropuerto de Brunei Town. En particular, este último sería el factor determinante en la represión de la revuelta. En diciembre, Brunei se encontraba inmerso en el monzón, y el aeródromo de Seria, el único además del de la capital que existía en el territorio, sí fue capturado por los rebeldes. Sin un aeropuesto y en plena temporada de lluvias, que hacía imposibles acciones con saltos paracaidistas o de planeadores, la única forma de trasladar tropas británicas al escenario de la insurrección hubiera sido a través de una compleja, costosa y probablemente arriesgada operación anfibia desde la isla de Labuán, donde la RAF tenía una base militar. Esta hipotética acción anfibia, de llegar a producirse, hubiera debido demorarse varios días, ante la dificultad del diseño –no había planes al respecto- y de la concentración de los medios para llevarla a cabo, dando a los rebeldes un tiempo vital para consolidar su posición estratégica en lo político y en lo militar.

Tres eran las líneas políticas principales que reclamaba el TNKU. En primer lugar, la recuperación de la soberanía de Brunei sobre Sabah y Sarawak, de acuerdo con parámetros históricos regionales. En segundo lugar, el rechazo a que dichos territorios pasaran a formar parte de la federación malaya a través de un acuerdo negociado entre los gobiernos de Londres y Kuala Lumpur. Y, por último, que los británicos concedieran, a lo largo de 1963, la independencia a sus dominios en Borneo. Por todo ello, la revuelta de Brunei tiene una característica que la hace diferente de otros movimientos coetáneos, según Mayid: se trató de un alzamiento motivado única y exclusivamente por causas políticas, sin que la miseria, la pobreza, la represión o las tensiones intercomunitarias jugaran un papel en él.

Las primeras fuerzas británicas llegaron a Brunei a las diez de la mañana, tan solo ocho horas después de que comenzara la rebelión. Feuron gurkhas que volaron desde Singapur a la isla de Labuán, en la bahía de Brunei, trasladándose después a la capital, y de agentes de la policía de Sabah. Los gurkhas recuperaron el control de la ciudad de Brunei, que fue declarada libre de rebeldes en la tarde del día 9, perdiendo dos hombres en los combates para lograrlo, y acto seguido trataron de avanzar hacia Seria, pero hubieron de desistir ante la fuerte oposición que encontraron.

El día 9, hizo su aparición en el conflicto un personaje de leyenda, Tom Harrison. En aquel momento era conservador del museo de Sarawak, pero había viajado durante la década de los años treinta por Borneo en su condición de ornitólogo. Esta experiencia hizo que, durante la II Guerra Mundial, pasara a formar parte de la Fuerza 136, una unidad de oficiales británicos que fueron lanzados en paracaídas sobre la isla, ocupada por los japoneses, para organizar la resistencia de las tribus nativas contra el ejército imperial nipón. Un día después del estallido de la revuelta, Harrison dejó su museo en Sarawak y remontó el río Baram hacia el interior, enviando a las tribus una pluma roja, la tradicional llamada a las armas. Su prestigio y el respeto que le

profesaban aquellos que habían combatido bajo su mando durante la guerra, así como sus descendientes, hizo que más de dos mil iban, kenyan, kayans y dayaks se alistaran para enfrentarse a los rebeldes, siguiendo a Harrison. Estas fuerzas, organizadas en compañías con civiles británicos al frente, hostigaron, persiguieron y acorralaron al TNKU en las selvas de Borneo, utilizando el conocimiento de los dayaks sobre las sendas de la jungla para cortar cualquier posible ruta de escape hacia la frontera de Indonesia, un santuario para los rebeldes.

Con la llegada a Brunei el día 10 de los Queen´s Own Highlanders, la suerte de la revuelta quedó sellada. Los gurkhas y las tropas escocesas terminaron de limpiar los accesos a Seria, recuperaron el control de los campos petrolíferos y expulsaron a los rebeldes de Limbang en una serie de operaciones en las que al menos cuarenta guerrilleros de TNKU perdieron la vida y más de trescientos fueron capturados, exiliándose los principales líderes de la organización a Filipinas e Indonesia para evitar correr la misma suerte.

El cierre de las principales operaciones contra los rebeldes tuvo lugar el 13 de diciembre, cuando un comando formado por ochenta y nueve marines británicos asaltó el lugar donde el TNKU retenía a los rehenes tomados en Limbang, tras haber remontado un río selvático en dos pequeños cargueros. El combate para lograr la liberación de estos fue breve, pero sangriento. Cinco de los infantes de marina perdieron la vida, pero se consiguió rescatar con vida a todos los occidentales, que, cuando comenzó el tiroteo, cantaron a pleno pulmón *She`ll be coming `round the monuntain*, permiendo su rápida localización por el comando de rescate.

Menos de una semana después de la rebelión, esta había sido sofocada casi por completo, con la pérdida de siete soldados británicos y de dos civiles. Por su parte, en estos primeros días, se calcula que el TNKU sufrío alrededor de medio centenar de bajas mortales.

Las operaciones contra las guerrillas se extendieron durante los meses siguientes, atacándose los campamentos del TNKU en la jungla, gracias a las unidades dayaks reunidas por Harrison. Para mayo de 1963, cuando estas operaciones se dieron por terminadas con la captura de Yassin Affendi, uno de los últimos líderes rebeldes, habían perdido la vida más de cien rebeldes desde que comenzó la revuelta.

Sin embargo, el 12 de abril, guerrilleros que procedían de la provincia indonesia de Kalimantán cruzaron a Brunei y asaltaron el puesto policíal de Tebedu, dando muerte a uno de los agentes de policía que lo custodiaban. Este incidente supuso el comienzo de la *Konfrontasi*.

2.- La Confrontación o *Konfrontasi*

Si Malasia ha pasado a la Historia británica como la Emergencia, el mucho menos conocido conflicto entre el Reino Unido e Indonesia por la cuestión de los protectorados de Borneo ha pasado a los textos que se ocupan de ella como "la Confrontación" -*Konfrontasi*, para los indonesios-, debido a que este fue el término para definir el conflicto que usó, en un discurso de 1963, el doctor Subarno, ministro de Asuntos Exteriores de Yakarta. El motivo de fondo del problema era la oposición de Indonesia, liderada por el general Sukarno, a la inclusión de Sarawak, Sabah y Brunei en la federación de Malasia. Desde el punto de vista de especialistas como Majid, la revuelta de Brunei fue solo el prólogo al conflicto con Indonesia.

Desde la primavera de 1963, Indonesia comenzó a apoyar, alentar y organizar incursiones de partidas guerrilleras que, desde la provincia indonesia de Kalimantán, efectuaban ataques en los protectorados británicos. Estas fuerzas irregulares estaban equipadas y entrenadas por el ejército indonesio, que tomó una parte cada vez más

activa en las incursiones, llegando incluso a realizar de forma directa algunas de estas incursiones. La política de Indonesia, al involucrarse así en un conflicto en principo de baja intensidad, era desestabilizar el Norte de Borneo, con la intención de volver inviable su integración en Malasia.

Varias han sido las razones esgrimidas para justificar esta actuación por parte de Sukarno y su gobierno: las aspiraciones territoriales indonesias –que incluían, en su más ambiciosa conceptuación, la creación de Maphilindo, un único estado que integrara a Malasia, Filipinas e Indonesia-; detener la expansión de la recién creada federación malaya –a quien Indonesia acusaba de realizar una política neocolonial-; mejorar sus relaciones con China y Vietnam del Norte, oponiéndose a una potencia colonial; e incluso como un movimiento relacionado con su propia situación interna, donde el país vivía en difícil equilibro entre Sukarno, el Partido Comunista Indonesio –el PKI- y el ejército. Así, la confrontación puede leerse como una jugada de Sukarno destinada a satisfacer a los otros dos pilares: al ejército aumentando su presupuesto y reforzando su imagen en la sociedad y al PKI, que veía con buenos ojos cualquier intento de hostigar a Malasia, contra cuyo gobierno seguían luchando las guerrillas comunistas.

Un último factor pudo ser el proceso de anexión de la colonia holandesa de Nueva Guinea Occidental. En 1962, Sukarno comenzó a formar un ejército de guerrilleros voluntarios, del que formaron parte tanto indonesios como malayos, para lanzar una campaña de insurgencia en mitad occidental de Nueva Guinea, a fin de obligar a los holandeses a abandonar la isla y permitir su incorporación a Indonesia. Esto se logró sin necesidad de usar la violencia, ya que Holanda se avino a firmar un acuerdo al respecto en agosto de 1962, bajo la presión de Estados Unidos que, con la crisis de Vietnam en plena escalada, temía que Nueva Guinea se convirtiera en un segundo foco de conflicto en Asia. Sukarno se encontró entonces con un grupo de voluntarios nacionalistas armados y entrenados y sin un objetivo

hacia el que canalizar esta fuerza. La *Konfrontasi* proporcionó este objetivo, y más aún cuando Sabah y Sarawac pasaron a estar bajo soberanía de Malasia en septiembre de 1963.

Los choques entre insurgentes procedentes de Indonesia y fuerzas británicas fueron en aumento a lo largo de la segunda mitad de 1963, siendo los primeros quienes acostumbraron a llevar la peor parte. En agosto, quince guerrilleros fueron abatidos cerca de Sungal Bangkit, y una operación de soldados gurkhas en septiembre dio como resultado la muerte de veinte insurgentes en las inmediaciones de Long Jawi, una remota aldea dayak.

El 23 de septiembre, exactamente una semana después de que Sabah y Sarawak se incorporaran a Malasia, doscientos insurgentes atacaron a unidades gurkhas y de los *Border Scouts*, siete de cuyos miembros, capturados por los atacantes, fueron ejecutados a sangre fría. Esto granjeó a los indonesios la enemistad de la población en la zona fronteriza, ya que los *Border Scouts* eran reclutados entre las tribus locales. Con el entrenamiento de varios agentes del SAS, la unidad se reorganizó y mejoró, con la ayuda de la población, su efectividad, en especial en la recolección de información. Muchos de estos agentes del SAS se integraron en las comunidades hasta el punto de que las tribus les permitían acceder y participar en la mayor parte de sus actividades cotidianas.

La población local consideraba la frontera una línea existente solo en los mapas, y la cruzaba de forma constante tanto para cazar como para comerciar. La información que recogían en estos viajes era facilitada a los miembros del SAS que vivían en sus comunidades, que, a su vez, la transmitían a sus superiores. De esta forma, podía recolectarse información muy valiosa sin que militares británicos penetraran en territorio indonesio, algo que los agentes del SAS no fueron autorizados para llevar a cabo hasta junio de 1964. La información suministrada por los *Border Scouts* hizo posible acciones como la que, el 1 de octubre de 1963, causó la muerte a veintiséis

indonesios armados, al caer en una emboscada cuando navegaban en dos botes por un río de jungla en lado malayo de la frontera. Los supervivientes de esta acción fueron aniquilados en una segunda emboscada, llevada a cabo, igual que la primera, por gurkhas del ejército británico.

Para mantener esta operatividad, era esencial seguir contando con el apoyo de la población. Gran parte de la estrategia británica en la zona estuvo mediatizada por esta consideración. Para evitar bajas civiles, se renunció al uso de ataques aéreos y se dieron muy precisas instrucciones a las tropas sobre el terreno, en especial a los SAS, para que dispensaran un trato lo más correcto posible tanto a los civiles como a los prisioneros. Para evitar la alteración de la economía local –un efecto habitual en los despliegues militares, que suelen inyectar grandes cantidades de dinero en efectivo para luego generar una grave crisis cuando el despliegue cesa, además de generar un interés económico local en la perpetuación del conflicto- se dio instrucciones para que se limitaran los pagos en efectivo a los nativos. Así, los miembros del SAS instalados en las aldeas se integraron en la vida económica de las mismas, por lo general autosuficientes, pagando por los servicios que recibían –comida o alojamiento- con su trabajo, como cualquier otro miembro de la tribu, generalmente a través de la asistencia médica a los nativos o participando en sus expediciones de caza, lo cual reforzó aún más los vínculos con las comunidades.

Desde 1964, las fuerzas indonesias implicadas en los ataques no pararon de crecer, y se calcula que para el comienzo de ese año alrededor de dos mil soldados regulares estaban participando en los ataques, cifra que aumentaría a casi treinta mil al año siguiente, durante el momento álgido de la *Konfrontasi*. Por parte británica, la figura más destacada fue el general Walter Walker, comandante de las fuerzas británicas en Borneo. Durante la II Guerra Mundial había servido en las junglas birmanas, y durante la Emergencia había entrenado a la llamada *Ferret Force*, una unidad preparada para operar

en pequeñas partidas en el interior de las junglas de Malasia. Había sido, igualmente, el encargado de sofocar la revuelta de Brunei.

Consciente de que las acciones militares indonesias eran una provocación, Walker elaboró un plan para responder, basado en seis ideas que consideraba irrenunciables si las operaciones habían de conducirse con éxito:

- Eran necesarios cuárteles generales y estructuras organizativas integradas y conjuntas entre las diversas fuerzas y organizaciones implicadas.

- Se debía mantener el control de la jungla, sin renunciar al mismo, por dificultoso que fuera, en favor del enemigo.

- Las fuerzas de seguridad debían ser rápidas, flexibles y extremadamente móviles, sobre todo ante un enemigo cuya intención era golpear y huir de forma inmediata.

- La inteligencia debía ser precisa y ajustada en el tiempo, ya que de nada servían los informes que llegaban demasiado tarde, sin ofrecer tiempo de reacción.

- Siguiendo las ideas aplicadas en Malasia, la batalla por los corazones y las mentes de la población era el último de los elementos clave de la campaña.

Walker consideraba que la estrategia aplicada por Estados Unidos en Vietnam, consisente en misiones *seek and destroy* -búsqueda y destrucción-, tras las cuales las tropas abandonaban la jungla para regresar a sus bases, eran un error. Él, en su lugar, proponía una estrategia de *clear, hold and dominate*, es decir, limpiar la selva de enemigos, mantener la presencia de las tropas en ella y, por tanto, dominar el terreno.

El terreno que ansiaba dominar el comandante de las fuerzas británicas en Borneo era particularmente hostil. La frontera entre Indonesia y las posesiones británicas se extendia a lo largo de casi mil quinientos kilómetros de jungla, en gran parte sin cartografíar y recorrida por muy escasas pistas creadas por la población local, con una ausencia casi absoluta de carreteras. La presencia de un santuario al otro lado de la frontera complicaba aún más las operaciones contrainsurgentes y, comparativamente, las fuerzas a las que se enfrentaban los británicos a lo largo de la frontera estaban mejor equipadas, mejor entrenadas y tenían una mentalidad más agresiva militarmente que las guerrillas comunistas contras las que habían luchado en Malasia.

Se desplegaron 17.000 combatientes de diferentes estados de la Commonwealth –la mitad británicos, y la otra mitad gurkhas, neozelandeses, australianos y malayos-. La postura del gobierno de Canberra era difícil, ya que, por un lado, atendió a sus compromisos militares con la Commonwealth y, por otro, mantuvo importantes proyectos cooperación económica con Indonesia, principalmente la renovación de las estructuras de comunicaciones de la aviación civil, de gran importancia para Australia, ya que el tránsito sobre el espacio aéreo de Indonesia es vital para la conexión de los australianos con el resto del mundo.

Walker desplegó pequeñas partidas cubriendo las rutas de inserción que con mayor probabilidad usarían los insurgentes. Se emplearon con profusión tanto a los gurkhas como a los equipos del SAS, y se reforzó el despliegue de los *Borders Scouts*, a cuyo frente se puso a John Cross, un oficial con fama de excelente y poco ortodoxo soldado. Estos hombres, y algunas unidades irregulares que a las que no se dio adscripción oficial al ejército británico, penetraron en territorio indonesio para reunir información, en lo que fue descrito por Walker como “misiones agresivas de inteligencia”. Como el propio general señalaba, al tratarse de nativos, Londres podía desvincularse con facilidad de sus acciones más allá de la frontera, si algo salía mal.

Sabah y Sarawac fueron transferidos a soberanía malaya en septiembre de 1963, y de inmediato comenzaron a desplegarse unidades del ejército de Malasia. En diciembre, en Khalabakan, las unidades malayas sufrieron fuertes pérdidas en una ofensiva lanzada por marines indonesios. El contrataque, realizado por gurkhas, aniquiló a la fuerza indonesia.

La Confrontación se extendió a otras áreas. Agentes indonesios realizaron sabotajes en Singapur, detonando trece bombas entre marzo y mayo de 1964. En julio, los indonesios lanzaron alrededor de medio centenar de paracaidistas sobre la península de Malaca, con la intención de crear el embrión de un movimiento guerrillero; semanas después, el 18 de agosto, marines indonesios efectuaron un desastroso intento de desembarco en la península malaya de Penang, cerca de la localidad de Johore, lo que indujo al gobierno británico a hacer caso de las peticiones de Walker: conducir acciones agresivas en territorio indonesio.

3.- Claret

Durante más de un año y medio, el gobierno británico insistió en que no se realizaran operaciones militares –al menos, de forma oficial- en suelo indonesio. A medida que la amenaza crecía, por ejemplo, con la aparición de una unidad de élite indonesia, los *Black Cobra*, que aumentaron la letalidad de los *raids* en el lado británico de la frontera, Walker insistió en que se le diera permiso para responder a los ataques con incursiones en el lado enemigo de la frontera, con la intención de arrebatar la iniciativa táctica y estratégica a sus oponentes.

En abril de 1964, Londres autorizó a los hombres de Walker a penetrar hasta tres kilómetros en territorio indonesio en el curso de persecuciones contra unidades enemigas que hubieran penetrado en el territorio controlado por los británicos, lo que se denominó

"persecuciones en caliente"; pero las autoridades dejaron claro que las penetraciones debían limitarse única y exclusivamente a este supuesto, siempre como respuesta a ataques enemigos en suelo propio y siempre en la persecución de las unidades directamente implicadas en el ataque. El ataque anfibio contra Johore indujo al gobierno británico a autorizar a Walker a coordinar operaciones ofensivas en el lado indonesio de la frontera, permitiéndole atacar bases, líneas de suministro y unidades que no se encontraran a más de cinco kilómetros de la frontera.

Walker informó a un reducido número de oficiales del plan, bautizado con el nombre en clave de Claret. Consistía en la creación de bases fuertemente defendidas, en el lado malayo de la frontera, desde las cuales se lanzarían incursiones en territorio indonesio. El general reguló al detalle las normas que debían regir las operaciones de Claret, a través de lo que él mismo denominó *golden rules* –reglas de oro-. Estas eran:

- Todas las incursiones debían ser autorizadas personalmente por el propio Walker.

- Solo serían llevadas a cabo por tropas veteranas y que ya tuvieran experiencia en combate en la jungla.

- Su único fin estratégico debía ser disminuir la amenaza de agresiones por parte del enemigo.

- No se realizaría ningún ataque cuyo propósito fuera solo causar bajas al enemigo, y bajo ningún concepto se llevarían a cabo operaciones que pusieran en riesgo a la población civil.

- La distancia que las tropas penetrarían en el territorio enemigo debía ser controlada minuciosamente, siendo la regla general no alejarse más de cinco mil metros del territorio propio. Este rango se amplió primero a diez kilómetros y luego a veinte.

- Cada operación debía ser minuciosamente planeada y, de ser posible, reevaluada durante dos semanas antes de llevarse a cabo.

- Las operaciones debían ser llevadas a cabo en el máximo secreto. Los distintitivos e identificaciones debían dejarse en las bases y no debía permitirse que las fuerzas indonesias, bajo ninguna circunstancia, capturaran a los soldados participantes, "ni vivos, ni muertos", añadía, Walker, de forma harto inquietante.

En la primera de las operaciones Claret, las fuerzas británicas atacaron la base indonesia de Nantakor, situada a tan solo cuatro kilómetros de la frontera. En el ataque fueron muertos el comandante del puesto y cinco de sus oficiales, sin que los gurkhas que llevaron a cabo la misión sufrieran bajas. Fue el primero de docenas de ataques contra bases y rutas de suministro indonesias.

Claret supuso una ejemplificación perfecta de lo que Clausewitz había definido como táctica ofensiva para la defensa estratégica, es decir, atacar al enemigo con el fin de limitar o impedir sus propios ataques. Las incursiones británicas situaron a las fuerzas indonesias a la defensiva, obligándolas a estar más pendientes de su propia protección que de realizar incursiones. Estas, de hecho, cesaron casi por completo hacia el verano de 1965, después de que en julio, unidades australianas abatieran a diecisiete insurgentes en una única acción.

Las operaciones Claret habían sido calculadas minuciosamente para ayudar a la estrategia política británica: debían ser de baja intensidad, para no correr el riesgo de desestabilizar tanto a Indonesia que el gobierno pudiera ser derribado por el ejército o incluso por una revuelta del PKI y, por otra parte, lo bastante serias como para transmitir a Sukarno y a los militares indonesios el compromiso firme de Reino Unido de no ceder en la Confrontación. El ministro de

Defensa británico, más adelante, calificaría Claret como el modelo de uso económico de los recursos militares bajo control, y para un fin, estrictamente político-diplomático.

A comienzos de otoño, acontecimientos internos, poco o nada relacionados con el conflicto, resquebrajaron el régimen de Sukarno, que comenzó a desmoronarse. El 30 de septiembre, el PKI, envalentonado por la presencia cada vez mayor de China en el escenario asiático, intentó un golpe de estado, que fracasó. Acto seguido, el ejército indonesio desencadenó una oleada de represión, ejecuciones y asesinatos en la que miles de comunistas indonesios perdieron la vida. Sukarno había estado implicado en el golpe, dirigido contra la cúpula del ejército, por lo que, tras el fracaso de la acción, el ejército le obligó a ceder gradualmente sus poderes al general Suharto. Este prohibió el PKI y dio órdenes de reducir la implicación militar en la *Konfrontasi*. En mayo de 1966 comenzaron las conversaciones de paz entre Malasia e Indonesia.

La Confrontación le costó a las fuerzas de la Commonwealth la vida de ciento catorce de sus soldados, entre ellos noventa gurkhas -y, caso curioso, un soldado del SAS australiano que murió corneado por un elefante- y más de ciento ochenta heridos; por su parte, el ejército indonesio reconoció 590 muertos, más de doscientos heridos y más de setecientos prisioneros.

El conflicto tuvo diferentes efectos en los territorios bajo tutela británica en el Norte de Borneo: en Sarawak y Sabah contribuyó a favorecer la integración dentro de Malasia, algo que se aprobó a lo largo de septiembre de 1963; al contrario, en Brunei –que no tenía frontera con Indonesia, ya que Sarawak y Sabah hacían de muro de separación-, se decidió no pasar a formar parte de Malasia. Por ello, cuando el protectorado británico cesó, el sultanato pasó a convertirse en un estado independiente, pequeño pero inmensamente rico, gracias a la producción de petróleo, en un proceso que comenzó con la

concesión del autogobierno en 1971 y terminó con la plena independencia en 1984.

4.- El uso de la inteligencia de señales y del SAS

Para David Eastern, el acento que se ha puesto en uso táctico de sus fuerzas por parte de Walker ha ensombrecido uno de los motivos que llevó a la derrota aplastante de la campaña de insurgencia lanzada por Indonesia: el uso adecuado de la inteligencia como instrumento contrainsurgente.

El Reino Unido utilizó intensamente tres fuentes para lograr la máxima información posible sobre el enemigo: el reconocimiento aéreo, el despliegue de hombres sobre el terreno y la intercepción de las comunicaciones del enemigo.

Según Eastern, un oficial de inteligencia británico que no quería ser identificado, le confirmó la existencia de agentes infiltrados por Reino Unido en el gobierno indonesio que, entre otros materiales, facilitaron a Londres documentos que permitieron a los criptógrafos británicos "romper" los sistemas de cifra indonesios. Gracias a ello, y a través de puestos de escucha emplazados en las inmediaciones, los servicios de inteligencia británicos podían escuchar y descifrar el tráfico de señales que partía o llegaba a la embajada Indonesia en Londres, brindando al gobierno una valiosa información para calibrar las intenciones futuras de sus adversarios y graduar las políticas propias. Los puestos de escucha de Hong-Kong y de Phoenix Park, en Singapur, eran utilizados para interceptar las comunicaciones orginadas en la propia Indonesia.

Esta inteligencia estratégica advirtió al Reino Unido de la hostilidad de Sukarno en la cuestión del Norte de Borneo, y de que no habría éxito en la búsqueda de una hipotética solución negociada, ya que el gobierno de Yakarta había descartado esta vía y se estaba

preparando para llevar a cabo acciones armadas, pues Sukarno tenía un empeño rayano en lo personal en destruir la recién creada federación de Malasia y en aniquilar los restos de la influencia británica en Oriente. Cuando, en septiembre de 1963, el subsecretario de Estado norteamericano para asuntos de Lejano Oriente, Averell Harriman, tras entrevistarse con Sukarno, trató de persuadir a los británicos de que hicieran concesiones a Indonesia –cuya tranquilidad y estabilidad era importante para los Estados Unidos en el contexto de la guerra fría- con el argumento de su convencimiento personal de que Sukarno no albergaba la intención de destruir Malasia, el servicio secreto británicos hizo llegar a los estadounidenses la documentación interceptada y descifrada que demostraba lo contrario, consiguiendo que Estados Unidos cejara en su presión sobre Londres.

El Servicio de Inteligencia británico se hizo también con muchos de los informes médicos sobre la salud de Sukarno, deteriorada por fallos crónicos del riñón. Esto era importante, ya que en Reino Unido se consideraba que la muerte de Sukarno abriría una vía para una salida negociada a la *Konfrontasi*, ya que el presidente indonesio era el principal obstáculo para la misma. Además, los análisis de los informes convencieron al gobierno británico de Sukarno sufría uremia, un envenenamiento de la sangre que podría explicar, al menos parcialmente, los comportamientos irracionales, cada vez más frecuentes, de Sukarno, que en 1959 había suprimido el parlamento y en 1963 se había proclamado presidente vitalicio de Indonesia. En 1965, se calculó en un año la esperanza de vida del líder indonesio, todo lo más tres años si se practicaban con éxito determinadas intervenciones. En eso fallaron los analistas: Sukarno vivió hasta 1970.

La inteligencia de señales permitió advertir que la mayor parte de los comandantes indonesios sobre el terreno informaban de cualquier encuentro con el enemigo como grandes victorias. Este conocimiento contribuyó a que se aprobara la petición de Walker de dirigir acciones en territorio enemigo, ya que era probable que los

oficiales locales no llegaran a informar de las pérdidas sufridas al alto mando, por temor a ver dañado su prestigio. De esta forma, el principal riesgo de las incursiones, generar una escalada del conflicto y hacer que Indonesia pudiera asumir el papel de víctima de una agresión, quedaba minimizado por la propia gestión de la información por parte de los oficiales indonesios, temerosos de sufrir represalias si notificaban derrotas o fuertes pérdidas.

CAPÍTULO 12:

CONTRAINSURGENCIA EN ARABIA: LAS CAMPAÑAS DE YEMEN, ADÉN Y DHOFAR

1.- La situación en el Sur de Arabia

A mediados de los años 50 del siglo XX, Adén, en el extremo suroccidental de la península arábiga, era una de las posesiones más importantes, desde el punto de vista estratégico, del imperio británico. Ocupada por los británicos desde 1839, su posición la convertía en un eje clave que articulaba las comunicaciones entre la metrópoli y los dominios de Oriente, tanto Próximo como Lejano. De hecho, un informe de la época señalaba que las tres principales posesiones del Reino Unido, desde el punto de vista militar, eran la propia Gran Bretaña, Adén y Singapur. Conscientes de esta importancia, los británicos mantuvieron un férreo control sobre Adén, lo cual llevó a afirmar a lord Lloyd que era imposible darle a sus habitantes cuotas significativas de autogobierno.

La importancia de Adén aumentó con la pérdida de Chipre, y el ejército británico desplazó a aquella su cuartel general para Oriente Medio. Igualmente, su importancia económica no dejó de crecer: en 1954, British Petroleum construyó una refinería que daba empleo directo a dos mil yemeníes y en 1964, tras Londres, Nueva York y Liverpool, Adén era el cuarto puerto del mundo en operaciones de bunkering. Sin embargo, para la mayor parte del personal administrativo y diplomático, Adén era un destino de segundo nivel, transitorio hacia puestos más estables y de mayor prestigio. Casi todos estos funcionarios, al contrario de lo que ocurría en Singapur o Hong-

Kong, rara vez pasaban en su puesto más de dos años, por lo que su interés en las políticas a largo plazo era limitado.

La situación de Adén estaba muy vinculada con la de Yemén, un territorio dividido en dos grandes áreas. En el Norte existía un gobierno autocrático liderado por el imán Ahmed, mientras que el Sur existía una federación compuesta por seis estados de corte semifeudal amparada -y, en última instancia, controlada- por Reino Unido, denominada Federación del Sur de Arabia. La Federación estaba poco cohesionada, hasta el punto de que la presidencia de la misma rotaba periódicamente entre los seis miembros, para evitar las suspicacias y por la negativa de todos ellos a someterse a cualquier otro.

El gobierno de Ahmed en el Norte mantenía una política de confrontación y tensión con la Federación y, por tanto, con Reino Unido. Los incidentes fronterizos eran constantes y Ahmed alentaba a los disidentes internos de la Federación. La tensión creció hasta el punto de que, en 1954, comenzó lo que se ha llamado la "guerra de la frontera", que duró hasta 1958, con constantes incidentes armados y levantamientos tribales alentados por el Norte.

En la guerra de la frontera, los británicos pusieron en práctica su política tradicional frente a las insurrecciones nativas, basada en bombardeos y expediciones de castigo contra las aldeas rebeldes. En 1958, después de una serie de incidentes cada vez más graves, los bombardearon los cuarteles de Qataba y el imán Ahmed, alarmado, decidió poner fin a las hostilidades, ante la amenaza de que la respuesta británica terminara por ir más allá y se convirtiera en una ofensiva a gran escala con el objetivo último de derrocarle e instaurar un protectorado o un gobierno aliado de los intereses de Londres. La guerra de la frontera de Yemén fue, quizá, la última de las campañas de contrainsurgencias conducidas exitosamente conforme al patrón de actuación colonial británico en el siglo XIX.

Mientras este conflicto se desarrollaba en la frontera entre Yemén del Norte y la Federación del Sur, en Adén se produjo un aumento de la influencia del nacionalismo árabe de corte socialista, alentado por el modelo egipcio, con el consiguiente aumento del poder de los sindicatos, ligado, a su vez, a la proyección económica e industrial que estaba adquiriendo la ciudad. Así, los sindicatos de Adén, agrupados en una unión denominada ATUC, llegaron a ser de los más influyentes del mundo árabe. Las autoridades británicas trataron de contener al nacionalismo por dos vías: represión, por una parte, y mejora de los niveles de vida, por la otra, de forma que la prosperidad compensara las ambiciones políticas frustradas de la población, que el gobierno de Londres no estaba dispuesto a satisfacer.

En abril de 1959 se declaró una huelga general, que llevó a la proclamación temporal del estado de emergencia en Adén; en octubre hubo arrestos masivos en el suburbio de Cráter, que culminaron con la deportación de más de doscientos trabajadores, procedentes de Yemén del Norte, de vuelta a su país de origen.

Un acontecimiento internacional complicaría la situación en Adén: en septiembre de 1959, oficiales socialistas de Yemen del Norte, simpatizantes del líder egipcio Nasser, dieron un golpe de estado y derrocaron al imán Ahmed, derribando su gobierno autocrático y proclamando la República Árabe Yemení, cuya presidencia se entregó a Saleh –que la detentaría hasta ser derrocado en la llamada "primavera árabe" de 2011-.

Los exiliados del Norte que residían en Adén lo celebraron por cientos en las calles; sin embargo, las autoridades británicas consideraron la instauración de un régimen socialista y nacionalista en Yemen del Norte como una amenaza sobre la Federación de Yemen del Sur y sobre la estratégica colonia de Adén. Llevado por esta idea, Reino Unido comenzó a apoyar a la oposición monárquica a Saleh. Agentes del Servicio de Operaciones Especiales (SOE) cruzaron

clandestinamente la frontera hacia el Norte, para contactar con los opositores, dando inicio a una importante operación encubierta de desestabilización con la que Reino Unido suministró a los enemigos de Sallah armas y mercenarios, y de la que formaron parte destacados veteranos del SAS, como John Cooper o Peter de la Billiere.

En aquellos momentos, bajo el gobierno de Nasser, Egipto agitaba la bandera del socialismo árabe y anticolonial de forma activa, y ello indujo al gobierno de El Cairo a intervenir en la política del Sur de Arabia, por lo general a través de sus aliados de Yemen del Norte. Egipto inició una campaña contra la presencia británica en la Península Arábiga sostenida sobre tres ejes: una campaña de propaganda anticolonial, alimentada a través de emisoras financiadas por Nasser, como fue el caso de Radio Saaná, en la República Árabe Socialista de Yemén, que emitía para la población de Adén y de los protectorados británicos; alimentando la actividad insurgente contra los líderes tribales que, en el interior, apoyaban a Reino Unido; y, finalmente, sosteniendo, a través de sus servicios de inteligencia, la campaña insurgente directa contra los británicos en Adén.

2.- El comienzo de la insurgencia: la campaña de las montañas Radfan

Además de tratar de derribar a Saleh en el Norte o, al menos, de dificultar su gobierno de forma que los problemas internos le impidieran albergar ambiciones sobre la Federación del Sur, Reino Unido decidió acabar con el incipiente nacionalismo de Adén antes de que la situación del Norte pudiera agravarlo. Para ello se nombró un nuevo jefe de policía, Nigel Morris, que había servido en Malasia durante la Emergencia.

De inmediato, Morris aumentó la presión sobre los sindicatos, acosándoles con todas las medidas legales a su alcance, incluyendo la deportación de sus líderes. Esta presión decidió al Partido Socialista

del Pueblo, el brazo político de la organización sindical ATUC, a llevar a cabo el asesinato del Alto Comisionado, sir Kennedy Trevaskis, la máxima autoridad británica en Adén, como advertencia al gobierno de Londres de lo que podía ocurrir si persistía en su política de represión. El intento de magnicidio fue llevado a cabo lanzando varias granadas en el aeropuerto de Adén contra el Alto Comisionado, cuando se disponía a embarcar en un avión con destino a Londres. Trevaskis resultó ileso, pero perdieron la vida su ayudante George Henderson y una mujer que nada tenía que ver con el gobierno. El estado de emergencia se introdujo de inmediato y, en pocos días, se deportó a 280 personas al Norte, número que incluía a la práctica totalidad de las cúpulas directivas del Partido Socialista del Pueblo y de la unión sindical ATUC.

La política de represión británica dio lugar a que, en el Norte, deportados yemeníes crearan el *National Liberation Front for Occupied South Yemen* (NLF), con objeto de plantar cara, a través de la luchar armada, a la ocupación de Adén por Reino Unido. Dado que los británicos seguían apoyando a sus enemigos, Saleh comenzó a apoyar a los rebeldes del Sur, que también recibieron ayuda del gobierno egipcio, el principal aliado de Yemén del Norte.

La insurgencia del NFL comenzó con una campaña de guerrillas en las montañas Radfan, al sur de Dhala, a finales de 1963. La campaña estaba centrada en cortar la carretera que unía esta importante ciudad con el resto de la Federación. En enero, las tropas federales lanzaron un contraataque, apoyado por artillería, aviación y carros de combate británicos, que retomó el control del área, pero el gobierno volvió a perderlo tan pronto como grueso de las fuerzas se replegaron a sus cuarteles.

Ante esta situación, tuvo lugar –según afirma Mumford en su tesis doctoral- una reunión en el White´s Club de Londres, en abril de 1963, en la que estuvieron presentes miembros del Grupo de Adén, un *lobby* con intereses en la ciudad portuaria; el coronel David Stirling,

fundador de los SAS; el coronel Brian Franks, del 22º Escuadrón de los SAS y Alec Douglas-Home, Secretario de Asuntos Exteriores del gobierno británico. Este último acordó respaldar una implicación encubierta, siempre que se diera por sentado que sería negada oficialmente, pasara lo que pasara.

Para ello, se crearía una entidad tapadera, la *British Mercenary Organisation*, que sería contratada por la Federación de Arabia del Sur para asistir a sus fuerzas militares en el conflicto con el NFL. Treinta de los miembros de la BMO serían belgas y franceses, estos últimos con experiencia en Argelia; otros dieciocho serían de nacionalidad británica. La organización sería financiada en parte por la Casa Real Saudí y, al frente de la misma, se situó el coronel David Smiley, que indicó que las misiones principales debían ser prestar asesoramiento y entrenamiento a las fuezas de la Federación, así como servicios especializados de comunicaciones y atención sanitaria, pero no llevar a cabo misiones de combate. Sin embargo, la operación acabó saliendo a la luz cuando la prensa británica publicó cartas de cinco de los operativos de BMO, en las que afirmaban formar parte de una operación encubierta del gobierno.

Ante las dificultades de las unidades federales yemeníes para consolidar el área y dado el aumento del apoyo egipcio a la insurgencia, Londres decidió enviar una fuerza de mil soldados británicos, para limpiar la zona y reabrir la estratégica carretera de Dhala. Durante las operaciones, en abril de 1964, una patrulla del SAS cayó en una emboscada y perdió dos hombres antes de poder retirarse, aprovechando la oscuridad. Dos paracaidistas más murieron en los días siguientes para tomar Cap Badge, la posición donde había sido emboscada la patrualla del SAS.

Ante la estrategia clásica de guerrillas del NFL, que golpeaba y se desvanecía, los británicos desplazaron dos mil soldados más al área, y, el 19 de mayo de 1963, recomenzaron las operaciones en las serranías de Radfan. Aunque formalmente recuperaron el control del

área, no consiguieron ninguna victoria significativa contra el NFL, que evitaba cualquier enfrentamiento de envergadura, pese a que los británicos buscaban sin cesar una victoria convencional con la que poder dar por cerrada la campaña. Las áreas donde había guerrillas se declararon zonas proscritas, donde todo signo de vida era considerado hostil; la RAF las sobrevolaba en busca de objetivos de oportunidad, disparando contra cualquier indicio de actividad humana. Los cazabombarderos a reacción Hunter llegaron a lanzar más de 2.500 cohetes y 200.000 proyectiles de cañón sobre el área, ataques complementados por los bombarderos Shackleton, que arrojaron otras 3.500 bombas de diferentes tamaños sobre las montañas.

La población local, por tanto, se vio obligada a abandonar la zona, y para asegurarse de que no dejaban atrás nada que pudiera servir de ayuda al NFL, los soldados británicos quemaron las aldeas y las cosechas. La campaña de la RAF y la posterior política de destrucción de cosechas fue duramente criticada tanto en la propia Gran Bretaña como en Naciones Unidas, pero el hecho fue que, en noviembre de 1963, las tribus locales que habían apoyado a los insurgentes se rindieron y entregaron rehenes, que los británicos encerraron en un campo especial; sin embargo, los combates continuaron de forma esporádica hasta enero de 1965 y, de forma aún más puntual, hasta junio de 1967. En esa fecha, los británicos abandonaron la zona, dejándola en manos del NFL.

Una de las lecciones positivas que de la campaña de las montañas Radfan extrajo el ejército británico fue cómo lograr notables aumentos en la movilidad de las tropas, usando helicópteros para ello y aprovechando al máximo la posibilidad de enviar suministros desde el aire, en especial agua, un elemento clave en el escenario desértico de la campaña yemení.

Sin embargo, los británicos no llegaron a comprender y juzgar acertadamente la situación, ya que la afrontaron como una rebelión tribal más, con bombardeos, columnas de castigo y toma de rehenes.

Esto tuvo una eficacia limitada, ya que no se encontraban ante una guerra tribal, sino revolucionaria, en la que la acción militar del enemigo solo era una parte de su estrategia política. Por el contrario, los británicos no llevaron a cabo ninguna política respecto a los "corazones y las mentes" de los yemeníes, por lo que solo mantenían un control real sobre el territorio en el que se encontraban en cada momento las tropas británicas, perdiéndolo tan pronto como estas se desplazaban a otro punto.

3.- La insurgencia urbana en Adén

En Adén, el NFL tuvo éxito en reclutar militantes entre los sindicatos, como se ha dicho antes, duramente reprimidos por las autoridades. La construcción de la infraestructura clandestina de una guerrilla urbana se hizo con discreción, sin llamar la atención de las autoridades, que estaban concentradas en combatir la campaña de huelgas que había organizado el Partido Socialista del Pueblo, cuya influencia política, pese a los esfuerzos de Morris, no había hecho sino crecer. Sirva de ejemplo que uno de los líderes del PSP obtuvo el 98% de los votos en el área de Cráter durante las elecciones locales celebradas en octubre del año 1964.

Mientras el NFL creaba su red operativa en Adén, en Londres se produjo un cambio de gobierno, como consecuencia de las elecciones generales de 1964. El gobierno conservador fue sustituido por un gobierno liberal liderado por Harold Wilson, que designó un nuevo Secretario de Estado para las Colonias, Anthony Greenwood. Una de las primeras visitas oficiales de Greenwood fue Adén, donde aterrizó el 26 de noviembre de 1964. Ese fue el momento elegido por el NFL para iniciar su ofensiva terrorista en la ciudad. En un fin de semana, cinco personas perdieron la vida y otras treinta y cinco resultaron heridas, como resultado de varios atentados. Greenwood cesó de inmediato al Alto Comisionado Trevakis, por considerarle culpable de la situación al haber seguido una línea de actuación

excesivamente dura, en vez de haber realizado concesiones políticas que satisficieran, siquiera de forma parcial, las reclamaciones de la población de Adén.

El sustituto de Trevakis fue sir Richard Turnbull, que había jugado un papel importante en la lucha contra los mau-mau en Kenia y había supervisado con éxito el proceso de independencia de Tanganika, estado que después de unificaría con Zanzíbar para crear Tanzania. Turnbull creó la figura de un primer ministro local bajo su autoridad, y designó para el cargo a un miembro del ala moderada del PSP, con la esperanza de atraer a todo el partido a una vía política y desvincularlo de la violencia. La medida hubiera podido reconducir la situación si se hubiera tomado antes, pero, desencadenada ya la lucha armada, no tuvo el efecto deseado.

El incremento de los atentados hizo que el primer ministro local fuera cesado en septiembre de 1965, y Turbull puso Adén bajo gobierno colonial directo, a través de su persona. Esas medidas no hicieron sino empeorar la situación. Se desató, como protesta, una huelga general que comenzó el 2 de octubre y que se tradujo, en los dos días siguientes, en más de setecientos detenidos. Peor para el futuro británico fue la lectura política realizada por el PSP, que consideró la decisión de Turnbull una vuelta al autoritarismo colonial y llevó al partido a apoyar sin ambajes la lucha armada del NFL.

La campaña del NFL tenía similitudes con la desarrollada por el EOKA en Chipre. En primer lugar, combinaba una insurgencia rural en forma de guerrilla con un movimiento urbano basado en tácticas terroristas. En segundo lugar, el objetivo predilecto de este movimiento urbano era la *Special Branch*, el servicio encargado de reunir información sobre los insurgentes. Entre 1964 y 1966, los terroristas dieron muerte a dieciséis agentes árabes de la *Special Branch*, lo que obligó a los demás a abandonar las tareas de recolección de información y centrarse en su propia supervivencia, como había ocurrido en Palestina primero y en Chipre después. Con ello, el sistema de inteligencia británico en Adén quedó desmantelado.

Las autoridades se vieron obligadas a reforzar la unidad con agentes traídos desde Singapur, Hong Kong y la propia Gran Bretaña, pero estos nuevos operativos eran de un valor limitado.

La desastrosa situación en que la ofensiva del NFL dejó a la inteligencia británica se vio agravada por el hecho de que, durante la campaña, operaban simultáneamente seis agencias de inteligencia, sin ningún protocolo de colaboración o coordinación entre ellas: la *Special Branch* –policial-, el *Intelligence Corps* –militar-, la unidad de análisis creada en el *Aden Intelligence Center*, la unidad especial de interrogatorios con base en Fort Morbut, el SIS –dependiente del *Foreign Office*-, los agentes del *Join Staff Intelligence* –que dependían directamente de esta organización en Londres- y el *Local Comitte of Intelligence*, que dependía de la Oficina Colonial.

Los problemas de la inteligencia fueron a mayores ante las reiteradas quejas sobre torturas y malos tratos inflingidos a los detenidos en Fort Morbut, que funcionaba bajo la cobertura de las leyes militares, no de las civiles. El gobierno rechazó estas acusaciones, pero se negó a permitir que Cruz Roja u observadores internacionales visitaran el centro. La presión fue aumento, lo que llevó al gobierno a abrir una investigación, interna y secreta, sobre las prácticas llevadas a cabo en el centro de interrogatorios. La investigación se encargo a Roderick Bowden, que emitió un informe extremadamente crítico, afirmando que las prácticas abusivas no eran consecuencia de la actuación de individuos, sino de procedimientos institucionalizados. Solicitaba que Fort Morbut fuera devuelvo a la jurisdicción civil y que los encargados de interrogar a los detenidos fuera civiles, es decir, agentes de policía o de los servicios de inteligencia gubernamentales, no miembros del ejército o de unidades de combate. Las mismas conclusiones fueron extraídas sobre el centro de Al Mansoura.

En su conjunto, la fuerzas británicas, con la excepción ya citada de la *Special Branch*, no soportaron un elevado nivel de bajas durante los primeros años de la insurgencia: en 1965 seis soldados fueron

asesinados y 83 heridos; al año siguiente, seis soldados murieron y 218 resultaron heridos. Sin embargo, el problema era la inteligencia. La combinación de la estructura celular del NFL y la aniquilación por este de los miembros nativos de la *Special Branch* habían inutilizado el sistema británico. Las búsquedas y controles masivos con la intención de obtener detenciones por mera estadística y de limitar los movimientos de la guerrilla no dieron resultado. La incapacidad para reclutar o utilizar fuentes fiables de información derivó en la aplicación sistemática de la tortura sobre los detenidos, en un intento desesperado de obtener inteligencia sobre el NFL.

De nuevo, más eficaces que los grandes despliegues fueron las pequeñas patrullas móviles, llamadas *Special Branch Sections*, integradas por entre ocho y diez hombres. Muchas de estas secciones estaban formadas por miembros del Regimiento Royal Anglia. A su vez, el SAS, que fue empleado en Adén por primera vez en una lucha urbana, tenía sus propios equipos, a los que denominaban *Keeni-meeni*, una onomatopeya de cómo sonaba en los oídos de sus miembros la charla de los árabes. La mayor parte de estos operativos estaban integrados por comandos que pudieran pasar árabes, y su función era la eliminación de operativos enemigos, deteniéndoles si era posible y dándoles muerte si no lo era, lo cual se convirtió en la regla, en vez la excepción.

Una muestra de esta política fue el desafortunado incidente que se produjo cuando comandos del SAS dispararon sin previo aviso sobre una de las *Special Branch Sections* del Royal Anglia, a los que confundieron con miembros del NFL y a los que no se molestaron en tratar de identificar antes de abrir fuego. Aunque no hubo muertos, dos de los soldados resultaron heridos de gravedad.

En 1966, el gobierno de Wilson elaboró el Papel Blanco, en el que se anunciaba la decisión del gobierno británico de retirarse de Adén y de la Federación del Sur de Arabia en 1968. Dos factores motivaron la decisión laborista: la necesidad de recortar gastos de

defensa y el reconocimiento de que la Federación no era más que un ente artificial que no podía sostenerse sin el apoyo directo británico, ya que no contaba con el más mínimo apoyo popular. La decisión de abandonar Yemén supuso el repliegue de Gran Bretaña al occidente del canal de Suez y, en muchos sentidos, el fin de su política imperial.

Entre tanto, al NFL le había surgido un rival, el OLOS, cuyas siglas corresponden a *Organisation for the Liberation of the Occupied South*, vinculado directamente al PSP y a la ATUC, mientras en el NFL mantenía una vinculación con los servicios secretos egipcios. Finalmente, la influencia de estos últimos convenció a ambas organizaciones para unirse y formar el *Front for the Liberation of South Yemen* (FLOSY). Sin embargo, la facción del NFL que actuaba en el Sur, y principalmente en Adén, rechazó la decisión, que había sido tomada por los líderes que residían en Yemén del Norte. En noviembre de 1966 se produjo la ruptura definitiva entre la rama meridional del NFL y el FLOSY, de modo que a la guerra de ambas organizaciones contra los británicos se le unió el conflicto civil que enfrentaba a los nacionalistas entre sí.

Desde 1967 el nivel de actividad de las guerrillas aumentó, tanto en Adén como en el interior del territorio, y se trató de una escalada espectacular: frente a 490 incidentes en 1966, hubo 2.900 en los once primeros meses de 1967. El NFL declaró el 11 de febrero, octavo aniversario de la creación de la Federación del Sur de Arabia, "el día del volcán". En previsión de incidentes, el gobierno decretó el toque de queda y desplegó un gran número de tropas británicas en los barrios de Cráter, Sheik Othman y Maala, que consiguieron mantener bajo control los disturbios. Sin embargo, desde el 2 de abril los incidentes adquirieron tal magnitud que las fuerzas británicas perdieron el control de la zona de Sheik Oman; se envió al regimiento paracaidista, que el 1 de junio lanzó una ofensiva para recuperar los barrios perdidos. Dieciséis insurgentes y un paracaidista perdieron la vida en las veinticuatro horas siguientes.

Bajo la presión de la violencia, de Arabia Saudí y de Estados Unidos, el gobierno británico adelantó la fecha de la retirada a noviembre de 1967, pero la derrota egipcia a manos de Israel en la guerra de los Seis Días cambió la situación, y Londres volvió a fijar la fecha para abandonar Adén en enero de 1968. Sin embargo, el 20 de junio de 1967, el ejército y la policía de la Federación se amotinaron. Los amotinados abatieron primero a dos policías árabes que acudieron a ponerle fin al motín y luego dieron muerte a ocho soldados británicos en una emboscada, tras lo cual tomaron varios edificios de Adén, proceso en el cual asesinaron a otro soldado británico y cuatro policías. Cuando los choques se generalizaron por toda la ciudad, la pérdida de vidas en el ejército británico aumentó. Al terminar el día, veintidós soldados británicos habían muerto y otros treinta y uno habían resultado heridos; varios de los muertos, capturados con vida por los insurgentes, fueron linchados por la multitud.

La zona de Cráter, con más de 80.000 habitantes, estaba en manos del NFL por completo y no fue posible recuperar su control hasta el 3 de julio, mes y medio después del motín. El desastre político era mayúsculo, toda vez que el ejército y la policía de la Federación, a quién los británicos habían de traspasar el poder meses después, había demostrado no ser de fiar y estar infiltrado por la insurgencia.

La recuperación de Cráter correspondió al Regimiento Argylls, que había perdido tres hombres durante el motín, y sobre el que se vertieron numerosas acusaciones de brutalidad en las operaciones posteriores. Cuando, catorce años más tarde, se encarceló a varios miembros de la unidad por el asesinato a sangre fría en Irlanda del Norte de dos civiles católicos, salieron a la luz algunas de las acciones realizadas por el regimiento en Adén en 1967. Un soldado admitió haber disparado a sangre fría a cinco árabes desarmados en diferentes incidentes; otro narró como había sido testigo del asesinato a bayonetazos de un muchacho desarmado sorprendido en las calles tras el toque de queda.

Entre tanto, el interior del país se perdió por completo. Dhala cayó en manos de los rebeldes el 20 de junio de 1967, y el resto de territorios le siguieron en rápida sucesión. El NFL estableció un gobierno provisional en Zinjibar, a tan solo cuarenta kilómetros de la propia Adén. Incluso la lucha entre el NFL y el FLOSY terminó cuando las fuerzas armadas que quedaban a la Federación proclamaron su lealtad al NFL. La situación era insostenbible, y el último personal británico abandonó Adén el 29 de noviembre de 1967.

Ejemplo de la frustración que dejó la derrota de Adén en el *establishment* británico es la respuesta que dio Sir Richard Turnbull, último Alto Comisionado británico en la ciudad, cuando le preguntaron cual era el legado que los británicos dejaban en Adén tras su retirada: "La liga de Fútbol y la expresión *fuck off* ("que te jodan")".

4.- Omán y la campaña de Jebel Akdhar

La región de Dhofar comprende la provincia más meridional del sultanato de Omán, en el extremo suroriental de la península árabiga. A comienzos de la década de 1960, el sultanato estaba regido por un gobierno autocrático que había mantenido al país en el feudalismo y el atraso, siendo una nación virtualmente sin carreteras, hospitales o escuelas.

Omán había contado históricamente con ayuda británica para mantener su seguridad frente a las numerosas rebeliones tribales y las luchas internas por el poder entre diversos candidatos al trono. En los últimos años de la década de 1950, oficiales británicos habían entrenado a las fuerzas del sultán y participado en operaciones militares contra diversos rivales y rebeldes, para asegurar el control del gobierno omaní sobre la zona Norte del país. En esas acciones habían intervenido, de forma directa, unidades del SAS.

El poder del régimen omaní se concentraba en su capital, Mascate, y los territorios circundantes, siendo apenas nominal sobre el resto del país. Esto hizo que un líder local, el imán Ghalib bin Alí, albergara la ambición, con apoyo saudí, de crear un estado independiente en el interior. En septiembre de 1955, las fuerzas omaníes marcharon desde Mascate contra los dominios del imán, avanzando sobre Nizwa, su capital.

Pese a que el imán se entregó, su hermano Talib inició una campaña de insurgencia usando Arabia Saudí como refugio seguro para sus fuerzas. Estos rebeldes llegaron a controlar una sección de la costa, lo que permitió importar armas, entre ellas una gran cantidad de minas de fabricación norteamericana. Tras recuperar Nizwa, liberar a Ghalib y expulsar a las fuerzas omaníes del interior del país, la situación llegó a ser tan grave que el gobierno británico decidió intervenir para impedir el desmoronamiento completo del gobierno de Omán.

Con apoyo aéreo británico, las fuerzas gubernamentales recuperaron Nizwa, pero no pudieron evitar que los líderes rebeldes, y alrededor de seiscientos de sus combatientes, se refugieran en un área denominada Jebel Akhdar, una zona de alrededor de mil quinientos kilómetros cuadrados y relativamente fértil, para los estándares de Arabia. Se trataba de una fortaleza natural, al tratarse de una planicie elevada con escasos accesos, todos ellos cubiertos por los rebeldes con fuego de mortero y ametralladoras y profusamente minados.

A lo largo de 1958, frustrados por la imposibilidad de forzar los accesos sin sufrir fuertes pérdidas, y padeciendo un reguero de bajas causadas por las minas, los británicos se centraron en bombardear la zona desde el aíre y utilizando artillería pesada desde los márgenes exteriores de la planicie. Dado que los aviones de la RAF disparaban contra cualquier blanco que encontraran durante el día, la actividad agrícola empezó a desplazarse a las noches, pero la RAF organizó patrullas nocturnas para mantener la presión sobre la zona durante las

veinticuatro horas del día. Los ataques aéreos tuvieron el efecto contrario al deseado: la población tribal no impulsó a los rebeldes a que abandonaran la zona, sino que se volcó en su apoyo, haciendo inevitable la intervención directa de las fuerzas de tierra.

El 18 de noviembre de 1957 llegó a Omán el Escuadrón D del 22 Regimiento del SAS, compuesto por sesenta hombres, a los que uno de los oficiales británicos que colaboró con ellos definió como "los más fríos y aterradores asesinos profesionales que nunca he visto". Tras una serie de patrullas agresivas localizando posibles rutas y tanteando las defensas rebeldes, el SAS lanzó una serie de ataques que, en una sola noche –y perdiendo la vida tres miembros del SAS-, despejaron las principales rutas de entrada al Jebel y permitieron la entrada en masa de las fuerzas omaníes, poniendo fin a la rebelión en un solo día.

5.- La campaña de Dhofar

La región de Dhofar, en la zona meridional del país, es diferente del resto de Omán, ya que el monzón, que le llega tangencialmente, hace que sus pastos sean ricos. Sus habitantes hablan un dialecto propio y su árbol genealógico tiene más que ver con los habitantes originales de Omán que de los posteriores invasores árabes, al contrario que la población del Norte. Dhofar es una zona con una amplia tradición de rebeliones. Se produjeron un gran número de alzamientos contra el gobierno central de Omán a lo largo del siglo XIX, especialmente, en la década de 1880; y la rebelión que comenzó en el año 1895 fue tan grave que el sultán omaní necesitó de una expedición británica para poder restablecer el orden, algo que solo sucedió tras dos años de lucha, en 1897.

Derrotada la rebelión en Jebel Akhdar, en Dhofar comenzó a haber agitación contra el sultán apartir de 1962. La inoperancia del régimen de Mascate había provocado la creación del *Dhofar*

Liberation Front, creado con la idea de obtener la independencia de la región y modernizar el país. El movimiento era contemplado con buenos ojos por Arabia Saudí, que permitió el paso de docenas de sus miembros hacia Irak, donde recibieron entrenamiento militar.

La guerra en Dhofar comenzó en 1965 cuando, en vista de los incidentes crecientes, las fuerzas omaníes decidieron establecerse de forma permanente en Dhofar. La primera víctima mortal se produjo el 9 de junio, cuando un conductor de camión de una empresa petrolera murió al ser ametrallado su vehículo por los rebeldes. El conflicto fue en aumento, y el 26 de abril de 1966, durante una visita a las fuerzas gubernamentales en Dhofar, los insurgentes trataron de asesinar al sultán, al abrir fuego contra él varios soldados, simpatizantes de los rebeldes. El sultán escapó milagrosamente ileso y, no sin cierto esfuerzo, las fuerzas omaníes, comandadas en su mayor parte por ex-oficiales del ejército británico, lograron contener la subversión y dejar Dhofar en relativa calma durante las semanas siguientes.

Esta situación se vio truncada por el abandono británico de Adén. Al tiempo, con el triunfo del golpe socialista de Saleh en Yemén del Norte, surgió el *People's Front for the Liberation of the Occupied Arabian Gulf* (PFLOAG), organización armada que contó con apoyo militar chino, primero, y soviético, después; sus miembros, marxistas convencidos, altamente motivados y mejor equipados y financiados, no tardaron en absorber las estructuras del DLF en Dhofar.

La situación en Dhofar volvió a empeorar con la conversión del conflicto en una guerra revolucionaria. Sin embargo, el ejército omaní no fue consciente de ello y siguió tratándola como un conflicto tribal, atacando las aldeas que apoyaban a los rebeldes y castigando a las tribus que no colaboraban en la lucha, lo cual no hizo sino empeorar la situación, al aumentar el apoyo tribal al PFLOAG. Ello llevó a que, en abril de 1968, los británicos enviaran a Michael Harvey a Omán. Harvey era un veterano de la contrainsurgencia en Palestina, Corea,

África y Adén y, tras estudiar la situación, estaba convencido de que era posible acabar con los rebeldes.

Harvey diseñó una estrategia consistente en concentrar sus fuerzas en áreas sucesivas, de forma que las grandes unidades enemigas se vieran obligadas a fragmentarse en grupos más pequeños, aislados y, por tanto, menos eficaces desde el punto de vista operativo. Esta estrategia se aplicó a lo largo de año 1969 y, si bien los rebeldes del PFLOAG sufrieron pérdidas significativas en varios combates contra las tropas regulares, la organización supo no solo cubrirlas con nuevos reclutas, sino que fue capaz de aumentar su tamaño. Para comienzos del año 1970, se estimaba que el PFLOAG contaba en sus filas con dos mil guerrilleros apoyados por más de tres mil milicianos irregulares, en su mayor parte combatientes tribales. Ello suponía que los insurgentes superaban en número a las fuerzas omaníes desplegadas en la zona de combate.

La guerrilla marxista se hizo con el control de dos terceras partes de Dhofar y trató de terminar con las estructuras tribales mediante el miedo y la coerción, incluyendo el rechazo al Islam. Esta política hizo que muchos veteranos del DLF aceptaran una amnistía del sultán y entregaran sus armas. El PFLOAG, como respuesta, ordenó desarmar a lo que quedaba del DLF, lo que dio comienzo a un conflicto entre ambos grupos.

El 23 de julio de 1970 el sultán fue depuesto por su hijo Quabus Bin Taimur, en un golpe de estado incruento en el que el nuevo sultán contaba con el apoyo británico. El nuevo gobernante de Omán manifestó desde el principio su intención de modernizar la nación, si bien a través de un gobierno tan autocrático como el de sus antecesores. El cambio en la dirección política de Omán llevó a una implicación mayor de las fuerzas británicas. Bin Taimur había sido educado en Gran Bretaña y había recibido formación militar en la academia de Sandhurst, junto a oficiales británicos. Siguiendo la tradición omaní, contrató a numerosos ex militares británicos y de la

Commonwealth para que ejercieran de asesores e instructores, y solicitó apoyo oficial de las unidades de entrenamiento del ejército británico, tarea que le fue encomendada al 22 Regimiento del SAS. Durante los primeros días de agosto de 1970, llegaron refuerzos británicos a la base de la RAF en Sallalah, a un ritmo de varios cientos de hombres diarios.

Una de las primeras medidas aconsejadas por los británicos fue la disolución de las unidades del ejército omaní integradas por mercenarios baluchis, oriundos de Pakistán, debido a que, al no hablar árabe, tenían serios problemas para comunicarse con sus oficiales, sus mandos y sus propios compañeros de armas omaníes. Sin embargo, esta medida pronto hubo de cancelarse por las necesidades operativas y, bien al contrario, las unidades baluchis no solo no se disolvieron, sino que se reclutó a mil nuevos soldados, a fin de que las fuerzas de origen omaní quedaran liberadas para poder ser empleadas en labores ofensivas en Dhofar.

Al mando de las fuerzas del SAS enviadas a Omán se encontraba John Watts, que conocía la zona, ya que había realizado una misión clandestina meses antes para evaluar la situación en Dhofar. Su devastador informe sobre la capacidad de las fuerzas omaníes para detener el avance de la guerrilla comunista había sido uno de los factores que llevaron a Londres a decidir una implicación más directa en los asuntos del sultanato. Watts creía que una guerra revolucionaria no podía ganarse con una intervención militar extranjera, como había enseñado la experiencia de Vietnam, y que todo lo que se hiciera había de estar basado en el uso de una inteligencia fiable. Para ello lanzó una campaña publicitando las modernizaciones emprendidas por el nuevo sultán en atención sanitaria, veterinaria y de educación, utilizando sobre todo la radio, ya que la mayor parte de la población no sabía leer. Se decidió que las informaciones que dieran las emisoras gubernamentales debían ser completamente veraces, sin ser utilizada para realizar "propaganda negra" –difundir informes falsos para desacreditas a la insurgencia-,

ya que uno de los objetivos del programa era lograr que la población recuperara la confianza en el gobierno.

Los SAS comenzaron a efectuar patrullas llevando atención médica a las aldeas omaníes, aprovechando el hecho de que el SAS era una de las unidades del mundo con mayor proporción de médicos en sus filas, verdaderos profesionales sanitarios que realizan periodos obligatorios de prácticas en las unidades de urgencias de las áreas más violentas de Reino Unido. Para ampliar el espectro de la atención, se trasladó a Omán a soldados del *Royal Army Veterinary Corps*, para dar asistencia a los animales de los que dependía la vida y prosperidad de las tribus.

En conjunto, Watts diseñó una campaña en cinco frentes:

- Inteligencia, a través de pequeñas células, en vez de complejas estructuras de mayor tamaño.

- Información pública, utilizando para ello un equipo de especialistas en propaganda y relacionaes públicas.

- Atención sanitaria a la población, a través de unidades del SAS y de médicos militares.

- Atención sanitaria a los animales, a través de veterinarios del propio ejército británico.

- Seguridad, cuya ubicación como último punto del programa no era casual, para lo cual se reclutó a unidades originarias del mismo Dhofar para que lucharan por el sultán y se enfrentaran a los insurgentes.

Para cumplir este último punto, los SAS comenzaron a entrenar a una milicia local, el *firqat*, lo cual supuso un ingente trabajo, dada la indisciplina de los hombres que la integraban y lo impredecible de su comportamiento bajo el fuego. Pese a que se trató de un trabajo arduo, poco a poco los instructores lograron convertir al *firqat* en una unidad auxiliar cuya contribución a la derrota final de la insurgencia, según el análisis del conflicto realizado por McKeown, fue decisiva.

En 1971 las fuerzas anglo-omaníes lanzaron la Operación Jaguar, con la intención de establecer una presencia permanente en la zona del *jebel* que hasta entonces había estado casi por completo en manos de la guerrilla. Una segunda operación, Simba, dio al gobierno el control de la ciudad de Sarfait, pero las tropas allí asentadas quedaron en situación de asedio permanente, ya que controlaban la ciudad pero carecían de medios para controlar la zona rural que la rodeaba. Suministrada por la RAF desde el aire, la ciudad fue hostigada durante semanas por los rebeldes y por la artillería yemení, que abría fuego desde su lado de la frontera.

En un intento de recuperar la iniciativa estratégica, a mediados de julio el PLOAG lanzó una gran ofensiva sobre la ciudad de Mirbat, a menos de sesenta kilómetros de la base de la RAF en Salalah. Sin embargo, la defensa de la ciudad por un equipo de ocho hombres del SAS y varias decenas de milicianos del *firqat* supuso una aplastante derrota para los insurgentes, que perdieron unos setenta hombres en el ataque, por la muerte de dos SAS en el bando británico. La defensa de Mirbat está considerado el punto decisivo de la guerra, ya que fue la última gran ofensiva de los rebeldes, que, a partir de aquel momento, se fueron encontrando en una situación cada vez más insostenible.

En diciembre de 1973, cuando las operaciones militares y los cambios sociales ya habían inclinado la balanza del conflicto del lado gubernamental, se decidió separar las zonas ricas en pastos del este del árido *jebel* al oeste, construyendo para ello una barrera física que aislara aún más a las guerrillas rebeldes. Durante seis meses,

ingenieros militares británicos, jordanos y de las fuerzas omaníes levantaron la línea Hornbeam: cincuenta kilómetros de alambre de espino y campos de minas que separaron a las unidades del PFLOAG de la parte más poblada y próspera de Dhofar, limitando su capacidad de movimiento y su acceso a recursos y suministros. Otra barrera, la línea Demavand, construida con la ayuda del grupo de combate persa que el shah habían enviado para apoyar a los británicos –1.300 hombres bien entrenados por Estados Unidos-, aisló aún más a la guerrilla.

Desde 1974, las operaciones se centraron en la zona Oeste de la región, donde los últimos ochocientos combatientes del PFLOAG se encontraban acorralados. La ofensiva final se lanzó en octubre de 1975; sin embargo, para entonces la guerrilla había sido reforzada por unidades del ejército regular de la República Árabe de Yemen, lo cual provocó que el comandante británico Akhurst ordenara ataque aéreos sobre posiciones de la artillería yemení más allá de la frontera de este país, lo cual generó seria alarma en Londres, ante el temor de que estos ataques pudieran dar comienzo a una guerra abierta contra el gobierno socialista que gobernaba Yemén del Norte.

La guerra en Dhofar terminó oficialmente el 2 de diciembre de 1975, con la derrota militar de las fuerzas rebeldes, pero los combates en la zona fronteriza y los intercambios de fuego de artillería entre el ejército de Yemén y el de Omán y sus aliados británicos continuaron hasta marzo de 1976, en que la guerrilla firmó un cese de violencia definitivo.

6.- Lecciones de Arabia

Pese a la inapelable derrota en el Sur de Arabia, las fuerzas de seguridad británicas dieron algunos pasos adelante en materia de contrainsurgencia. En Adén se produjo el primer uso de fuerzas especiales militares en un entorno de subversión urbana. Además, se

potenció la recogida de inteligencia por parte de las unidades regulares del ejército, destacando especialmente la actividad de los hombres del regimiento Royal Anglia, con sus patrullas encubiertas en los barrios más hostiles de la ciudad.

Otro de los efectos fue la creación del *Adén Intelligence Center*, una unidad que pretendía reunir la información de todos los servicios de inteligencia gubernativos con actividad en la colonia: el SIS, los agentes de la Oficina Colonial, el *Intelligence Corps* del ejército y la *Special Branch* de la policía. Surgió como un centro de análisis de la información, para lo cual era indispensable reunirla en una única unidad y, aunque su trabajo no sirvió para dar la vuelta a la situación de inteligencia en Adén, sí fue un precedente de cómo coordinar el trabajo de inteligencia interagencia en escenarios posteriores.

Sin embargo, el desastre de la inteligencia británica en Adén merece un análisis específico. Campbell, en su tesis doctoral sobre la cuestión, cita siete factores clave que desencadenaron la catástrofe:

- La complacencia británica en los modelos de contrainsurgencia colonial, que habían quedado obsoletos para las condiciones de la guerra revolucionaria que se planteó en Adén.

- La lentitud de la burocracia imperial para adaptarse a las nuevas circunstancias, en un mundo que cambiaba mucho más rápido que en épocas precedentes.

- La sobredimensión de los esfuerzos británicos por todo el planeta, tratando de mantener una dominación colonial de alcance global, para cuya defensa carecían de medios.

- El bajo nivel de comprensión y conocimiento sobre las costumbres, religión y políticas locales, herencia de una noción de superioridad cultural e incluso racial.

- La ausencia de unidad de esfuerzos entre el *Foreign Office* y la Oficina Colonial, las dos instituciones encargadas de la gestión de los dominios exteriores británicos, que no solo no cooperaban, sino que eran hostiles entre sí.

- La incapacidad para trabajar de forma efectiva con aliados locales, desperdiciando oportunidades políticas y medios humanos que hubieran podido ser decisivos en la lucha contra los rebeldes y los insurgentes.

- La incosistencia de las propias políticas británicas, que en el caso de Adén incluyeron con un cambio completo de política a mitad del conflicto, y que, en los últimos meses, alteraron en varias ocasiones la fecha fijada para la retirada de la colonia.

Todos estos factores contrastan con los elementos que, según McKeown, supusieron la victoria gubernamental, con el apoyo de Gran Bretaña, contra la insurgencia en Dhofar:

- La reforma política y social del Sultán, el más importante de todos los elementos que contribuyeron a aislar y vencer al PFLOAG.

- El mantenimiento de una estrategia clara y firme, sin dejarse seducir por planteamientos a corto plazo, que integraba los elementos políticos y militares en un mismo plan, sintetizado en los cinco frentes de Watts.

- La ayuda a la población, que limitó el apoyo social a los rebeldes, masivo en los primeros tiempos, cuando vio que los cambios políticos implementados en el gobierno redundaban en una mejora en sus condiciones de vida.

- El empleo de unidades locales, como el *firqat*, implicando a la población en la lucha y fragmentando el apoyo sobre el terreno a los rebeldes.

- La existencia de una amnistía permanente para aquellos rebeldes que decidieran entregar las armas y reincorporarse a la vida pacífica o incluso ingresar en el ejército omaní, ofreciendo a estos una salida viable y una alternativa a luchar hasta el último cartucho y la última gota de sangre.

- El mantenimiento de una campaña de relaciones públicas constante con la población, basada en facilitarle información veraz para recuperar su confianza en las autoridades.

De Dhofar las fuerzas británicas extrajeron, además, algunas lecciones de carácter operativo. Una de ellas fue la conveniencia de mantener una política de mínimas bases y máximo número de fuerzas móviles, pues el estatismo que suponían los puntos fuertes solía generar dinámicas de inercia que favorecían al enemigo y le entregan el control del terreno.

Otra lección fundamental fue la necesidad de mantener de forma constante sobre el terreno un número de fuerzas muy superior al de las guerrillas, ya que, en muchas ocasiones, el número es el mejor recurso de que dispone un ejército regular para tratar de compensar la libertad de movimientos de los grupos guerrilleros e insurgentes.

Peterson señala los siguientes aciertos clave de las operaciones en Omán:

- Centralización de la inteligencia, como única manera de obtener un flujo eficaz de información.

- Adaptación a las tácticas insurgentes que combinan la guerrilla rural con el terrorismo urbano.

- Uso adecuando de las fuerzas especiales, principalmente del SAS.

- Reclutamiento y uso de fuerzas locales.

- Desarrollo de políticas específicas para conseguir el apoyo de la población local.

- Negar al enemigo la creación de bases seguras y santuarios.

- Dividir el escenario bélico en zonas separadas, como se hizo con las líneas Demavand y Hornbearm, una táctica aplicada por los españoles en Cuba y por Chang Kai Chek contra los comunistas en China.

- La movilidad y la agresividad como elemento clave en las operaciones ofensivas, prestando especial atención a las operaciones nocturnas.

- Aprovechar la superioridad tecnológica frente a enemigos que no disponen de acceso a medios técnicos avanzados.

Los cinco frentes diseñados por Watts para la campaña de Dhofar son, incluso a día de hoy, el pilar en el que se inscriben los principios rectores de la doctrina contrainsurgencia británica: primacía de la acción y la ayuda política; sistema de administración coordinado; inteligencia e información; separar a los insurgentes de su apoyo; neutralizar a las guerrillas rebeldes y diseñar las estrategias contrainsurgentes en el largo plazo. En Omán, durante seis años las

unidades británicas trabajaron en ese sentido y, cumplido el plazo, las tareas pudieron ser asumidas por las propias fuerzas omaníes.

John Newsinger, sin embargo, advierte sobre los riesgos de exagerar el éxito de la campaña de Dhofar. Se trató, a su modo de ver, de un conflicto librado a muy pequeña escala y, si bien es innegable que concluyó en un éxito rotundo, también cabe recordar que fue librado en las condiciones más favorables posibles para el desarrollo de una campaña de este tipo: con superioridad numérica y de armamento durante la mayor parte del tiempo, con un gobierno dispuesto a adoptar reformas para minar la credibilidad rebelde entre la población, con el apoyo militar de buena parte de la población local, en un entorno hostil que daba muy pocos recursos a los insurgentes para vivir sobre el terreno y con apoyo internacional, en el marco de la guerra fría, que cristalizó en la colaboración en las operaciones de unidades militares del ejército jordano y en la presencia de una importante fuerza militar persa.

CAPÍTULO 13:

THE TROUBLES: LA VIOLENCIA EN IRLANDA DEL NORTE

1.- Las interpretaciones políticas del conflicto norirlandés hacia 1968

Simplificando de forma evidente una cuestión de enorme complejidad, es posible resumir los planteamientos políticos en el conflicto norirlandés tras la partición de la isla en cuatro bloques, dos de los cuales representarían las interpretaciones moderadas de cada una de las comunidades y los otros dos las visiones de los sectores radicales católicos y protestantes.

Entre los moderados hablaríamos de:

- Unionistas: aquella parte de la población norirlandesa que considera que Irlanda del Norte debe seguir siendo parte del Reino Unido. Se trata de la mayor parte de la población protestante de Irlanda del Norte.

- Nacionalistas: aquellos, en su mayoría católicos, que consideran que Irlanda del Norte debería integrarse en la República de Irlanda, pero que lucharon por ello dentro del marco legal establecido por las autoridades, dado que admitían su legitimidad, al provenir de la decisión de la mayor parte de la población, aunque ellos no comparten ese marco y aspiran a la reunificación con Irlanda.

Por otro lado, las interpretaciones más radicales son:

- Lealistas: dentro de la comunidad protestante, defienden no solo el mantenimiento de Irlanda del Norte en el Reino Unido, sino la preminencia de la comunidad protestante sobre la católica, al asociar la idea del Estado británico con la profesión de la fe anglicana. Las organizaciones paramilitares protestantes que han ejercido la violencia contra la comunidad católica, como la UVF y la UDA, así como múltiples grupos menores, se encuadran en esta corriente ideológica.

- Republicanos: bajo esta etiqueta se engloba a aquellos miembros de la comunidad católica que desean la integración de Irlanda del Norte dentro de la República de Irlanda, rechazando la legitimidad de su inclusión en el Reino Unido, al que consideran una potencia colonial ocupante. Por tanto, el republicanismo legitimó el uso de la violencia contra este gobierno y sus fuerzas de seguridad, en el marco del ejercicio del derecho de resistencia. A esta corriente pertenece el IRA y otros grupos paramilitares, fruto de sucesivas escisiones del movimiento armado republicano.

Para los republicanos, la presencia británica en Irlanda del Norte era origen y causa del problema, de forma que la salida de los británicos era la única solución posible al conflicto. La isla de Irlanda forma una única nación y es la política imperialista británica, con la ocupación del Norte, lo que impide la unión pacífica de Irlanda en un único estado. Este análisis parte de un error de base: obvia la existencia de la comunidad protestante norirlandesa, mayoritaria en la zona septentrional de la isla, que no quiere ser una minoría en un país católico, sino seguir siendo británicos. Por ello, con el tiempo, el movimiento republicano modificó la lectura de la naturaleza del conflicto. Líderes republicanos, como Gerry Adams, asumieron la evidencia de que el elemento clave es el miedo de la comunidad protestante a perder su posición de dominio en una hipotética Irlanda

unida. Para Adams, la cuestión de fondo es el derecho a la autodeterminación de los pueblos, que, en su modo de entender la situación, los británicos niegan a los irlandeses al no permitir la incorporación del Norte a la República de Irlanda.

Reino Unido no niega ese derecho de autodeterminación, pero sigue al respecto la msima interpretación que hace la comunidad protestante norirlandesa, radicalmente diferente de la lectura que hacen los republicanos. Para estos, el ámbito del derecho de autodeterminación reside en el conjunto de la isla de Irlanda, donde los católicos son mayoría y, de forma mayoritaria, consideran que la isla debe formar una única nación independiente. Sin embargo, para la población protestante del Norte, el ámbito es cada comunidad, y la comunidad norirlandesa, con independencia del resto de la isla, ejerció ese derecho al elegir seguir siendo británica.

Los lealistas fueron construyendo, a lo largo del siglo XX, una elaborada retórica cimentada en tres pilares. En primer lugar, la lealtad al protestantismo, exteriorizada en elementos como las Órdenes o las marchas conmemorativas de sucesos históricos, como la batalla del Boyne, donde el candidato anglicano al trono británico derrotó al candidato católico. El segundo elemento es la demonización de la República de Irlanda y del papa, que aparecen repetidamente como elementos malignos deseosos de la destrucción de la comunidad anglicana de Irlanda del Norte. El último pilar de esta retórica es el culto a la identidad británica del Irlanda del Norte, con exaltación de sus símbolos más visibles –la Corona y la bandera- y la memoria perenne del sacrificio de sangre realizado por los hombres del Ulster por Reino Unido, siendo el máximo exponente la batalla del Somme, en 1916, en la que cientos de combatientes norirlandeses perdieron la vida durante la ofensiva del ejército británico sobre las posiciones alemanas.

La postura del gobierno británico es clara y fue expresada sin ambigüedades el 19 de agosto de 1969: el status de Irlanda del Norte no sufriría ninguna modificación en tanto en cuanto no lo requiriera así la mayor parte de la población norirlandesa. Esto recibió el nombre de Principio de Consentimiento, que se recogió legalmente en el *Northern Ireland Constitutional Bill*, de 1973.

2.- La Campaña de la Frontera y el cambio en la dirección del IRA

Entre 1956 y 1962, el IRA lanzó la campaña de la Frontera, una serie de acciones de sabotaje y emboscadas en los condados fronterizos, bautizada como Operación Harvest –"cosecha"-, siguiendo el modelo de las columnas móviles que habían sido utilizadas durante la guerra de independencia, creyendo que el gobierno británico sobre Irlanda del Norte se derrumbaría si se aplicaba una presión militar fuerte durante un tiempo prolongado. A lo largo de los seis años que duró, la campaña de la Frontera se cobró la vida de seis agentes del RUC y de seis miembros del IRA, pero tuvo un impacto menor del esperado por los republicanos sobre la voluntad política de las autoridades. La autocrítica derivada del fracaso de la Operación Harvest llevó a profundos cambios en la dirección del IRA.

En 1962, Cathal Goulding se convirtió en la persona con mayor ascendente dentro de la dirección del IRA. Goulding era irlandés del Sur, relativamente joven y vinculado al pensamiento marxista, lo que suponía una innovación dentro del IRA, tradicionalmente conservador. Goulding y las personas más cercanas a él, como Ryan Johnston, que se convirtió en el ideólogo del IRA, impusieron una estrategia basada en la preponderancia de los factores políticos sobre la lucha armada, minimizando el papel de los irlandeses del Norte dentro de la organización, ya que estos estaban vinculados a la facción más tradicionalista, que contemplaba el IRA esencialmente como una

organización armada para luchar contra los británicos y su ocupación de los seis condados septentrionales de la isla.

El desvío de fondos desde la lucha armada a la actividad política provocó que cesara el entrenamiento de nuevos voluntarios, así como la adquisición de armas, munición y explosivos, lo cual debilitó la capacidad operativa del IRA en el Norte. Las críticas a la visión política del conflicto aumentaron entre los oficiales del IRA en el Ulster y fueron respaldadas, dentro del Estado Mayor, por el responsable de inteligencia de la organización, Séan MacStiofain, el único miembro de la dirección que viajaba regularmente al Norte.

3.- El movimiento por los Derechos Civiles

A lo largo de los años 60, cobró cada vez más fuerza el movimiento por los derechos civiles en Irlanda del Norte, que, a través de asociaciones como el NICRA (*Northern Ireland Civil Rights Association*), reclamaba un cambio en las condiciones políticas de la región, que marginaban a la comunidad católica.

Las principales demandas del NICRA se centraban en la desaparición del voto de empresa, que otorgaba seis votos a los propietarios de empresas, en su mayoría protestantes; la desaparición del *gerrymandering*, un sistema de trazado de los distritos electorales que permitía a los protestantes tener mayorías abrumadoras en el gobierno incluso en zonas de mayoría católica, como era el caso de Derry, donde, con un 75% de la población, los católicos carecían de representación en las instituciones municipales. También se reclamaba la reforma de la política de vivienda, en manos de las autoridades locales, casi en exclusiva protestantes, y la disolución de los *B-Specials*, un cuerpo policial de corte paramilitar, formado en exclusiva por protestantes, a los que se acusaba de cometer abusos contra la población católica de forma habitual.

El 5 de octubre de 1968, una multitudinaria marcha por los derechos civiles fue contenida por el RUC, la policía norirlandesa; las imágenes de los agentes golpeando con porras a manifestantes pacíficos, difundidas por televisión, causaron un hondo impacto en la población irlandesa, contribuyendo a acentuar la visión que los católicos tenían de la policía y las autoridades como meros garantes de los privilegios de la población protestante.

El primer ministro norirlandés, Terrence O´Neill, implementó una serie de reformas, anunciadas el 22 de noviembre –reforma de la política de vivienda, supresión de los votos de empresa y supresión de la *Special Powers Act*, aún vigente, en cuanto la situación de seguridad lo permitiera, algo que no llegó a producirse- y, en diciembre del mismo año realizó uno de los discursos más famosos del conflicto, conocido como "el discurso del cruce de caminos" -*crossroad speech*-, en el que instaba a los católicos a dar tiempo a que sus reformas tuvieran efecto y a los protestantes a que aceptaran dichas reformas, pidiendo a ambas comunidades que cesara la incipiente violencia. El discurso de O´Neill llevó a una pausa de un mes en la actividad del movimiento por los derechos civiles, pero la calma lograda fue efímera y los acontecimientos del año posterior la truncaron definitivamente.

La violencia sectaria había comenzado, si bien con baja intensidad, en los años previos. La primera muerte suele fecharse el 27 de mayo de 1966. Ese día, varios miembros de la organización paramilitar protestante *Ulster Volunteer Force* (UVF), liderados por August "Gusty" Spence, un ex soldado que había servido en Chipre, se desplazaron a un barrio católico de Belfast, con la intención de asesinar a Leo Martin, un conocido miembro del IRA. No le hallaron, pero, cuando conducían para abandonar la zona, los pistoleros se cruzaron con un joven borracho que cantaba consignas a favor del IRA. Los paramilitares detuvieron el coche y le tirotearon, matándole en el acto. Se llamaba John Patrick Scullion y tenía 28 años. Con su

muerte comenzaban los Disturbios –*The Troubles*-, como fue conocido el periodo de violencia entre 1968 y 1997.

4.- El Bogside, Belfast y la ruptura del IRA

El 12 de julio es, en Irlanda del Norte, el día grande de las marchas de las logias orangistas, organizaciones de corte religioso que conmemoran diferentes acontecimientos asociados al predominio protestante sobre la región. La más importante de estas logias es la Orden de Orange, que ha ejercido una enorme influencia en la política norirlandesa, ya que todos los primeros ministros de la región y la mayor parte de los miembros de sus gobiernos han sido miembros de la misma. Pese a que el punto culminante es el día 12 de julio, conocido como *The Twelfth*, la temporada de marchas se extiende a lo largo del verano.

El 12 de agosto celebran su marcha los *Apprentice Boys*, una rama de la Orden de Orange que conmemora el papel jugado en la defensa de Derry por los jóvenes aprendices de la ciudad, impidiendo que fuera tomada, en el siglo XVII, por un ejército católico. En 1969, la situación que rodeaba la marcha era extremadamente tensa, ya que su recorrido la llevaba a pasar por las inmediaciones de la comunidad católica de Derry, en la zona conocida como The Bogside. Tal y como se temía, y pese a un enorme dispositivo policial por parte del RUC, que trató de mantener a los indignados católicos lejos del recorrido de la marcha, los incidentes se multiplicaron y la marcha hubo de ser suspendida. Sin embargo, ya era tarde para devolver la tranquilidad a la ciudad, y los disturbios continuaron, esta vez entre jóvenes católicos y la policía, a lo largo y ancho del centro de Derry.

Durante los días 12 y 13 de agosto, el RUC trató de devolver el orden a la ciudad, pero se vio desbordado por los acontecimientos, lo que forzó a las autoridades norirlandesas a solicitar la intervención del ejército británico para restablecer el orden y poner fin al caos en que

se habían convertido las calles de Derry. Esta decisión tenía cabida legal gracias a una disposición de la *Special Powers Act*. Las primeras unidades militares británicas fueron desplegadas en el Bogside el domingo 14 de agosto de 1969, relevando a los agotados agentes del RUC, tras cuarenta y ocho horas de disturbios incesantes. Con ello, comenzó la intervención del ejército británico en el conflicto norirlandés, asumiendo unas competencias de seguridad para las que, en principio, no estaba diseñado.

Simultáneamente a la "batalla del Bogside", como fueron conocidos los incidentes de Derry, los disturbios llegaron a Belfast, donde la comunidad católica y la protestante se enfrentaron a lo largo de la línea divisoria que separaba sus barrios en la zona de Divis Street. Una multitud protestante irrumpió en el área de Clonard con la intención de quemar el monasterio católico allí situado. Cuando los católicos lograron impedirlo, los protestantes incendiaron las viviendas católicas a lo largo de Bombay Street, que ardió casi en su totalidad, así como algunas casas en la vecina Kashmir Street, ante la pasividad del RUC y la incapacidad para intervenir de los pocos hombres del IRA en la zona, sin experiencia y mal armados. El RUC, en Belfast igual que en Derry, tuvo que pedir la intervención de las tropas británicas, pero estas tampoco fueron capaces de poner fin a los ataques entre comunidades, por lo que optaron por levantar un muro separando a católicos de protestantes. Fue la primera *peace line* –línea de paz- de las muchas que iban a dividir Belfast en los años sucesivos. Poco a poco, la calma regresó a la ciudad tras tres días de altercados que dejaron ocho muertos, en su mayor parte católicos.

El incendio de Bombay Street tomó un carácter mitológico dentro de la iconografía del IRA, hasta el punto de que tanto la propia organización como los analistas creen que el IRA renació tras los incendios y las muertes de agosto de 1969.

La mayor parte de los militantes del IRA Belfast y Derry estaban avergonzados por su incapacidad para proteger a la población católica de los disturbios sectarios, e indignados con la cúpula de la organización por haberles dejado en una situación de indefensión con su disminución del gasto militar a lo largo de los siete años anteriores. Los protestantes se burlaban del IRA y muchos católicos insultaban a sus miembros, afirmando que IRA significaba *Irish run away*: "los irlandeses huyen".

Los acontecimientos de agosto de 1969 hirieron de muerte la unidad del IRA.

Tras los disturbios, los pesos pesados del IRA en Belfast, liderados por Billy McKee, se reunieron con el jefe de la organización en la ciudad, leal a la dirección de Dublín, y manifestaron su indignación por la política seguida por la cúpula del IRA, que creían que había tenido desastrosas consecuencias durante los sucesos de agosto. Los hombres de Belfast exigieron que se iniciara de inmediato una política de rearme, en especial en el Norte o, de lo contrario, ellos lo harían por su propia cuenta.

La división interna del IRA se fue acentuando en los meses posteriores y se trasladó a la asamblea que la organización celebró en 1970. En ella, la estrategia política de Goulding contó con el apoyo de la mayor parte de los delegados del Sur y volvió a imponerse sobre los planteamientos militares de los norteños, respaldados por Seán MacStiofain. La decisión no fue aceptada por los opositores y se produjo la escisión definitiva entre quienes se mantuvieron fieles a la cúpula del IRA, liderada por Cathal Goulding, que pasó a ser denominada IRA Oficial –OIRA-, y los partidarios de una política de corte militar, liderados por MacStiofain, que pasaron a constituir el IRA Provisional -PIRA-, integrado, sobre todo, por veteranos de la campaña de la Frontera, originarios de las áreas rurales, y los pocos miembros del Norte que estaban representados en la Asamblea.

MacStiofain diseñó para el IRA Provisional una estrategia en tres fases: primero, convertirse en una fuerza defensiva eficaz a la hora de proteger a la comunidad católica de las agresiones, tanto de los protestantes radicales como de la policía o el ejército. En segundo lugar, ser capaz de pasar a la ofensiva contra los protestantes radicales, obligándoles a cesar en sus ataques, por la amenaza de las acciones de represalia que IRA Provisional pudiera emprender. Y, por último, ser capaz de enfrentarse a las fuerzas británicas para forzar su salida de Irlanda del Norte, ya que el objetivo último de la organización era lograr la reunificación del Norte con la República de Irlanda. Para reforzar la identidad de la organización, el IRA Provisional adoptó un nuevo emblema: un fénix renaciendo de las llamas, en referencia al incendio de Bombay Street que, en muchos sentidos, había supuesto el nacimiento del IRA Provisional.

En el momento de la escisión, el OIRA mantuvo a aproximadamente el 70% de los militantes, pero esa situación cambió rápidamente y sus casi seiscientos operativos se vieron reducidos drásticamente en el periodo posterior a la escisión, en parte por la implementación del Internamiento, que diezmó a sus cuadros, y, sobre todo, porque los nuevos voluntarios se incorporaban masivamente al IRA Provisional, por su mayor beligerancia y agresividad. En 1972, diezmado por la represión policial y sin recibir casi nuevos reclutas, el IRA Oficial declaró un alto el fuego con las tropas británicas y las fuerzas de seguridad.

En los primeros meses de 1970, el gobierno norirlandés trató de rebajar la tensión y concedió algunas de las demandas del movimiento por los derechos civiles. El proceso de asignación de viviendas sociales dejó de estar en manos de las autoridades locales y pasó a una comisión menos controlada por protestantes. Igualmente, se disolvieron los *B-Specials*, creando en su lugar el *Ulster Defence Regiment* (UDR), una fuerza de carácter militar formada por individuos empleados en ella a tiempo parcial, de forma que compatibilizaban el servicio de seguridad con sus ocupaciones

laborales ordinarias. También se reorganizó el RUC, que fue desarmado, en un intento de que la comunidad católica dejara de ver a sus agentes como una amenaza.

Estas medidas despertaron la ira de la comunidad protestante y, en el área más radicalmente lealista de Belfast, Shankill Road, se produjeron graves altercados, durante los cuales francotiradores protestantes mataron a un católico, a un agente del RUC y a un soldado británico. No deja de ser una trágica ironía que el primer policía y el primer soldado muertos en *The Troubles* lo fueran a manos de radicales protestantes.

En un primer momento, en 1969, la comunidad católica había recibido a las tropas británicas cálidamente, considerándoles guardianes que venían a protegerles de los ataques protestantes, superando así la pasividad del RUC y la incapacidad del IRA. La llamada "luna de miel" entre el ejército y la población católica fue deteriorándose a lo largo del invierno de 1969-70. El uso de las tropas para escoltar las marchas protestantes, su pasividad ante los ataques lealistas contra comunidades católicas y la deliberada estrategia del IRA de provocaciones para causar reacciones de las tropas que les alejaran de la población católica variaron el modo en que los católicos norirlandeses contemplaban al ejército británico.

Los choques entre el ejército y los republicanos tardaron seis meses en producirse a gran escala. El 31 de marzo de 1970 hubo disturbios en la zona de Falls Road, con motivo de la celebración del aniversario del Alzamiento de Pascua de 1916. Los soldados cargaron con porras contra los católicos, entraron en las casas derribando las puertas, rompieron imágenes de santos y vírgenes y causando daños en las viviendas. Al día siguiente, treinta y ocho soldados fueron heridos por lanzamiento de botellas, ladrillos y otros objetos en los barrios católicos de Belfast, lo que, a su vez, provocó que el ejercito utilizara de forma masiva gas CS, por primera vez en los disturbios.

En la noche del 27 de junio de 1970, en el marco de una serie de incidentes callejeros, grupos de protestantes entraron en barrios católicos de Belfast e intentaron quemar la iglesia de St. Matthew. Ante la pasividad del ejército y del RUC, los únicos que trataron de detener a la turba fue una pequeña unidad del IRA Provisional liderada por uno de los voluntarios más carismáticos de la organización, Billy McKee. Los acontecimientos de esa noche fueron conocidos como "el asedio de St. Matthew". Los voluntarios de McKee resistieron intercambiando disparos con los protestantes hasta que estos se retiraron a sus barrios, dejando tras de sí dos muertos –al igual que un miembro del IRA fallecido y a McKee gravemente herido-; el acontecimiento pasó a formar parte de la iconografía del IRA, que explotó los hechos para presentarse como defensor de los católicos frente a la violencia protestante y la connivencia o pasividad de las tropas y la policía.

Los disturbios intermitentes siguieron a lo largo de semanas, hasta que el 3 de octubre se produjo el llamado *Falls curfew* –"toque de queda de Falls-. A lo largo de ese día, soldados del Regimiento de la Guardia Negra escocesa irrumpieron en la zona católica de Falls Road y Balkan Street, tras recibir información sobre la localización de una casa que el OIRA utilizaba como arsenal. La violenta actuación de las tropas y la hostilidad de la población desataronj una oleada de incidentes sin precedentes en Belfast. En cuarenta y ocho horas, cinco civiles católicos perdieron la vida tras recibir disparos por parte de soldados o de agentes del RUC.

El *Falls curfew* tuvo una enorme importancia en dos sentidos: terminó con cualquier visión favorable que la población católica pudiera haber tenido respecto al papel del Ejército en el conflicto, situando a los soldados en el punto de mira de las acciones terroristas del IRA y, en conjunción con los incidentes de agosto del 69, dirigió a una enorme cantidad de jóvenes católicos al IRA. Hasta entonces, militar en la organización era algo casi familiar, que pasaba de padres a hijos en un reducido núcleo de familias republicanas. Pero, tras

agosto de 1969 y octubre del 70, decenas de jóvenes católicos que nunca habían tenido nada que ver con la política y aún menos con el republicanismo, pasaron a engrosar las filas del IRA. Esta generación de voluntarios fue conocida como *sixty-niners* -los del 69-, la mayor parte de los cuales se integró en la organización no tanto por motivaciones políticas como por percibir que así defendían sus calles y comunidades de la amenaza de los radicales protestantes.

5.- La consolidación del IRA Provisional

El fin de la luna de miel entre católicos y soldados y el volumen de nuevos miembros que recibió el IRA supuso un aumento de la violencia a lo largo del año 1971. Cuando terminó 1970, se estimaba que el IRA Provisional tenía unos mil quinientos miembros, con una organización que replicaba el modelo del ejército británico, estructurado en brigadas que, a su vez, se dividían en batallones.

El 6 de febrero de 1971, unidades del IRA, lideradas por Billy Reid, emboscaron a una patrulla, matando a un soldado británico llamado Robert Curtis, que se convirtió en el primero de los 503 miembros del Ejército británico que morirían a manos del IRA Provisional y otros grupos republicanos en las subsiguientes décadas de conflicto.

Pocas semanas después, el 8 de marzo de 1971, se produjo uno de los crímenes que mayor impacto habrían de provocar en la opinión pública: tres soldados fuera de servicio de un regimiento escocés entablaron una conversación amistosa con tres norirlandeses en un pub de Belfast. Los seis abandonaron juntos el local y montaron en un coche. Al llegar a un área deshabitada, los tres soldados, con sus jarras de bebida en la mano, se apearon para orinar en la cuneta, momento en que los otros tres hombres, miembros del IRA Provisional, les dispararon en la nuca. Dos de los soldados eran hermanos, de

diecisiete y dieciocho años, y el tercer soldado asesinado tenía diecinueve años.

En abril, el IRA implementó una nueva estrategia: una campaña de bombas para dañar el tejido económico de Irlanda del Norte, con el objetivo de hacer insostenible la presencia británica también desde el punto de vista de su coste monetario. Cualquier local comercial se convirtió en un objetivo: tiendas, restaurantes, centros comerciales, pubs… Treinta y siete bombas fueron detonadas en abril, cuarenta en mayo, cincuenta en junio y más de noventa en julio de 1971. Cuando, en la mañana del 12 de julio –día grande de las marchas orangistas- doce bombas estallaron simultáneamente a lo largo del recorrido que unas pocas horas antes de que lo transitaran miles de miembros de la Orden de Orange, las autoridades consideraron que había que dar un paso más en la lucha contra el IRA.

Ese paso fue la imposición del *Internment* o Internamiento, en agosto de 1971. Con este nombre se hacía referencia a la posibilidad legal de detener y retener sin necesidad de acusación, puesta a disposición judicial o atención letrada a sospechosos, en el marco de poderes que brindaba la *Special Powers Act*, en vigor desde la década de 1920. Hasta entonces, las autoridades habían sido reacias a su aplicación, en especial el Ejército, que temía que el uso del Internamiento pudiera generar una oleada de apoyo al IRA.

Pese a esta oposición de las autoridades militares, el gobierno de Irlanda del Norte decidió utilizar el *Internment*, por cuarta vez en la historia de Irlanda del Norte, ya que la medida había estado vigente entre 1931 y 1934, durante los años de la II Guerra Mundial y, por último, entre 1956 y 1962, durante la campaña de la Frontera. La entrada en vigor del Internamiento en 1971 se hizo a través de una acción masiva con el apoyo del ejército, denominada Operación Demetrius, desencadenada en la madrugada del 10 de agosto de 1971, en el transcurso de la cual se detuvo a cientos de personas por toda Irlanda del Norte, sometiéndoles al régimen del Internamiento.

El Internamiento fue un éxito estratégico para el IRA. Sus cuadros y operativos fueron afectados de forma marginal por las detenciones, ya que el ejército lanzó la operación sin información válida que respaldara los arrestos. La estructura del IRA Provisional en Belfast quedó intacta, aunque en Derry sufrió algunas pérdidas significativas, lo cual catapultó al mando en la zona a Martin McGuiness, figura clave en los años posteriores. En segundo lugar, el Internamiento se aplicó no solo a los colectivos republicanos, sino también a grupos como los defensores de los derechos civiles o los estudiantes nacionalistas moderados, por lo que muchos miembros de esos grupos acabaron aproximándose al IRA. Tuvo el efecto de unir a la comunidad católica, aproximando a los nacionalistas moderados a los planteamientos de los republicanos radicales. Por si esto fuera poco, la medida alejó al gobierno de Irlanda de la colaboración antiterrorista con Reino Unido, ya que los británicos implantaron el Internamiento sin haber consultado ni avisado a las autoridades de Dublín.

Al tiempo, los británicos volaron numerosas carreteras en la zona fronteriza, con la idea de volver la frontera menos porosa a la infiltración del IRA desde sus santuarios del Sur. Con ello se indispusieron con la población rural, que necesitaba esos caminos y carreteras para desplazarse por sus tierras, de modo que el apoyo al IRA se disparó en las áreas rurales. El *Internment* y las medidas anexas expandieron geográficamente la influencia del IRA, hasta entonces localizado en las áreas urbanas, como Derry y Belfast, nutriendo sus filas en el entorno rural.

Pensado para disminuir la violencia, el Internamiento tuvo el efecto contrario. En las setenta y dos horas posteriores a su introducción, veintidós personas perdieron la vida en Irlanda del Norte. En los cinco meses siguientes, perdieron la vida 152 personas, y el año siguiente, 1972, fue el más sangriento del conflicto, con 475 muertos, más de un muerto diario. Tras la introducción del Internamiento, el IRA levantó la orden existente de atacar solo a

policías y soldados que se encontraran de servicio, si bien muchos de sus voluntarios habían ignorado esa restricción con anterioridad.

Si el Internamiento había fortalecido el apoyo al IRA, la situación empeoró cuando paracaidistas británicos abrieron fuego en Derry, el 30 de enero de 1972, sobre una manifestación pacífica, pero que había sido declarada ilegal por las autoridades. Trece personas, todas desarmadas, murieron a consecuencia de los disparos, que alcanzaron a muchas de las víctimas por la espalda, es decir, mientras huían, y no mientras atacaban a las tropas, como afirmaron los soldados británicos. Aquel día, tanto el OIRA como el IRA Provisional habían dado órdenes de que no se llevaran a cabo acciones en Derry, por el temor de que las fuerzas de seguridad les atribuyeran la responsabilidad de posibles bajas civiles.

La extremada juventud de algunos de los muertos –varios no llegaban a los veinte años-, el alto número de víctimas y lo injustificado de la actuación de las fuerzas paracaidistas hicieron que el Domingo Sangriento, como pasaron a ser conocidos los acontecimientos de aquel día, aumentara la hostilidad y el odio de los católicos hacia las fuerzas británicas, provocando refrzando el apoyo al IRA Provisional y siendo, en parte, causante del recrudecimiento de la violencia en los meses siguientes.

El apoyo que recibió el IRA a raíz del Internamiento y del Domingo Sangriento, convirtieron a 1971, 1972 y 1973 en los años más sangrientos del conflicto.

En este aumento de la violencia tuvo una enorme influencia la guerra sectaria, como se conoce a la sucesión de muertes y venganzas en ataques contra miembros de la comunidad católica o la protestante por los paramilitares del otro bando, tuvieran o no vinculación con la violencia o la militancia política. Este tipo de violencia –que el IRA rechazaba oficialmente, ya que se definía como movimiento no sectario- fue en aumento en 1971, cuando, como respuesta a los

atentados del IRA contra soldados británicos, la organización paramilitar lealista UVF desencadenó una serie de ataques indiscriminados contra católicos, iniciados con la bomba colocada en el pub McGurk´s, en Belfast, que mató a quince personas.

El 22 de febrero, solo tres semanas después del Domingo Sangriento, el OIRA colocó, a modo de venganza, una bomba en el cuartel de Aldershot, en Gran Bretaña, base del regimiento paracaidista cuyos soldados habías causado las muertes de Derry. La bomba estaba colocada junto a la cocina del cuartel y, al detonar, mató a cinco limpiadoras, un jardinero y un capellán militar católico. Un mes después, el 20 de marzo, el IRA Provisional colocó dos coches-bomba en Belfast, pero las llamadas de advertencia sobre el lugar dónde estaban colocados fueron confusas, de modo que, al alejar la policía a la multitud de una de las bombas, la congregó alrededor de la segunda, situada en Donegal Road. La detonación mató a siete personas.

La violencia había colocado Irlanda del Norte en una situación de virtual descontrol para las autoridades. El gobierno británico no tuvo más remedio que imponer el *Direct Rule*, es decir, el gobierno directo desde Londres, suprimiendo temporalmente las instituciones de gobierno regional, como el Parlamento de Irlanda del Norte o el propio gobierno de Irlanda del Norte. Posiblemente, este fue el mayor éxito estratégico del IRA a lo largo del conflicto, puesto que la imposición del *Direct Rule* suponía la desaparición –si bien temporal- de las autoridades protestantes que los republicanos consideraban culpables de realizar una política de discriminación hacia los católicos.

Los asuntos norirlandeses quedaron en manos de un cargo de nueva creación, el Secretario de Estado para Irlanda del Norte, dependiente del gobierno de Londres, lo que despertó el rechazo de la comunidad lealista, al considerar que se trataba de una injerencia ilegítima y antidemocrática en el funcionamiento de las instituciones

representativas norirlandesas –gobierno y parlamento-, que perdían sus potestades, dejando sin efecto la voluntad de la población que las había elegido.

El 25 de mayo de 1972, el OIRA asesinó a un soldado norirlandés católico de diecinueve años, William Best, en Derry, ciudad de la que era oriundo. Al día siguiente, más de cuatrocientas mujeres católicas de la ciudad se plantaron ante el cuartel del OIRA, insultando a sus miembros. Junto a la pérdida de apoyo entre la comunidad católica –volcada con el IRA Provisional- y el daño a su estructura que había provocado la presión policial en los meses anteriores, el asesinato de Best y la reacción de las mujeres de Derry decidieron al OIRA a decretar un alto el fuego, definitivo a la postre, respecto de las fuerzas de seguridad y el ejército.

A lo largo de la primavera de 1972, el IRA había dado un salto adelante en su capacidad militar. En parte fue causada por la introducción del coche-bomba, que permitía colocar cantidades de explosivo mayores, con el consiguiente aumento de la capacidad destructiva. Esta capacidad, sin embargo, era un arma de doble filo, ya que disparaba las posibilidades de causar víctimas civiles, con el consiguiente perjuicio para la imagen del IRA. Al tiempo, la organización consiguió adquirir en Estados Unidos varios cientos de fusiles de asalto Armalite AR-15, que mejoraron la capacidad militar de las unidades del IRA en emboscadas, tiroteos y acciones de francotiradores, hasta el punto de que no era extraño que las unidades del IRA superaran en potencia de fuego a los soldados a los que atacaban.

Otra manifestación de este aumento en las capacidades operativas del IRA fue la colocación de bombas-trampa y minas en las carreteras y caminos de las áreas rurales, volviendo muy arriesgado cualquier movimiento del RUC o el ejército por estas zonas, hasta el punto de que en zonas como el llamado "país de los bandidos", en South Armagh, el Ejército solo se desplazaba en helicóptero, evitando

las vías terrestres, por miedo a las bombas, las minas y las emboscadas.

El punto álgido de la violencia del IRA se alcanzó el 21 de julio de 1972, en lo que se conoció como el *Bloody Friday* –"viernes sangriento"-. En esa fecha, la brigada del IRA de Belfast introdujo veintidós coches-bomba en la ciudad y los detonó en diferentes ubicaciones repartidas por todo el área urbana en el lapso de tiempo de una hora. Uno de ellos, situado frente a una parada de autobús, mató a seis personas. Otro acabó con la vida de dos mujeres y de un niño de catorce años. La matanza se debió a un terrorífico error de cálculo del IRA, ya que la serie concatenada de avisos desbordó a las autoridades, incapaces de evacuar todas las áreas a medida llegaban las llamadas de advertencia, con escaso margen de tiempo respecto a la detonación y en una ciudad relativamente pequeña –no olvidemos que, a día de hoy, Belfast tiene una población de 270.000 habitantes, equiparable a la de Gijón o Vitoria-, donde no era difícil que, al desalojar una ubicación, se orientara a la gente hacia el lugar donde estaba colocado otro de los coches-bomba.

El Viernes Sangriento y sus once muertos fueron un desastre para el IRA. Al daño que causó a la imagen de la organización hubo que añadir el hecho de que impulsó al gobierno a lanzar la Operación Motorman, por la cual, el 31 de julio de 1972, miles de soldados británicos irrumpieron en las llamadas *no-go areas*, zonas de Belfast y Derry en las que la policía y el Ejército no entraban y por las que el IRA, hasta entonces, se había movido con libertad. Con los acontecimientos de aquel día se cerraba el que habría de ser el mes más sangriento del conflicto: a lo largo de los treinta y un días de julio de 1972, noventa y dos pesonas perdieron la vida en Irlanda del Norte, lo que suponía casi tres muertos diarios.

Pese a la envergadura de Motorman, el IRA consiguió salvar la mayor parte de su infraestructura, ya que un constructor alertó a la organización horas antes de que se produjera la irrupción de las

fuerzas británicas, y más sesenta miembros de comandos del IRA cruzaron la frontera hacia el Sur poco antes de que comenzaran las redadas. A la mañana siguiente, el IRA respondió haciendo estallar simultáneamente tres coches-bomba en la localidad de Claudy, cercana a Derry, matando a ocho personas.

La Operación Motorman supuso un cambio decisivo en el conflicto, ya que limitó la libertad de movimientos de los operativos del IRA, y supuso un cambio definitivo en la iniciativa estratégica: hasta entonces, el IRA había sido una fuerza ofensiva que trataba de expulsar a los británicos; tras la operación Motorman, el IRA fue perdiendo la iniciativa y pasóa situarse a la defensiva, sufriendo una presión cada vez mayor del RUC y el Ejército y viendo menguar su apoyo en la propia comunidad católica, cada vez más convencida de que la violencia del IRA no serviría para expulsar a los británicos de Irlanda del Norte.

La violencia se mantuvo en cotas altísimas durante los meses siguientes a Motorman, y llevó al establecimiento, en 1973, de los Tribunales Diplock, en los que se suprimía el jurado para juzgar los casos de terrorismo y la sentencia quedaba sometida al arbitrio de un único juez militar. Con ello se pretendía evitar la intimidación que sufrían jueces y jurados por los paramilitares, pero se tradujo en una reducción de las garantías de los procesados.

6.- Eire Nua y el acuerdo de Sunningdale

Desde el punto de vista político, la gran elaboración del IRA en el aquel tiempo fue la teoría política *Eire Nua* (Nueva Irlanda), según la cual la isla de Irlanda se gobernaría a través de un sistema parlamentario que vincularía de forma federal a las cuatro provincias (Ulster, Munster, Leinster y Connaught), dejando mucho poder en manos de los parlamentos regionales. En manos del gobierno central quedarían tan solo la política de defensa y la diplomacia exterior.

Con esta propuesta, desde el punto de vista del IRA, se ofrecía una solución a la minoría protestantes del Ulster, que quedaría integrada en Irlanda, pero gozando de gran autonomía dentro de ese estado federal que proponía *Eire Nua*, disponiendo de su propio parlamento, el *Dail Uladh*, en el que estarían integrados los representantes de los nueve condados del Ulster –los seis integrados en el Reino Unido, más los tres integrados en la República de Irlanda: Cavan, Monaghan y Donegal-.

La propuesta *Eire Nua* fue hecha pública el 5 de septiembre de 1972, ofreciendo el IRA un alto el fuego en cuatro días si los británicos aceptaban debatirla. El gobierno de Londres no se avino a ello, siguiendo la política de no negociar con terroristas en tanto en cuanto estos no dejaran las armas. *Eire Nua* era un plan político diseñado por los líderes del IRA oriundos del Sur desde una perspectiva propia de los militantes del Sur, muy alejada de los puntos de vistas de los voluntarios del Norte.

Otro importante giro político del conflicto tuvo lugar entre el 6 y el 9 de diciembre de 1973, cuando se produjo el acuerdo de Sunningdale. Por vez primera asistieron a una reunión conjunta los primeros ministros de la República de Irlanda, Reino Unido e Irlanda del Norte. El texto del acuerdo también fue suscrito por los nacionalistas moderados del SDLP y por el centrista *Alliance Party*, protestante. El punto de acuerdo esencial fue que todas las partes aceptaban el principio de libre consentimiento, incluidos los nacionalistas del SDLP, que legitimaban así el status de Irlanda del Norte.

Este acuerdo fue una conmoción política en Irlanda del Norte, ya que era el primer acuerdo entre unionistas y nacionalistas moderados, e incluía la creación de un comité que integrara a representantes de Irlanda del Norte y de la República de Irlanda para tratar temas de cooperación a ambos lados de la frontera. Tanto el IRA como los paramilitares lealistas se opusieron al acuerdo de

Sunningdale, y su existencia fue efímera y con pocos resultados prácticos. En mayo de 1974, el acuerdo se rompió bajo la presión de la violencia sectaria y su rechazo por ambas comunidades. Sin embargo, supuso un primer acercamiento entre unionistas y nacionalistas moderados, el primer peldaño del camino que llevaría, más de dos décadas después, al proceso de paz definitivo.

7.- Los altos el fuego y la "ulsterización" del conflicto

A lo largo de los años 1974 y 1975, se produjeron una serie de altos el fuego que redujeron los niveles de violencia del conflicto. El más importante fue el que tuvo lugar entre el 9 de febrero y el 2 de abril de 1975. Estos altos el fuego tuvieron importantes consecuencias para la evolución del conflicto y, en líneas generales, se considera que perjudicaron al IRA, respondiendo a la estrategia británica de tratar de contener la violencia en lo que se dio en denominar "niveles aceptables", lo cual da una idea de hasta qué punto la matanza de los años 1971, 1972 y 1973 había escapado del control de las autoridades.

Por una parte, los altos el fuego debilitarion la credibilidad del IRA en su propia comunidad, ya que había afirmado repetidamente que no negociaría con los británicos y que la única solución al conflicto era la retirada total de estos de Irlanda del Norte. Además, los altos el fuego fueron seguidos de un aumento de la violencia sectaria contra los católicos, ya que los paramilitares lealistas trataban de provocar al IRA para que retomara las armas. Solo en los tres días siguientes a la declaración del alto el fuego de febrero de 1975, los paramilitares asesinaron a cinco católicos, situando al IRA en una situación casi imposible de mantener. Impulsada por el líder del IRA, en aquel entonces Billy McKee –el defensor de St.Matthew-, la organización republicana practicó de forma mucho más agresiva que en los años previos la política de *retaliation*, que había sido autorizada por el Estado Mayor el 30 de junio de 1972, tras los primeros crímenes de la UDA. La *retaliation* suponía que cada asesinato de

católicos sería respondido con el asesinato de civiles protestantes, de forma que el IRA se involucró en la guerra sectaria. Los años 1975 y 1976 fueron los más sangrientos del conflicto sectario: 250 católicos fueron asesinados por lealistas, mientras que alrededor de 150 protestantes fueron asesinados por el IRA en respuesta a estos crímenes.

Los altos el fuego fomentaron el auge de las luchas entre el OIRA y el IRA Provisional, incluyendo el gran conflicto de 1975, que dejó once muertos, y dio a las autoridades un respiro que permitió reorientar su estrategia antiterrorista y mejorar sus fuentes de inteligencia, en especial con la reforma de la prisión de Long Kesh -que pasó a llamarse Maze- y con la creación de centros especiales de interrogario, como los situados en Castlereagh y en Holywood.

La nueva estrategia antiterrorista tuvo como principal impulsor al nuevo jefe del RUC, Kenneth Newman, que tomó el mando de la fuerza policial en mayo de 1976. Newman basó los cambios en tres pilares:

- Ulsterización, consistente en reducir el papel del gobierno británico, particularmente del ejército, en el conflicto, impulsando las soluciones que emanaran de los órganos regionales del Ulster y dejando el peso del orden público en manos del RUC.

- Normalización, con la supresión de algunas de las medidas especiales que se habían tomado para combatir al IRA. Así, se suprimió el Internamiento y se le sustituyó por otra figura, la Orden de Detención, que brindaba más garantías a los detenidos.

- Criminalización, fomentando la visión del terrorismo como un problema criminal y no político. En esta línea, se eliminó el "status especial", que se había concedido a los presos del IRA en 1972, lo que acabaría llevando a las huelgas de hambre de los primeros años 80.

Poco a poco, el RUC iría retomando las labores de seguridad, sustituyendo al ejército, si bien se mantendría un despliegue con tres tipos de zonas diferenciadas. En las zonas más peligrosas, el ejército seguiría controlando la seguridad. En zonas de peligrosidad media, se encargaría el RUC auxiliado por unidades de policía militar, en lo que se dio en llamar misiones Echo Mike, por las iniciales de "Escolta Militar". Por último, la seguridad y el orden público serían asumidos por completo por el RUC en las zonas consideradas seguras. El conjunto de estas medidas policiales fue conocido como "la estrategia del paso adelante", en el sentido de que la policía daría un paso adelante para reasumir responsabilidades en la lucha antiterrorista.

CAPÍTULO 14:

DE LA LARGA GUERRA A LOS ACUERDOS DE VIERNES SANTO

1.- Las celdas 9 y 11: La reestructuración del IRA Provisional

En 1973 y 1974, una mejora en las capacidades de inteligencia antiterrorista británicas había tenido el efecto de decapitar sucesivas veces a la brigada de Belfast del IRA, situando entre rejas a algunas de sus figuras más importantes: Gerry Adams fue detenido en el 73; su sucesor Ivor Bell, a comienzos de 1974; en marzo cayó el sucesor de Bell; y la brigada fue decapitada por cuarta vez en año y medio con la captura el 10 de mayo de 1974 de Brendan *Darky* Hughes.

Sin embargo, estas detenciones tuvieron un efecto imprevisto, catalizado por la figura de Gerry Adams. Este era miembro de una familia vinculada al republicanismo, y su padre –de igual nombre- era un peso pesado en la brigada de Belfast a finales de los años sesenta. El joven Adams fue ganando prestigio en la unidad del barrio de Ballymurphy, una de las más activas de la organización y, poco a poco, fue escalando puestos en la jerarquía del IRA. Cuando fue detenido por los británicos era uno de los jefes de la organización en Belfast.

Encerrado en la Celda 11 de la prisión de Maze, Adams y los otros presos republicanos capturados en los meses previos –en especial su amigo Ivor Bell, encerrado en la Celda 9- planificaron una reorganización del IRA y un replanteamiento de las estrategias a

seguir, considerando que, hasta entonces, el Estado Mayor había estado dominado por republicanos del Sur, que no entendían las necesidades del Norte, donde se desarrollaba la verdadera lucha. El punto de partida de Adams y sus compañeros era sencillo: los tiempos de 1972, donde la derrota militar de los británicos parecía no solo posible, sino cercana, habían quedado atrás, por lo que mantener la misma estrategia no solo no era válido, sino que sería desastroso para los intereses republicanos.

De esta idea surgió una nueva doctrina estratégica: la "guerra larga" -*Long War*-, según la cual sería necesario un conflicto prolongado en el tiempo para conseguir la retirada británica -Adams llegó a hablar de dos décadas, es decir, hasta finales del siglo XX-, por lo que la estrategia del IRA debía adaptarse a un conflicto de larga duración. La *long war* implicaba una estrategia total, combinando una serie de elementos: presión internacional, conflicto armado para minar la moral de las fuerzas británicas y dar una expresión tangible al rechazo a la ocupación, movilización política que diera apoyo a la lucha armada e impidiera la acomodación de la población, presión a la opinión pública británica para convencerla de que la ocupación era demasiado cara y costosa… Era una globla que partía del supuesto de que la combinación de estos elementos impulsaría a los británicos a abandonar Irlanda del Norte a largo plazo.

Entre las consecuencias que implicaba la adaptación a la doctrina de la guerra larga se encontraba que el Sinn Feinn, brazo político de la organización, debía participar en las elecciones, ocupando sus asientos en los parlamentos irlandés y británico y desarrollando en ellos una política de abstencionismo activo que no implicara reconocer la legitimidad de dichos parlamentos, ya que el IRA la negaba.

Dentro del propio IRA, Adams y los suyos propugnaron la creación de un Consejo Revolucionario, a imagen del creado en Libia por Gadafi, ya que la presión policial hacía demasiado peligroso

reunir a toda la militancia en asambleas, como se había hecho a principio de los años setenta. Crearon un Libro Verde, de nuevo a imagen de Libia, que todo voluntario del IRA debía conocer y estudiar, y en el que, además de cuestiones políticas e ideológicas, se incluían secciones prácticas, relativas, por ejemplo, a cómo resistir un interrogatorio. El Libro Verde establecía los cinco pilares que debían sostener la lucha armada: guerra contra el personal enemigo para causarle cuantas bajas fuera posible, hasta que su propio pueblo pida su retirada; campaña de bombas contra intereses económicos; hacer el Ulster ingobernable salvo bajo un régimen militarizado de corte colonial; sostener la guerra con amplia propaganda nacional e internacional; y, por último, mantener la cohesión interna castigando a traidores, colaboradores y criminales.

Para los presos de las celdas 11 y 9, era necesaria una reestructuración del organigrama militar, suprimiendo el diseño de corte militar de brigadas y batallones y sustituyéndolo por una estructura basada en Unidades de Servicio Activo -ASUs, por sus siglas en inglés-, formadas por cuatro hombres. Esto reducía la estructura militar del IRA, pero, en el nuevo contexto, la organización no necesitaba las grandes cantidades de voluntarios de los tiempos anteriores.

Igualmente, Adams introdujo el concepto de liderazgo permanente, lo cual implicaba que importantes líderes de la organización se desvincularan de la lucha armada y emergieran a la luz pública como figuras políticas, brindando un interlocutor aceptable a los británicos para emprender negociaciones y ofreciendo a la comunidad republicana puntos de referencia políticos al margen de la clandestinidad. Así, figuras como Gerry Adams o Martin McGuiness, que había sido la figura clave del IRA en Derry durante una década, se disociaron de la lucha armada y aparecieron como líderes políticos.

La reestructuración propuesta por Adams topó con la oposición de buena parte del Estado Mayor del IRA, ya que esta institución, hasta entonces alma de la organización, perdía mucho de su poder y, en especial, cedía el control sobre el aparato militar en el Norte a las estructuras, muchos más autónomas e independientes, de las ASUs. Billy McKee, líder del Estado Mayor, se opuso al cambio, pero no pudo evitar que los partidarios de Adams consiguieran que la reestructuración se aprobara y comenzara a aplicarse en 1976.

Tras este triunfo, Adams se lanzó a por el control absoluto de la organización. Logró derribar a McKee, atacándole duramente por la gestión de su liderazgo durante el alto el fuego de 1975, que había dañado a la organización, por haber incentivado la participación del IRA en la guerra sectaria, rompiendo con la tradición del movimiento republicano de presentarse como no sectario, así como por haber arrastrado al IRA Provisional al conflicto de 1975 contra el OIRA. Derribado McKee, Adams, apoyado por Bell y por el responsable de propaganda, Danny Morrison, consiguieron que la renovación del Estado Mayor se produjera por cooptación, es decir, los miembros que quedaban en el órgano elegían a los sustitutos para los puestos vacantes, lo que les garantizaba un control permanente sobre la dirección del IRA.

2.- Las violencia en los últimos años 70 (1976-1979)

Desde 1976, el IRA lanzó una campaña de bombas incendiarias contra objetivos económicos: tiendas, hoteles, restaurantes, étc. Por lo general, se trataba de explosivos de fabricación casera y de poca potencia, pero capaces de provocar en escasos segundos un incendio que podía causar graves daños a un local. A lo largo de los años siguientes, el IRA experimentó con mezclas de líquidos para conseguir una deflagración lo más fuerte posible. El 17 de febrero de 1978, probaron una nueva mezcla contra el restaurante La Mon, a poco distancia de Belfast. Una serie de problemas impidió al comando

del IRA advertir de la colocación de la bomba incendiaria y, cuando esta detonó, había más de cuatrocientas personas en el interior de la sala. La explosión generó una bola de fuego que quemó vivas a doce personas e hirió de extrema gravedad a decenas. Al día siguiente, el RUC colocó más de diez mil carteles con imágenes de los cuerpos quemados en lugares públicos de toda Irlanda del Norte. La catástrofe de La Mon llevó al IRA a abandonar su campaña de colocación de bombas incendiarias contra objetivos civiles.

En 1977, dentro de su estrategia general de dañar la economía norirlandesa para hacer insostenible la presencia británica, el IRA comenzó a asesinar a prominentes industriales, algunos de ellos vinculados a multinacionales que se habían asentado o pretendían asentarse en la zona. Esta campaña también se vinculaba con el giro político que Adams había impreso a la organización en el marco de la estrategia de *long war*, ya que pretendía acercar nuevamente al IRA a las clases trabajadores presentándose como un defensor de los trabajadores frente a los capitalistas y los grandes empresarios.

En 1979, el mismo día, 27 de agosto, el IRA Provisional logró dos de sus operaciones más exitosas contra Reino Unido. En una pequeña cala irlandesa, una bomba colocada en su bote de pesca mataba a lord Mounbatten, primo de la reina Isabel y una de las figuras más queridas del Reino Unido, ya que había sido héroe de guerra en las campañas asiáticas de la II Guerra Mundial y había desempeñado la difícil tarea de ser el último virrey de la India, guiando el proceso de independencia y partición del subcontinente. En el momento de su asesinato, lord Mounbatten tenía 79 años. Junto a él murió su nieto de corta edad –al que había llevado a pescar-, la suegra de su hija y el barquero, un muchacho local de quince años.

Al mismo tiempo, en la zona norirlandesa de Warrepoint, un convoy del Regimiento Paracaidista cayó en una emboscada del IRA, que detonó una potente bomba al paso de los vehículos. La explosión mató a seis soldados; el resto, al abandonar los vehículos, fue objeto

de fuego de francotiradores del IRA, por lo que se refugió en un cobertizo cercano y solicitaron ayuda. A los pocos minutos, un helicóptero cargado con soldados del regimiento Queen´s Own Highlanders aterrizó en la zona, momento en que la unidad del IRA detonó una segunda bomba oculta en las inmediaciones. En total, dieciocho soldados británicos murieron en la emboscada de Warrepoint, la mayor pérdida del ejército británico en una sola acción durante el conflicto.

3.- Las campañas de atentados en Gran Bretaña

En 1973, el IRA decidió llevar la violencia hasta el corazón de Gran Bretaña, una idea que había sido debatida en los años previos varias veces y que siempre se había descartado por su dificultad y el temor a que endureciera la postura británica, en vez de debilitarla. Sin embargo, en 1973 el IRA consideró que solo un aumento de la violencia podría hacer negociar a los británicos y, dado que la violencia en Irlanda del Norte era difícil de escalar –el año anterior habían muerto 475 personas-, se decidió iniciar una campaña de colocación de bombas en Gran Bretaña. Uno de los líderes del IRA, Daithi O´Connail, la definió como un ataque contra objetivos políticos, militares, económicos y judiciales que llevara las consecuencias de la guerra al hogar del gobierno británico. Con ello esperaban que la presión de la población sobre el gobierno le impulsara a tratar de poner un final negociado al conflicto.

En la primera operación en suelo británico, se colocaron cuatro coches-bomba en Londres en la misma mañana: uno en los cuarteles de la policía metropolitana en New Scotland Yard; otro en la puerta de la oficina de reclutamiento del Ejército, en la zona de Whitehall; el tercero en la puerta de la British Forces Broadcasting Service y el cuarto en las inmediaciones de los tribunales de Old Bailey. Tres de ellos fueron desactivados, y solo llegó a detonar el de Old Bailey, donde un hombre murió víctima de un infarto.

Ese mismo, día un francotirador del IRA había matado a un soldado en Belfast; otro soldado había muerto en una bomba-trampa en South Armagh; cinco bombas del IRA habían explotado en Belfast seis más lo habían hecho en Derry; y los paramilitares lealistas habían asesinado a tiros a un protestante casado con una católica. Sin embargo, todos los titulares fueron acaparados por la explosión de Londres. El IRA aprendió una lección que acabaría costando la vida a ciento veinte personas en Gran Bretaña y otros lugares de Europa, y que expresó un terrorista del IRA de forma sucinta y acertada: "Una bomba en Londres vale por doce en el Ulster".

La captura del equipo que había colocado las bombas, cuando intentaban regresar a Irlanda del Norte, convenció al IRA de que introducir y extraer equipos para cada acción era demasiado arriesgado, por lo que trató de crear una estructura permanente en suelo británico, aprovechando las posibilidades que para ello daba la enorme comunidad irlandesa en Gran Bretaña.

La campaña de bombas fue en aumento: una bomba colocada en la autovía M62 detonó al paso de un autobús militar, matando a nueve soldados y a una mujer y sus dos niños. El 21 de noviembre de 1973, una bomba del IRA, colocada en el pub Tavern in the Town de Birminghan, se convirtió en la acción más sangrienta en la historia del IRA Provisional, al matar a veintiún jóvenes británicos que tomaban cerveza en la hora punta de la noche de un sábado.

La respuesta fue igual de salvaje: en mayo de 1974, paramilitares lealistas detonaron una serie de coches bomba en Dublín y en el condado de Monagan, en la República de Irlanda, como represalia por la pasividad del gobierno irlandés respecto a la lucha contra el IRA y como respuesta a los atentados de esta organización en suelo británico. Treinta y tres civiles perdieron la vida en la sucesión de explosiones indiscriminadas, en lo que fue la mayor pérdida de vidas en un solo día de todo el conflicto.

4.- Las huelgas de hambre

Al comienzo de la década de 1980 el IRA tenía quinientos operativos, un tercio de los que llegó a tener en la década anterior. Pese a acciones como la de Warrepoint, su capacidad militar declinaba. Ello llevó a Adams a considerar que, en adelante, el objetivo de la lucha armada debía ser reforzar el papel del Sinn Fein en la escena política, lo cual presentaba una dicotomía difícil de solucionar, ya que, en líneas generales, la luchar armada hacía perder votos y restaba legitimidad al Sinn Feinn. Sin embargo, un acontecimiento imprevisto cambió por completo el panorama en Irlanda del Norte.

Las cárceles habían sido, tradicionalmente, un frente más dentro de la estrategia del IRA. En los años 70, habían conseguido que los presos de la organización disfrutaran del llamado "status especial": la consideración de sus miembros como un colectivo diferenciado de los reos por delitos comunes, lo que implicaba derechos como vestir sus propias ropas o no participar en los trabajos que desarrollaban los internos en las cárceles. Sin embargo, el status especial fue revocado por el gobierno británico en la segunda mitad de la década de los setenta, como parte de la política de normalización del conflicto.

Los presos del IRA organizaron una serie de protestas, que incluyeron la "protesta de las mantas", al cubrirse tan solo con mantas cuando las autoridades les prohibieron usar sus propias ropas y pretendieron que usaran uniformes, como los presos comunes, y la llamada "protesta sucia", en la que, durante el verano de 1978, casi trescientos reos del IRA permanecieron durante meses en sus celdas repletas de excrementos al prohibírseles abandonar las mismas incluso para ir al baño si no lo hacían vestidos con sus uniformes penitenciarios. El IRA reforzó esta protesta lanzando una campaña de asesinatos de funcionarios de prisiones que costó la vida a diecinueve personas, incluyendo a la mujer de uno de ellos.

En otoño de 1980, siguiendo instrucciones del comandante del IRA en la prisión de Maze y en contra del criterio de la dirección de la organización, cinco presos del IRA y dos del INLA iniciaron una huelga de hambre. Adams se oponía, pues creía que Margaret Thatcher no cedería a las presiones y que si el IRA dejaba morir de hambre a sus propios presos sufriría una pérdida de apoyo social. Los acontecimientos parecieron darle la razón cuando el gobierno y los huelguistas firmaron un acuerdo ambiguo para evitar la muerte del un reo que había caído en coma, poniendo fin a la huelga.

Sin embargo, una segunda huelga comenzó a organizarse meses después, de la mano de Bobby Sands, que había estado en la celda 11 con Adams y que la planificó metódicamente y de forma muy diferente a la anterior: los presos entrarían en huelga de hambre de forma escalonada, de forma que la tensión y la presión se fuera incrementando con el paso de los días y se mantuviera incluso después de que los primeros presos murieran, prolongando en el tiempo el efecto causado sobre la opinión pública. Se fijó que los reclusos irían incorporándose a la huelga con intervalos de entre diez días y dos semanas, ya que consideraron que era un tiempo razonable para que se negociase entre la muerte de un huelguista y la del siguiente. Bobby Sands escogió ser el primer preso en entrar en huelga, lo que suponía aceptar una condena a muerte casi cierta, en vista de que Thathcer no se avendría a negociar salvo si la presión aumentaba de forma dramática, lo que solo se podía conseguir con la muerte de al menos uno de los presos.

Bobby Sands entró en huelga de hambre el 1 de marzo de 1981 en el aniversario de la revocación del status especial a los presos del IRA. Murió en la madrugada del 5 de mayo de 1981, sin haber vuelto a probar alimento. Otros nueve huelguistas mantuvieron la huelga hasta el final y perdieron la vida en las semanas posteriores, algunos de ellos tras pasar más de dos meses resistiéndose a ser alimentados.

Contra lo previsto por el Estado Mayor del IRA, las huelgas de hambre constituyeron la mayor victoria propagandística de la organización en toda su existencia. El apoyo social aumentó y decenas de jóvenes se integraron en las filas de los Provisionales. Las huelgas revivieron el odio republicano hacia la ocupación británica y desataron una nueva oleada de violencia –sesenta y ocho personas perdieron la vida en Irlanda del Norte durante la huelga de hambre de 1981-, pese a que la cúpula del IRA ordenó una disminución de las acciones armadas para que toda la atención se centrara en la huelga. Poco a poco, los familiares de los presos que seguían vivos convenció a varios de que dejaran la huelga y, tan solo unos días después de que el último la abandonara, el gobierno británico anunció concesiones a los presos del IRA, en especial en el tema de la vestimenta.

Durante la huelga de hambre de Bobby Sands, el republicanismo había realizado una muy arriesgada maniobra política, en contra, nuevamente, de la dirección del IRA. Se había decidido presentar a Bobby Sands, inmerso en su huelga de hambre, como candidato del Sinn Feinn en las elecciones parlamentarias por una circunscripción que representaba a los distritos electorales de Fermanagh y South Tyrone, de mayoría católica. El IRA temía que su no elección desembocara en catástrofe publiciaria, pero Sands fue elegido, lo cual multiplicó el impacto mediático de su huelga de hambre.

La huelga de hambre y la elección primero de Sands y luego de otros presos involucrados en ella hizo ver a la dirección del IRA la necesidad de un cambio estratégico, impulsado por Gerry Adams: se trató del *going politics*, el giro a la política, en la que la estrategia global del movimiento republicano, tanto del Sinn Feinn como partido político como del IRA como organización armada, pasó a ser obtener los mejores resultados electorales posibles, subornidando a esta consideración la estrategia de la lucha armada.

O´Bradaigh, histórico líder de la organización y pieza clave en el diseño de *Eire Nua*, se opuso a este cambio, indicando que la lucha electoral era una táctica que debía subordinarse a de expulsar a los británicos de Irlanda del Norte. En la lucha subsiguiente en los órganos directivos del IRA, esta fue la postura mayoritariamente defendida por la estructura del Sur, mientras que la estructura del Norte defendió el giro a la política. Estos últimos lograron imponerse y se llegó a rechazar formalmente la docrina de *Eire Nua*. De esta forma, el IRA quedó bajo el control de los cuadros de mando procedentes del Norte, aglutinados en torno a las figuras de Martin McGuinness y Gerry Adams, pasando los irlandeses del Sur a desempeñar un papel secundario y suponiendo el fin de la generación de líderes históricos que habían controlado el IRA desde los años 70.

El primer test electoral tras este cambio estratégico, las elecciones al parlamento norirlandés que se celebraron en 1982, fueron un éxito para el republicanismo: el Sinn Feinn logró cinco escaños, entre ellos los destinados Adams, McGuiness y Danny Morrison, con un 10% de los votos y acallando las voces críticas dentro del IRA contra el giro político. Este éxito fue posible porque la subordinación de la violencia a la estrategia electoral hizo al Sin Feinn atractivo para los católicos moderados de mediana edad, que rechazaban la violencia irrestricta del IRA en épocas anteriores.

La creciente visibilidad del Sin Feinn no supuso que el IRA fuera menos importante, si bien en 1985 era más pequeño que años antes, pero las necesidades del movimiento republicano tampoco eran iguales y la estructura militar del IRA Provisional no necesitaba ser tan grande como al comienzo del conflicto. La estrategia republicana exigía matener un cierto nivel de violencia, y el IRA se estabilizó en unos 250 miembros en los años ochenta, frente al millar y medio que llegó a tener en los años 70.

5.- Los años de los *supergrasses*

Los años comprendidos entre 1982 y 1984, en el marco del conflicto de Irlanda del Norte, son conocidos como "los años de los *supergrasses*". En la jerga de *The Troubles*, con el nombre de *supergrass* se conoce al miembro de una organización terrorista que, una vez detenido, colabora con las autoridades denunciando todo cuanto sabe de esa organización, a cambio de inmunidad total o parcial por los delitos que él mismo pudiera haber cometido.

La figura del *supergrass* tenía ya más de veinte años de antigüedad en la legislación británica, y había sido aplicada sobre todo a miembros del hampa y el crimen organizado británico, pero en los años 1982, 1983 y 1984 jugó un papel determinante en la lucha contra el terrorismo. Gracias a *supergrasses*, se consiguió desarticular la estructura de la UVF en el condado de Antrim y numerosas unidades del IRA. El primer *supergrass* que testificó en un juicio fue Clifford McKeown, un lealista de 23 años que declaró contra veintinueve de sus antiguos compañeros de la UVF, en julio de 1982.

El daño que estas informaciones causaron al IRA fue enorme e hizo que la organización buscara el modo de combatirlas. Las familias de los informadores fueron amenazadas y, en muchos casos, incluso secuestradas. Sin embargo, ello no logró detener el fenómeno, algo que sí logró el propio sistema judicial británico: a medida que se sumaban condenas, el sistema judicial se volvió cada vez más reacio a emitir veredictos de culpabilidad basados en las declaraciones de testigos que, a su vez, eran delincuentes confesos y que recibían notables beneficios por sus testimonios. Muchos jueces y abogados creían que esto dañaba los derechos de los acusados y deterioraba el sistema de justicia británico.

De forma sucesiva, condenas basadas en el testimonio de los *supergrasses* fueron anuladas en el proceso de apelación. El golpe final al sistema de *supergrasses* fue el rechazo en la Corte de

Apelación, el 23 de diciembre de 1986, de las condenas previas a 26 miembros del INLA, basadas en el testimonio de Harry Kirkpatrick, antiguo miembro de la organización, que había sido condenado a cadena perpetua sin remisión tras confesar ser autor de cinco asesinatos, y que por colaboración vio como su condena era conmutada a cadena perpetua sin tiempo mínimo de cumplimiento, lo que en la práctica significaba que podía ser puesto en libertad en cualquier momento, mediante la revisión de su condena.

Aprovechando la llegada de recursos y el reclutamiento de una nueva generación de militantes, el IRA Provisional llevó a cabo una nueva campaña de atentados en Gran Bretaña, cuyo punto culminante fue el atentado contra el Grand Hotel de Brighton, en 1984, donde estuvieron cerca de lograr el que hubiera sido el golpe más espectacular de su historia: el asesinato de la Primera Ministra británica, Margaret Thatcher. La Dama de Hierro logró escapar al atentado, pero otras cuatro personas perdieron la vida en la explosión de un artefacto de gran potencia destinado a acabar con la premier británica.

En líneas generales, durante la década de 1980, la actividad del IRA se desplazó a las zona rurales, que presentaban una serie de ventajas respecto a las áreas urbanas de Derry y Belfast: las fuerzas de seguridad concentraban un menor número de efectivos, en proporción a la extensión territorial, el IRA poseía en los condados rurales una muy buena red inteligencia local y era fácil atacar a los blancos en momentos de máxima vulnerabilidad: fuera de servicio, en carreteras y granjas aisladas, étc. Además, los ataques en áreas rurales, con escasa presencia de civiles, reducían las posibilidades de daños colaterales que dañaran la imagen del IRA. Las acciones en el entorno rural, con emboscadas, minas y ataques de francotiradores, tenían unas características más próximas al conflicto insurgente que al terrorismo, lo que ayudaba a difundir la imagen del IRA como un ejército enfrentado a otro en una guerra de corte convencional.

En los seis primeros meses de 1985, el IRA mató a un único soldado en Belfast; sin embargo, asesinó a once agentes del RUC, ocho reservistas y dos miembros de la UDR en zonas rurales durante el mismo periodo de tiempo. En los siguientes seis meses, no hubo víctimas en Belfast, pero el IRA asesinó a seis agentes del RUC, un reservista, cuatro soldados y seis miembros de la UDR en zonas rurales.

En ese año 1985, el IRA asesinó a nueve agentes del RUC en la comisaría de Newry, al alcanzar con un proyectil de mortero la cafetería del cuartel, donde diez agentes se encontraban desayunando, y en 1986 desencadenó una campaña contra los contratistas de empresas de construcción que aceptaban trabajar para eleEjército o el RUC, muchos de los cuales fueron asesinados, creando una situación en la que cualquier obra en comisarías, cuarteles o bases militares exigía que fuera realizada por ingenieros militares británicos, ya que ninguna empresa de Irlanda del Norte se atrevía a asumirla.

En 1985, se produjo un hito político de gran relieve, el Acuerdo Angloirlandés, por el que ambos gobiernos reiteraban su aceptación del principio de libre consentimiento respecto al futuro de Irlanda del Norte y creaban una conferencia periódica en la que tratar asuntos sobre seguridad, legislación y derechos humanos concernientes a Irlanda del Norte. Los acuerdos fueron condenados por el IRA, que criticó la aceptación del libre consentimiento, y por los lealistas, ya que uno de los aspectos claves del acuerdo era el reconocimiento por Reino Unido del derecho de la República de Irlanda a que su opinión fuera tenida en cuenta en los asuntos relativos a Irlanda del Norte, lo que los protestantes veían como una peligrosa cesión de soberanía.

En 1987, una bomba colocada en la localidad norirlandesa de Einneskillen durante una conmemoración de veteranos de guerra estalló antes de lo previsto, matando a once civiles. Ese mismo año, el 11 de mayo de 1987, ocho miembros clave de la estructura del IRA en las zonas rurales del Norte, fueron abatidos en una emboscada en

Loughgall por una unidad del SAS, junto con un motociclista que, accidentalmente, se encontraba en el lugar de los hechos cuando los soldados abrieron fuego. Las muertes de Loughgall hirieron de muerte un ambicioso plan del IRA, que habían denominado "ofensiva del Tet", a imagen de la ofensiva del vietcong contra los norteamericanos en 1968, consistente en ataques simultáneos contra puestos y bases británicas por todo el territorio, con el que experaban demostrar que la capacidad militar del IRA se mantenía en niveles altos.

6.- El declinar de la violencia y el proceso de paz

Cuando llegaron los años 90, la disminución de la violencia del IRA era evidente, como muestra el que, en todos los años de esa década, por primera vez desde que comenzara el conflicto, los paramilitares protestantes fueron responsables de un mayor número de asesinatos que el IRA.

Los rumores sobre negociaciones secretas entre el gobierno británico y el IRA para un alto el fuego llevaban tiempo en la escena política británica, y fueron confirmados por la declaración por el IRA del cese de sus actividades militares, proclamado el 31 de agosto de 1994, con lo que se abría un proceso de paz en el que, por primera vez en 25 años, existían posibilidades reales de alcanzar un final definitivo a la violencia. Estas esperanzas se vieron confirmadas cuando, el 13 de octubre del mismo año, la plataforma que aglutinaba a la mayor parte de los paramilitares lealistas se adhirió al alto el fuego, siempre y cuando el IRA no volviera a usar la violencia.

El proceso de paz fue un proceso largo y dificultoso. Un hito señalado fue el llamado Acuerdo Marco, elaborado por el gobierno británico, y que contenía, en términos ambiguos y poco comprometedores para las partes, una descripción del contexto general en el que habrían de desarrollarse las negociaciones posteriores. La virtud de este acuerdo consistía en que era aceptable para ambas partes

–en tanto en cuanto no comprometía a nada-, lo que permitía prolongar el alto el fuego, de acuerdo con la estrategia del gobierno -correcta, como demostró el tiempo- de que cuánto más se alargase el alto el fuego más difícil sería para el IRA romperlo y más presión recibiría de su propia comunidad para que la paz se mantuviera.

Cuando la organización anunció el alto el fuego del 31 de agosto de 1994, había asesinado a 1.684 personas. De hecho, el IRA Provisional siguió matando después de su alto el fuego, ya que continuó atentando contra personas a las que acusaba de ser narcotraficantes.

El difícil proceso de paz se extendió durante tres años. El 24 de enero de 1996, el mediador norteamericano hizo público un informe en el que se contenían los seis principios, denominados Principios Mitchell, sobre los que había de asentarse el acuerdo definitivo, resumibles en el compromiso del uso exclusivo de medios pacíficos para defender las ideas políticas, el desarme total de las organizaciones paramilitares, verificable por una comisión independiente, y el cese inmediato de toda forma de violencia.

Sin embargo, el 9 de febrero el IRA Provisional rompió el alto el fuego detonando una bomba de enorme potencia en Londres, matando a dos personas y causando más de 150 millones de libras en daños, acusando al gobierno británico de haber actuado con mala fe durante el proceso negociador. El 14 de junio del mismo año 1996 otra enorme detonación de similares proporciones destruyó gran parte del centro de Manchester. Estos atentados estaban diseñados para causar graves pérdidas materiales, no daños personales, presionando así al gobierno británico a reanudar las negociaciones y a hacer concesiones al IRA

La estrategia republicana tuvo éxito y, tras varias concesiones, el 19 de junio de 1997, el IRA Provisional anunció un alto el fuego, que sería definitivo. El proceso de paz cristalizó con la firma del Acuerdo de Viernes Santo, el 10 de abril de 1998.

El Acuerdo de Viernes Santo reconocía que la mayor parte de la población de Irlanda deseaba la unificación de la isla, y que la mayor parte de Irlanda del Norte deseaba permanecer dentro del Reino Unido. El gran paso adelante era que todos los firmantes, tanto los dos gobiernos como los partidos políticos norirlandeses, reconocían la legitimidad de ambas posiciones y el derecho a ser defendidas por medios pacíficos y democráticos. Igualmente, se ratificaba el principio de consentimiento, aceptando ambos gobiernos respetar el derecho de los norirlandeses a elegir su futuro como irlandeses, británicos o ambas cosas. La República de Irlanda aceptó reformar los artículos 2 y 3 de su constitución, que incluían Irlanda del Norte como parte de su territorio, para lo cual fue necesario un referéndum en el que el sí obtuvo el 94% de los sufragios.

El acuerdo fijaba una gran cantidad de compromisos y novedades, tanto por parte de los gobiernos británicos como por los partidos políticos, algunos de los cuales, como el Sinn Feinn o el Progressive Unionist Party, eran el brazo político de las organizaciones paramilitares republicanas y lealistas. Los puntos más importantes eran:

- Se fijó que las decisiones que afectaran a aspectos claves de la vida de Irlanda del Norte exigirían para su aprobación en el parlamento norirlandés una mayoría de los votos entre los representantes de ambas comunidades, no solo en el total de los votos.

- Se fijó un reparto de las carteras del gobierno basado en la ley D´Hondt entre ambas comunidades.

- Todo ello suponía, además, el fin del *Direct Rule*, vigente desde el sangriento año 1972, y la reinstauración del funcionamiento de las instituciones representativas en Irlanda del Norte.

- El Ejército británico abandonaría Irlanda del Norte y el RUC se desmilitarizaría, pasando a ser una policía civil, como el resto de cuerpos policiales británicos.

- Las organizaciones paramilitares abandonarían la violencia, se desharían de sus arsenales y se disolverían.

- Se aceleraría la liberación de presos por delitos relacionados con el conflicto, incluyendo reos de delitos de sangre e incluso sentenciados a cadena perpetua.

El Acuerdo de Viernes Santo, firmado en 1998, entró en vigor el 2 de diciembre de 1998.

En julio de 2005 el IRA anunció de forma total y definitiva su abandono de la lucha armada, ordenando a todas sus unidades que se deshicieran del armamento. El 31 de julio de 2007, sin ceremonia pública, se arrió la bandera británica del acuertelamiento de Thiepvall, en Lisburn, antaño cuartel general del ejército británico en Irlanda del Norte y, en aquel momento, última posición de las fuerzas armadas británicas en la provincia. Con el abandono de Thiepvall, se ponía punto final a treinta y ocho años de operaciónes del ejército británico en Irlanda del Norte.

En 2008, la comisión independiente de verificación confirmó que el IRA se había deshecho de sus armas y desmantelado su estructura organizativa por completo. A todos los efectos, el IRA había dejado de existir.

7.- La violencia tras el alto el fuego: RIRA y CIRA

En la convención del IRA Provisional celebrada en Gweedore, en el condado de Donegal, en 1997, una importante facción de la organización se escindió, por encontrarse en desacuerdo con el proceso de paz.

La organización escindida adoptó el nombre de Real IRA (RIRA) –que suele ser traducido como "IRA Auténtico"-, pero su apoyo social fue escaso. Entre los miembros que se integraron en ella estaba el jefe de logística del IRA Provisional, arquitecto de las relaciones con Libia en los ochenta, y algunos de los principales fabricantes de bombas de la organización, lo que les dio una gran capacidad en este sentido, así como otros treinta miembros veteranos, muchos de ellos originarios de South Armagh. A partir de ese núcleo, el RIRA reclutó nuevos voluntarios, sobre todo estudiantes universitarios de Dublín y obreros de las zonas de Dundalk y Newry, hasta llegar a reunir alrededor de cien miembros.

Su primera acción fue la colocación de una bomba en septiembre de 1997, en Markethill, en el condado de Armagh. En mayo de 1997 la Garda mató a uno de sus líderes, Ronan McLoichlainn, durante un atraco. Las acciones del RIRA tenían por objeto presionar el proceso de paz y ponerle fin, y para ello decidieron detonar una bomba de forma indiscriminada en una zona protestante de la ciudad de Omagh. El objetivo era causar una carnicería que provocara una respuesta equivalente de los paramilitares protestantes y generara un espiral de violencia que diera al traste con el proceso de paz. La detonación del coche-bomba, en verano de 1998, se tradujo en veintiocho muertos, todos ellos civiles –incluidos dos españoles-, en lo que fue la mayor matanza en un solo incidente de todo el conflicto.

La carnicería indiscriminada perpetrada en Omagh acabó con el poco apoyo social que tenía el RIRA, que se vio obligado a declarar un alto el fuego en septiembre de 1998, presionado por el IRA

Provisional, que amenazó con comenzar una guerra contra sus miembros, y por las nuevas medidas policiales tomadas desde Londres.

Otra rama escindida del IRA Provisional es el IRA de Continuidad (CIRA), una corriente que surgió en 1986, aunque permaneció en el seno de la organización hasta los Acuerdos de Viernes Santo, momento en el cual los miembros del CIRA abandonaron el IRA Provisional para continuar la lucha armada por su cuenta. Con escaso número de activistas y poco apoyo, ha seguido realizando acciones armadas esporádicas, como el asesinato de un policía norirlandés el 9 de marzo de 2009. Sin embargo, la mayor parte de las muertes atribuidas a la organización han tenido como víctimas a disidentes de la misma: el CIRA asesinó a dos de sus miembros den 2007 por tratar de crear una organización diferente; en 2013 asesinó a uno de sus propios líderes, Kieran McManus; y en 2014 asesinó en Belfast a Tommy Crossant, que previamente había sido expulsado del CIRA.

8.- La evolución del OIRA y sus escisiones

En 1975, las tensiones internas del OIRA, que había decretado en 1972 un alto el fuego con las fuerzas del orden, llegaron a su punto culminante y provocaron la ruptura de la organización. Una importante facción, partidaria de continuar la luchar armada contra los británicos, se escindió y creó el *Irish Republican Socialist Party*, con su propia organización militar, el *Irish National Liberation Army* -INLA-, que llevó a cabo una intensa campaña de atentados entre 1975 y 1987, ya que en esta organización se integraron los voluntarios del OIRA más veteranos, capacitados y comprometidos con la lucha armada. Su planteamiento ideológico era claro: el marxismo solo podría establecerse en Irlanda del Norte después de la liberación del país, es decir, tras la expulsión de los británicos. Sus bastiones eran Belfast y South Derry.

En 1979, una bomba del INLA en el centro político de Londres asesinó Airey Neave, Secretario de Estado británico para Irlanda del Norte y amigo personal de Margaret Thatcher. Durante el año 1981, el INLA mató a más personas que el IRA Provisional y, en 1982, su violencia siguió escalando, hasta cometer cerca de treinta asesinatos, incluyendo la colocación de la bomba en el Dropping Well Pub, una discoteca de la localidad norirlandesa de Ballykelly, que el 6 de diciembre de 1982 mató a diecisiete personas, incluyendo once soldados británicos fuera de servicio.

A lo largo de los años siguientes, el sistema de *supergrasses* diezmó al INLA, y el paso final hacia su extinción fue una lucha entre el núcleo del INLA y un grupo escindido del mismo, el *Irish Peolple´s Liberation Organisation* (IPLO). La lucha entre las dos facciones dejó doce muertos en pocos días, hasta que la mediación de dos sacerdotes logró calmar a las dos facciones republicanas. No obstante, la lucha hirió de muerte al INLA, que se disolvió.

El IPLO siguió activo algunos años más, siendo especialmente fuerte en el área de Divis Street, en Belfast. Uno de sus asesinatos más notables fue el del destacado lealista George Seawright. En los últimos años de la década de los 80 se vinculó al IPLO con el tráfico de drogas. La situación se agravó cuando en 1992 se enfrentaron entre sí la dirección militar de la organización y la brigada de Belfast. El primer muerto fue el líder de la organización desde su creación, Jimmy Brown, asesinado por los hombres de Belfast. Otros tres miembros murieron en esta guerra. Al acabar el año, el IRA Provisional anunció que pondría en marcha una operación con cien de sus miembros para dispersar al IPLO, por sus vinculaciones con el tráfico de drogas. A la semana siguiente a este anuncio, ambas facciones del IPLO anunciaron que la organización se disolvía.

9.- Los paramilitares lealistas

El primer grupo paramilitar lealista que tomó las armas contra la comunidad católica fue la *Ulster Volunteer Force* –UVF-. A este grupo se le atribuye la primera muerte de *The Troubles*.

El nombre de la UVF proviene de la unidad creada durante la I Guerra Mundial por los norirlandeses que combatieron en el ejército británico contra las fuerzas de los imperios centrales. En su creación, en los sesenta, la UVF atrajo a sus filas a ex militares del ejército británico –caso de Gusty Spence, que había servido en Chipre- y gozó de gran implantación en el área de Shankill Road de Belfast, en Armagh y en el este del condado de Antrim.

Por otra parte, en agosto de 1971 se creó, como respuesta a la violencia del IRA y a la percepción de la misma como una grave amenaza para la comunidad protestante, la *Ulster Defence Association* –UDA-, agrupación bajo la que se unían múltiples organizaciones lealistas y que llegó a tener alrededor de 40.000 miembros en el momento álgido del conflicto. La mayor parte de sus integrantes eran protestantes de clase trabajadora. A medida que aumentó la violencia del IRA, la UDA se acercó a los grupos más violentos, como la UVF. En 1972 hizo una demostración de fuerza, cuando miles de sus miembros, enmascarados y vestidos con chaquetas militares, desfilaron por el centro de Belfast.

En la primavera de 1972, tras suprimirse el Parlamento de Irlanda del Norte e imponerse el *Direct Rule* por parte del gobierno británico, la UDA consideró que la comunidad protestante debía protegerse a sí misma y comenzó a actuar violentamente contra católicos, en acciones que ellos definían como represalias por los atentados del IRA contra policías y soldados. Para ello creó la *Ulster Freedom Force* –UFF-, de forma que la UDA pudiera seguir siendo legal. Junto con la UVF, el brazo paramilitar de la UDA fue

responsable de centenares de muertes sectarias, asesinando a católicos solo por el hecho de pertenecer a esa comunidad.

En la década de 1990, la mayor parte de los líderes de la UDA eran menores de treinta años, carentes de una estrategia política y volcados tan solo en la acción violenta. Fueron responsables de cuarenta asesinatos en el año 1991 y treinta y ocho el año siguiente. En ese año 1992, el UFF realizó uno de sus ataques más sangrientos, atacando una librería católica en Belfast, matando a cinco personas, como respuesta a al asesinato por el IRA Provisional de ocho protestantes en la localidad norirlandesa de Teebane.

Finalmente, el aumento de la violencia paramilitar hizo que la UDA fuera ilegalizada ese mismo año 1992.

10.- La sombra de la guerra sucia

Con el término *collusion* se hacía referencia en Irlanda del Norte a los rumores, sobre todo entre la comunidad católica, de que las fuerzas de seguridad, en especial la UDR, colaboraban con los paramilitares lealistas, hasta el punto de que muchos de los miembros de estos grupos formaban parte de los cuerpos de seguridad. Un ejemplo claro de ello se produjo en 1975, cuando se supo que, entre los asesinos de tres de los miembros una famosa banda de música católica, *The Miami Show Band*, se encontraba un miembro del *Ulster Defence Regiment* -UDR-.

En 1989 se realizó la *Stevens Inquiry*, una investigación sobre la colusión entre paramilitares y fuerzas de seguridad, que acabó sentando en el banquillo de los acusados a 28 miembros de la UDR por formar parte o haber colaborado con organizaciones paramilitares protestantes. En vista de los resultados de la investigación, la UDR fue disuelta por el gobierno y sus miembros integrados dentro un regimiento del ejército.

Otro controvertido elemento del conflicto fue el uso de las "cinco técnicas", métodos de presión sobre los detenidos empleados sistemáticamente por las fuerzas de seguridad en Irlanda del Norte: la privación de sueño; someter a ruidos constantes al detenido o a música a muy alto volumen; obligarle a permanecer en posturas que generaban incomodidad durante horas; someter al detenido a una dieta consistente exclusivamente en pan y agua y mantener al detenido encapuchado durante largos periodos de tiempo.

Las cinco técnicas fueron autorizadas por el gobierno británico y se aplicaban a detenidos calificados como de baja resistencia. Tenían su origen en las campañas coloniales de los 50 y 60 en Malasia, Kenia y Chipre. Ante las reiteradas quejas por sus uso en Irlanda del Norte, se realizó una investigación que concluyó con la publicación del informe Compton, de 1972, donde se concluía que su empleo no era constitutivo de tortura, ya que uno de los elementos de la tortura era la brutalidad, definida en el informe como una crueldad salvaje e inhumana con indiferencia o placer ante el dolor de la víctima por parte del interrogador, algo que se estimaba que no se cumplía en el caso de la aplicación de las cinco técnicas.

Pese al informe Compton, el uso de las cinco técnicas siguió siendo polémico. En un informe posterior, Diplock afirmó que el objetivo del interrogatorio es construir una atmósfera en la que el inicial deseo de mantener silencio por parte del detenido sea reemplazado por la urgente necesidad de informar al interrogador, excluyendo para lograr esto los tratos crueles y degradantes. Diplock recomendaba suspender la aplicación de las cinco técnicas, con independencia de su legalidad, y sustituirlas por la aplicación de lo que denominó "presión psicológica" sobre los detenidos.

Otro de los problemas que se planteó, esta vez en relación con el desempeño del RUC, fueron las acusaciones de que la policía seguía una política de *shoot to kill* –disparar a matar- respecto a los activistas republicanos. En la legislación británica, un agente de

policía solo podía utilizar su arma de fuego como último recurso, y tenía expresamente prohibido efectuar disparos con la específica intención de matar, si bien se justificaban los disparos que supusieran riesgo de muerte para el blanco en circunstancias en que otras vidas estuvieran en peligro.

El agente debía justificar no solo la necesidad del uso de su arma y de haber abierto fuego, sino también la necesidad de cada uno de los disparos efectuados. Sin embargo, se produjo un alto número de incidentes que terminaron en muerte de sospechosos republicanos en los que estas justificaciones se obviaron o se falsearon manifiestamente, lo cual era motivo de indignación entre la comunidad católica.

En el caso del ejército, a los soldados se les suministraba la *yellow card*, una tarjeta de color amarillo en la que se especificaban lo que, en terminología militar, se denomina reglas de compromiso o reglas de empeño, es decir, la respuesta armada legal en cada supuesto; en particular, bajo qué circunstancias se permitía a los soldados hacer uso de sus armas de fuego contra un oponente. Estos criterios, de carácter legal, no siempre eran bien comprendidos por los soldados, ya que estos, a diferencia de los agentes de policía, no recibían formación jurídica como parte de su proceso de instrucción.

Esto cambió cuando el ejército británico creó los *Northern Ireland Advisory Training Teams*, en diferentes ubicaciones de Gran Bretaña y en bases de Alemania Occidental. Allí, además de combate urbano, represión de disturbidos y otros elementos tácticos que los soldados debían conocer para sus periodos de servicio en la Provincia, se incluyó formación sobre el marco legal de la actuación de las tropas en misiones de contrainsurgencia y, específicamente, sobre la importancia e implicaciones de las *yellow cards*.

Esto no sirvió para suprimir una realidad: los soldados no son agentes de policía, y por mucha formación que se les de en cuestiones como el uso de la fuerza mínima, la mentalidad de un combatiente es muy diferente a la de un agente de la ley. Como señaló un estudio, las mentalidades diferían sustancialmente debido a un hecho crucial: los soldados cubrían sus periodos de servicio en Irlanda del Norte y luego regresaban a sus hogares o a sus acuertelamientos en otros lugares, pero los agentes de policía permanecían indefinidamente sobre el terreno, lo cual supone un compromiso muy diferente. La mentalidad militar del oponente como un enemigo al que eliminar recorría toda la escala de mando. El general Freeland, máximo responsable del ejército británico en Irlanda del Norte entre 1970 y 1971, autorizó a los soldados a disparar a matar contra aquellos que lanzaran o portaran cócteles molotovs –en muchos casos, adolescentes o niños-. Por su parte, el testimonio de un soldado de los Royal Green Jackets, recogido por Wharton, no deja lugar a dudas: "Por supuesto que disparábamos a matar; apuntábamos al blanco más grande, el pecho, tal y como nos habían entrenado. Esto no es Hollywood. Es ellos o nosotros".

De particular relieve en las polémicas del *shoot to kill* fue la actuación del SAS en Irlanda del Norte. Fueron desplegados en Irlanda del Norte en 1976, como respuesta a la matanza de Kingmill, lugar donde, el 4 de enero de ese año, una unidad del IRA Provisional asesinó a once trabajadores protestantes. Desde esa fecha, el SAS se vio involucrado en numerosos incidentes que terminaron con la muerte de miembros del IRA. El más importante de ellos tuvo lugar el Loughgall, donde murieron ocho voluntarios del IRA y un transeúnte, sin que llegaran a hacer un solo disparo contra los hombres del SAS.

Otro incidente de gran repercusión fue la muerte a manos del SAS de tres miembros del IRA en Gibraltar, donde se encontraban planeando un atentado. La investigación posterior demostró que los terroristas iban desarmados y que no había ninguna bomba en el coche que acababan de aparcar, ya que se encontraban aún realizando una

misión de reconocimiento. Sin embargo, la investigación exculpó a los soldados, al considerar que podía considerarse legítima la creencia de estos de que los terroristas podían portar un mando a distancia para detonar un coche-bomba –algo de lo que se había informado a los operativos del SAS horas antes- y que, al abrir fuego, lo hicieron conel convencimiento de que sus vidas y las de los transeúntes se encontraban en peligro.

El elevado número de incidentes en que unidades del SAS abatieron a miembros del IRA desarmados o que no habían llegado a empuñar las armas despertó críticas sobre lo oportuno de utilizar una unidad de élite, entrenada para ser extremadamente agresiva en contextos de guerra convencional, en tareas de seguridad, donde la prioridad, tanto legal como operativa, debe ser capturar con vida al oponente. Se hizo célebre la respuesta de un oficial del SAS al ser interrogado sobre estos tiroteos: "Si juegas a juegos de mayores, juegas con las reglas de los mayores" -*Big boy´s games, big boy´s rules*-.

PARTE III:

LECCIONES Y DOCTRINA

INTRODUCCIÓN:

EL SIGLO XXI

Más allá de la preservación de la memoria y del homenaje que constituye a los esfuerzos y sacrificios realizados por las generaciones anteriores, la utilidad del estudio de la Historia, desde el punto de vista de la praxis militar, es la obtención de lecciones que puedan aplicarse en las campañas futuras, para la obtención de un resultado favorable a las fuerzas armadas propias. Esta aplicación práctica se realiza a través de la doctrina, que el ejército británico, en el *British Military Docrine*, publicado en 1996, define como "la expresión formal del conocimiento militar que el ejército acepta como válido y aplicable a determinadas circunstancias".

En este sentido, el ejército británico ha tenido dos ocasiones en el siglo XXI de verificar si la doctrina sobre contrainsurgencia, elaborada a partir de la experiencia obtenida en la larga y sangrienta serie de campañas en las que combatió en los cien años anteriores, era válida o si se había producido una lectura errónea de los conflictos o de la aplicación de lo aprendido en los nuevos escenarios. En ese sentido, dedicar unas páginas a los conflictos suscitados por la invasión de Afganistán, en 2001, y de Irak, en 2003, con sus respectivas ocupaciones en los años posteriores, es casi un paso imprescindible para tener una visión de conjunto sobre la contrainsurgencia británica en el siglo XX y su validez o pervivencia de cara al presente y al futuro.

Un tercer caso, el de la Operación Pallister y algunas acciones posteriores realizadas por fuerzas británicas en el contexto de la pacificación de la guerra civil que, durante años, arrasó Sierra Leona y la sumió en el caos a consecuencia de la lucha entre el gobierno y las guerrillas de RUF –*Revolutionay United Front*-, no parece lo suficiente consistente en el tiempo y en su escala como para constituir un ejemplo de análisis válido, por lo que se ha optado por excluirlo del presente capítulo.

CAPÍTULO 14:

IRAK Y AFGANISTÁN: LECCIONES PARA EL SIGLO XXI

1.- La campaña británica en Irak

Como señala Peterson, en muchos sentidos campaña contrainsurgente británica en Irak es una guerra que sigue los modelos coloniales, si bien con una serie de factores que aumentan su complejidad. Uno de los más significativos es la naturaleza múltiple de la insurgencia, ya que los grupos insurgentes incluyen organizaciones de resistencia ante la ocupación, grupos baasistas vinculados al antiguo régimen, yihadistas suníes tanto locales como extranjeros, milicias tribales y grupos extremistas chiíes, cada uno animado por su propia ideología y, en muchos casos, enfrentado en una guerra sectaria contra otros grupos rebeldes y contra sectores sociales o religiosos de la población irakí.

Un factor a tener en cuenta a la hora de analizar el escenario irakí es el hecho de que la insurgencia en el país presentaba un amplio desequilibrio regional. La mayoría de los atentados fueron cometidos en un área relativamente pequeña, donde la población era mayoritariamente sunní o existían zonas mixtas, donde convivían, al comienzo del conflicto, suníes y chiíes. Un dato muy revelador al respecto es el hecho de que entre agosto de 2005 y enero de 2006, en pleno repunte de la insurgencia, el 83% de los ataques tuvieron lugar

en cuatro de las dieciocho provincias irakíes. Doce provincias irakíes, que aglutinan el 50% de la población, fueron escenario en el mismo periodo de tiempo de solo un 6% de los ataques.

Dentro del esquema de la ocupación de Irak, a las fuerzas británicas les tocó en suerte la zona Sur del país, cuyo núcleo urbano más importante es la ciudad de Basora, con alrededor de un millón doscientos mil habitantes, la segunda de mayor tamaño del país. El escenario que se planteaba, como punto de partida, era esperanzador: el yihadismo global no estaba presente, el conflicto sectario en la zona era menor y la mayoría de los seis millones de habitantes de la zona británica eran chiíes que habían acogido con alegría la caída de Sadam Hussein.

Durante los primeros dos meses de ocupación, la misión de las unidades británicas fue, sobre todo, combatir a los insurgentes baasistas y al crimen organizado, centrado en el robo y contrabando de petróleo. Para ello, se realizaó un alto número de patrullas, aumentando la presencia de las tropas en las calles. Sin embargo, esto pronto dio lugar a incidentes de todo tipo, algunos de ellos muy sangrientos. Uno de los más conocidos es el de la ciudad de Majar al Kabir, un enclave que ya era considerado ingobernable durante la administración de Sadam y cuyos ciudadanos habían expulsado del lugar a la policía y las fuerzas gubernamentales mucho antes de que llegaran los ejércitos aliados. Los esfuerzos de las tropas británicas por hacer cumplir la normativa que implicaba desarmar a la población civil dio como resultado múltiples incidentes en Majar al Kabir, que terminaron en un levantamiento general cuando los británicos usaron perros, un animal impuro para el Islam, para registrar las casas de la ciudad en busca de explosivos. Los habitantes, enfurecidos, acorrarlaron a seis policías militares británicos en la comisaría de policía y les dieron muerte antes de que pudieran llegar refuerzos.

A partir de noviembre de 2003, la situación se deterioró con rapidez. En los siguientes meses, la función principal de las fuerzas británicas pasó a ser el entrenamiento de las nuevas fuerzas armadas y policiales irakíes, pero en tan solo ocho semanas el foco de las operaciones se desplazó a combatir contra las milicias de extremistas chiíes, principalmente el JAM, vinculado a la figura del clérigo Muqtar al Sadr, respaldado por Irán, cuya hostilidad hacia la ocupación fue creciendo y se agravó en marzo de 2004, cuando declaró las zonas chiíes de Bagdad como *no go* áreas para las tropas aliadas. El proceso cristalizó en un levantamiento del JAM en todo el país, que se hizo notar especialmente en el Sur, bajo administración británica, donde la mayor parte de la población era chií.

El momento cumbre lo constituyó el mes de julio de 2004, cuando Estados Unidos decidió dejar de contemporizar con al Sadr y convertirlo en un objetivo militar. Esto desencadenó una oleada de violencia que hizo pasar los ataques sufridos por fuerzas británicas de siete en julio a ochocientos cincuenta en agosto. En la zona rural de la provincia de Maysan la violencia contra las fuerzas británics fue constante, hasta el punto de que la 7º Brigada Acorazada disparó en los seis meses posteriores al levantamiento chií más munición que todo el ejército británico en los treinta años de conflicto en Irlanda del Norte, llegando a registrarse hasta cien incidentes armados diarios. A esto hubo de sumarse el aumento de la sofisticación de los artefactos explosivos improvisados –IED-, utilizados por los rebeldes para atentar contra las fuerzas de la coalición.

A finales de 2005, facciones chiíes comenzaron a enfrentarse por el control económico y político de Basora, lo cual contribuyó a deteriorar más aún la seguidad en la zona, pero, paradójicamente, rebajó parte de la presión que sufrían las unidades británicas. En abril de 2006, la situación en Irak se reorientó cuando los grupos radicales suníes dieron paso a una campaña de atentados indiscriminados contra la población chií, que amenazó con sumir el país en una guerra

sectaria y que hizo que las milicias chiíes dejaran de acosar a las fuerzas de la coalición, para volverse contra sus oponentes suníes.

En este marco se diseñó la operación Sinbad, la más importante llevada a cabo por las fuerzas británicas en territorio irakí. Sinbad se desencadenó el 27 de septiembre de 2006, con la participación de 2.300 soldados irakíes apoyados por más de un millar de soldados británicos. Las fuerzas de la 20ª Brigada Acorazada lanzaron en las siguientes horas cincuenta y seis acciones en el interior de Basora, que se saldaron con más de un centenar de milicianos del JAM arrestados. Estas operaciones crearon las condiciones para que intentaran implementarse una serie de acciones de contenido económico y político. El coste que pagaron las fuerzas británicas por ello fue elevado: veintisiete soldados perdieron la vida y más de ciento cincuenta resultaron heridos durante la operación Sinbad. No obstante, el éxito fue limitado, ya que el número de atentados continuó aumentando, y no comenzaría a descender sino tras alcanzar su punto máximo en agosto de 2007, casi un año después de Sinbad.

Entre tanto, los británicos habían fracasado en otro aspecto clave del proceso de estabilización de Irak: la reconstrucción de la policía. Esta cuestión se relacionó de forma directa con la aparición de múltiples milicias locales, tribales y políticas, que trataron de llenar el vacío de seguridad surgido tras la invasión. A fin de evitar la feudalización de Irak, el gobierno de ocupación prohibió todas las milicias y procedió a reclutar de forma acelerada posible una nueva fuerza policial. Tal era la necesidad de agentes, que el único requisito que se exigía a los reclutas era no haber sido parte del servicio de información de Sadam Hussein y no haber sido miembro del Partido Baas.

Esta política tuvo dos consecuencias negativas: por una parte, permitió el acceso a la policía de los miembros de las milicias que previamente habían sido prohibidas, de forma que el cuerpo policial resultante estuvo infiltrado por estas formaciones, hasta el punto de

que el 80% de los asesinatos cometidos en Basora durante el año 2006 fueron ejecutados u organizados por agentes de la policía irakí. La segunda consecuencia fue que, al ser obligatorio para ascender en los cuerpos de seguridad durante el gobierno de Sadam ser miembro del Partido Baas, todos los oficiales de rango alto y medio con experiencia policial quedaron excluidos de la nueva fuerza, por lo que esta carecía de hombres con experiencia y quienes sí la tenían, al ser rechazados por el gobierno, acabaron, en muchos casos, aportando su experiencia a las filas de la insurgencia.

Las operaciones británicas, en líneas generales, presentaron algunas características notables:

- Su desarrollo estuvo sujeto a constantes cambios. Cada TELIC -nombre con el que se designaba a las fuerzas que cubrían un periodo de servicio de seis meses en el país- tuvo objetivos y prioridades diferentes, lo que dificultó la identificación y el desarrollo de objetivos y acciones planeadas a largo plazo.

- Se produjo una lectura inadecuada de la naturaleza del problema, llegando a adoptarse oficialmente la postura de que el problema de la seguridad respondía a una cuestión criminal y no a una situación de insurgencia.

- Con una política de reducción de fuerzas, se atentó contra los principios básicos de la contrainsurgencia, que determinan la necesidad de superioridad numérica para que se efectiva. Los 26.000 soldados británicos en suelo irakí en la primavera de 2003 se convirtieron en 9.000 en el verano de aquel año, y disminuyeron hasta 7.200 hombres en 2005. La comparativa con Irlanda del Norte es significativa: durante *The Troubles*, los británicos disponían de un soldado por cada cincuenta civiles norirlandeses; durante la ocupación de Irak, el ratio era de un soldado por cada trescientos veinte irakíes.

- La rotación de los mandos, cada seis meses, impedía que llegaran a conocer la situación de Irak. Durante la Emergencia en Malasia, Kenia y Chipre, en cambio, el periodo de servicio en la zona de un oficial de Estado Mayor en era de dos años.

Por todo ello, algunos autores señalan que el problema no era que la doctrina británica de contrainsurgencia fuera errónea, sino que no se estaba aplicando en el escenario irakí. Un ejemplo de ello es que la estrategia conocida como de mancha de tinta se invirtió, y las zonas controladas y seguras fueron siendo cada vez menos y más reducidas, siguiendo la exigencia política de retirar tropas. Las pocas veces que se empleó tal y como fue diseñada por los teóricos de la contrainsurgencia francesa, como en la operación *Charge of the Knights*, en 2008, resultó un éxito que, en ese caso, permitió devolver el control de Basora al gobierno irakí y arrebatárselo a las milicias del JAM.

Uno de los motivos de la no aplicación de los principios de contrainsurgencia tradicionales fue el hecho de que, hasta el año 2006, tres años después de comenzada la ocupación, no se reconoció oficialmente que en Irak se estaba haciendo frente a una campaña de insurgente, como resultado de la recalcitrante visión política que insitía en calificar la situación en el Sur de Irak como un problema criminal y no como una insurgencia organizada similar a la que se enfrentaban los norteamericanos en otras áreas del país, como Bagdad o la provincia de Al Anbar, centro del llamado "triángulo suní".

Otro problema al que el ejército británico tuvo que hacer frente en los primeros años de la campaña en Irak fue la ausencia de oficiales con rangos intermedios o bajos con experiencia previa en contrainsurgencia, al contrario de lo que había ocurrido en los conflictos del siglo XX. El último gran conflicto COIN que había afrontado Gran Bretaña, el de Irlanda del Norte, había concluido desde el punto de vista militar en 1994, y su intensidad había decrecido de

forma notoria desde una década antes, y muchos de los oficiales que habían servido en él habían sido ascendidos a posiciones que les situaban fuera del campo de batalla, habían abandonado el ejército o se habían retirado. Paradójicamente, el ejército con mayor experiencia contrainsurgente del mundo era, en Irak, una fuerza carente de experiencia en ese campo. La única campaña próxima en el tiempo era la realizada en Sierra Leona en 2001, que tuvo más elementos de lucha contra una organización criminal que de verdadera campaña de contrainsurgencia, implicó a muy pocas unidades y apenas aportó experiencia al conjunto del ejército británico.

Warren Chin analiza el fracaso general de la contrinsurgencia británica en Irak en base a dos factores. El primero de ellos sería el fallo en la comprensión de las realidades locales, lo que conllevó la incapacidad para ganar la lucha por el apoyo de la población. Este fenómeno, señala Chin, se había producido en tres de las campañas anteriores británicas –Palestina, Chipre y Adén- y las tres habían terminado con rotundos fracasos para el ejército y el gobierno británico. El segundo de los factores que propiciaron los desfavorables resultados de la campaña irakí fue el hecho de que el fenómeno de la insurgencia había cambiado, a lo largo de los primeros años del siglo XXI, pero la doctrina británica sobre cómo afrontar el fenómeno no lo ha hecho al mismo ritmo.

Las insurgencias que sucedieron a la II Guerra Mundial estaban influidas por los modelos maoístas de la guerra de guerrillas, como demostró el caso del MPABA en Malasia, y los británicos adaptaron su estrategia contrainsurgente a este tipo de enemigo, centrado en crear un proceso de tres fases: el establecimiento de un estado paralelo en las zonas bajo su control, el desencadenamiento de una guerra de guerrillas contra el gobierno y, finalmente, la lucha en una guerra convencional contra las autoridades, tal y como ocurrió en la guerra civil china, en la guerra de Indochina o en la guerra de Vietnam. Sin embargo, el escenario irakí era diferente: su población era urbana en un 70%, cuando los planteamientos maoístas están diseñados para las

sociedades del Tercer Mundo en las décadas posteriores a la II Guerra Mundial; la ideología atea del maoísmo hace vulnerable la lealtad de los militantes antes las concesiones y las reformas del gobierno, pero estas tienen escaso efecto cuando la motivación esencial de la insurgencia es el fanatismo religioso, como fue el caso de Irak.

A lo largo de las guerras anteriores, los británicos aprovecharon las estructuras de su propia administración, o de los aliados en cuyo territorio intervenían, para crear una red que les permitía intervenir no solo militarmente, sino también social, política y económicamente en todos los niveles de la administración del territorio. Sin embargo, estas redes no existían en Irak. La desestabilización del Estado durante los años de embargo tras la guerra del Golfo y la posterior destrucción de las pocas estructuras funcionales del mismo –como el partido Baas o el ejército- dejaron buena parte del país carente de más estructura de control que las tribales y las religiosas, que operaban más a favor de la insurgencia que de las fuerzas de ocupación. La *United Kingdom Stability Unit*, encargada de reconstruir el entramado estatal en la zona bajo control británico, no comenzó a operar hasta 2006, cuando ya habían pasado más de dos años desde el comienzo de la ocupación.

2.- Contrainsurgencia en Afganistán: la provincia de Helmand

Las tropas británicas fueron desplegadas en el escenario afgano en 2006, para aliviar la presión del esfuerzo bélico sostenido desde 2001 por los Estados Unidos. Reino Unido, con ayuda danesa y estonia, se hizo cargo de la lucha contra la insurgencia afgana en la provincia de Helmand. En aquel momento, el ejército británico contaba con 101.000 efectivos encuadrados en diez brigadas desplegables, a las que había que añadir una brigada perteneciente a la Infantería de Marina. Con todas las unidades acorazadas y mecanizadas desplegadas en las sucesivas TELIC en el Irak, el primer despliegue en Afganistán fue asignado a una unidad ligera de élite, la 16ª Brigada de Asalto Aerotransportado, determinándose que la

segunda de las rotaciones previstas, de una duración de seis meses, fuera llevada a cabo por la 3º Brigada de Comandos, la unidad de despliegue de la Infantería de Marina británica.

El gobierno británico decidió reducir el primer despligue a una fuerza equivalente a media brigada, algo más de tres mil quinientes hombres, pero la intensa actividad talibán pronto hizo que se aprobara un aumento del contingente en mil quinientos hombres más. El núcleo operativo del despliegue era el 3º Batallón Paracaidista, pero gran parte de las cualidades de esta unidad de élite, formada para llevar acabo agresivos asaltos sobre las posiciones enemigas, se diluyó al ser forzada a llevar a cabo misiones de guarnición en ciudades amenazadas por los talibán, en una estrategia que se denominó *platoon house*, en referencia al hecho de que pequeñas unidades británicas debían permanecer en posiciones fijas en lugares habitados.

Uno de los grandes desafíos que planteaba el área, al margen de la insurgenica talibán, era la importancia en la región de la producción del opio: casi el 80% de los habitantes de Helmand están implicados de alguna forma en su producción, siendo la región la responsable de dos tercios del opio que se produce en Afganistán. Mayor desafío aún es el objetivo primario de la misión, la creación y consolidación de unas estructuras estatales centralizadas eficaces, capaces de controlar el territorio de la nación, que cuenta con una fuerte oposición por parte de gran parte de la población pastún y, como señalan Farrel y Gordon, en cierta medida, carece de legimitidad en tanto en cuanto no se trata de un propósito surgido del deseo de la población.

Estas circunstancias plantean una serie de dificultades a la acción de las fuerzas británicas en Helmand: incapacidad para arrebatar el control del terreno a los insurgentes, llegada constante de refuerzos a los rebeldes, en forma de voluntarios yihadistas extranjeros y debilidad, corrupción e ineficacia en las fuerzas de seguridad locales. La zona británica ha demostrado ser mucho más

difícil de controlar que la parte oriental del país, bajo la autoridad norteamericana, por varias razones:

- La población de las áreas orientales posee niveles más altos de educación y las estructuras tribales no están tan asentadas ni son tan fuertes como en el cinturón pastún de la provincia de Helmand, por lo que la población oriental es, en general, más receptiva y menos hostil ante la idea de un Estado fuerte, centralizado y eficaz.

- La zona bajo ocupación norteamericana posee mejores infraestructuras, en especial carreteras, que facilitan la reconstrucción político-económica y la acción militar contra la insurgencia.

- Los grupos insurgentes se encuentran menos cohesionados en la zona oriental, lo que disminuye su capacidad operativa en comparación con su actividad en la parte meridional.

- La zona bajo control norteamericano incluye grupos de población hazara, de confesión chií, que colaboran activamente en la lucha contra los taliban y con las políticas del gobierno, ya que un Estado fuerte y laico es acorde a sus intereses étnicos y religiosos.

- La economía privada se ha reconstruido primero y de forma más rápida en las regiones orientales, especialmente en torno a la ciudad de Jalalabad.

En un primer momento, la misión británica fue sostenida por dos pilares: el grupo de combate militar y el conjunto de civiles encargado de las tareas de reconstrucción y gobernanza de la provincia. Durante los primeros meses, la dirección de las operaciones se encomendó a las autoridades militares, ante el deterioro de la seguridad que se vivía en Helmand en particular y en el conjunto del país, en general.

La estrategia inicial consistió en una adaptación de la táctica de la mancha de tinta. Para ello, se trató de asegurar la capital de la provincia, Lashkar Gah, con una fuerza de tres mil seiscientos soldados británicos. Poco a poco, se pretendió ir ampliando la zona controlada y limpia de insurgentes a través del acuartelamiento de tropas en pequeñas posiciones del tamaño de una sección –*platoon* en la terminología militar británica, lo cual hace que con frecuencia se traduzca erróneamente como pelotón, una unidad de menor tamaño, ya que una sección suele agrupar a tres pelotones-. Para apoyar las acciones militares y atraer a la población, se realizó un amplio programa de inversiones económicas en Lashkar Gah, intentando revitalizar la vida de la ciudad y modernizar sus talleres y fábricas, de modo que su prosperidad ejerciera un efecto llamada sobre la población de otras áreas, animándola a aceptar y colaborar con las autoridades.

El plan no dio los resultados esperados, en parte por las grandes debilidades que tenía su planificación. Esta se había desarrollado con poca información sobre la situación sobre el terreno y sin interlocutores estables dentro de la comunidad local, por lo que se basaba en una serie de asunciones que demostraron ser erróneas. La estrategia contrainsurgente planteada no contemplaba el problema del narcotráfico, una realidad muy vinculada a la insurgencia y a la mayor parte de las actividades económicas, sociales y políticas de Helmand. El proyecto, desde el punto de vista económico y social, se basaba en la canalización de las aportaciones económicas a través de líderes locales comprometidos con la reforma social y la construcción de un estado fuerte y moderno. Sin embargo, la existencia de tal voluntad en los poderes locales se demostró una asunción sin fundamento, ya que, en la mayor parte de los casos, estos líderes no solo no tenían interés activo en tales cambios, sino que la evolución que se pretendía lograr iba en contra de sus intereses.

En junio de 2006, los taliban y los señores de la droga de la parte Norte de Helmand orquestaron un levantamiento popular contra

el gobierno afgano. Pese a la reticencia inicial, las presiones del gobierno de Hamid Karzai hicieron que las fuerzas británicas se encargaran de tratar de suprimirlo. Las tropas se desplegaron en las ciudades de Sangin, Now Zad y Musa Qaleh, pero pronto quedaron prácticamente sitiadas y bajo ataque constante por parte de los insurgentes. Las unidades británicas se mantuvieron a la defensiva hasta octubre de 2006, cuando el general de brigada Ed Butler se vio obligado a negociar un acuerdo con los líderes tribales a fin de disminuir la presión sobre sus unidades. El acuerdo incluía el repliegue británico de Musa Qaleh, a cambio del compromiso de los líderes tribales de mantener fuera de la ciudad a los talibán. Sin embargo, en febrero de 2007 la ciudad volvía a estar en manos de los insurgentes.

Envalentonados por sus éxitos, los talibán aumentaron sus ataques contra unidades del Reino Unido, forzándolas a permanecer a la defensiva. Esto causó un aumento de los ataques aéreos en la zona, lo cual generó, a su vez, bajas civiles y granjeó a los británicos la hostilidad de una población local ya de por sí no muy receptiva a su presencia. El deterioro general de la seguridad en el área paralizó los esfuerzos de reconstrucción civil y de reactivación de la economía, por lo que los éxitos que podían alcanzarse en el campo militar carecían de un respaldo civil que los consolidase y los hiciera permanentes.

En octubre de 2006, la 3ª Brigada de Comandos de la Infantería de Marina sustituyó a los paracaidistas en Afganistán. Para tratar de romper la dinámica defensiva, crearon los llamados *Mobile Operations Groups* –MOG-, columnas volantes de alrededor de doscientos cincuenta hombres y cuarente vehículos Viking y Land Rover, cuya función era localizar y destruir a las unidades enemigas. Sin embargo, la experiencia demostró que, para los talibán, resultaba fácil atraer a las columnas de a emboscadas preparadas de antemano, donde, con frecuencia, las fuerzas británicas se encontraban atrapadas en *kill zones* cuidadosamente diseñadas. La lucha se recrudeció y, si durante la rotación de la 16ª Brigada se habían producido 537

encuentros con el enemigo en seis meses, durante la rotación de la 3ª Brigada el número ascendió a 821 enfrentamientos.

En abril de 2007, los marines fueron sustituidos por la 12º Brigada Mecanizada, con lo que comenzaron las rotaciones de las unidades de línea del ejército británico, más pesadamente armadas y provistas de mayor número de vehículos blindados y piezas de artillería, pero que no eran unidades de élite, como los paracaidistas o los marines. La nueva brigada trató de reforzar su presencia sobre el terreno, creando bases de patrulla que sirvieran para desplegar una actividad constante a lo largo de toda la provincia, en una recuperación de la idea de crear áreas seguras que se fueran expandiendo de forma paulatina. Se lanzaron hasta cinco grandes operaciones de limpieza, tratando de eliminar de forma permanente la actividad insurgente alrededor de Lashkar Gah, Geresk y Sangin, en cada una de las cuales se comprometió la totalidad de la fuerza de combate de la brigada. En estas operaciones se inflingieron severas pérdidas a los talibán, y se alcanzó la cifra de 1.096 enfrentamientos durante la rotación.

Sin embargo, para otoño, era evidente que el planteamiento estrictamente militar era incapaz de poner fin a la insurgencia. El fracaso de la estrategia inicial llevó a que, en otoño de 2007, esta se rediseñara, en base al llamado *Helmand Road Map*, que sería publicado en 2008 y coincidiría con el despliegue sobre el terreno de la 52ª Brigada de Infantería, sustiyendo a las fuerzas mecanizadas de la 12ª Brigada. Se trataba de un plan a largo plazo para la pacificación de la provincia, dirigido por las autoridades civiles. Este plan supuso un cambio en el enfoque de la contrainsurgencia británica en Helmand, que pasó de estar centrada en el enemigo y, por tanto, en su derrota por medios militares, a estar centrada en la población, como método par aislar y debilitar a las guerrillas, de cara a su posterior derrota bélica.

Frente a la estrategia implementada anteriormente, el *Road Map* tenía varias ventajas de diseño. Incluía una aproximación integral y conexa a la lucha contra la insurgencia y contra el narcotráfico, y basaba sus metas políticas en el reconocimiento de que existían sobre el terreno cuatro actores con intereses en ocasiones divergentes: Reino Unido, la OTAN, el gobierno afgano y los poderes locales, algo que se había obviado previamente, asumiendo que todas las partes presentes tenían el mismo interés en la construcción de un estado fuerte.

Desde su llegada al Helmand, la 52º Brigada rediseñó la estrategia a aplicar, focalizándola en la atención y protección de la población, convirtiendo las operacionese estrictamente miltiares en secundarias. No obstante, en los últimos meses de 2007 y a lo largo de 2008, los rebeldes sufrieron importantes pérdidas, que les obligaron a abandonar las estrategias de guerra convencional. Desde ese año 2008, el mayor número de bajas entre las fuerzas occidentales en Helmand ya no se producía en combates con los talibán, sino por el estallido de los IED, artefactos explosivos improvisados. Esta disminución de la capacidad operativa insurgente tuvo su reverso en el aumento de las capacidades, entrenamiento y tamaño de las fuerzas del ejército afgano, al cual, a lo largo de 2008, los británicos asignaron un papel cada más activo e importante en la lucha contrainsurgente.

Las luchas de poder entre las facciones locales, en muchos casos vinculadas al narcotráfico, dieron lugar a numerosos incidentes. Uno de ellos fue el protagoinzado por los hombres de Haji Khan Mohammed, el mayor narcotraficante de la región y, al parecer, conectado con altos oficiales de la insurgencia taliban. El 13 de abril de 2008, hombres de Haji Khan asaltararon un puesto de policía en la ciudad de Geresh. Cuando una patrulla de rescate se desplazó hacia el lugar atacado, cayó en una emboscada en la que perdieron la vida cuatro policías afganos. Al parecer, toda la acción tenía como finalidad asesinar a Abdul Raziq, líder de un clar rival al de Haji Khan, ya que los pistoleros sabían que Raziq –a la sazón jefe de la policía afgana en Gereshk- lideraría la patrulla de rescate.

Los intentos de reforma y modernización contaron, hasta 2008, con la oposición activa del gobernador de la provincia, Asadullah Waffa, que trató de obstruir cualquier intento de cambio incluso desobedeciendo, si era necesario, las instrucciones expresas que le llegaban desde Kabul. Por fin, en 2008, Waffa fue destituido, y su sustituto, Gulab Mangal, colaboró con las fuerzas británicas y el gobierno central en cambiar la situación en su provincia.

Ante este complejo escenario, los británicos han implementado una hoja de ruta que debe seguir la planificación de cada operación, para garantizar la adecuada coordinación de los factores civiles y militares. Se trata de un proceso en ocho pasos:

- Las autoridades civiles identifican las prioridades y los efectos que se pretenden lograr.

- Se realiza un análisis conjunto por civiles y militares de las acciones que conducirían a los efectos deseados.

- Se determina, de forma conjunta por civiles y militares, los recursos a involucrar en la acción.

- Por separado, civiles y militares analizan los modos de actuación.

- Militares y civiles trazan, de forma conjunta, un plan de actuación.

- Se planea de forma conjunta el nivel táctico de la operación, con participación de la Public Affairs and Psychological Operations (PSYOPS).

- Se ejecuta la operación.

- Se procede a la consolidación de los efectos deseados una vez terminada la operación.

3.- El nuevo manual de 2007

Anthony Cordesman, en su estudio sobre la cuestión, señala algunas lecciones extraíbles de la experiencia en Irak y Afganistán. La primera era que la estrategia de la mancha de tinta no es aplicable en entornos urbanos con aguda división sectaria y con la existencia de zonas de población mixta, y solo es remotamente viable en unas condiciones de funcionamiento de la actividad estatal absolutamente útopicos en Irak en los años entre 2006 y 2011. La segunda fue que la confianza depositada en la tecnología, tanto militar como de inteligencia, había llevado a sobreestimar sus capacidades en determinados entornos de insurgencia, con eran los ofrecidos por Irak y Afganistán.

Otro de los elementos que Cordesman puso de manifiesto era el hecho de que si se fracasa en eliminar las causas de la insurgencia, esta no podrá ser eliminada de forma definitiva. A ello se refiere la docrina norteamericana como "drenar el pantano", y en Irak se ha fallado estrepetiosamente en ello. No importaba el número de insurgentes que se abatiera, porque cada vez había más irakíes dispuestos a sustituirles en las filas de los rebeldes.

Además, Cordesman señalaba que no se puede planificar una estrategia de contraisurgencia efectiva a partir de eslóganes políticos y declaraciones oportunistas desconectadas de la realidad, como el célebre "misión cumplida", pronunciado por el presidente George W. Bush antes de que la consecuente guerra de guerrillas se cobrara la vida de más de cuatro mil soldados norteamericanos. Se debe asumir que una guerra larga supone el desarrollo de planes a largo plazo y una inversión de recursos, económicos y militares también a largo plazo, en el que los recursos económicos deben manejarse casi con la misma

prudencia que los recursos humanos, a fin de no generar ni desperdicios ni distorsiones. Una estrategia contrainsurgente ruinosa terminará en fracaso con la misma rapidez que una que dilapide vidas humanas.

Otra cuestión destacada es el hecho de que la legitimidad de las fuerzas contrainsurgentes debe medirse con los parámetros del lugar en el que actúan, no con los de la sociedad de la que provienen dichas fuerzas. Esto tampoco ha sido comprendido en el escenario irakí, donde valores como democracia o libertad no tienen arraigo, y sí otros, como la lealtad tribal o los códigos religiosos. Uno de los problemas que ha tenido que afrontar el despliegue británico en Afganistán –y, en general, las fuerzas occidentales sobre el terreno- ha sido el rechazo de los afganos a la injerencia extranjera en sus asuntos, particularmente si adopta la forma de una intervención militar. Las lecciones históricas demuestran que los afganos solo apoyarán a un extranjero si el uso de la fuerza por este no les deja otra opción; es lo que se denomina, en términos de contrainsurgenica, "cooperación por coacción".

El problema que se plantea a las fuerzas occidentales es que los métodos necesarios para obtener esa coperación por coacción son rechazados por las sociedades democráticas, de modo que las fuerzas de la OTAN se enfrentan a un problema de legitimidad, el que se suscita entre una sociedad que valora el uso de la fuerza como algo positivo –la afgana- frente a otra –la occidental- que lo valora como algo negativo, un último recurso que nunca debe adoptar determinadas formas.

Otro error señalado por Cordesman fue el rotundo fracaso en aplicar la necesidad de indiferencia estratégica, es decir, saber valorar cuando no debe intervenirse en un escenario determinado, pues las consecuencias de intervenir son potencialmente peores que las de no hacerlo, algo que se puso de manifiesto con las consecuencias de la invasión de Irak en 2003.

En base a todo ello, en 2007 se produjo una reescritura de la doctrina contrainsurgente británica, a partir de la experiencia en Irak y de la creciente implicación de las fuerzas británicas en Afganistán. El documento se publicó en febrero de 2008, y resumía las bases de la estrategia de contrainsurgencia en los siguientes principios:

- Lo político prima sobre lo militar, y las directrices políticas, por tanto, deben ser claras, para que puedan ser ejecutadas por los mandos del ejército.

- Es esencial ganar y asegurar el apoyo de la población.

- Se debe crear un sistema administrativo coordinado, algo para lo que la doctrina británica utiliza el término *comprehensive approach*, que podría traducirse como "aproximación comprensiva".

- Debe desarrollarse un proceso de comunicación con la población. Tan importante es actuar a favor de los habitantes de un lugar como el hecho de que estos habitantes sean conscientes de ello.

- Se debe disponer de una inteligencia centralizada. La proliferación de agencias no es dañina en sí misma, pero sí lo es que la información no se analice desde una visión de conjunto.

- Se debe neutralizar militarmente a los insurgentes. Esta sigue siendo una necesidad perentoria, pero no por sí misma, sino en relación con el impacto que la actividad armada de los rebeldes tiene sobre el conjunto de la estrategia contrainsurgente.

- Se debe desarrollar una estrategia a largo plazo que elimine las causas de la insurgencia y garantice la seguridad para el futuro. Sobran los ejemplos, y el surgimiento y expansión del ISIS es el último y, quizá, más significativo, de lo que ocurre cuando las fuerzas occidentales se retiran de un escenario de contrainsurgencia y

los poderes locales no son capaces de garantizar el orden y la seguridad tras esta retirada.

Todo ello constituye el eje central de la doctrina de contrainsurgencia británica de 2007 en adelante. Como se ve, se trata de una puesta al día de las nociones tradicionales, algunas de las cuales se remontan al siglo XIX, con el añadido de las lecciones que las sangrientas postguerras de Irak y Afganistán han supuesto para las fuezas occidentales de ocupación.

CAPÍTULO 16:

EVOLUCIÓN DE LA DOCTRINA DE CONTRAINSURGENCIA BRITÁNICA

1.- Elementos doctrinales esenciales

En numerosas ocasiones se ha dicho que la contrainsurgencia es un 25% de combates y un 75% de ganar los "corazones y las mentes" de la población. Partiendo de esta premisa, Dixon afirma que hay tres formas de ganar esos corazones y mentes:

- A través del buen gobierno, de forma que la población apoye a las autoridades y no a los rebeldes que tratan de derribarlas.

- Mediante la propaganda, tanto la propaganda negra –difundir noticias negativas sobre el enemigo, sean veraces o no- como de la propaganda blanca –difundir noticias positivas y veraces sobre las acciones propias-.

- A través del uso de la fuerza mínima necesaria, que dañe a la insurgencia sin empujar a la población a simpatizar o colaborar con ella.

Este último ha sido un principio esencial en la doctrina de contrainsurgencia británica a lo largo de la historia. Según R. Thornton, este principio de mínima fuerza tiene su origen en dos elementos concretos:

- La cultura política británica, de la que forma parte la visión del imperio británico como portador de la luz y los valores occidentales a las naciones del resto del mundo, particularmente a los pueblos africanos y asiáticos. Esta noción impedía que los actos de violencia desmedida fueran vistos con buenos ojos por el conjunto de la sociedad británica.

- El pragmatismo político, ya que utilizar más recursos de los necesarios para solventar un problema era considerado un despilfarro poco práctico.

Para Thornton, estos dos elementos conceptuales se aunaron para que la mínima fuerza adquiriera la naturaleza de principio rector de los esfuerzos coloniales, tratando de movilizarse en cada ocasión los hombres estrictamente necesarios para pacificar un territorio, sin despliegues de fuerza avasalladora, aun en el supuesto de que estuviera esto estuviera al alcance de los británicos, algo que no ocurrió en muchos conflictos.

Sin embargo, la doctrina de la mínima fuerza entró en crisis durante la represión de la rebelión de los cipayos, en 1857, y siguió siendo arrinconada cada vez más en los años posteriores, hasta llegar a los sucesos de Amritsar, el 13 de abril de 1919, cuando las fuerzas imperiales abrieron fuego sobre una multitud desarmada, causando una de las mayores matanzas perpetratadas por fuerzas británicas sobre población civil: el gobierno de Londres reconoció oficialmente que 379 civiles indios fallecieron aquel día, si bien las fuentes indias

siguen afirmando que el número real de muertos fue mucho más elevado.

Otro de los elementos tradicionales de la docrina contrainsurgente británica era que los oficiales y administradores sobre el terreno desarrollaban sus estrategias sin demasiada intervención de las autoridades de la metrópoli, algo justificado en el siglo XIX por las enormes distancias y las dificultades de comunicación que estas planteaban. La necesidad de que fueran las autoridades locales quienes actuaran con un considerable grado de independencia derivó en otro de los elementos característicos de la doctrina de contrainsurgencia británica: la estrecha colaboración entre las autoridades civiles y las militares sobre el terreno. El control último de la situación solía depositarse en los dirigentes civiles, como representantes de la legalidad británica en el territorio. Esto se repitió en Adén, Borneo, Kenya, Chipre e Irlanda del Norte, siendo la única excepción notable Malasia, ya que, durante la Emergencia, ambos núcleos de autoridad, tanto civil y como militar, recayeron en la misma persona.

Durante el periodo colonial, rara vez había fuerzas regulares del ejército británico como guarniciones permanentes en los dominios de ultramar. Por lo general, la seguridad en las diferentes zonas se encomendaba a la policía y, en caso de ser necesario, a unidades militares reclutadas localmente y puestas bajo el mando de oficiales regulares británicos. Por lo general, el despliegue de regimientos regulares respondía a graves amenazas o situaciones de crisis, lo que contribuyó a aumentar el papel de las autoridades civiles en la gestión de la seguridad, sobre todo en las primeras fases de una sublevación o disturbio, cuando era la policía en quien recaía el peso de poner fin a la crisis y en las autoridades civiles el de juzgar cuando dicha crisis era lo bastante grave como para solicitar a Londres el despliegue de unidades militares.

Todo ello hizo que ninguna otra doctrina de contrainsurgencia ha desarrollado de forma tan exitosa la cooperación y coordinación entre las autoridades civiles y las militares, convirtiendo en norma general que las autoridades militares operen bajo el control de las autoridades civiles, en consonancia con la idea, expresada por el general Templar, en relación con el conflicto en Malasia, de que la insurgencia no es esencialmente un problema militar, sino político.

El tercer pilar que ha sostenido las operaciones británcias ha sido la flexibilidad a la hora de adaptar sus estrategias a los entornos en los que se desarrollaban sus acciones. Ello ha sido facilitado por los factores expuestos con anterioridad: los despliegues pequeños son, por su propia naturaleza, más flexibles y adaptables que los grandes, y la cooperación civil y militar sobre el terreno hace que la toma de decisiones se produzca, por lo general, en un nivel en que el decisor dispone de conocimiento directo de los problemas y necesidades reales de la lucha contrainsurgente en el territorio.

Así, la tendencia a descentralizar el mando de las operaciones militares y a operar en pequeñas unidades es una muestra de esta capacidad de adaptación, que incluso ha llevado a las fuerzas británicas, en ocasiones, a conducirse agresivamente como una guerrilla, como se hizo en determinadas fases de la Emergencia malaya o en el conflicto de Borneo contra las fuerzas de Indonesia.

La estructura regimental del ejército británico ha favorecido esta descentralización y flexibilidad. Los regimientos, muchos de ellos con una honda tradición histórica, disponen de una identidad propia y actúan como respaldo social y sustitutivo familiar de sus componentes, desarrollando un papel de respaldo al combatiente similar al que en la sociedad norteamericana supone la consideración general de los miembros del ejército. En ocasiones, como en el caso de la Guardia Negra en Malasia, esta identidad ha jugado en contra de la eficacia de las unidades, pero se ha tratado de casos excepcionales,

ya que la norma general es que ese espíritu regimental haya contribuido a cohesionar las unidades y mejorar su efectividad.

En esta línea, Chartes y Tugwell han sintetizado las líneas maestras del enfoque de la contrainsurgencia británica:

- Control político de las operaciones por encima de las autoridades militares.

- Dado que la mayor parte de los casos se trata de conflicto de baja intensidad, el despliegue debe realizarse en pequeñas unidades, a nivel de batallón o, como mucho, de regimiento a nivel estratégico; y de pelotón o, como mucho, de sección, en el nivel táctico.

- Puesto que la clandestinidad es uno de los elementos definidores de la insurgencia, la inteligencia es uno de los factores primordiales en la lucha contra la misma.

- El componente político de la lucha contrainsurgente implica que las actuaciones realizadas estarán sometidas a un doble escrutinio, internacional por una parte y dentro del propio Reino Unido, por otra.

- Dado que la insurgencia es una guerra no convencional, debe combatirse con la mente abierta a soluciones no convencionales o innovadoras.

2.- La inteligencia británica

La estructura de inteligencia británica en sus dominios coloniales era muy compleja.

La responsabilidad sobre todo lo que ocurría fuera de la isla se repartía entre el Foreign Office –equivalente al ministerio de Asuntos Exteriores- y la Oficina Colonial, disponiendo cada uno de estos organismos de su propia estructura de información, sometida a sus propios intereses, no siempre coincidentes.

Del Foreign Office dependía el servicio de inteligencia exterior propiamente dicho, denominado SIS -*Secret Intelligence Service*-, pero más conocido como MI6. Sin embargo, su presencia era muy limitada en amplias zonas del mundo. Por ejemplo, a mediados del siglo XX, el SIS solo tenía tenía tres puestos operativos en África, los situados en El Cairo, Addis Abeba y Khartum.

Por su parte, la Oficia Colonial tenía presencia en todos los dominios británicos. Sus agentes informaban al Alto Comisionado de cada una de las colonias y, regularmente, enviaban informes a la central de la Oficina Colonial, en Londres. El principal problema de su red de inteligencia estribaba en que los agentes de la Oficina Colonial solían ser jóvenes diplomáticos o funcionarios situados sobre el terreno, muchas veces aislados entre la población local. Por ello, en situaciones de conflicto, los agentes de la Oficina Colonial eran muy vulnerables a las actividades insurgentes, lo cual solía forzarles a replegarse al núcleo de las colonias una vez que la situación de seguridad se deterioraba, al comienzo de una crisis.

Un tercer factor de la red de inteligencia británica era la *Special Branch* -Rama Especial-: la unidad de cada cuerpo policial orientada a investigar los crímenes especialmente graves, por lo general vinculada al Departamento de Investigación Criminal, pero que solía emplearse para recabar información en la lucha contra la insurgencia cuando se

desataba un conflicto de esta naturaleza en los dominios británicos. La *Special Branch*, como unidad policial que era, estaba bajo control civil. El Ejército disponía de su propio servicio de inteligencia, el *Intelligence Corps*, una sección creada durante la Primera Guerra Mundial y que, si bien fue suprimida durante algunos años, volvió a crearse tras el segundo conflicto mundial. No deja de ser curioso, respecto a este servicio de inteligencia militar, el hecho de que en sus filas se incluyeran más analistas y agentes civiles que oficiales militares.

Por último, en Londres existía un comité interagencias, denominado *Joint Staff of Intelligence*, en el que se centralizaba la información procedente de cada uno de los servicios, con la aspiración de que sirviera para dotar al gobierno y a los decisores políticos de una visión de conjunto de la inteligencia procedente de todas las agencias implicadas en la obtención de información.

Sobre el terreno, cabe clasificar la inteligencia recabada en tres categorías. La inteligencia abierta hace referencia a la reunida por fuerzas uniformadas a través de controles o patrullas. La inteligencia confidencial es aquella que procede del interrogatorio de prisioneros y detenidos, mientras que la inteligencia clandestina es la que procede de fuentes encubiertas, desde agentes infiltrados a escuchas o vigilancias electrónicas. En el modelo británico, tanto la policía como el ejército practicaban los tres tripos de inteligencia.

3.- Evolución de la doctrina en la primera mitad del siglo

El primer planteamiento doctrinal británico sobre insurgencia surgió de la experiencia de las guerras bóer y de la guerra de los *tan and blacks* en Irlanda, y fue la *Duties in Aid of the Civil Power*, publicada en 1923. Se trataba de un documento de cincuenta páginas con instrucciones sobre el modo en que las fuerzas militares debían actuar en los contextos en que su ayuda era reclamada por los poderes

civiles para la defensa de la ley y el orden, a lo que daba cobertura, en aquel momento, la *Special Powers Act* de 1922. El punto fundamental del documento era la insistencia en la aplicación del principio de mínima fuerza, algo que se consideraba vital tras desastrosas experiencias recientes, como había sido la matanza de Amritsar, en 1919.

En 1934, el mayor Charles Gwynn publico *Imperial Policing*, un documento que no era doctrina oficial, pero en el que, junto a un detallado análisis de varias campañas de contrainsurgencia de los años previos, recogía cuatro principios para las operaciones de contrainsurgencia que condujera en adelante el ejército británico:

- Las cuestiones policiales deben quedar en manos de las autoridades civiles.

- El despliegue de unidades militares ha de ser el mínimo imprescindible.

- El uso de la fuerza debe ser firme y a tiempo, para poner fin a cualquier disturbio y disuadir a los participantes de persistir en su actitud.

- Debe existir una cooperación constante entre las autoridades civiles y las militares.

Gwynn pone mucho énfasis en la cronología de la intervención militar, señalando que, con frecuencia, las autoridades civiles retrasan en exceso el momento de pedir el apoyo del ejército, cuando con una intervención militar reducida y a tiempo se podría haber evitado una posterior intervención a gran escala y un conflicto mayor. Tres son las formas en que esta intervención militar puede tener lugar:

- Con la proclamación de la ley marcial, por la cual las autoridades civiles son desplazadas a un segundo plano y la administración militar asume el control del territorio afectado, algo que solo es justificable por razón de necesidad, es decir, que sea la única forma de solventar el conflicto.

- En el marco de legislaciones de emergencia, en la que las autoridades civiles retienen el control de la situación, pero se establecen parcelas de autoridad y cooperación reservadas a las estructuras militares.

- Con la participación del ejército como refuerzo de las fuerzas policiales, en el marco legal ordinario.

Existen, para Gwynn, tres tipos de conflicto:

- Movimientos insurgentes destinados a destruir el gobierno.

- Disturbios o motines espontáneos contra el gobierno o contra determinadas políticas gubernamentales.

- Disburbios entre comunidades, por motivos religiosos, políticos, sociales, económicos o de cualquier otro tipo, que no van dirigidos contra el gobierno, pero que este tiene la obligación de detener y combatir.

Gwynn se percató de que la que la naturaleza de las pequeñas guerras había cambiado en las décadas previas a su estudio. Ya no se trataba de establecer el orden imperial en territorios donde no había llegado, como ocurrió con las campañas de expansión imperial, sino que se trataba de defender, mantener o restaurar el gobierno en zonas donde una rebelión o movimiento insurgente lo había quebrado. Ello

suponía una gran diferencia: durante la expansión imperial, las campañas solían tener un objetivo militar definido y, por tanto, se realizaban bajo control directo y único de la estructura de mando del ejército; sin embargo, a lo largo de las tres primeras décadas del siglo XX, la nueva naturaleza de los conflictos hizo que las operaciones pasaran, cuando menos parcialmente, a ser policiales y políticas, por lo que fue necesario implementar una doctrina de cooperación entre las instituciones civiles y militares. Ello implicaba, para Gwynn, la necesidad de que los oficilaes del ejército fueran entrenados y preparados para estos procesos de cooperación con las autoridades civiles.

El mismo año 1934 el ejército británico publicó *Notes for Imperial Policing*, un texto del que muchos consideran autor al propio Gwynn. La gran novedad del documento es que introduce el concepto de que un desorden no es sino la manifestación de un problema político más profundo y que, por tanto, toda acción militar debe ser coordinada y completada por acciones de corte político que atajen el problema de fondo. Otorga a las fuerzas militares un doble papel: impedir a los rebeldes la perturbación de la vida normal en el territorio y la destrucción de las fuerzas armadas insurgentes. Esta distinción perviviría en el pensamiento contrainsurgente británico, que así distinguirá entre operaciones cointrainsurgentes defensivas –las primeras- y ofensivas –las segundas-.

4.- Malasia y el *ATOM*

Tras la II Guerra Mundial, Reino Unido se encontraba en una grave situación económica, lo que le llevó a plantear una reducción de sus fuerzas armadas convencionales y poner un énfasis mayor en un programa de armamento nuclear que sirviera de disuasión a los posibles enemigos estratégicos de la nación.

En 1949 se publicó *Imperial Policing and Duties in Aid of the Civil Power*, en el que el ejército focalizaba la atención sobre la emergencia de los movimientos subversivos de inspiración marxista, que implicaba el uso estrategias diferentes, como la expulsión de las fuerzas gubernamentales de amplias áreas con intención de que aquellos impusieran su propio gobierno, en seguimiento de la doctrina guerrillera de Mao Tse Tung, referencia obligada para muchos de aquellos movimientos.

El recorte en fuerzas convencionales tras la II Guerra Mundial dio lugar a que el ejército británico dispusiera de poco margen en cuanto a recursos. Según Carlin, tras el conflicto mundial, el 33% de las fuerzas convencionales británicas estaban quedaron acuarteladas en Alemania, en la zona del Rhin, como parte del dispositivo militar destinado a defender Europa Occidental en el caso de una invasión soviética. Otro 40% se encontraba desplegado en diversos dominios coloniales y protectorados a lo largo de todo el mundo, y tan solo un 27% de las fuerzas armadas británicas estaban estacionadas en la propia Gran Bretaña.

La reducción del ejército británico tuvo varios efectos respecto a la seguridad de sus posesiones. En primer lugar, supuso que Reino Unido fue reacio a implicarse en operaciones convencionales a gran escala, puesto que sus recursos eran limitados y su situación económica no permitía aumentos del gasto militar. En segundo lugar, diversos actores percibieron este recorte como un debilitamiento de la voluntad de mantener los dominios imperiales allende los mares, lo cuál estimuló comportamientos como el de Sukarno durante la *Konfrontasi*. Y, en tercer lugar, la reducción de efectivos hizo que Reino Unido se concentrara en crear un ejército altamente profesionalizado y con el mayor número de medios técnicos y de recursos tecnológicos posible. En ese sentido, se regresó a la tradición imperial de profesionalización, que las dos guerras mundiales habían obligado a dejar de lado.

En 1952, bajo la dirección del general Templar, el teniente coronel Walter Walker, comandante de un batallón de Gurkhas y director de la *Jungle Warfare School*, elaboró el *The Conduct of Anti-Terrorist Operations in Malaya*, conocido por las siglas *ATOM*, un texto muy bien recibido por los militares británicos, que fue completado por la publicación en 1957 del *Keeping the Peace (Duties in Support of the Civil Power*. Influido por la aplicación del plan Briggs, el documento reconocía la necesidad de medidas que abarcaran el conjunto de la vida en un país que se enfrentara a una insurgencia con fuertes motivaciones ideológicas. Hacía hincapié en la necesidad de un centro de entrenamiento específico en contrainsurgencia, que ampliara los contenidos que se enseñaban en la *Jungle Warfare School*.

El documento de 1957 consideraba que la estrategia de la mancha de tinta, derivada del pensamiento militar francés, era una de las más eficaces en la lucha contra los rebeldes. Esta estrategia consiste en la creación, en territorio hostil, de una posición sólida, permanente, segura y donde la política con los habitantes sea de tolerancia, e ir extendiendo poco a poco esta influencia a las áreas circundantes, del mismo modo en que una mancha de tinta o aceite se extiende sobre la superficie de un recipiente de agua. Analizando las lecciones de Malasia, el texto de 1957 establecía una secuencia de operaciones a seguir para la aplicación de esta estrategia:

- En primer lugar, asegurar un área en el que el gobierno pueda demostrar su capacidad para actuar de forma efectiva.

- Establecer en dicho área segura una base consolidada desde que las operaciones futuras puedan ser organizadas. En ella, la población debe estar protegida contra ataques insurgentes.

- Una vez establecida esta base, las fuerzas gubernamentales deben asegurar varias zonas alrededor de la misma, eliminando la actividad insurgente.

- Aseguradas estas zonas, se pasa a establecer en ellas bases de operaciones igual que la existente en la zona inicial.

- El proceso se repite a continuación, partiendo de las nuevas bases seguras.

El manual de 1957 también daba detallados patrones sobre el modo de realizar patrullas, toques de queda y operaciones de acordonamiento y búsqueda en entornos urbanos, ampliando las someras instrucciones que para ello contenía el *ATOM*.

Otro de los aspectos clave fue la profundización en el papel de los aspectos psicológicos de la guerra contrarrevolucionaria, en especial en el uso de la propaganda. En la segunda edición del texto, publicada en 1963, se detallaban los objetivos sucesivos que la propaganda había de cumplir respecto de la población:

- Separar a la población de los insurgentes.

- Aumentar la confianza de la población en el gobierno.

- Impulsar a la población a participar de forma activa en la lucha contra la insurgencia.

5.- La doctrina a partir de los años 60

En palabras de Hoffman, varias fueron las lecciones que Malasia, Kenia y Chipre supusieron para la doctrina contrainsurgencia británica:

- La administración debía estar en manos de un único individuo, que pudiera tomar decisiones con rapidez, sin verse enfangado en un complejo aparato burocrático.

- Bajo ninguna circunstancia debía infravalorarse el peso de la inteligencia en el conflicto.

- Tardar en percatarse de la existencia de una insurgencia era un error capital, pues daba a los rebeldes oportunidad de consolidar sus bases de actuación antes de que comenzara la lucha contra ellos.

- Las operaciones militares a gran escala debían de ser un elemento secundario; por el contrario, debían primarse las operaciones a pequeña escala, sobre todo si eran llevadas a cabo por unidades de las fuerzas especiales.

Quizá la más influyente formulación de la contrainsurgencia británica fue la desarrollada por Robert Thompson, que había sido oficial de Estado Mayor durante la Emergencia en Malasia y que había estado destinado en Vietnam como observador durante los primeros años de la década de 1960. En su obra *Defeating Communist Insurgency*, publicada en 1966, Thompson sintetizó su visión de la contrainsurgencia en cinco principios que han ejercido una influencia clave sobre el pensamiento militar británico posterior:

- Existencia de una estrategia clara y definida.

- Actuación de las fuerzas de seguridad dentro de los parámetros legales.

- Existencia de una estrategia a largo plazo.

- Priorización de la derrota política de la insurgencia sobre la derrota militar.

- En el campo militar, priorizar la seguridad de las propias bases de operaciones sobre las operaciones agresivas.

Dada la primacía de la política sobre las soluciones militares, el ideario de Thompson ha sido vinculado con el pensamiento de Clausewitz, que en el siglo XIX, que consideraba, como ha sido citado hata la saciedad, que la guerra no era más que la continuación de la política a través de otros medios.

Thompson reformuló la forma de proceder en el marco de la estrategia de mancha de tinta como un proceso en cuatro fases que, gráficamente, denominó limpiar, mantener, ganando y ganado (*clear*, *hold*, *winning* y *won*), acentuando la importancia de la inteligencia en la ejecución de la primera de las fases.

Los cinco principios de Thompson fueron reformulados en seis acciones a realizar:

- Diseñar una acción política destinada a impedir que los rebeldes ganen el apoyo de la población.

- Existencia de una completa cooperación civil y militar.

- Existencia de una completa coordinación de la inteligencia.

- Separación de los insurgentes de la población por medio de las políticas que Templar denominó "ganar corazones y mentes".

- Efectuar un uso apropiado de la fuerza para lograr la pacificación del territorio.

- Efectuar reformas políticas que eviten el resurgir de la insurgencia o que se convierta en un problema crónico.

El énfasis en la cuestión política se relaciona con la negación de la legitimidad del enemigo, como parte consustancial de los modelos de contrainsurgentes: hay que combatir a los rebeldes porque atentan contra el orden legal y no tienen derecho a utilizar la fuerza para alcanzar sus fines. Esto se refleja en el modo en el que las autoridades británicas, en el periodo comprendido entre 1948 y 1975, denominaron a los diferentes enemigos con los que se enfrentaron en entornos subversivos.

Es paradigmático el caso de Malasia, donde se utilizaba el término "terroristas comunistas" para referirse a las guerrillas del MPABA. En primer lugar, se les definía con un término pleno de connotaciones negativas, en vez de utilizar otros más neutros como "insurgentes" o "guerrilleros", más cercanos al modo de operar del MPABA, que nunca empleó tácticas terroristas en entornos urbanos. En segundo lugar, al calificarles de "comunistas" se suprimía cualquier referencia a otros aspectos de sus reivindicaciones y de su ideología, como era el hecho de que era un movimiento independentista, nacionalista y anticolonialista. En las ocasiones en que no se usaba el término "terroristas comunistas", las autoridades se referían a los miembros del MPABA como "bandidos", desposeyendo a sus acciones de toda connotación y significado político o ideológico, y asimilándoles con las formas más violentas de delincuencia común.

La manifestación más importante de la supremacía de lo político sobre lo militar en la doctrina de contrainsuergencia británica era la estructura de mando: las autoridades militares, cuya figura de mayor rango en las colonias era el Director de Operaciones, se encontraba subordinada a la figura de mayor rango político, el Alto Comisario o Alto Comisionado. Esta estructura tuvo una excepción importante: Malasia, donde tras el asesinato del Alto Comisionado precedente, ambas cadenas de mando, militar y civil, confluyeron en una misma persona, el general Templar, que desempeñó de forma simultánea los dos cargos.

El otro gran pensador en la doctrina de contrainsurgencia británica fue Frank Kitson, auténtica leyenda de las campañas de Malasia, Kenia e Irlanda del Norte. A lo largo de dos libros –*Low intensity operations* y *The bunch of five*-, se esforzó por eliminar el peso de la experiencia en Malasia, y se centró en cuatro aspectos de la contrainsurgencia: la inteligencia y su organización, la dirección de las operaciones, la propaganda y los problemas de pacificación de un territorio por una fuerza neutral. Señaló que, con frecuencia, la policía es el primer objetivo de los insurgentes, por lo que las fuentes iniciales de inteligencia pueden quedar cegadas en los primeros pasos de la rebelión, tal y como ocurrió en Chipre y Adén. A Kitson corresponde la conceptuación de la lucha entre insurgentes y fuerzas contrainsurgentes como "una lucha por la mente de los hombres".

En 1969 vio la luz el documento del ejército británico *Counter-Revolutionary Operations*, en el que se recogían las experiencias de los años anteriores, en especial las lecciones Kenia, Chipre y los conflictos en el Sur de Arabia. Vital para el desarrollo de la contrainsurgencia británica posterior, el documento recogía una serie de principios esenciales sobre los que construirla:

- Existencia de un plan a nivel general: político, militar, social y económico.

- Necesidad de buen gobierno en los territorios amenazados, como único elemento a largo plazo para erradicar la insurgencia.

- Necesidad de apoyo de la población a la lucha contra la insurgencia.

El manual de contrainsurgencia del ejército británico, de 1995, reiteraba los siguientes principios como guía de la doctrina al respecto:

- Primacía de la política sobre las operaciones militares.

- Creación de una maquinaria coordinada de gobierno.

- Importancia clave de la inteligencia y la información.

- Separar a los insurgentes de su apoyo.

- Neutralizar a los insurgentes.

- Planificación a largo plazo para eliminar las causas de la insurgencia.

Ante las particulares condiciones que se daban en el conflicto de Irlanda del Norte, se publicó el *Land Operations Volume III: Counter Revolutionary Operations*, que constituyó la referencia doctrinal básica, en cuanto a estrategia y táctica, para el ejército británico a lo largo del conflicto contra el IRA y los demás grupos paramilitares; en palabras de Mark Urban, "la Biblia de los soldados británicos en Irlanda del Norte".

Las doctrinas estadounidense y británica han divergido históricamente en lo que a contrainsurgencia se refiere. En particular, el principio de mínima fuerza, tan valorado por los británicos, ha sido despreciado por los estadounidenses, partidarios de aplicar la máxima fuerza posible, con indiferencia sobre si esta cantidad de fuerza era proporcional o no al problema.

La aplicación de las tácticas de *shock and wave* –conmoción y pavor- por los norteamericanos, especialmente en Irak, han divergido de las recomendaciones británicas, que las consideraban perjudiciales

en el largo plazo, por su tendencia a causar daños colaterales y a predisponer a la población local en contra de las fuerzas contrainsurgentes. Estas discrepancias llegaron a ser expresadas en público por el General en Jefe del Estado Mayor británico, el general Michael Jackson, que afirmó "*We need to be able to fight with our allies, but not necessarily as our allies do*": "Debemos de ser capaces de luchar con nuestros aliados, pero no necesariamente de luchar como nuestros aliados".

Pese a ello, el pensamiento norteamericano ha experimentado una influencia directa de la doctrina británica. Las lecciones de Malasia fueron aplicadas con éxito por Estados Unidos para combatir a la insurgencia en Filipinas, y también se intentó su aplicación en Vietnam, donde la guerra terminó en fracaso rotundo.

6.-Elementos militares

Bennet ha sintetizado los que considera fallos más comunes e importantes en los líderes político-militares en operaciones de contrainsurgencia, y que deben determinar su separación o traslado inmediato: Falta de capacidad de decisión, deshonestidad, falta de capacidad de comunicación, falta de capacitación militar, incapacidad para innovar o para adaptarse a las circunstancias, carencia de humildad, carencia de visión o de perspectiva global y de futuro e incapacidad para crear y liderar equipos. Un líder que tenga uno o más de estos defectos debe ser apartado del escenario contrainsurgente con la mayor celeridad, antes de que su desempeño pueda causar daños graves al esfuerzo conjunto.

Por su parte, Julian Paget, en el análisis escrito en los años sesenta a partir de su experiencia en Adén, enfatizaba la importancia del entrenamiento adecuado de las unidades que iban a llevar a cabo labores contrainsurgentes. En ello insistío también Kitson en los años 70, defendiendo que el ejército británico había entrenado, desde la II Guerra Mundial, a sus hombres para librar una guerra convencional a

gran escala, cuando lo que se necesitaba era un regreso a las tácticas y estrategias para combatir en las *small wars*. Kitson señalaba la importancia de las operaciones defensivas o de seguridad, es decir, aquellas destinadas no a destruir al enemigo, sino a impedir que este deteriorara la acción del gobierno.

También destacaba Kitson la importancia del concepto de patrulla agresiva, algo que no debe hacer referencia a cómo trata la patrulla a la población, sino a que las patrullas deben ser constantes y aleatorias. Un oficial de inteligencia debe reunirse con la patrulla antes de que comience, para informarles de lo que pueden hallar y de lo que se espera de ellos, y también después de su regreso, para elaborar un informe escrito de lo que han visto y enviarlo al punto donde se recopila y analiza la información.

En base a toda esta doctrina, según Rigden, existen dieciséis características que definen el pensamiento estratégico británico para la contrainsurgencia:

1.- La insurgencia es una guerra, no un conflicto de ningún otro tipo, y como tal ha de ser enfocado.

2.- Cada conflicto es diferente, por lo que se debe entender su naturaleza específica.

3.- Se ha de tener visión a largo plazo sobre los intereses del Estado, de tal forma que se coduzca la campaña de contrainsurgencia en dirección a la paz que se desea.

4.- Hay que comprender los aspectos geográficos y su influencia en el conflicto.

5.- No debe lucharse una campaña que no pueda ganarse: principio de indiferencia estratégica.

6.- Se necesita un plan claro y definido, de lo cual es ejemplo perfecto los cinco frentes diseñados por Watts para Dhofar.

7.- Se debe aprender sobre la marcha, a partir de los errores de esa misma campaña, no esperar a la siguiente guerra para implementar mejoras.

8.- Lo político es el foco de la lucha.

9.- Los corazones siguen a las mentes; es decir, primero hay que hacer que a la población le interese apoyar al gobierno; después, hay que hacer que quieran apoyarlo.

10.- Se requiere una coordinación de las políticas entre las distintas ramas de la adminstración.

11.- Es esencial trabajar dentro del imperio de la ley.

12.- Se debe hacer el uso imprescindible de la fuerza en cada situación.

13.- Las campañas deben ser financiadas adecuadamente, o fracasarán.

14.- Una información acertada y a tiempo es vital.

15.- El uso de fuerzas indígenas es esencial, en aquellos escenarios en que la situación social permite su uso.

16.- Cada campaña se dirige con más restricciones que la anterior, como consecuencia de que las sociedades occidentales cada vez tienen menor tolerancia hacia la violencia y sus consecuencias, tanto la sufrida por ellas como la causada por sus agentes legales.

7.- El mito de la contrainsurgencia británica

Tradicionalmente, la idea de que el ejército británico ha desarrollado los modelos y paradigmas más eficaces en la lucha contrainsurgente ha sido aceptada por la mayor parte de los analistas y tratadistas. Sin embargo, existe una corriente de pensamiento, cada vez más amplia, que discrepa de esta visión y que ha comenzado a hablar del mito de la eficacia británica en labores de contrainsurgencia. Los principales autores en esta corriente son Thomas Mockaitis y Ashley Jackson.

Una de las cuestiones que plantean estos analistas es la discrepancia entre los principios teóricos de la doctrina británica y el efectivo desarrollo de los acontecimientos sobre el terreno. En este sentido, afirman los defensores de la teoría del mito, aunque los principios doctrinales británicos sean acertados, los propios británicos no los han aplicado en la práctica en numerosas ocasiones.

Jackson enumera los que a su juicio son los mitos más relevantes en la cuestión de la doctrina de contrainsurgencia británica:

- Los británicos siempre han efectuado una lectura exacta de cada campaña, por ello la doctrina que han aplicado a cada caso ha sido siempre la más adecuada.

- La aproximación británica a la lucha contrainsurgente ha sido superior a la de otras potencias, como Francia o Estados Unidos.

- La contrainsurgencia en Malasia fue ejemplar y es el modelo perfecto a seguir e imitar.

- La política de “corazones y mentes” es una línea primordial de la contrainsurgenica británica, y no una serie de

acciones puntuales utilizada para reforzar los efectos de las estrategias militares.

- Reino Unido ha ganado sus campañas de contrainsurgencia gracias a la aportación a las mismas del ejército como factor clave en la lucha.

Una por una, Jackson ha tratado de desmontar la veracidad de estas afirmaciones y de estos lugares comunes, asumidos como ciertos por la doctrina, en ocasiones sin una reflexión adecuada, lo que les encuadra en el categoría de lo que, en análisis de inteligencia.

En la misma línea cabe situar el análisis de Paul Dixon sobre el verdadero significado de la expression "ganar los corazones y las mentes" en la doctrina de contrainsurgencia británica. Esta expresión, acuñada durante la Emergencia de Malasia, supone la aplicación rigurosa del principio de uso de la fuerza minima necesaria. Sin embargo, afirma Dixon, la fuerza y el grado de coercion usado en las campañas de contrainsurgencia de Malasia en adelante distó de ser mínimo. Malasia y Kenia fueron escenarios donde se aplicó la fuerza a gran escala, con medidas como el desplazamiento forzoso de cientos de miles de ciudadanos o la imposición de rigurosas legislaciones especiales que dieron como resultado el ahorcamiento de cientos de personas. Incluso en Irlanda del Norte, sin llegar a esos extremos, el grado de coercion ejercito sobre la sociedad fue elevado para los parámetros occidentales, lo cual llevó a que las estrategias contrainsurgentes británicas en la Provincia fracasaran sistemáticamente en sus intentos de granjearse el apoyo de la población.

David Benest, otro reputado especialista, coincide con las ideas de Dixon, y las sintetiza en una expresión que no deja lugar a dudas: "Los *corazones y las mentes* es un mito; la coerción es la realidad". Ashley Jackson ha afirmado que, lejos de ser el factor clave en los

triunfos de la contrainsurgencia británica el uso de la fuerza mínima, el factor decisivo en estas campañas lo constituyó el aplicación –o la posibilidad de aplicación- de la máxima fuerza posible.

Si se analizan los hechos, obviando las disquisiciones doctrinales y la tratadística, lo cierto es que la forma de actuar de Reino Unido en la contrainsurgencia no parece guiada por el principio de aplicar la mínima fuerza necesaria, sino que parece más adecuado reformularlo en otra expresión que, sin significar algo estrictamente diferente, capta mejor la realidad: el principio de usar toda la fuerza que sea necesaria. Hablar de uso de la fuerza mínima para alcanzar el éxito es, en realidad, lo mismo que afirmar que se aplicará toda la fuerza que sea necesaria para lograr el triunfo, solo que el matiz deja de ser de contención para ser de amenaza. Por desgracia, esta connotación negativa no impide que fuera real.

La pregunta a responder sería: ¿Existía algún freno moral, legal o doctrinal al grado de fuerzo o coerción que la contrainsurgencia británica estaba dispuesta a aplicar? No parece que la respuesta sea positiva. Cuando se limitó la coerción a unos niveles que permitieron el triunfo de la insurgencia fue porque Reino Unido careció de la posibilidad, política o militar, de aplicar niveles de fuerza mayores, no porque voluntariamente decidiera no aplicar toda la fuerza de la que era capaz, asumiendo voluntariamente perder el conflicto.

El principio de uso de toda la fuerza necesaria parece razonable, y conecta con otro mito respecto a la contrainsurgencia británica: el sometimiento de las medidas adoptadas a lo que los anglosajones deminan *rule of law* –imperio de la ley- y los juristas hispánicos Estado de Derecho. En líneas generales, las medidas adoptadas por Reino Unido para combatir a diversos grupos insurgentes fueron legales, pero no porque se adaptaran al marco legal imperante, sino porque se adaptó el marco legal para que lo fueran. Así, se produjo un sometimiento legal que podría denominarse formal, pero que, contradecía, en muchos casos, el espíritu del *rule of law*. Que el

manual de 1929, aplicado en conflictos como la gran rebellion árabe de Palestina, declarara expresamente legal el castigo de inocentes a través de castigos colectivos o que la legislación aplicada contra los mau-mau legalizara el ahorcamiento de individuos por portar cerillas pueden respetar la letra de las leyes, pero nunca el espíritu de las mismas en un Estado de Derecho como el Reino Unido.

Cuando autores como Komer señalaban –en su caso, en 1972- que la contrainsurgencia en Malasia se había insertado firmemente dentro de la ley, olvidaban que la ley anterior a la contrainsurgencia había dejado de existir y se había creado una ley especialmente concebida –el celebérrimo "estado de Emergencia"- para dar cabida a las prácticas que las autoridades consideraran necesarias en la lucha contra las guerrillas comunistas, incluyendo la expulsion de sus hogares de medio millón de personas, su traslado forzoso o los castigos colectivos, como el impuesto a la ciudad de Tras, cuyos dos mil habitantes fueron encarcelados por encontrarse próxima al lugar en el el que el Alto Comisionado Gurney fue asesinado por los insurgentes. Que estas medidas se atuvieran a la letra de unas leyes modificadas específicamente para convertirlas en legales no significa que respetaran el concepto del *rule of law* o Estado de Derecho.

BIBLIOGRAFÍA

- ABBOTT, F. J., *The Greek Civil War, 1947-1949: Lessons for the Operational Artist In Foreign Internal Defense*. Fort Leavenworth, 1994.

- ABU BAKAR, N. S. H., "Brunei and the British decolonisation policy", en *Susurlagur: Jurnal Kajian Sejarah & Pendidikan Sejarah,* nº 2, 2014.

- AKDENIZ, Y., y WALKER, C., "Antiterrorism laws and data retention: War is over?", en *Northern Ireland Legal Quarterly*, n.º 54, 2003.

- ALDERSON, A., *The validity of British Army counterinsurgency doctrine after the war in Iraq 2003-2009*, Crandfield, 2009.

- ALMEDON, A. M., "Re-reading the Short and Long-Rigged History of Eritrea 1941–1952: Back to the Future?", en *Nordic Journal of African Studies*, n.º 15, 2006.

- ALONSO, R.:

+ *Irlanda del Norte. Una historia de guerra y la búsqueda de una paz*. Madrid, 2009.

+ *La paz de Belfast.* Madrid, 2000.

+ *Matar por Irlanda*.

- ÁLVAREZ CONDE, E., y GONZÁLEZ, H., "Legislación antiterrorista comparada después de los atentados del 11 de septiembre y su incidencia en el ejercicio de los derechos fundamentales", en *ARI*, n.º 7, 2006.

- ANDERSON, B., *Joe Cahill. A life in the IRA*. Dublin, 2002.

- ARHIM, B., "The role of Nana Yaa Asantewaa in the 1900 Asante War of Resistance", en *Le Griot*, nº 8, 2000.

- ARINKALI, Z., "British Legacy and Evolution of Kurdish Nationalism in Iraq (1918-1926): What Significance the 'Mosul Question'?", en *CAEI Working Paper*, nº 16, 2008.

- ARMITAGE, C. H., y MONTANARO, A. F., *The Ashanti campaign of 1900*. Londres, 1901.

- ASHTON, S. R., *A rebellion in Burma: The Sagaing uprising in 1910*.

- AUNG THWIN, M., "In the Shadow of the King: Rural Resistance and Special Rebellion Law in Colonial Burma, 1930-1937", conferencia pronunciada en Hong-Kong, el 14 de noviembre de 2014.

- BATATU, H.,. "Iraq's Underground Shia Movements: Characteristics, Cause and Prospects", en *The Middle East Journal*, nº 35, 1981.

- BECKETT, I. F., W.,

- *Modern Insurgencies and Counter-Insurgencies.* Londres, 2001.

- "The South African war and the late Victorian army", en VV.AA., *The boer war. Army, nation and Empire*. Canberra, 2012.

- BELL, G. *Review of the Civil Administration in Mesopotamia*. Londres, 1920.

- BELL, J., *Urban Insurgencies: A Study of its Effectiveness and its Future*. Hawai, 2008.

- BENEST, D.,

- BENEST, D., "Aden to Northern Ireland, 1966–76", En STRACHAN, H., (ed.), *Big Wars and Small Wars: The British Army and the Lessons of War in the Twentieth Century*. Londres, 2006.

- "British leaders and irregular warfare".

- BENNET, H., "The Mau Mau Emergency as Part of the British Army's Post-War Counter-Insurgency Experience", en *Defense & Security Analisys*, nº 23, 2007.

- BEW, P., y GILLESPIE, G., *Northern Ireland. A Chronology of the Troubles 1968-993*. Dublin, 1993.

- BISHOP, P., y MALLIE, E., *The Provisional IRA*. Londres, 1987.

- BONELLI, L., "¡Ya estábamos pisando a fondo desde 1995! La sorprendente estabilidad del antiterrorismo francés antes y después del 11-S", en POWELL, CH. T., y REINARES, F., *Las democracias occidentales frente al terrorismo global*. Barcelona, 2008.

- BONNER, D., "The United Kingdom´s responce to terrorism: the impact of decisions of European judicial institutions and of the

Northern Ireland Peace Process", en REINARES, F., (Ed.), *European Democracies against terrorism. Governmental policies and intergovermental coperation*. Alderhorst, 2004.

- BOON KHENG, Ch., "The communist insurgency in Malaysia, 1948-90: Contesting the nation-state and social change", en *New Zealand Journal of Asian Studies nº* 11, vol. 1, junio de 2009.

- BOVARD, J., *Terrorismo y tirania*. Buenos Aires, 2004.

- BRANCH, *Defeating Mau Mau, Creating Kenya: Counterinsurgency, Civil War, and Decolonization*. Cambridge, 2005.

- BROWNE, G. *The Iraq Levies, 1915-1932*. Londres, 1932.

- BRUCE, S., *The Red Hand. Protestant Paramilitaries in Northern Irleand*. Oxford, 1992.

- BUNYAN, A., *The political police in Britain*. Londres, 1955.

- CADWALLADER, A., *Lethal allies. Bristih collusion in Ireland*. Cork, 2013.

- CAMPBELL, S.A., *An exit strategy not a winning strategy? Intelligence lessons from the british 'emergency' in south arabia, 1963-67*. Fort Leavenworth, 2012.

- CARLIN, T. M., *Claret. The nature of war and diplomacy special operations in Borneo, 1963-1966*. Carlisle Barracks, 1994.

- CASSIDY, R. M., "The British Army and Counterinsurgency:vThe Salience ofvMilitary Culture", en *Military Review*, mayo-junio 2005.

- CATIGNANI, S., "Getting COIN' at the Tactical Level in Afghanistan: Reassessing Counter-Insurgency Adaptation in the British Army", en *The Journal of Strategic Studies*, Vol. 35, No. 4, 513–539, agosto de 2012.

- CHANDRA, B., et al., *India´s struggle for Independence*. Nueva York, 2000.

- CHIN, W., "Why Did It All Go Wrong? Reassessing British Counterinsurgency in Iraq", en *Strategic Studies Quartely*, nº 25, 2008.

- CLEGG, "Air power, counterinsurgency and influence", en *The Royal Canadian Air Force Journal*, nº 2, 2012.

- CRAWSHAW, M., *The evolution of British COIN*, en *JDP* 3-40.

- CLOAKE, J., *Templar, Tiger of Malaya: The Life of Field Marshal Sir Gerald Templar*. Londres, 1985.

- CLUTTERBUCK, R., *The Long, Long War: The Emergency in Malaya, 1948-1960*. Londres, 1967.

- CONAN DOYLE, A., *The great war boer*. Londres, 1900.

- COOGAN, T. P., *The Troubles. Ireland´s ordeal 1966-1996 and the search for peace*. Nueva York, 1996.

- CORDESMAN, A. H., *The Iraq War and Lessons for Counterinsurgency*. 2006.

- CUNNINGHAM, M. J., *British Goverment policy in Northern Ireland. 1969-89. Its nature and execution*. Nueva York, 1991.

- DELAPORTA, E., *The role of Britain in Greeks politics and military operations: 1947-1952*. Glasgow, 2003.

- DIXON, P., "'Hearts and Minds'? British Counter-Insurgency from Malaya to Iraq", en *Journal of Strategic Studies*, nº 32, 2009.

- DODGE, T., *Inventing Iraq*. New York, 2003.

- DOUGLAS, J., *The Mad Mullah of Somaliland*. Londres, 1932.

- DRESSLER, J., "Counterinsurgency in Helmand: progress and remaining challenges", en *Afghanistan Report*, nº 8, 2011.

- EASTER, D., "British intelligence and propaganda during the Confrontation, 1963-1966", en *Intelligence and National Security*, nº 16, 2001.

- FARREL, T.,

+ con GORDON, S., "COIN machine: The British Military in Afghanistan", en *Orbis*, nº 18 2009.

+ "Improving in War: Military Adaptation and the British in Helmand, 2006-2009", en *The Journal of Strategic Studies*, nº 33, 2010.

- FAY, M. T.; MORRISEY, M.; Y SMYTH, M., *Northern Ireland´s troubles. The human cost*. Londres, 1999.

- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., (coord.), *Estudios sobre jurisdicciones especiales*. Valladolid, 2015.

- FERRIS, J., "Counter-Insurgency and Empire: The British Experience with Afghanistan and the North-West Frontier, 1838-1947".

- FOWLERS, W., *British´s secret war: The Indonesian Confrontation, 1962-66*. Oxford, 2006.

- FLYNN, B., *Soldiers of folly. The IRA border campaign 1956-62*. Cork, 2009.

- FRENCH, D., "British Intelligence and the Origins of the EOKA Insurgency", en *British Journal for Military History*, vol. I, 2015.

- FULLER, F. C., *A vanished dynasty. Ashanti*. Londres, 1921.

- GENERAL STAFF WAR OFFICE, *Official story of the operations in Somaliland, 1901-1904*. Londres, 1909.

- GENERAL STAFF ARMY HEADQUARTERS INDIA, *Operations in Waziristan, 1919-1920*. Calcuta, 1921.

- GILLESPIE, G., *Troubled images. The Northern Ireland Troubles and Peace Process 1968-2007*. Newtonards, 2007.

- GOLDBERG, E., "Peasants in revolt-Egypt in 1919", en *International Journal of Middle East Studies*, nº 24, vol. 2, 1992.

- GORDON, S., y FARREL, T., "COIN machine: The British Military in Afghanistan", en *Orbis*, nº 18 2009.

- GORDON SIMPSON, J., "Not by bombs alone", en *Journal of Foreign Questions*, 1999.

- GRAD, K., "Effective leadership in counter-insurgency: the

north-west mounted pólice in south africa, 1899-1902", en *Canadian Military Journal*, nº. 9, 2012.

- GRAHAM-YOOLL, A., *Pequeñas guerras británicas en América Latina*. Londres, 1983.

- GRIFFITHS, N. A., *Two sides of the same coin: A comparative analysis of American and British counterinsurgency approaches at the turn of the Twentieth Century*. Fort Leavenworth, 2012.

- GWYNN, CH. W., *Imperial policing*. Londres, 1939.

-HAMILTON, A., *Somaliland.* Londres, 1911.

- HANLEY, B., y MILLAR, S.,

+ *The IRA 1926-1936*. Portland, 2002.

+ *The lost revolution. The story of the Official IRA and the Worker´s Party*. Dublin, 2009.

- HARA, F., "The North Kalimantan Comunist Party and the People´s Republic of China", en *The developing economies*, nº 43, 2005.

- HARDGRAVE, Jr, H. R., "The Mappilla Rebellion, 1921: Peasant Revolt in Malabar", en *Modern Asiand Studies*, nº 11, 1977.

- HARPER, T. N., *The End of Empire and the Making of Malaya.* Cambridge, 1999.

- HARRIS Jr., W. D., *Instilling aggressiveness. US Advisors and Greek combat leadership in the Greek Civil War*. Fort Leavenworth, 2013.

- HAUNER, M., "One Man against the Empire. The Faqir of Ipi and the British in Central Asia on the Eve of and during the Second World War", en *Journal of Contemporary History*, nº 16, 1981.

- HAZEL, D., *Doctrine and its Development since 2001*, en *Jaargang 177*, Nº 3, 2008.

- HAZELTON, J. L., "Compellence in Counterinsurgency Warfare: The Uses of Force in Dhofar, Oman, and El Salvador".

- HERETIK, J., *Counterinsurgency Lessons for the Afghan Case*. Urbana-Champaign, 2004.

- HESS , R. L., *Italian Colonialism in Somalia*. Chicago, 1966.

- HICKLING, F., "Introduction", en VV.AA., *The boer war. Army, nation and Empire*. Canberra, 2012.

- HOFFMAN, B., y TAW, J.,

- "Defence policy and low intensity conflict. Developtment of British small wars doctrine during the 1950`s".

- *A strategic framework of countering terrorism and insurgence*. Santa Mónica, 1992.

- HOLLAND, J. y MCDONALD, H., *INLA; deadly divisions*, Dublin 1994.

- HOLT, E., *Protest in arms. The Irish Troubles 1916-1923*. Londres, 1960.

- HUGHES, M., "From Law and Order to Pacification: Britain's Suppression of the Arab Revolt in Palestine,1936–39", en *Journal of Palestine Studies*, nº 39, vol. 2, 2010.

- ISSA-SALWE, A. M., "The Failure of The Daraawiish State The Clash Between Somali Clanship and State System", en *Acts of Vth International Congress of Somali Studies*. Londres, 1993.

- JACKSON, A., "British Counter-insurgency in History: A Useful Precedent?", en *British Army Review*, nº 139, 2006.

- JACKSON, R., *The Malayan Emergency and Indonesian Confrontation: The Commonwealth's Wars 1948–1966.* Londres, 2008.

- JACOBSEN, M., "Only by the Sword': British Counter-Insurgency in Iraq, 1920", en *Small Wars & Insurgencies* 2, 1991.

- JARDINE, D., *The Mad Mullah of Somaliland*. Londres, 1923.

- JOHNSON, R. A., *The 1897 Revolt and Tirah Valley Operations from the Pashtun Perspective*. Williamsburg, 2009.

- KEMÉNY, J., *The Development of Population Centric Counterinsurgency Warfare Theory in the 20th and 21st Century*. Budapest, 2014.

- KHAMRANG, L., "Geography of Insurgency. Contextualization of Ethno-Nationalism in Northeast India", en Open Journal of Social Science, nº 3, 2015.

- KOMER, R. W., *The Malayan Emergency in Retrospect: Organization of A Successful Counterinsurgency Effort*. Santa Mónica, 1972.

- LACKMAN, M. J., *The British Boer War and the French Algerian Conflict: Counterinsurgency for Today*. Fort Leavenworth, 2006.

- LANG Jr., A. F., "From revolutions to constitutions: The case of Egypt", en *International Affairs*, nº 80. 2002.

- LEAKE, E. M., "British India versus the British Empire: The Indian Army and an impasse in imperial defence, *circa* 1919‑39", en *Modern Asian Studies*, nº 48, 2013.

- LEHENBAUER, M., *Orde Wingate and the British internal Security Strateging during the Arab rebellion in Palestine, 1936-1939*. Fort Leavenworth, 2012.

- LOCKWOOD-DRUMMOND, V. O., *The role of religion in the iraqi nationalism: 1918-1932*. Montreal, 1997.

- LONGRIGG, S. H., *Iraq. 1900 to 1950: A Political. Social and Econornic History*. Londres, 1953.

- LONGKMER, A., "Religious and Economic Reform: The Gaidinliu Movement and the Heraka inthe North Cachar Hills", en *South Asia*, nº 30, 2015.

- LUNT, J., *Imperial Sunset.* Londres, 1982.

- MAJID, H. A., *Revolt in Brunei. The 1962 revolt, imperialism, confrontation and oil*. Londres, 2007.

- MANEA, O., "Setting the Record Straight on Malayan Counterinsurgency Strategy: Interview with Karl Hack!", en *Small Wars Journals*, 2011**.**

- MANMATHAN, M. R., "Temple as the Site of Struggle: Social Reform, Religious Symbols and the Politics of Nationalism in Kerala", en *Advances in Historical Studies*, nº 2, 2013.

- MANN, J. A., "The Call of the Caliph: The Effect of the Moplah Rebellion on India's Perception of the Khilafat Movement and Its Long-Term Effects on the Independence Struggle", en *Oshkosh Scholar*, nº 8, 2013.

- MARR, P., *The Modern History of Iraq*. Boulder, 1985.

- MARTÍNEZ PEÑAS, L.,

+ "La legislación antiterrorista británica (1990-2010)", en MASFERRER, A., (coord.), *La lucha contra el terrorismo en un Estado de Derecho. Una aproximación histórica y jurídica-comparada*. Madrid, 2011.

+ "Special Powers Act (1922): el uso de jurisdicciones especiales en la legislación británica", con PRADO RUBIO, E., en FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., (coord.), *Estudios sobre jurisdicciones especiales*. Valladolid, 2015.

- MASFERRER, A., (coord.), *La lucha contra el terrorismo en un Estado de Derecho. Una aproximación histórica y jurídica-comparada*. Madrid, 2011.

- MATHEWS, M., M.,

- *The British colonial experience in Waziristan and its applicability to current operations*. Fort Leavenworht, 2005.

- *A ever present danger. A concise history of British Military operations on the North-West Frontier, 1849-1947*. Forth Leavenwoord, 2010.

- McKEOWN, J., *Britain and Oman: The Dhofar War and its significance*. Cambridge, 1981.

- MCKITTRICK, D., KELTERS, S., FEENEY, B., y THORNTON, CH., *Lost lives. The stories of the men, women and children who died as a result of the Northern Ireland Troubles*. Edimburgo, 1999.

- MINAHAN, J., *Encyclopedia of the Stateless Nations: Ethnic and National Groups Around the world*. Westport, 2002.

- MBURU, N., "Patriots or Bandits? Britain's Strategy for Policing Eritrea 1941-1952", en *Nordic Journal of African Studies*, nº 9, 2000.

- MOCKAITIS, T. R., *British counterinsurgency, 1919-1960*. Nueva York, 1990.

- MOLONEY, E., *A secret history of the IRA*. Londres, 2007.

- MONTANARO, A. F., y ARMITAGE, C. H., *The Ashanti campaign of 1900*. Londres, 1901.

- MORGAN KIPGEN, D., "The great Kuki rebellion of 1917-1919: Its real significances", en *The Sangai Express*.

- NACHMANI, A., "Civil war and foreign Intervention in Greece: 1946-49", en Journal of Contemporary History, vol. 25, nº 4, 1990.

- NAGL, J., y WEITZ, R., "Counterinsurgency and the Future of NATO", en *Transanlantic Series Paper*, nº 1, 2010.

- NELSON, S., *Ulster´s Uncertain Defenders*. Dublín, 1984.

- NEWSINGER, J., *British counter-insurgency. From Palestine to Northern Ireland*. Chippenham, 2002.

- O´BRIEN, B., *The Long war. The IRA and Sinn Féin from Armed Struggle to Peace talk*. Dublin, 1995.

- O´DOCHARTAIGH, N., *From civil rights to Armalites. Derry and the birth of the Irish Troubles*. Corck, 1997.

- O´DOHERTY, M., *The Trouble with guns. Republican Strategy and the Provisional IRA*. Belfast, 1998.

- OFFICE OF THE ASSISTANT SECRETARY OF DEFENCE, *Army operations in Malaya, 1947-1960*. Santa Mónica, 1974.

- ONLEY, J., "Britain and the Gulf Shaikhdoms, 1820–1971: The Politics of Protection", en *Ocassional Papers*, nº 4, 2009.

- PARAVANTES, S. S. Z., *The art of manipulation. British foreign policy in Greek and the declaration of the Truman Doctrine: October 1944 to March 1947*. Burnaby, 2009.

- PARKINSON, A. F., *1972 and the Ulster Troubles. A very bad year*. Portland, 2010.

- PETERSON, J. E. "The Experience of British Counter-Insurgency Campaigns and Implications forIraq", en *Arabian Peninsula Background Note*, 2009.

- PRADO RUBIO, E., y MARTÍNEZ PEÑAS, L., "Special Powers Act (1922): el uso de jurisdicciones especiales en la legislación británica", en FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., (coord.), *Estudios sobre jurisdicciones especiales*. Valladolid, 2015.

- PRAMOD, M., "Freedom movements of manipur against the british imperialism", en Asian Journal of Multidimensional Research, nº 2, 2013.

- PRINCE, S., y WARNER, G., *Belfast and Derry Revolt. A new story of the start of the Troubles*. Dublin, 2012.

- PUNCH, M., *State violence, collusion, and the Troubles. Counter insurgency, Goverment deviance and Northern Ireland*. Londres, 2012.

- PARIMAL, G., *Resistance and Rebellion in Burma, 1825-1932*. Hawaii, 2001.

- RAUF, A., "Pan-Islamism and the North West Frontier province of British India (1897-1918)", en *Perceptions*, nº 12, 2007

- REINARES, F., (Ed.), *European Democracies against terrorism. Governmental policies and intergovermental coperation*. Alderhorst, 2004.

- RODRIGUEZ-VILLASANTE Y PRIETO, J. L., en "¿A que llamamos terrorismo?", en la introducción a *Cuadernos de Estrategia*, n.º 133, monográfico titulado "Lucha contra el Terrorismo y Derecho Internacional".

- RIGDEN, O.B.E., *The British approach to counter-insurgency: myths, realities, and strategic challenges*. Carlisle Barracks, 2008.

- ROSE, P., *How the Troubles came to Northern Ireland*. Londres, 2001.

- ROYLE, T., *The Best Years of Their Lives: The National Service Experience*
1945–63. Londres, 1986.

- ROWAN,. B., *Behind the lines. The story of the IRA and Loyalist ceasefires*. Belfast, 1995.

- RYDER, Ch., *The RUC 1922-2000. A force under fire*. Londres, 2000.

- SANGAR, E., "The effect of layeres military culture: British military uses of historical lessons during the war in Afghanistan", 2013.

- SELTH, A., "Burma's police forces: continuities and contradictions", en *Regional Outlook Paper*, nº 32, 2011.

- SHANGHAI MERCURY RISING, *The boxer rising. A History of the boxer trouble in China*. Shanghai, 1901.

- SHIPLER, D., *Arab and jew: Wounded spirits in a promised land*. Nueva York, 1986.

- SIVER, CH., "The Other Forgotten War: Understanding atrocities during the Malayan Emergency, en *Annual Meeting of the American Political Science Association*, 2009.

- SLIGHT, J. P., "British and Somali Views of Muhammad Abdullah Hassan's *Jihad*, 1899–1920", en *Bildhaan*, nº 10, 2007.

- SMYTH, M., y FAY, M-T., (ed), *Personal Accounts from Northern Ireland Troubles. Public conflicto, prívate loss*. Sterling, 2000.

- SOLOMON, R. L., "Saya San and the Burmese rebellion", en *Modern Asian Studies*, nº. 3, 1969.

- STANTON, T. H., "Law and Economic Development: The Cautionary Tale of Colonial Burma", en *Asian Journal of Law and Society*, 2014.

- STRACHAN, H., (ed.), *Big Wars and Small Wars: The British Army and the Lessons of War in the Twentieth Century*. Londres, 2006.

- TABER, R., *The war of the flea: a study of guerrilla warfare theory and practice*. Nueva York, 1965.

- TAW, J., y HOFFMAN, B., "Defence policy and low intensity conflict. Developtment of British small wars doctrine during the 1950`s".

- TAYLOR, P., *Families at war*. Londres, 1989.

- TEMPLAR, G., *From Palestine to Northern Ireland*. Londres, 1987.

- THOMAS, M.; MOORE, R., y BUTLER, L. J., *Crises of Empire: Decolonization and Europe's Imperial States, 1918-1975*. Londres, 2008.

Escrito por Martin Thomas,Bob Moore,L. J. Butler

- THORNTON, R., "Historical Origins of the British Army's Counterinsurgency and Counterterrorist Techniques".

- TOWNSHEND, Ch., *Britain's Civil Wars: Counterinsurgency in the Twentieth Century.* Boston, 1986.

- TREMBLAY, W., "The Dhofar Campaign", en The Guardian, vol. 12, 2010.

- TRHUELSEN, P. D., "Counterinsurgency and a Comprehensive Approach: Helmand Province, Afghanistan", en *Small wars Journal*.

- TRIBAL ANALYSIS CENTER, *Mad Mullahs, Opportunists, and Family Connections: The Violent Pashtun Cycle*. Williamsburg, 2008.

- TRIPP, Ch., *A History of Iraq*. Cambridge, 2007.

- URBAN, M., *Big boys´ rules. The SAS and the secret struggle against the IRA*. Londres, 1993.

- VAN DER ENG, P., "*Konfrontasi* and Australia's aid to Indonesia during the 1960s", en *Working Papers in Economics and Econometrics*, nº 493, 2008.

- VV.AA., *The boer war. Army, nation and Empire*. Canberra, 2012.

- VINOGRADOV, A., "The 1920 Revolt in Iraq Reconsidered: The Role of Tribes in National Politics", en *International Journal of Middle East Studies*, nº 3, 1972.

- WALKER, C., "Keeping control of terrorists without losing control of constitutionalism", en *Stanford Law Review*, nº 59, 2007.

- WEITZ, R., y NAGL, J., "Counterinsurgency and the Future of NATO", en *Transanlantic Series Paper*, nº 1, 2010.

- WILCOX, C., "Looking back to the South African war", en VV.AA., *The boer war. Army, nation and Empire*. Canberra, 2012.

- WHARTON, K., *A Long, Long War: Voices from the British Army in Northern Ireland, 1969-1998*. Helion, 2008.

- WICHHART, S. K., *Intervention: Britain, Egypt, and Iraq During World War II*. Austin, 2007.

- WILLIAMS, M., *The British experience in Iraq from 1914-1926: What wisdom can the United States draw from its experience?*. Fort Leavenworth, 2004.